

CASADA — CON EL — ENEMIGO

RAQUEL ALONSO



13

Narrado en primera persona, este es el emocionante testimonio vital de Raquel Alonso, una mujer que hace 20 años creyó conocer al hombre de su vida, sin saber que el destino le deparaba un auténtico calvario. Tras un feliz noviazgo, Raquel y Nabil, un marroquí de buena familia, se casaron y empezaron lo que parecía una estable y envidiable vida en común: excelentes carreras profesionales para ambos, una red familiar sólida y cariñosa por las dos partes, y enseguida dos hijos.

Todo parecía discurrir sin sobresaltos hasta que Nabil empezó a frecuentar la mezquita de Madrid, donde pronto fue captado por una célula yihadista.

En muy poco tiempo, el marido atento y moderno, el padre cariñoso y responsable y el profesional valorado en su empresa se convirtió en el juez y verdugo de su propia familia, a quien obligó a seguirle en su fanatismo.

Raquel, aislada, maltratada psicológicamente y profundamente atemorizada, vivió como pudo en ese infierno doméstico, decidida a proteger a sus hijos. Su pesadilla acabó una madrugada de junio de 2014, cuando irrumpió en su casa la Policía Nacional para detener a Nabil, acusado de terrorismo.

Raquel Alonso

Casada con el enemigo



Título original: *Casada con el enemigo*
Raquel Alonso, 2018

Revisión: 1.0
25/04/2019

*EL TESTIMONIO DE UNA MUJER QUE, TRAS
VEINTE AÑOS DE FELIZ MATRIMONIO, TUVO
QUE LUCHAR SOLA ANTE LA AMENAZA MÁS
TERRORÍFICA QUE VIVE ACTUALMENTE
OCCIDENTE.*

No podía dejar pasar esta oportunidad para dedicar estas páginas a las personas que más me han ayudado, mis hijos y mis padres.

Hijos, os dedico este libro por la fuerza y la valentía que reveláis al recorrer este camino juntos, a pesar de su extrema dureza. Con sonrisas, amor y madurez, nunca me dejasteis caer. Aprendimos juntos a pilotar nuestro barco en la tormenta y por ello soy la madre más orgullosa del mundo. Gracias, mosqueteros. Os quiero.

Papá, Mamá, debéis formar parte de esta dedicatoria pues siempre estuvisteis ahí, desde mi primera llamada pidiendo auxilio; me demostrasteis que sois padres, pues no todo el mundo sabe serlo, y antepusisteis mi bienestar y el de mis pequeños a todo lo demás. Vuestro espíritu de sacrificio y apoyo han sido incondicionales, a pesar del sufrimiento e incluso no estando de acuerdo a veces con mis decisiones; nunca me juzgasteis, solo me comprendisteis, y tras casi cuatro años en la vorágine

seguís ahí, preocupados por si nuestra mirada o el tono de voz se ensombrece.

Gracias por ayudarnos, sin vosotros no habiéramos podido salir adelante. Y aunque sabemos que esta historia no ha acabado y su final parece lejano, cada día me dais ejemplo de que jamás hay que perder la dignidad y el respeto por nosotros mismos y que siempre hay que luchar por elegir nuestra forma de vida, nuestros valores y nuestra forma de entender la libertad.

**GRACIAS POR DARNOS EL MEJOR PATRIMONIO
QUE PODÍAMOS TENER, VOSOTROS.**

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

La mía es una historia real, complicada e inesperada que aún hoy no ha terminado. Mi historia comenzó como la de muchas personas, una historia que podría narrarse en tres actos: un principio, que transcurre por los que, sin duda, fueron los mejores años de mi vida. Un nudo, que se desarrolla durante los que, espero, fueran los peores. Y un desenlace, que, aún lleno de incertidumbre, afronto con una fe inquebrantable y con un fuerte espíritu de lucha de cara al futuro.

Como toda historia real, su arranque permanece indeleble en mi memoria. Era el año 1995, yo acababa de cumplir veinticinco años. Vivía con mis padres y mi hermana pequeña, Sofía, en la calle Alcalá, una zona que me encantaba, llena de comercios, de gente y con un ambiente estupendo para una chica de mi edad. Éramos una familia normal de clase media. Mi madre se dedicaba a las tareas del hogar, mi padre trabajaba en una importante compañía aérea, mi hermana estudiaba Ciencias Políticas y yo, una vez finalizados mis estudios de Relaciones Públicas y *Marketing*, había encontrado trabajo en una importante productora como secretaria de dirección. Estrenaba mi vida de adulta, llena de energía, de ganas de trabajar y de divertirme.

Ese sábado, como tantos otros, salí con Sofía y su amiga Patri a disfrutar de la noche de Madrid. Siempre íbamos por la zona de Bilbao. La discoteca Ruta 99 era como nuestra casa, todos nos conocían y nos sentíamos más que cómodas. Nos acercamos a la barra, pedí una tónica, mi bebida favorita desde siempre, y unas Coca-Colas para Sofía y Patri, y nos fuimos directamente a la pista, donde me encendí un cigarro y me puse a bailar. Ruta no era muy amplia,

la pista era pequeña, y por toda la sala se sentía el olor a tabaco, a juventud y expectativas. La barra estaba llena y varios chicos empezaron a fijarse en nosotras.

Me di la vuelta y ahí arriba, en el segundo piso, apoyado en la barandilla con una copa en la mano, estaba él. Nos quedamos mirándonos fijamente, ninguno de los dos podía apartar la vista. Era alto, tenía los ojos negros, vestía vaqueros y su camisa blanca contrastaba con el moreno de su piel. Veinte años después, sigo pensando que fue su sonrisa lo que me enamoró.

—Raquel, ¿qué haces? —me llamó mi hermana.

—No mires, pero fíjate en el chico que está arriba, en la barandilla —le susurré.

—No veo a nadie —dijo.

Me giré y ya no estaba allí; de repente sentí una gran desilusión. Me había quedado prendada de sus ojos.

Seguimos bailando y al poco rato, de pronto, sentí una mano en mi espalda.

—Hola, soy Nabil, no he podido parar de mirar esos ojos tan impresionantes que tienes.

—Encantada, gracias, yo soy Raquel —repliqué, conteniendo mi nerviosismo. Él intentó acercarse y darme un beso—. ¿Qué haces? —protesté—. No suelo ir besando a cualquier desconocido que se me presenta —le dije muy digna.

—Vaya, pues ninguna me había dicho que no antes —bromeó con aire de prepotencia.

—Lo siento, Nabil, alguna tenía que ser la primera —respondí con una sonrisa. De cerca, aún era más guapo de lo que me había parecido.

Él se echó a reír.

—Está bien. ¿Te apetece salir fuera y charlamos? —propuso.

—Claro, por qué no.

Salimos y estuvimos lo que me parecieron horas hablando sin parar de la vida, de nuestra forma de ver las cosas, de su país, de sus costumbres, de las mías, de sus estudios, de mi trabajo... El tiempo pasó a una velocidad vertiginosa y de repente me di cuenta de que se me había hecho tardísimo.

—Bueno, Nabil, ha sido un placer, pero tengo que marcharme —dije a regañadientes. Hacía mucho tiempo que no había estado tan a gusto y de forma

tan espontánea con un chico.

Nos dimos los números de teléfono y regresé junto con mi hermana a casa.

Durante el trayecto en metro, entusiasmada, no paré de hablar de él.

—Sí, Raquel, es muy guapo, pero es árabe... —me advirtió.

—Ya, ya lo sé, pero acabo de enamorarme.

Yo entonces, con veinticinco años, tenía el amor idealizado y aún creía en príncipes azules. ¿Cómo no iba a creer si me acababa de encontrar con uno?

Al día siguiente, Nabil me llamó y empezamos a quedar para caminar por Madrid. Nos encantaba el paseo del Prado, la zona de los Austrias o la plaza Mayor, y también visitar monumentos, como el Palacio Real, el Museo del Prado o el palacio de Linares. Cada minuto que pasaba, yo me sentía más y más atraída por él; las famosas mariposas en el estómago no paraban de revolotear.

Nabil entonces estudiaba ingeniería técnica en la Universidad Politécnica y yo estaba muy ocupada con mi trabajo en la productora, por lo que no podíamos pasar mucho tiempo juntos, pero los ratos que compartíamos eran inolvidables.

Nos enriquecíamos mutuamente cada segundo y no tardamos en sentir que nos conocíamos a fondo y mejor que a nadie, que éramos almas gemelas. Un día, otro de esos que no se pueden olvidar, en mayo del noventa y cinco, me besó bajo el reloj de la Puerta del Sol, al que nombramos testigo de los segundos, minutos, horas, días y años que pasaríamos juntos.

Romántica como era, enamorada como estaba, ese beso me hizo sentir que era el hombre de mi vida y que jamás amaría a otro como lo amaría a él.

En julio del noventa y seis, cuando ya hacía un año que salíamos juntos, cada día más enamorados, Nabil planteó el siguiente paso.

—Vente este verano conmigo a Marruecos —me propuso—. Quiero que conozcas a mi familia, mi país, quiero que lo vivas desde dentro conmigo.

Aunque a veces había fantaseado con esa idea, su proposición me pilló por sorpresa: yo nunca había salido de España, ni me había separado de mi familia, pero el amor que sentía por él podía con todo.

—Se lo diré a mis padres —contesté no sin aprensión—. Sé que no se lo

van a tomar bien, pero iré.

Sabía que a mi familia no le gustaría nada la idea. En esos años, los árabes no estaban bien vistos y abundaban las historias de secuestros y de machismo. La broma más corriente solía ser: «Ten cuidado, que querrá cambiarte por dos camellos».

Aparte de tener que luchar contra este prejuicio, lo más delicado era que mis padres ni siquiera sabían que salía con alguien. Había mantenido en secreto todo ese año mis citas con Nabil; la única que lo sabía, mi única cómplice, como lo ha sido en todo siempre, era mi hermana Sofía. Mis padres siempre fueron muy conservadores. Yo había tenido una relación de tres años con otro chico al que habían cogido mucho cariño y cuando rompimos me dijeron que no querían volver a conocer a ningún otro novio hasta que hubiera decidido casarme, advertencia que, no sé si con acierto, seguí al pie de la letra.

Un día, mientras comíamos, me armé de valor.

—Papá, mamá, tengo que deciros una cosa... —Algo en mi tono hizo que los dos soltaran los cubiertos y se quedaran mirándome—. Tengo novio —confesé y, antes de que pudieran interrumpirme, continué a toda velocidad—: Se llama Nabil y es de Casablanca, me ha invitado a ir con él en agosto a Tánger, que es donde vive su familia, para conocerlos.

Mis padres se quedaron helados.

—¿Novio? —exclamó mi madre por fin—. ¿De Marruecos? ¡Pero, hija! ¿Tú sabes lo que estás haciendo?

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? —me interrogó mi padre muy serio.

—Un año —confesé avergonzada por haberlo mantenido en secreto—, pero sé que es el hombre de mi vida.

—Papá, recuerda que nos dijiste que no querías que te presentáramos a nadie hasta que tuviéramos la certeza de que íbamos a casarnos con él y, por eso, Raquel no ha dicho nada hasta ahora —intervino Sofía intentando apoyarme.

Mis padres eran jóvenes, pero, a pesar de eso, muy tradicionales y firmes en sus decisiones.

—Raquel, no vas a ir a ningún lado, no le conocemos de nada y nos estás

planteando irte con él fuera del país —dijo mi padre muy enfadado.

—Mira, hija, no conocemos a su familia y Marruecos es un país complicado, ¿no entiendes que podría pasarte cualquier cosa? —intentó hacerme entrar en razón mi madre.

—Mamá, si no lo conocéis es por lo que nos habéis dicho siempre, y sobre todo después de que rompiera con Raúl. Nabil es una persona maravillosa y nunca permitiría que me pasara nada —repliqué enfurruñada.

—*Papá*, lo que os dice Raquel es verdad, es un chico fantástico, yo lo conozco y es maravilloso —suavizó Sofía.

—Mamá, me voy a ir, tengo veintiséis años y ya tengo edad suficiente para salir de vacaciones sola, voy con irnos amigos y en cuanto llegue estará él para recogerme. Os prometo que sé lo que hago y creo que ya es hora de que confiéis en mí. Nunca he hecho nada malo, he respetado las normas de la casa siempre sin protestar, pero esta vez no voy a transigir —dije, dirigiéndome a mi madre con la esperanza de que me entendiera.

—Papá, Raquel lleva razón: si es responsable para trabajar y para todo, debéis dejarla que también lo sea para divertirse —insistió Sofía.

—Está bien, creo que hagamos lo que hagamos tu hermana ya ha tomado la decisión —dijo mi padre. Se levantó de la mesa muy enfadado y se fue al sillón.

Nos levantamos todos, el ambiente estaba enrarecido, se percibía en toda la casa, pero yo había conseguido salirme con la mía. ¡Me iba a Marruecos con Nabil!

Los días antes de marcharme estaba emocionadísima, a pesar del enfado de mis padres, que aún continuaban muy serios conmigo; compré algunos regalos y preparé la maleta con toda la ilusión del mundo. Viajaría en coche con Bilal y Ana, una pareja amiga, marroquí él y española ella, ya que Nabil se había ido unos días antes para preparar a sus padres. Al saber que iba con otra española, mis padres se tranquilizaron un poco.

Salimos a las cinco de la mañana, el trayecto era largo: siete horas de carretera y otras dos de barco. El viaje en coche se nos hizo corto, casi sin damos cuenta entre bromas, cafés y emoción llegamos al puerto de Algeciras.

La cola para embarcar el coche era impresionante; pasamos varias horas al sol, jugamos a las cartas, comimos bocadillos para hacer tiempo hasta que llegara nuestro turno. Por fin entramos en el *ferry* y, cuando lo vi desde fuera, me impresionó, parecía el crucero de la famosa serie *Vacaciones en el mar*; pero, cuando entré, la realidad fue tan diferente que me quedé en estado de *shock*.

El interior estaba dividido en salas grandes con sofás de cuero rojo colocados en círculo. Al lado de las ventanillas se disponían sillones enfrentados con una mesa de por medio. El olor, en el que se mezclaban el sudor de cientos de emigrantes que ya habían pasado varios días de viaje, las diferentes comidas que llevaban preparadas, el cuero de los asientos y el café del viejo bar del *ferry*, era tan insoportable que una tremenda arcada me llevó a cubierta.

Por fin el aire del mar me ayudó a recuperarme. En ese momento apareció una manada de delfines; era increíble estar tan cerca de ellos y ver la agilidad con la que saltaban. Por un segundo la pura felicidad me invadió y conseguí abstraerme de todo lo que había visto.

Empezó a correr una brisa muy fría y tuvimos que regresar abajo. En cuanto puse el pie otra vez en el salón, volvieron las ganas de vomitar. Qué diferente era todo de lo que yo había visto hasta entonces. No había orden, ni limpieza, parecía increíble que todos esos pasajeros vinieran de países como el nuestro. Era como si al llegar al barco se hubieran olvidado de las costumbres y normas con las que convivían a lo largo de todo el año. Mientras los niños correteaban descalzos, las mujeres no paraban de mirarme. En esos años, en ese mundo, una rubia de ojos azules, en pantalón corto y camiseta, se convertía directamente en una extraterrestre.

—Vamos, chicas —nos apremió Bilal—. Tenemos que sellar los pasaportes y entregar los papeles, Ana y yo le seguimos, mirándonos continuamente, alucinadas con lo que veíamos. Nos pusimos a la cola y, cuando llegó mi turno, me acerqué a los dos policías que se encontraban sentados en los sillones del barco. Eran corpulentos, llevaban un uniforme azul y su penetrante mirada te hacía temblar solo con mirarlos; levantaron la vista, se fijaron en mí y, después de examinarme de arriba abajo, me sellaron el pasaporte y soltaron una risa de complicidad.

Llegamos a puerto, nos montamos en el coche y esperamos para cruzar la aduana, donde debíamos volver a presentar la documentación. Allí la policía aún daba más miedo que la del barco; apartaban coches sin parar, abrían furgonetas que iban tan cargadas que parecían autobuses de cuatro plantas. La ropa y los enseres que sus dueños habían preparado con sumo cuidado antes de salir de los países donde residían acababan en el suelo, sin ningún miramiento; la policía hojeaba los pasaportes para ver si había dinero entre las páginas; si no lo encontraban, podían dejar durante horas a sus dueños al sol, hasta que se cansaban y los dejaban avanzar. Sin ningún disimulo, nos pidieron dinero para no esperar cola; les dimos unas monedas y conseguimos pasar sin problemas.

Según avanzaba el coche, me iba fijando en el paisaje; las casas estaban pintadas de blanco, aunque desgastadas por el tiempo y el mar, no tenían ningún orden en la construcción. La gente andaba por las calles sin preocuparse por si algún coche pudiera atropellarlos. En las carreteras circulaban a la vez personas, animales, carros y todo tipo de vehículos.

Al final de la primera calle le vi. Estaba más guapo de lo que recordaba, el moreno que acentuaba su blanca sonrisa le hacía destacar entre todas esas personas vestidas con ropas humildes y chanclas.

Salí del coche corriendo y me abracé a él. La tensión acumulada en el barco y la aduana pudieron conmigo y rompí a llorar desconsoladamente. Él me abrazó en silencio.

—Ya estoy yo aquí —me susurró al fin acariciándome el pelo. Me besó disimuladamente y, de repente, como por arte de magia, el miedo y los nervios desaparecieron por completo.

Entramos en el coche y nos dirigimos hacia su casa, en silencio. Yo miraba a mi alrededor con avidez, pues todo para mí era completamente nuevo: las calles descuidadas y estrechas, las personas con su tez oscura andando por cualquier lugar, los cafés todos en línea recta en las aceras, llenas de hombres que hablaban sin parar. Apenas se veían mujeres por la calle, y las que había iban tapadas con velos y chilabas.

Por fin llegamos a su casa. Era un bloque de tres plantas y ellos vivían en la segunda. Una sinuosa escalera nos llevó hasta una gran puerta pintada de verde. Cuando por fin se abrió, yo estaba temblando. En ese momento, lo más

importante para mí era que me aceptaran (sabía que las españolas no teníamos muy buena fama; en Marruecos teníamos más o menos la misma consideración que las suecas en España en la época de Alfredo Landa), que me quisieran, porque si no nuestro amor nunca podría ser real.

Entramos y en cuestión de segundos me sentí como en casa. Su padre, Amín, de tez morena y con gafas, reflejaba en su rostro la bondad, la educación y la cultura que le caracterizaban. Me saludó dándome la mano y me dio la bienvenida en perfecto español. Su madre, Hamida, sonriente, me abrazó con todas sus fuerzas; hablaba y hablaba sin parar en árabe, como si yo entendiera todo.

Vi cómo sus hermanas, Mariam y Nadia, de diez y catorce años, me miraban de reojo y cuchicheaban; mientras saludaba al pequeño Ornar, por fin vinieron y me dieron un beso. Por último, me presentaron a su tía, Karima, que vivía con ellos; era una mujer robusta en cuya mirada la aprobación y el recelo se mezclaban a partes iguales. A la única que no pude conocer fue a su hermana Kala ya que estaba estudiando con una beca de filología inglesa en Estados Unidos.

Tomamos té y dulces y me llevaron a mi habitación, donde me dejaron sola para que colocara mis cosas. La casa no era muy grande, pero lo suficiente para las personas que vivían en ella. En el salón, sobre las paredes pintadas de beis, resaltaban los bandos; abundaban los sillones y al fondo había una pequeña chimenea. En conjunto, era tremendamente acogedora, transmitía una paz y una tranquilidad que me hicieron sentir en casa.

—Raquel, vamos a dar una vuelta —propuso enseguida Nabil. Yo me encontraba agotada, pero tenía también unas ganas enormes de conocerlo todo. Ahora estaba a su lado y me sentía segura.

Salimos hacia los zocos. Por las callejuelas una masa de gente se mezclaba por todas partes, los empujones formaban parte del paseo; los comerciantes se acercaban a nosotros intentando vender cualquier cosa: bolsos, alfombras, trajes típicos, zuecos, daba igual. Era extranjera y se suponía que podía comprarlo todo. Eran muy simpáticos y más de una vez me arrancaron una sonrisa con sus bromas —que comprara, que parecía catalana—. A todas las extranjeras nos llamaban «Luisa», y sigo sin saber por qué a pesar de las veces que he visitado Marruecos. Según iba andando, ese mundo

me iba atrayendo más y más; me encantaban las tiendecitas, el colorido de las telas, el olor a especias, los escaparates repletos de oro y, sobre todo, la amabilidad de las gentes.

El resto del día lo pasé en el salón de la casa, comiendo *kau-kau* — cacahuetes tostados— y respondiendo a un millón de preguntas. Ellos tenían tantas ganas de saberlo todo de mí como yo de ellos.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente me desperté pronto y encontré a su madre y a su tía organizando el desayuno. Enseguida quise ayudar, pero ellas no me dejaron, era su invitada y por señas me insistían en que me sentara; pero yo no era así, no me sentía cómoda sin ayudar mientras ellas trabajaban, quería formar parte de ellos y para eso debía implicarme en la rutina de la familia; así me habían educado mis padres.

En la mesa había café recién hecho, dulces, bollos, pan, aceite puro de oliva, queso, fruta... parecía el bufé de un hotel de lujo. La familia se fue levantando y yo ya estaba lista y ansiosa por ver qué me depararía el día.

Nabil apareció en el salón. Nos miramos con un aire de complicidad, se sentó frente a mí y desayunamos, charlando, riendo. ¡Me encantaba su familia tanto como él!

No me permitieron recoger, así que, mientras Nabil se arreglaba, llamé a mis padres.

—Hola, mami.

—Hija, ¿cómo estás? —preguntó con cierto aire de preocupación.

—Mamá, estate tranquila, estoy con unas personas excelentes, la familia de Nabil me está cuidando muchísimo. Son como nosotros —le expliqué entusiasmada.

—Hija, mándanos una postal, escríbenos.

—Lo haré, mamá. Ahora vamos a la playa, pero no te preocupes, aquí la gente es maravillosa, muy hospitalaria, y todo es muy bonito. Esta tarde cuando salga te llamo desde un locutorio y hablamos un poco más, ya sabes que esto es muy caro. Mamá, te quiero, y dile a papá que le encantaría esto con

lo aventurero que es y a mi gordi dile que algún día haremos este viaje juntas.

—Hija, cuídate —insistió aprensiva mi madre.

—Estate tranquila, mamá. Os quiero muchísimo a todos.

Colgué y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Yo estaba feliz, pero también era consciente de la preocupación de mis padres, de sus reticencias.

De repente apareció Nabil en el salón.

—Vamos, Raquel, tenemos que salir ya, amor.

—Yo ya llevo lista un rato —bromeé, guiñándole un ojo.

—Es que estar guapo para una princesa lleva un poco más —me devolvió la chanza.

Una de las cosas que más me enamoró de él era su sentido del humor; me hacía reír constantemente y su sonrisa cada vez calaba más hondo en mí.

Habíamos quedado con Bilal y Ana; íbamos a la playa con todo dispuesto: sombrillas, bocadillos y crema, mucha crema para el sol. Las miradas de curiosidad de los transeúntes ya se habían convertido en una rutina. Nos metimos en el coche y nos fuimos.

El vehículo bajó por una larga pendiente. Parecía que nos dirigíamos por un camino que no nos llevaría a ningún lugar, pero al final conseguimos llegar hasta una zona llana, abandonada y desértica, donde pudimos aparcar. Cogimos las cosas y descendimos por la empinada cuesta hasta el mar. Cuando llegamos, yo me quedé sin palabras. Estábamos en una playa totalmente solitaria, kilómetros de arena donde no había nadie, solo nosotros, el mar, la montaña y un modesto chiringuito, apenas una especie de cabaña hecha con troncos de madera.

Por fin nos pudimos abrazar en libertad.

—Te quiero —exclamó Nabil mientras me cogía en volandas.

No lo olvidaré nunca, no eran solo sus palabras, yo lo sentí en lo más profundo de mí; fue el primer abrazo del millón más que vendrían en los años siguientes.

De repente se acercó un chico que nos ofreció un té. Bilal y Nabil hablaron con él en árabe.

—Ana, ¿has visto? —comenté con mi amiga—. Esto es increíble, nunca jamás pensé que tendríamos alguna vez una playa para nosotras solas, igualito que Benidorm, ¿eh?

Llegaron más amigos de Nabil que vivían en el pueblo que estaba al lado de la playa; uno de ellos salía con una chica irlandesa. Todos los demás eran primos suyos. En cuestión de segundos, se formó una gran panda de gente joven, que bebían vasos de té en los que se posaban las avispas al olor del dulce. Ellos jugaban al fútbol, mientras nosotras tomábamos el sol y charlábamos sobre todo lo que habíamos visto. Ana fue a ponerse crema y empezó a reírse.

—Ana, ¿qué pasa?

—Mirad hacia arriba, esto es...

Cuando le hice caso, me encontré un grupo de chicos jóvenes, en lo alto de la montaña, observándonos como si estuvieran viendo su película preferida en el cine en primera fila.

—Nabil, ¿qué les sucede? —pregunté, riéndome a carcajadas.

—Tranquila, Raquel, nunca han visto a una chica en bikini, no os van a molestar.

Pasamos un estupendo día playero todos juntos y quedamos para salir por la noche.

Debimos de regresar a Tánger a las seis aproximadamente. Mientras volvíamos, el sol iba cayendo, escondiéndose en el mar. Era un espectáculo único; era admirable la grandeza de la naturaleza en un paraje aún tan salvaje.

Cuando llegamos, aparcamos el coche y pasamos por el locutorio para que yo pudiera llamar a casa. Se puso mi padre; aún estaba algo resentido, pero no pudo seguir adoptando esa postura. En cuanto oyó mi voz, estoy segura, se vino abajo. Aunque yo estaba inmensamente feliz, me acordaba de ellos a cada instante. Los imaginaba disfrutando junto a mí y pensé que algún día ese viaje lo realizaríamos juntos, ¿por qué no?

Volvimos a casa de Nabil. Mientras subíamos las escaleras, me cogió y me besó a escondidas.

—A ver si nos van a ver —dije con aire de preocupación.

Él sonrió y me besó de nuevo. Me encantaba su picardía y a él, mi inocencia. Era mi primer amor y lo sabía perfectamente.

En su casa nos estaban esperando con una fastuosa merienda. Es increíble cómo se disfruta de un buen café y un dulce cuando se llega de la playa.

—Raquel —me decía su tía entre carcajadas—, te has puesto roja como un cangrejo y como un tomate. —Nabil me traducía y todos se morían de risa.

Su padre leía el periódico, mientras sus hermanas veían una serie en la tele. El pequeño estaba entretenido con los dulces.

Disfrutamos del café y de la conversación con su padre, y empezamos a reír juntos. Sentí que empezaba a formar parte de la familia.

Después de ese rato tan hogareño, nos arreglamos para salir. Cuando llegué al salón, todos se me quedaron mirando como si hubieran visto una aparición. Llevaba una falda larga azul marino, con una camiseta blanca algo ajustada sin mangas que hacía resaltar mi bronceado de una tarde y el color de mis ojos.

—Raquel, estás guapísima —dijeron sus hermanas muy cariñosas.

—Gracias —respondí con timidez.

Su madre y su tía me hablaban en árabe mientras Nabil me traducía sus halagos y en los ojos de su padre noté su aprobación. Mi ropa era diferente, pero discreta, no provocaba, y le gustó. Estoy segura de que Amin lo sintió como una señal de respeto. Eso nos permitía acercarnos cada vez más. Él y yo hablábamos poco, pero los dos percibíamos que cada vez nos unían más cosas.

Salimos y, mientras bajábamos por las escaleras, Nabil me agarró suavemente, me dio la vuelta y se me quedó mirando con fijeza.

—Gracias, Raquel, por respetar y querer de esta forma a mi familia.

—Nabil, tu familia forma parte de ti y ahora también de mí. No estoy haciendo ningún papel, ellos se hacen querer, y yo cada vez les tengo más aprecio. Me hacen sentir como en mi casa —aseguré con total sinceridad.

—Lo sé, sé que cuando quieres, lo haces de verdad, eso te hace especial, te hace auténtica.

Sentí el orgullo en su mirada. Con cada palabra que pronunciaba, más ahondaba en mi corazón. Nos abrazamos y salimos a la calle.

Nos estaban esperando nuestros amigos y con ellos nos dirigimos al paseo

marítimo. En esa época en Marruecos no había muchos lugares para salir por la noche, solo había cafés, en donde casi siempre se encontraban hombres. No estaban bien vistas las mujeres, pues las que iban solían ser prostitutas, «mujeres de la calle», como ellos decían. Solo había una discoteca donde los adinerados marroquíes buscaban alcohol y mujeres a partes iguales.

—¿Adónde vamos? —le pregunté a Nabil un poco preocupada—. No hay mucho ambiente por aquí, ni siquiera hay gente caminando por la avenida costera.

—Tranquila, ya llegamos. Vamos al único sitio donde podemos tomar una cerveza tranquilos sin que nos molesten, en el hotel Suleiman. Todos los turistas y marroquíes de buena familia se reúnen allí y podremos estar a gusto. Nunca jamás te llevaría a ningún lugar peligroso. Aunque no haya hablado con tus padres, siento que han depositado en mí la responsabilidad de cuidar a su hija y te juro que te devolveré a ellos como la más bonita de las joyas.

Era una pena que mi padre no hubiera oído esa frase, pues le habría dejado tranquilo no solo ese mes de vacaciones, sino para siempre.

Llegamos al hotel. Efectivamente, parecía otro mundo, solo había turistas y el idioma español me sonaba como música celestial. El *hall* era inmenso, la decoración, con abundancia de dorados y sedas, tenía un toque majestuoso. Pasamos al café-bar, un sitio agradable con sillones y mesitas bajas, alrededor de una pequeña pista de baile circular.

Se acercó el camarero. Por fin me iba a tomar una cerveza helada, cuánto la echaba de menos. Y Nabil también. En Marruecos estaba prohibido vender alcohol y consumirlo salvo en discotecas y hoteles.

Esas jarras nos dieron fuerzas para divertirnos. Ana y yo enseguida salimos a la pista a bailar. En ese momento empezó a sonar la *Macarena*. Mi amiga y yo sonreímos. Turistas y marroquíes se fueron incorporando y seguían nuestros pasos, hasta que acabamos exhaustas. La tuvimos que bailar hasta seis veces.

Bebimos alguna cerveza más y de repente sonó en la pista *Reloj, no marques las horas*. Nabil me tendió la mano y me sacó a bailar, y a partir de ese momento ese bolero se convirtió en nuestra canción, nos pertenecería para siempre, o al menos eso sentimos nosotros en aquel momento.

Cuando al cabo de un rato Ana y yo estábamos descansando, se acercaron

los chicos.

—¿Nos vamos? —dijo Bilal.

—Por mí sí. Estoy agotada —contestó Ana.

—Venga, chicos, vamos a dar una vueltecita por el paseo marítimo —les animó Nabil.

—No puedo, de verdad, Nabil —volvió a protestar Ana.

Bilal asintió y Nabil me miró interrogante.

—Vale —contesté—, me apetece sentir la brisa del mar, ¿por qué no? Demos un paseo.

Caminamos por la avenida costera. Era hermosa Tánger por la noche. El murmullo del oleaje y el silencio nocturno producían un contraste que apaciguaba los sentidos. Apenas pasaba nadie por la calle.

Íbamos de la mano, cuando de repente oí una fuerte voz. Miramos y vimos a un policía que nos hacía señas, se acercó y empezó a gritar en árabe. Nabil le contestó bastante alterado, yo le miraba sin dejar de temblar.

—Pero ¿qué sucede? No estamos haciendo nada —pregunté totalmente atemorizada.

Entre los chillidos oí la palabra comisaría y me invadió el pánico: había oído un sinfín de historias en las que la gente que era detenida sufría brutales palizas o incluso a veces desaparecía. Ellos siguieron con el tremendo alboroto y vi cómo, en cuanto Nabil le tendió su documentación, el policía empezó a reírse y le dio una palmada en la espalda, le sacó el paquete de Marlboro que llevaba en la camisa, se despidió y se marchó.

—¿Qué ha pasado, Nabil? —dije temblando aún con el terror en el cuerpo.

—Este sinvergüenza, que por un paquete de tabaco hace cualquier cosa. —Nabil estaba furioso—. Dice que íbamos de la mano y que no podíamos hacer eso, que si yo no sé que estoy en un país musulmán. Al final, cuando ha comprobado mi documento, ha visto que era de Casablanca y me ha dicho que le diera el tabaco, que éramos colegas, él también es de allí. Tranquilízate, cariño, no hubiera permitido que te ocurriera nada.

Seguimos caminando hasta llegar a casa en silencio, el mal humor de Nabil era patente y mi nerviosismo no me permitía hablar.

Me besó en las escaleras como siempre, pero estábamos tan alterados que solo teníamos ganas de olvidar lo ocurrido.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente nos levantamos y preparamos el desayuno. El ritmo en la cocina era frenético, pues su padre nos tenía reservada una excursión familiar para que se me olvidara la mala experiencia del día anterior. Su madre estaba haciendo el pollo, sus hermanas, ensaladas y la tía preparaba el menaje, mientras freía las patatas; el pequeño había bajado a la tahona para recoger el pan que había elaborado su madre, y Nabil y su padre iban cargando los coches con mesas, sillas y cestas. Parecía que íbamos a viajar durante días, no faltaba ni un detalle para una jornada que para mí sería inolvidable.

Salimos muy pronto. Los hermanos de Nabil se disputaban qué lugar ocuparían en los vehículos, los tres querían venir con nosotros. Por fin nos acomodamos y nos pusimos en camino.

—¿Adónde vamos? —pregunté con curiosidad.

—Es una sorpresa, pero te aseguro que te va a encantar.

Pusimos música y empezamos a cantar; yo les enseñaba mis canciones y ellos me ponían las suyas. Fue un trayecto la mar de alegre.

Nos detuvimos en la primera parada, un mercado típico árabe, algo que yo no había visto nunca. La plaza estaba llena de puestos de todo tipo: carne, frutas, dulces, pan, artesanos, personas que cortaban el pelo y, lo que más me llamó la atención, ¡un sacamuelas! No me lo podía creer, era lo más surrealista que había visto en mi vida, pero a la vez tenía sentido en aquel contexto. Parecía que me hubiera transportado cien años atrás.

—¿Qué te parece, Raquel? —me preguntó el padre de Nabil, buscando mi aprobación.

—No lo entiendo muy bien, pero me encanta, es algo que jamás había

visto, me tiene completamente conquistada.

—Vamos a comprar una sandía. Elígela tú, seguro que saldrá dulce —dijo mientras me sonreía.

Compramos la fruta y continuamos el viaje. Tardamos dos horas, pero mereció la pena. Llegamos a una pequeña aldea de pescadores, Moulay Bousselham, con unos paisajes litorales imponentes y unas playas inmensas cuyos cielos limpiísimos eran surcados continuamente por bandadas de aves. Naturaleza en estado puro, donde el tiempo parecía haberse detenido, deseoso también de disfrutar de semejante belleza.

Era un pueblo de casitas bajas, al borde de la carretera; no había aceras y, como era común en todas las ciudades de Marruecos, las personas se mezclaban con todo tipo de vehículos y se hacía muy difícil caminar. Avanzamos bajo el sol abrasador y nos dirigimos cargados hasta la laguna de Merja Zerga, un lugar donde las embarcaciones entraban y salían sin parar; llegaban cargadas de pescado para la pequeña lonja, mientras recogían a las familias como nosotros que buscaban un rincón aislado donde pasar una jornada tranquila.

Nos montamos en una barca, no sin cierta dificultad, pues íbamos muy cargados, y nos dirigimos hacia una playa solitaria con un paisaje indescriptible, que transmitía una sensación única de paz y tranquilidad, un lugar por donde no había pasado el tiempo y de una belleza insuperable.

Cuando llegamos a la isla, Nabil pactó la hora a la que debían recogernos. Sacamos las cosas y nos acomodamos como si estuviéramos en el salón de casa.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta la sorpresa? —me preguntó Nabil, entusiasmado.

—Es increíble, Nabil, jamás había visto nada igual; no tengo palabras.

La felicidad en la cara de Nabil era patente, veía cómo sus hermanos me adoraban, me buscaban y solo querían estar conmigo; su madre no paraba de besarme y su padre me observaba con el respeto que se ofrece a una persona que comparte tus mismos valores.

El agua era cálida. Nos bañamos durante la mañana, hasta que llegó la

hora de la comida, en la que no faltó absolutamente de nada; montamos la mesa, las sillas, los manteles, y sacamos las viandas: una gran fuente de pollo, ensalada, patatas fritas, pequeños platos de aperitivos, Coca-Cola, naranjada... La sandía de postre fue la culminación de un gran banquete. Llevaba razón su padre, tuve la suerte de que salió dulce, y su frescura fue el remate perfecto de aquel festín.

Amin dio el primer mordisco y me miró, guiñándome un ojo.

—La sandía la ha escogido Raquel —dijo con orgullo— y es dulce como ella.

Todos soltaron una gran carcajada y el pequeño Ornar me abrazó en un impulso.

El resto del día transcurrió entre baños, sol y pequeños paseos por la orilla para disfrutar del paisaje.

Nabil y yo nos sentamos para ver la puesta de sol a orillas del lago.

—Raquel, gracias —dijo Nabil—, hacía tiempo que no era tan feliz, tengo que confesarte que estoy locamente enamorado de ti, tú me completas —aseguró mirándome a los ojos.

Cada vez que me miraba, hacía temblar todos mis sentidos.

—Yo también siento lo mismo por ti, Nabil. Estoy segura de que este amor será para siempre. Tienes una maravillosa familia, que me ha acogido como si fuera la mía propia, y me ha llenado de felicidad, y sobre todo me he quedado más tranquila, porque he visto que no hay tanta diferencia entre tu mundo y el mío.

—Yo no veo diferencias, yo en tus ojos veo la bondad, la ternura, el amor y sobre todo el respeto.

—No me ha costado ningún trabajo, Nabil, me lo han puesto muy fácil. Solo deseo que, cuando me marche, tu familia, en la intimidad, pueda decirte que está orgullosa de la mujer que has elegido. Somos muy afortunados porque podemos vivir dos mundos paralelos y diferentes, podemos intercambiarnos la vida.

—Tú lo haces posible, tú haces que cualquier momento sea especial.

Nos abrazamos, contemplando cómo empezaba a hacerse de noche en el

horizonte.

Enseguida vino la barca a recogerlos. El viaje transcurrió en silencio y los niños se quedaron dormidos. Nabil agarró mi mano mientras conducía. El silencio nos unía tanto como las palabras, porque nuestro corazón hablaba por nosotros.

El resto de los días transcurrieron entre playas, paseos, reuniones con amigos y jornadas en familia. Es increíble cómo, cuando estás feliz, el tiempo no corre, sino vuela; yo no quería que acabaran esos días, me hubiera gustado poder detener el tiempo y seguir viviendo sin límites ese amor mágico.

Pero llegó el momento de marcharme. Nabil iba a seguir unos días más con sus padres, mientras yo regresaba con Bilal y Ana.

Nos levantamos pronto para desayunar juntos, fue la primera mañana en la que el silencio reinó en la mesa. Jamás hubiera pensado que en tan solo un mes se generarían tantos sentimientos.

Acabamos el almuerzo y cogí la maleta. Vinieron todos al *hall* a despedirse: los chicos me abrazaron mientras lloraban, su madre me sonrió y me besó, al igual que su tía. Al final, su padre se acercó y me abrazó tímidamente, no quería cruzar la línea, pero yo le abracé con fuerza y le di las gracias a toda la familia. No pude evitar llorar y salí de esa casa con el corazón encogido, en un puño.

—Vamos, Raquel, venga, familia, que estoy seguro de que pronto nos vamos a volver a ver —dijo Nabil con voz temblorosa.

Bajamos las escaleras, nos montamos en el coche de Ana y nos dirigimos al puerto. Nabil nos acompañó. Sellamos los pasaportes y nos tuvimos que despedir. No podíamos abrazarnos, ni besarnos, era un lugar público y estaba terminantemente prohibido, nos hubiera podido costar acabar en comisaría.

Nos miramos en silencio durante minutos y dejamos que nuestros ojos hablaran por nosotros.

—Enseguida estaré allí, por favor cuídate mucho y échame un poquito de menos —dijo Nabil.

—No tengas duda de que no habrá un segundo en el que no piense en ti. Cuida de tu familia, no hay palabras para definirlos, pero, claro, tenían que ser

como tú. Vuelve a darles las gracias por todo. Cuídate, te quiero.

—Te amo, Raquel.

El coche comenzó a andar. Mientras me giraba y le miraba por el cristal trasero, no pude evitar llorar; él se metió las manos en los bolsillos, me miró, bajó la cabeza y comenzó a caminar hacia su casa.

Bilal y Ana trataron de animarme:

—Venga, Raquel, dentro de diez días volverá a estar contigo.

No era eso lo que me entristecía, sabía que esos días jamás volverían a repetirse. Vendrían otros nuevos, por supuesto, pero hay momentos que son únicos y que te marcan para el resto de tu vida.

Llegamos a Madrid y la tristeza se vio compensada por la alegría de volver a casa, estaba deseando ver a mis padres y a mi hermana.

—Hija, pero qué guapa estás, qué morena. —Mi madre me abrazó.

—Sí, mamá, es que me han cuidado mucho. Traigo un montón de regalos para todos, y tengo tanto que contaros.

Sofía se unió al abrazo.

—¿Qué pasa, gordi? —la saludé—, te he echado mucho de menos, me he acordado de ti en un montón de sitios, te encantaría Marruecos, algún día te llevaré.

Por fin apareció mi padre, corrí a abrazarle y con el beso que me dio sentí que todo había pasado. También volví a sentirme feliz en mi ambiente; oír la tele en español me resultaba distinto, tanto tiempo escuchando hablar en árabe; mi habitación, mis cosas. No había duda de que, en ningún sitio, a pesar de la hospitalidad, se estaba como en casa.

CAPÍTULO 4

El resto del verano pasó tranquilo; entre el trabajo, la familia y los amigos, volví rápidamente a la rutina de mi vida diaria.

Quedaban dos días para que volviera Nabil de Tánger. Estaba feliz y nerviosa; decidí irme de compras, quería estar radiante para él. Llevábamos diez días sin vernos y por fin había llegado el momento del reencuentro. Ardía en deseos de saber qué le habría dicho su familia, si me habían aprobado. Su opinión nos pondría las cosas más fáciles o difíciles. No hay ninguna relación que pueda funcionar sin el apoyo de la familia, ya que además los dos éramos personas muy amantes de los nuestros.

Por fin llegó el momento. Me había pedido el día libre para ir con Bilal a recogerle. Mientras esperaba en el andén de la Estación Sur de autobuses, el calor y los nervios me impedían respirar. Apareció el autobús en la dársena que indicaba el panel y le vi a través de la ventana: estaba morenísimo. Mi corazón se aceleró de cero a cien en cuestión de segundos.

—Dios mío, estás preciosa. Cuánto te he echado de menos, estaba deseando volver —dijo nada más bajar mientras me cogía en volandas.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí mientras le besaba—. También te he echado mucho de menos.

Cogió el equipaje y nos montamos en el coche. Bilal y Nabil iban hablando en árabe; yo entendía algo, muy poco, pero me daba igual. Ya le tenía junto a mí. Él miraba para atrás para verme y me sonreía continuamente, esa sonrisa que me volvía loca.

Aunque suene un poco cursi, las cosas ocurrieron tal y como las cuento. El amor que nos tuvimos Nabil y yo fue único, verdadero, aunque ninguno de los

dos sospechábamos en ese momento que hay amores tan grandes que con el tiempo se pueden volver tóxicos y perjudiciales, y que, después de haber dado tanta alegría, pueden llegar a causar el máximo dolor que una persona puede llegar a sentir.

Llegamos a su casa, soltó el equipaje y nos sentamos en el salón. Bilal se fue a trabajar y nos quedamos solos.

—Bueno, cuéntame qué tal la familia, Nabil. ¿Qué te han dicho de mí?

—Mi familia, Raquel, está loca contigo, no paran de hablar de ti, de tu alegría y del vacío tan grande que dejaste en la casa cuando te marchaste.

Le abracé.

—Me alegro mucho, tú sabes lo importante que era para mí que me aceptaran.

—No solo eso, Raquel, en cuanto fui a salir de mi casa, mi madre me dijo: «No pierdas a esa mujer, porque jamás encontrarás otra igual. Cuídala y lucha por ella».

Guardé aquellas palabras como un tesoro en mi corazón.

Emprendimos nuestras respectivas rutinas. La vida se remansó. Yo seguía trabajando en la productora y él continuaba en la Politécnica y nuestro noviazgo iba viento en popa. Hablábamos a diario y nos veíamos siempre que podíamos. Un día cualquiera, pocos meses después, me llamó.

—Hola, amor, ¿te apetece que vayamos a cenar esta noche? Me gustaría comentarte algo y así charlamos tranquilamente.

—Claro, pero ¿pasa algo?

—No, tranquila, solo quiero tu opinión en un tema.

—Muy bien —repuse intrigada.

—Perfecto, nos vemos a las nueve donde siempre.

Colgamos y seguí con el ordenador. Eran meses de muchísimo trabajo y tenía poco tiempo para divertirme. Además, hacía poco que me habían nombrado directora de producción y tenía que demostrar más que nunca lo que valía.

Por fin salí de la oficina. Estábamos en octubre y el frío empezaba a notarse. Eran las siete del viernes, tendría tiempo tan solo de darme una ducha

y salir pitando. Había quedado con Nabil en nuestro lugar preferido, Las Cuevas de Sésamo, en Huertas, un local muy auténtico donde, tras bajar las escaleras, se llegaba a una cueva, que tenía en las paredes frases de escritores, filósofos, matemáticos, etc. Al fondo se encontraba un viejo piano, que solo sonaba de vez en cuando.

Nos sentamos al fondo en un rincón y pedimos una jarra de sangría, la especialidad de la casa.

—¿Qué tal llevas los proyectos? ¿Controlados ya? —preguntó Nabil, para iniciar la conversación.

—Casi los tengo listos, aunque en este trabajo ya sabes que los imprevistos son lo habitual, hasta el final no puedes estar tranquila del todo. Ha sido una semana muy estresante. Y tú, ¿qué tal el dibujo técnico? ¿Te has hecho ya con él?

—Bueno, ahí va, no lo tengo tan controlado aún, pero, en fin, espero poder ganarle la batalla y aprobar la asignatura.

Nabil entonces estaba en el último año de ingeniería técnica en la Universidad Politécnica de Madrid.

—Raquel, quiero preguntarte algo —continuó con aire serio y contundente.

—Dime, te escucho.

—Es importante para mí, que sepas que lo que quiero preguntarte no lleva ninguna intención oculta detrás.

—Nabil, me estás preocupando —dije algo nerviosa.

—Quiero hablar con tu familia y pedirle tu mano a tu padre. ¿Quieres casarte conmigo? Quiero pasar el resto de mi vida junto a ti, quiero despertar y ver tu cara todas las mañanas, quiero hacerte el amor todas las noches hasta el amanecer, pero para mí es muy importante que sepas que no quiero papeles, que no los necesito y que, aunque nos casemos, no voy a solicitar la nacionalidad, hasta que pasen años, porque quiero que tú y tu familia siempre tengáis claro que solo me quiero casar contigo por una sola razón. Te amo más que a mi vida.

Se me saltaron las lágrimas, lágrimas de auténtica felicidad. Yo sabía que él tenía su residencia de estudiante y no necesitaba casarse para permanecer en España, es más, había cambiado de planes al conocerme. Él quería acabar la carrera y viajar a Bélgica, donde tenía familia. Yo sabía que no lo había

hecho por mí.

—Di algo, por Dios, Raquel —insistió Nabil, atacado por los nervios.

—Pues, ¿qué voy a decir?, que sí, que sí quiero pasar el resto de mi vida contigo, que quiero compartirlo todo, que quiero entregarme a ti para siempre.

Nos fundimos en un inmenso abrazo que también fusionó nuestras almas. Como me escribió mi hermana Sofía una vez, éramos muy afortunados porque además de amarnos podíamos intercambiarnos la vida, una vida juntos que comenzaría en un camino basado en el amor, la tolerancia, la confianza y sobre todo el respeto por las costumbres del otro.

A la semana siguiente les dije a mis padres que Nabil quería hablar con ellos y que vendría a comer el domingo.

—Claro, hija, no hay problema.

Habían conocido a Nabil en otra comida organizada en casa. A mis padres les gustó. Era un chico educado, respetuoso, con un gran sentido del humor y con un carácter que encandilaba a todo el que trataba con él.

Así que la comida se organizó tal y como yo lo había planeado. He de decir que yo veía a mis padres mucho más reacios en cuanto a nuestra relación que los suyos. Por desgracia, el paso de los años les dio la razón.

El domingo llegó y yo estaba bastante nerviosa. No sabía cómo reaccionarían mis padres ante las novedades que les esperaban.

Sonó el timbre. Abrí yo.

—Hola, cariño, pasa.

Nabil me siguió hasta el salón.

—¿Qué tal? ¿Cómo está, señor Ángel? —Saludó a mi padre dándole la mano.

Mi madre, sonriente, le besó.

—¿Qué tal, Nabil? Pero siéntate. ¿Quieres tomar algo? —le preguntó.

—Bueno, si eres tan amable, una cerveza.

Nabil quería tratar a mis padres de usted, pero se liaba con el idioma y era todo un caos. Bueno, para ser exactos, se confundía bastante. Aún recuerdo un día en que, al despedirnos, le dije:

—Adiós, bombón.

Y él me respondió.

—Adiós, bombona.

Yo me eché a reír a carcajadas mientras iba hacia el metro, dándome la vuelta para ver su cara de absoluto desconcierto.

—¿Quieres tú algo, Ángel?

—Sí, yo otra cerveza.

Mientras se la bebían y se fumaban un cigarrillo, mi madre y yo acabamos de poner la mesa.

Cuando todo estuvo listo, nos sentamos.

—Humm, esto está buenísimo —dijo Nabil con cierto aire de nerviosismo.

—Gracias, hijo —respondió mi madre.

Yo, de momento, me mantenía en silencio, esperando a que Nabil iniciara la conversación. Por fin se armó de valor.

—Bueno, señor Ángel, he venido a comer porque quiero decirle que deseo casarme con su hija y me gustaría tener su aprobación.

—¿Tú la quieres? —replicó mi padre.

—Pues usted qué piensa, si no para qué iba a venir. La quiero y es la mujer de mi vida.

—¿Lo habéis pensado bien? ¿Sabéis que ya de por sí el matrimonio es difícil al igual que la convivencia? Venís de lugares distintos y de costumbres diferentes y tendréis más barreras que saltar que los demás.

—Papi, ya lo sabemos, pero de verdad que en nosotros no hay diferencia alguna.

—Pues solo me queda decirte que, por favor, me la cuides. Es mi tesoro.

—Se lo prometo, cuidaré de ella hasta el fin de nuestros días.

Mi madre permaneció en silencio, la tristeza se reflejaba en su rostro. Tal vez ella tenía un mal presentimiento.

—¿Para cuándo tenéis previsto casaros? —preguntó mi padre.

—Para el verano —contesté yo rápidamente.

—Pero solo quedan unos meses —dijo mi padre.

—Ya, papá, pero cuando nos casemos, tendremos que viajar a Marruecos para arreglar muchos papeles, y había pensado en cogerme mis vacaciones y unir las a los días de la luna de miel.

—Aprovechando el comentario de Raquel —intervino Nabil enseguida—, quiero insistirles en que no me caso por papeles. Yo tengo mi documentación en regla. Lo que ocurre es que, al casamos, tendré que cambiar el tipo de

residencia.

—Eso lo daba por hecho, Nabil —dijo mi padre con seriedad—. Bueno, pues si ya lo tenéis decidido, solo me queda deciros que el amor hay que alimentarlo todos los días, hay que luchar para mantenerlo en el tiempo, y que por muy enfadados que estéis, jamás os vayáis a la cama sin daros un beso de buenas noches. Vamos a brindar, os deseamos tu madre y yo mucha felicidad, y como no me la cuides...

Nos echamos a reír y brindamos.

CAPÍTULO 5

A partir de ese momento, los días pasaron volando. Entre el trabajo y los preparativos, no tenía tiempo para nada. Nabil no sabía cómo organizar una boda en España y al final me tuve que ocupar de casi todo. Él, por su parte, se encargó del papeleo para que sus padres y hermanos pudieran asistir.

Habíamos decidido casarnos por lo civil y me empeñé en que no lo haría en la calle Pradillo. Había visto muchas bodas en esos juzgados y en bastantes ocasiones la mayoría de los asistentes tenía que quedarse en la calle porque no había sitio en la sala. A pesar de no poderme casar por la iglesia, ya que él era musulmán, yo quería una boda de princesa, tal y como siempre había soñado.

Empezamos a buscar ayuntamientos que celebraran enlaces los viernes. Nos decantamos por el de Alcobendas, que estaba recién construido y en cuya sala cabían unas doscientas personas; aunque no fuéramos tantos, así estaríamos más cómodos. Al final, invitamos a unas ciento veinte personas.

Encontramos un salón para el banquete perfecto. Nos gustó su sencillez y que estuviera cerca del ayuntamiento. Todo empezaba a encajar.

Las invitaciones estaban listas y entregadas, ya había elegido el vestido y los regalos comenzaban a llegar. Todo estaba preparado para el gran día.

Su familia viajó a Madrid con una semana de antelación. Organizamos una merienda para que nuestros padres se conocieran y todo salió a pedir de boca, encajaron perfectamente, a pesar de las dificultades con el idioma.

Aprovechamos para cerrar los últimos detalles. Mi madre sería la madrina y Amin, su padre, el padrino, ya que, a diferencia de Hamida, él sí hablaba español. Nos aseguramos con los responsables del restaurante de que los familiares que venían de Marruecos, y que llevarían sus vestidos

tradicionales, pudiesen brindar con mosto en lugar de con cava como lo haríamos nosotros.

El día anterior nos comunicaron que la celebración la oficiaría el alcalde en funciones, ya que al titular lo habían detenido por fraude. Ese tan solo fue el primero de los imprevistos que acontecerían. No nos afectó. Agradecemos la llamada, pero nosotros solo pensábamos en casarnos y no nos importaba qué pasara en el resto del mundo.

Por fin llegó el gran día. Era el 18 de julio de 1997 y nos íbamos a casar a la una del mediodía.

Me levanté a las siete de la mañana. Ya estaba bastante nerviosa y, justo cuando empezaba a prepararme, sonó el teléfono. Era la maquilladora. No iba a poder venir, su hija se había puesto mala y no tenía con quién dejarla. En ese momento me cambió la cara.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó mi madre.

—La maquilladora no puede venir, pero, bueno, lo haré yo, no pasa nada, mamá —contesté, algo nerviosa.

—Hija, estarás guapísima de todas formas —me animó mi madre mientras me abrazaba.

Vino la peluquera y, mientras me peinaba, volvió a sonar el teléfono; eran las nueve.

—¿Dígame?

—Raquel, soy Héctor. Me va a ser imposible sacar las fotos de la boda. Me acaban de llamar de Barcelona para una campaña publicitaria, es una oportunidad única.

—No puedes hacerme esto, Héctor. Ahora no puedo encontrar a nadie —protesté, bastante alterada.

—Lo sé, no te enfades conmigo, sabes que si no fuera algo importante no te dejaría tirada en un día tan especial.

—Bueno, da igual, ya veré lo que hago. Gracias por llamar y suerte —me despedí, bastante desmoralizada.

No daba crédito. ¿Qué más podía pasar?

—Pero, hija, no me digas que Héctor no viene.

—No, mamá. —Al ver su cara de preocupación, intenté consolarla—: Da igual, seguro que el ayuntamiento trae un fotógrafo y después podremos contratarle para el banquete —le dije.

Respiré hondo, mantuve la calma como solía hacer en situaciones difíciles y me arreglé con mi vestido de princesa como siempre había soñado. Nada iba a estropearme el día.

Ya estábamos listas, eran las doce y media y estábamos a punto de salir para el ayuntamiento. Pero por si no hubiera sido suficiente el rosario de imprevistos en la mañana de un día tan especial, al bajar a la calle vimos que había un camión obstruyendo la salida.

Mi tío empezó a pitar y yo, ni corta ni perezosa, me remangué la cola del vestido y salí corriendo hacia el taller de coches que había enfrente de mi casa.

—¡¡¡¡Pero, por Dios, ¿de quién es el camión que está ahí, que me tengo que casar?!!!! —grité.

Por fin llegó el conductor y conseguimos salir. La situación, con todos los vecinos asomados a las ventanas, resultó como poco pintoresca.

Actualmente, las graciosas de mis amigas siguen diciéndome que cómo no vi las señales, que eran bastante claras.

A pesar del camión, como no había tráfico, llegamos antes de la una, por lo que le dije a mi tío:

—Vamos a dar unas vueltas por aquí, no pienso llegar puntual, cualquier novia que se precie se hace esperar.

—Estamos de acuerdo, sobrina, vamos a hacerle sufrir un poco —replicó mi tío, riendo.

Tampoco fuimos muy malos: llegué a la una y diez. Nabil y su padre nos esperaban al pie de la escalinata del ayuntamiento. El novio cogió a mi madre del brazo y su padre me dio la mano para ayudarme a salir del coche. Cuando subimos, ante mis ojos apareció una escena muy emotiva: el día radiante, el rumor de la fuente de fondo, el edificio de cristal recién estrenado, el colorido de los trajes exóticos y, en medio de ese decorado, todos los invitados expectantes y sonrientes. Sentí unas inmensas ganas de llorar de felicidad.

Entramos en la sala. Los dos estábamos muy nerviosos, tan solo teníamos veinticuatro años él y veintisiete yo, éramos muy jóvenes. La ceremonia fue

sencilla, y, cómo no, finalizó con el inevitable «puede besar a la novia».

Salimos y lo que no faltó tampoco fue el arroz. En medio del jaleo y las felicitaciones, Amin pisó mi vestido de tul y parte de él se quedó en el pavimento.

Fue el día más feliz de mi vida, en el ambiente flotaban la emoción, los sentimientos, y muchos, pero que muchos «que se besen». Al salir del banquete, quedamos en una terraza cercana famosa por sus cócteles. Todos hablaban mientras decidían dónde iríamos a bailar después. Nabil y yo nos miramos. No tuvimos que decirnos nada, pensábamos lo mismo, teníamos reservada la *suite* nupcial del hotel Montepíncipe.

—Gracias a todos por compartir este día tan maravilloso con nosotros — empezó Nabil su despedida—, pero nos encontramos agotados y de verdad que estamos deseando llegar al hotel.

No sé si fue muy decorosa nuestra actuación, pero llevábamos horas queriendo estar solos y disfrutar también del día más importante de nuestras vidas.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación, me cogió en brazos y dijo mirándome a los ojos: «Ya eres mi mujer».

Me dejó en la cama y me besó como nunca lo había hecho, bebimos cava, comimos fruta y nos amamos hasta el amanecer.

Al día siguiente almorzamos con la familia, ya que sus padres por la tarde salían para Marruecos. Nosotros lo haríamos tres días después. Habíamos pensando viajar a Tánger por la noche. Estábamos ansiosos, era nuestro primer viaje juntos como marido y mujer.

Imaginaba las maravillosas situaciones que viviríamos en nuestra luna de miel.

Viajamos durante toda la noche y embarcamos en el *ferry* sobre las nueve de la mañana. Cuando llegamos al puerto, su padre estaba esperando para recibirnos.

—Por fin, hijos —nos saludó con un entusiasta abrazo—, ya estáis aquí, os hemos echado de menos.

—Gracias, papá —dije cariñosamente.

Llegamos a su casa y subimos las escaleras, esas escaleras donde los besos robados habían hecho las delicias de nuestras noches apenas un año antes.

Cuando entramos, nos estaban esperando con el desayuno, como era su costumbre; nos abrazaron, hablando todos a la vez.

Su madre se acercó a mí.

—Ven, Raquel, esta será vuestra habitación —me indicó llevándome aparte. Mientras me la enseñaba, sacó una caja del armario y me la entregó. Contenía un collar de perlas—. Cuídalo, lleva años conmigo y ahora quiero que lo tengas tú.

Ese día lo pasamos de casa en casa. Toda la familia de Nabil que no había asistido a la boda quería conocerme. Uno de los suyos no solo se había casado, sino que lo había hecho con una extranjera, y eso aún despertaba más curiosidad.

Cuando volvimos, casi no podíamos movernos entre tanto café, té y dulces.

Al día siguiente viajamos a Casablanca. Era nuestro primer destino y allí nos esperaba el primer objetivo a conseguir, el certificado de nacimiento, ya que Nabil había nacido allí. Llegamos al hotel. Era fastuoso, como todos los de Marruecos, con abundancia de dorados, telas de colores y aparatosas lámparas. En el mostrador de recepción, un empleado nos miró de arriba abajo con una sonrisa irónica.

—Por favor, el libro de familia, saben que es condición imprescindible —pidió con retintín.

Nabil se lo entregó con orgullo.

—Preferimos cama de matrimonio —dijo mientras me abrazaba.

Nos dio una bonita habitación, sencilla, con vistas al mar, que nos pareció preciosa. Nuestro amor la hacía única.

Nos levantamos a las seis. Nos habían informado de que debíamos estar pronto porque en las oficinas del Registro Civil había mucha cola. Efectivamente, así fue. Esperamos pacientemente durante tres horas al sol, hasta que llegamos a la ventanilla y nos dieron el ansiado certificado.

—Nabil, ¿todos los papeles que necesitamos nos van a costar tanto esfuerzo?

—Princesa, esto es Marruecos y el orden y el sentido común no existen.

Desayunamos y fuimos a visitar la impresionante mezquita de Hassan II. Se encuentra situada junto al mar y tiene el minarete más alto del mundo. Las extranjeras debíamos ponernos un velo para entrar a visitarla, pero sin duda mereció la pena. Era un edificio grandioso, cubierto de hermosas alfombras y con un bosque de majestuosas columnas que transportaba al viajero al mundo de las mil y una noches, del que era difícil no enamorarse.

El resto del día lo pasamos paseando por la ciudad. Era grande y moderna, pero la medina y el casco antiguo mantenían el encanto originario. Agotados por el calor sofocante, volvimos al hotel para descansar.

Por la noche salimos a cenar. Llegamos a un humilde restaurante, con mesas cubiertas con manteles de cuadros en cada una de las cuales había una velita.

—Nabil, ¿te has dado cuenta de que aquí la gente está bebiendo vino? — pregunté con curiosidad.

—Sí, Raquel, en Casablanca es diferente. La mayoría de la gente bebe cuando sale con amigos, es una ciudad más abierta. ¿Te ha gustado?

—Lo que me ha enamorado es la mezquita de Hassan II, lo que menos, la cola para conseguir los papeles —dije, riéndome a carcajadas.

—Pues prepárate, que nos queda ir mañana a Rabat, para pedir el certificado de penales.

—Sí, tengo ganas de acabar con tanta burocracia y llegar a Tánger para disfrutar de la playa, de la familia y de nosotros sin tener que ir a ninguna oficina siniestra más.

He de aclarar que, en ese momento, nuestra situación económica era simplemente decorosa, ya que solo trabajaba yo; él seguía estudiando y no nos podíamos permitir ni alojarnos continuamente de hotel en hotel ni demás lujos.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, salimos para Rabat, para poder estar allí sobre las seis. Cuando llegamos, vimos una cola infinita. Nabil le consultó a un señor algo en árabe.

—¿Qué le has preguntado?

—Que cuánto llevaba aquí esperando y que a qué hora cierran. Dice que lleva esperando dos días y que cierran a las dos.

—Estás de broma, ¿no? Nabil, esas bromas no me gustan.

—No, cariño, es verdad.

De repente se acercó un chico, que le comentó algo a Nabil, y vi cómo él a continuación le daba su pasaporte y cinco mil pesetas.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Raquel, la única forma de conseguir el certificado de antecedentes penales es pagando. De lo contrario, podríamos pasarnos días en la cola y nunca lo tendríamos. Estos chicos se ponen los primeros y se van turnando, cogen el dinero y los pasaportes y los policías les dan los certificados a cambio de parte del dinero.

—Pero entonces esa pobre gente nunca va a llegar.

—A última hora atienden a veinte personas, más o menos.

—Dios mío, es increíble.

—Esto es Marruecos, cielo, y las cosas solo funcionan con dinero —me explicó Nabil con cierto fatalismo—. Vamos a desayunar, anda. Tenemos que volver dentro de una hora, cuando ya lo tendremos listo.

Entramos en una cafetería. Yo no daba crédito a lo que estaba viendo. Se me mostraba un país que empezaba a no resultar tan idílico como yo lo había pintado.

A la hora, tal y como se comprometieron, estábamos recogiendo el documento e iniciamos el camino de regreso a Tánger. Ya solo nos quedaba el certificado médico y solicitar día para el visado en el consulado español.

En cuanto llegamos me sentí como en casa. Ya no nos quedaba casi nada, podríamos dedicarnos a vivir y disfrutar de nuestro amor. Al fin y al cabo, aún no habíamos podido aprovechar casi nuestra luna de miel.

CAPÍTULO 6

Al día siguiente decidimos ir a Ashila de excursión, una ciudad de la que Nabil decía que tenía unas playas increíbles. Le encantaba ese sitio porque siempre iba con su padre a pescar.

Lo acompañé antes a hacerse los análisis para el certificado médico y desayunamos por el camino. Paramos en un lugar de carretera, con sillas como las de las antiguas cocinas y unas mesas desgastadas, pero nos ofrecieron café, pan recién hecho y aceite puro de oliva.

—Hummm, qué aceite tan rico, Nabil. No había probado ninguno así nunca, ni siquiera el que traen mis padres de Campo Real.

—Claro, es aceite recién prensado y traído del molino.

—Delicioso, me encanta.

Continuamos el viaje. Tan solo había cincuenta kilómetros desde Tánger, pero las carreteras estaban en muy mal estado y los conductores parecían no hacer caso de las más elementales normas de circulación.

Llegamos a Ashila. Era una ciudad pequeña, con casas blancas y tejados de colores. Los balcones estaban llenos de flores y recordaba a cualquier pueblecito andaluz. Para mi sorpresa, cuando levanté la vista hacia los letreros de la calle vi un bar que se llamaba Casa Manolo.

—Nabil, ¿y ese bar? —pregunté con curiosidad.

—Lleva ahí toda la vida, ¿te apetece un pincho de tortilla?

—Sí, sí, porfa, hummmm...

Disfrutamos de unas ricas tapas españolas, aunque echamos en falta el jamón, ya que en esa época estaba prohibido vender cerdo en todo el país.

Fuimos a la playa y me enseñó el puente desde donde pescaba con su

padre. Por fin pasamos un día tranquilo los dos juntos, sin colas ni trámites.

Al día siguiente, habíamos planeado ir a Chauen. Según Nabil, era bastante distinto a lo que había visto hasta entonces. Se le conocía como el «pueblo azul», ya que las casas de la medina eran de ese color; sus calles estrechas estaban llenas de teterías donde nada más entrar se notaba el olor del kif. Antes de salir, pasamos por el laboratorio a recoger sus análisis.

—Ha salido positivo —dijo la enfermera en perfecto español.

—Positivo ¿de qué? —pregunté preocupada.

—De sífilis —contestó ella.

He de aclarar que, sin el certificado médico, era imposible que Nabil obtuviera la residencia. El laboratorio al que habíamos ido estaba concertado con el consulado, por lo que solo podíamos conseguirlo ahí.

Nos dio los análisis, pagamos y nos fuimos.

—Nabil, ¿tienes algo que decirme que no sepa? —pregunté.

—Amor, te juro que es imposible, debes confiar en mí —dijo con aire de desesperación.

Le miré a los ojos y añadí seriamente:

—Está bien, vamos a tu casa y lo hablamos.

Mientras caminábamos, no sabía qué pensar, mi cabeza daba vueltas y vueltas, pero curiosamente mi corazón me decía que confiara en él.

Llegamos a su casa y se lo contó a sus padres. Amín se quedó blanco y tuvo que sentarse, le temblaban las piernas, nunca había visto anteriormente a su padre así. Su madre empezó a llorar.

Me levanté y dije:

—No se preocupen. Yo confío en él, es mi marido y si él dice que eso no es posible, es que hay un error. Estén tranquilos, todo se va a solucionar. Nabil, vamos a repetir los análisis en otros dos laboratorios.

—Claro que sí, Raquel.

Me abrazó de una forma especial, no sabría describirla, pero era como si me lo agradeciera desde el fondo del alma.

Salimos de su casa rumbo a otros dos laboratorios. Los resultados, pagando un poco más, los tendríamos por la tarde.

Paseamos por los zocos, compramos algunos regalos para la familia y volvimos a comer a casa. Yo intentaba comportarme con normalidad, pero, a

pesar de confiar en él, me preocupaba el asunto, no porque realmente temiera que tuviera sífilis, sino porque ya iba viendo cómo funcionaba el país. Mi instinto me decía que ahí había algo raro.

Comimos en casa con la familia y, a las seis, nos fuimos a recoger los resultados. Su padre nos acompañó. Cuando llegamos al primer laboratorio, nos dijeron que los análisis estaban perfectamente, al igual que en el segundo. Yo estaba enfadadísima. Debía estar feliz, pero los resultados no me importaban. Yo ya sabía que Nabil no tenía nada, pero me indignaba lo que pretendían los del laboratorio concertado.

Querían más dinero para darnos un certificado limpio que pudiéramos presentar en el consulado. He de reconocer que no he podido nunca con las injusticias.

—Vamos, Nabil, debemos ir al primer laboratorio con estos dos resultados. Necesitamos el certificado emitido por el médico del consulado, y, por favor, esta vez déjame a mí. Soy española y creo que puedo solucionarlo más fácilmente —dije.

Cuando llegamos, solicité que saliera alguien que hablara español y apareció un señor de unos cuarenta años, bajito y de constitución fuerte.

—Buenas tardes, ¿es usted el responsable? —pregunté con absoluta seriedad.

—Sí, señora, ¿en qué puedo ayudarles?

Nabil y su padre me miraban con cara de sorpresa, porque no sabían qué es lo que iba a hacer.

—Mire, se lo voy a explicar muy claro: soy ciudadana española y he venido a Marruecos con la única pretensión de arreglar todos los papeles para que mi marido pueda viajar conmigo. No dispongo de mucho tiempo, pero si es necesario no me moveré de este país hasta que cumpla el objetivo que me ha traído hasta aquí. Mi esposo se hizo unos análisis en este laboratorio hace dos días y la enfermera nos dijo que padecía sífilis. Como usted bien sabe, eso es incorrecto, y aquí tengo dos documentos de otros dos laboratorios que prueban que mi marido tiene una salud de roble. —El hombre empezó a inquietarse—. Y sabe lo que eso significa, que no voy a pagar nada que no corresponda y que mañana, a primera hora, me voy a ir al consulado a denunciar que este laboratorio no cumple con los parámetros que imagino les

exigen.

—Discúlpenos, señora, seguro que hay un error —se apresuró a decir.

Rápidamente llamó a una enfermera y empezó a hablar en árabe con ella en un tono bastante elevado. Ella respondía agachando la cabeza y así permanecieron unos cuantos minutos.

—Efectivamente, ha habido un error, les pido disculpas. Mañana pueden pasar a por el certificado correcto. Además, les devolveremos el dinero por las molestias causadas.

—Gracias, no esperaba menos. Mañana pasaremos sobre las once —dijo contundentemente.

Salimos de la clínica y suspiré. Todos nos echamos a reír.

—¿Has visto su cara, Nabil? Parecía que lo íbamos a matar.

—Amor, eres muy inteligente.

—No, es que ya voy viendo cómo funcionan las cosas en Marruecos y sobre todo que, por desgracia para vosotros, a los extranjeros se nos respeta mucho más que a los propios ciudadanos.

Su padre me guiñó un ojo:

—Vamos, os invito a un té para celebrar lo orgulloso que estoy de tu mujer —dijo—. Gracias, Raquel, por confiar en mi hijo.

—Papá, conozco con quién me he casado.

Nabil me miró y con sus ojos me lo dijo todo. En la mayoría de las ocasiones no necesitábamos palabras, con la mirada éramos capaces de saber lo que pensábamos ambos.

Por la noche le comenté a Nabil:

—Estaba pensando, que, si te parece, mañana, ya que tenemos todos los papeles, podíamos ir a entregarlos al consulado y pedir cita para el visado. Así ya nos quitamos todo esto de encima y los días que nos quedan podemos disfrutar de la playa y de nuestra luna de miel.

—Me parece genial. Aún quiero llevarte a muchos sitios, que sé que compensarán todo lo que estás pasando y haciendo por mí.

—No, cielo, no lo hago por ti: lo hago por nosotros —le respondí muy orgullosa—. Por eso merece la pena todos los obstáculos que tengamos que pasar. Sabes que te quiero y que haría cualquier cosa por ti. Acuérdate: «en lo bueno y en lo malo».

A la mañana siguiente, nos levantamos tarde y desayunamos tranquilamente. El día lo dábamos por perdido, ya que tendríamos que hacer muchísimas gestiones.

Llegamos al consulado. Era enorme, de un blanco sucio y con grandes balcones que le daban un aire señorial, que inmediatamente nos transportaba a los años veinte.

Bajo un sol abrasador, nos pusimos en la larga cola a la entrada de la caseta del portero detrás de la verja. A las dos horas, el conserje abrió las puertas y la gente empezó a empujar hasta que casi no se podía respirar. Nabil me agarró de la mano y tiró de mí, corrimos por el pasillo hasta llegar a la puerta de visados. No había aire acondicionado, pero después de las horas que habíamos pasado achicharrados en la calle, nos pareció el paraíso.

Esperamos pacientemente nuestro turno y, cuando llegamos al mostrador, nos pidieron la documentación muy amablemente y nos dieron fecha para recoger el visado el día 20 de septiembre. Yo ya había unido mis vacaciones y la luna de miel, y debía incorporarme a trabajar el día 1.

—No puede ser —repliqué indignada—. Para dentro de un mes es imposible. Yo tengo que regresar a trabajar antes. No pueden tardar tanto en poner el visado en el pasaporte.

—Tenemos muchísimos expedientes y hay que gestionarlos todos.

—Ya, pero tanto tiempo... —afirmé ya un poco desmoralizada.

—Señora, esto es Marruecos —me recordó con retintín el funcionario, con toda la cachaza del mundo.

Era la segunda vez que oía esa frase. Salimos al *hall*, que tenía una amplia escalinata, como las de los palacios, con una bonita alfombra roja que la cubría hasta arriba y unas aparatosas lámparas de araña. A la derecha había una mesa sencilla donde se hallaba el vigilante.

—Espérame aquí —le dije a Nabil, pensativa.

Tenía que hacer algo, era española y estaba en mi consulado, alguna ventaja tendría que tener. Además, no estaba dispuesta a volver a Madrid sin mi marido.

—¿Adónde vas? —me respondió Nabil, preocupado. Me conocía lo suficientemente bien y no sabía por dónde iba a salir.

—No te preocupes, amor.

De repente, me di media vuelta y eché a correr escaleras arriba. El vigilante se percató y salió detrás de mí.

—Señora, ¿adónde va? Señora, no puede pasar ahí, vuelva —gritaba sin parar.

Llegué arriba y entré en un largo pasillo. De repente, al oír el griterío, salió un señor y me quedé parada casi sin respiración. Era alto y delgado, con grandes cejas, de facciones agradables, llevaba un traje impecable y en su cara se reflejaba la simpatía.

—¿Adónde va, señorita? —dijo, sonriendo.

—Discúlpeme, estoy buscando al excelentísimo señor cónsul.

Él le hizo una seña al vigilante para que se marchara.

—¿Y qué la lleva a apresurarse de esa manera? Debe de ser muy importante.

—Sí que lo es. He tenido que coger un mes y medio de vacaciones para arreglar todos los papeles relativos a la residencia de mi marido, y la fecha que nos dan para recoger el visado es el 20 de septiembre, pero el día 1 yo me tengo que incorporar a mi puesto de trabajo. —Hablabá rápidamente, presentía que el tiempo que esa persona me podía dedicar era escaso, aunque no sabía quién era—. Estoy pasando una luna de miel horrible, de ciudad en ciudad, soportando colas interminables, y ahora me dicen que no puedo regresar con él —dije con aire pesimista.

—¿Ese acento de dónde es? —me preguntó sonriendo.

—Soy de Madrid y toda mi familia también, creo que debo de ser de las pocas madrileñas que hay en la capital —contesté un poco más tranquila.

—Señora, pase a mi despacho, es un honor recibir a alguien de mi tierra. Permítame que me presente: soy la persona que estaba buscando.

Pasamos a su despacho, muy institucional, y en cuanto vi la bandera, me invadió un sentimiento de seguridad: ahora estaba en territorio español, junto al cónsul. No podía creer la suerte que había tenido, si tenía una mínima oportunidad sería esa.

Descolgó el teléfono:

—Por favor, dile al jefe de visados que suba a mi despacho.

De pronto apareció un hombrecillo bajito con unas gafas de pasta que parecían de los sesenta.

—Dígame, excelencia.

—Acompañe abajo a esta señora y a su esposo, por favor, y gestióneles el visado para que se lo lleven ahora mismo. ¿La documentación que han entregado es correcta?

—Sí —respondió con indignación.

Estaba claro que no le gustaba recibir órdenes.

—Pues no hay más que hablar, ya sabe lo que tiene que hacer. Señora, ha sido un placer conocer a alguien de mi tierra, y ya sabe lo que dicen.

—Sí, de Madrid al cielo —dije sonriendo—. Gracias, excelencia, no le olvidaré nunca, se lo aseguro.

Nos despedimos con un entrañable abrazo y salí junto al hombrecillo. Nabil estaba esperándome en el *hall*.

—Vamos —le apremié, siguiendo al hombrecillo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, dale tu pasaporte y vamos a pagar, nos van a dar el visado ahora mismo.

Llegamos a la sala de los mostradores y, enseguida, nos dieron por fin el pasaporte. Ahora sí podíamos descansar, ya habíamos completado todos los trámites para que Nabil regresara conmigo a España y pudiésemos empezar nuestro camino juntos, un camino que los dos pensábamos sería eterno.

Acabamos nuestra luna de miel más tranquilos. Apenas nos quedaban unos días, pero fueron suficientes para disfrutar de las paradisíacas playas, de la familia, de ciudades llenas de historia y encanto, de la hospitalidad de las gentes y de todo lo maravilloso que nos ofrecía el país, lejos de los papeleos y las largas esperas de los primeros días.

CAPÍTULO 7

Los últimos días nos compensaron con creces y nos fuimos con un dulce sabor de boca, aunque con cierta tristeza al despedimos de la familia.

Volvíamos a la rutina, pero con un gran cambio, ya éramos marido y mujer y ahora comenzábamos una vida juntos. Al volver de Tánger, aún me quedaban un par de días para organizarme antes de empezar a trabajar, que aprovechamos para visitar a mis padres. Los echaba tanto de menos... Les contamos todas nuestras aventuras y, por primera vez, tras la visita nos fuimos juntos a la que fue nuestra primera casa. Era un modesto piso en el centro de Getafe. Había una bonita iglesia que se encontraba en el centro de una gran plaza, justo enfrente. La casa era acogedora, se componía de dos habitaciones, un gran salón, cocina y baño; los muebles eran un poco clásicos, pero con algunos detalles conseguimos darle un aspecto un poco más actual. No era lo que hubiéramos querido, pero para nosotros era mágico, era nuestro primer hogar, nuevo, acogedor, donde poder empezar a disfrutar juntos nuestro amor.

Mi madre, en una de las muchas conversaciones que mantuvimos en esa época, me dijo que el primer año de matrimonio era el más difícil, pues, a pesar de la novedad, de la ilusión y del amor, era el momento en que nuestros caracteres debían adaptarse, tendríamos que ceder a partes iguales y disponer de paciencia y tranquilidad.

Aunque nosotros estábamos muy enamorados, si he de contar mi percepción real, a lo largo de nuestro matrimonio, creo que yo me entregué en mayor medida que él. En el fondo, las costumbres musulmanas no dejan de ser bastante machistas. Nabil estaba acostumbrado a que entre su madre y su tía se lo hicieran todo, por lo que dio por hecho que así sería conmigo también.

Empecé a trabajar. Mis responsabilidades me ocupaban mucho tiempo. La oficina estaba en Pío XII, en la otra punta de Madrid, por lo que empleaba tres horas todos los días en ir y volver. Nabil continuaba estudiando en la Politécnica, pero tanto él como yo sabíamos que no iba a acabar la carrera. Se le habían atragantado varias asignaturas, una de ellas dibujo técnico y la otra matemáticas. Su inconstancia y la falta de motivación le llevaban a estudiar cada vez menos y ya apenas iba a la facultad. Cuando las cosas se ponían difíciles, Nabil siempre elegía el camino más fácil, y en esa ocasión lo más sencillo era abandonar.

Los primeros meses fueron complicados. Yo salía de casa a las siete de la mañana y regresaba a las nueve de la noche. Al volver, agotada, me encontraba las tareas sin hacer. Empezaron las primeras discusiones, pero, a pesar de ellas, nos queríamos tanto que hacíamos las paces enseguida.

—Nabil, esto tiene que cambiar —le dije un día—. En primer lugar, hay que cambiar de casa y buscar algo en Madrid que me permita estar más cerca de mi trabajo, y, en segundo lugar, tienes que buscar un empleo, pues con mi sueldo no vamos a poder avanzar mucho. Yo te quiero, pero no podemos seguir así. Yo no puedo trabajar doce horas al día. Al fin y al cabo, has dejado la carrera y ahora no haces nada, ni siquiera me ayudas en casa, y no olvides que el amor hay que cuidarlo porque si no se va enfriando y acabará muriendo.

—Yo estoy deseando trabajar, pero no encuentro nada, pero te prometo, amor mío, que lo encontraré e intentaré ayudarte un poco más. Yo te quiero con locura y haré lo que sea necesario para no perderte.

—Está bien, Nabil, confío en ti.

Habían pasado dos años desde nuestra boda. Corría el año 1999 y las cosas en mi empresa se pusieron muy mal, por lo que decidimos entre tres compañeros montar un negocio por nuestra cuenta.

Realizábamos congresos, eventos y todo tipo de producciones audiovisuales. Uno de ellos editaba los vídeos, el otro se ocupaba de la infografía y el grafismo y yo, de los eventos. Empezamos humildemente,

tuvimos una buena época, pero luego el sector comenzó a decaer y tuvimos muchos problemas.

Un día Nabil me dijo:

—Raquel, ya sé lo que quiero hacer. Quiero estudiar grafismo y así os podría ayudar en la empresa.

—Nabil, estudiar esa carrera es complicado porque la universidad es privada y cuesta seis mil euros. Ya sabes que tenemos problemas en la empresa y lo que necesitamos es mejorar nuestra situación económica, no complicarla aún más.

—Ya, pero con esos estudios ya sales trabajando.

Al final, no sé cómo lo conseguía, pero yo no era capaz de decirle que no. Mis padres nos dejaron el dinero para que estudiara lo que él quería.

Al año, dejó esta carrera también, nuestra empresa iba a peor y además me quedé embarazada. Fue una alegría muy grande para los dos y para nuestras familias, pero debíamos dar una estabilidad a nuestra vida ahora que venía un bebé en camino.

—Nabil, por favor, debes hacer algo: hablas cuatro idiomas, hiciste física y química en Marruecos, tres años de ingeniería, aunque te queden tres asignaturas, y un año de diseño gráfico. Algo tienes que poder encontrar.

—De verdad que busco, pero no me sale nada...

Al final, mientras tomaba café en la oficina, aprovechaba y yo misma iba enviando currículums. Por fin lo llamaron de una empresa de asistencia en carretera, un grupo muy grande. Buscaban a alguien que hablara idiomas para atender a las personas que necesitaban ayuda durante un viaje o sufrían un accidente. Él debía organizar y coordinar la asistencia, el alojamiento y los transportes.

El árabe era uno de sus puntos fuertes ya que, en la época de verano, muchos emigrantes viajaban a sus países de origen y tenían muchos problemas a lo largo del trayecto.

Comenzó en su puesto con mucha indecisión. Nabil siempre fue inseguro y le costaba muchísimo lanzarse. Su horario era de tarde, hasta las once, y yo trabajaba todo el día; apenas nos veíamos, pero empezamos a mejorar. El poco tiempo que teníamos para estar juntos era muy placentero. Nos reíamos como siempre, hablábamos muchísimo y hasta nos podíamos permitir salir

algún fin de semana.

Por fin llegó nuestro primer hijo, Adán, en el año 2001. Fue un bebé muy deseado y un niño adorable. Sin embargo, cuando apareció en nuestras vidas, volvieron algunos de los fantasmas de nuestros primeros años de casados, especialmente los provocados por la diferencia de costumbres, y con ellos, las discusiones.

Para los árabes, un hijo varón es un orgullo, es su sucesor, y a partir de los cuatro años, debe crecer más con el padre y separarse un poco de la madre. Eso nos generaba roces casi a diario, ya que Adán no quería separarse de mí. En Marruecos los niños prácticamente desde los cuatro años crecían de forma muy autónoma, jugaban en la calle, iban al colegio caminando solos, los padres no se preocupaban tanto por sus hijos como en la sociedad occidental. Yo era la que llevaba a Adán al parque, a las revisiones médicas, la que cuidaba de que se duchara todos los días, la que le ponía su crema, le leía libros... mientras que Nabil siempre estaba cansado con su trabajo, nunca tenía tiempo para jugar con él al fútbol o para contarle un cuento.

Además, tenían gustos y personalidades muy diferentes; Nabil fue cariñoso con él hasta que cumplió los ocho años y su relación empezó a torcerse definitivamente. He de señalar que siempre le decía que le quería y que intentaba acercarse al niño, pero lo que su padre quería para él a Adán no le gustaba.

Pero retrocedamos un poco en el tiempo. En el día a día íbamos consiguiendo salvar las diferencias y volver a acercar posiciones: cada uno cedía un poco y pudimos empezar a disfrutar los tres juntos. Por ejemplo, salíamos los fines de semana, íbamos a la playa y aprovechábamos cada segundo del que disponíamos.

Nabil, con mi ayuda, iba ascendiendo en la empresa: trabajábamos mucho juntos y creo que yo le aportaba la seguridad y experiencia que él necesitaba, de forma que le iban seleccionando en cada proceso de promoción interna. Por el contrario, mi empresa se había derrumbado por completo y en esos años tuve todo tipo de trabajos: teleoperadora, comercial, cualquier empleo era válido para mí, pues era necesario para que mi familia funcionara.

El 11 de marzo de 2004 nos levantamos como todas las mañanas, pero, al encender la televisión, la noticia nos consternó. Se había cometido un atentado

en Madrid, tres trenes habían estallado y toda la ciudad lloraba a las víctimas. Los madrileños nos unimos, nos sentimos parte del dolor de esos familiares que acababan de perder a sus padres, hijos, hermanos... Nos miramos y fuimos incapaces de pronunciar palabra, las lágrimas resbalaban por nuestro rostro y nos abrazamos intentando mitigar el sufrimiento.

—Es un horror, Raquel, es una vergüenza, que esas personas hayan realizado esta espantosa matanza en nombre de nuestro Dios. Nuestra religión solo habla de paz, amor y solidaridad.

—Sí, amor, es terrorífico.

Nabil estuvo muchos días francamente afectado por ello.

Una mañana me levanté bastante enferma. Llevaba mucho tiempo encontrándome mal, con dolores de cabeza y contracciones. Mi periodo menstrual era totalmente irregular, había ocasiones en que lo tenía durante todo el mes.

—Raquel, cariño, tienes que ir al médico, no puedes seguir así, con esos dolores —me dijo Nabil con cierta angustia.

—Lo sé, te prometo que mañana pido hora.

Me hicieron muchísimas pruebas y a la semana fuimos a recoger los resultados.

—¿Qué le pasa, doctor? ¿Está todo bien? —preguntó Nabil con preocupación.

—No hay nada maligno, pero tiene una enfermedad que se llama endometriosis. Una afección muy complicada y dolorosa.

—La conozco, doctor, mi madre la ha padecido —comenté.

—Son unos quistes que salen en el endometrio y que pueden crear adherencias por todos los órganos femeninos; hasta pueden llegar al intestino —nos explicó el médico—. ¿Tienen ustedes pensado tener más hijos? —nos preguntó sin rodeos.

—Pues ahora no nos lo habíamos planteado, pero en un futuro nos gustaría —contestó Nabil.

—Si se lo plantean, sería el momento perfecto, ya que en el parto el endometrio se limpia y se acabaría el problema. En caso contrario,

deberíamos operar para ver en qué punto está la enfermedad. También he de decirles que tampoco se hagan muchas ilusiones, pues con una endometriosis es muy difícil quedarse embarazada, las posibilidades pueden estar alrededor del diez por ciento.

—Gracias, doctor, lo pensaremos —contestamos los dos.

—Perfecto, cuando quieran estoy a su disposición, pero no tarden demasiado en tomar la decisión, pues esta enfermedad avanza deprisa.

—Gracias otra vez —dije, bastante desanimada.

Salimos abrazados, sin ser capaces de decir nada. Por fin habló Nabil.

—Amor, nosotros siempre hemos pensado en darle un hermanito a Adán. Aunque ahora nuestra situación no es la mejor, los dos estamos trabajando y tampoco es muy mal momento. Imagínate que nos viene una Raquelita, con esa cara y con esos ojos. Vamos, mi niña, sonríe un poco. Al fin y al cabo, lo que tienes no es grave y eso es lo más importante.

—¿Y si no me puedo quedar embarazada, Nabil?

—Bueno, pues entonces ya veremos. Yo estoy deseando empezar a ir a por nuestra Raquelita —dijo mientras me achuchaba.

—De acuerdo, vayamos a por la princesa.

Mis padres nos esperaban en casa, se habían quedado con Adán mientras íbamos al médico.

—¿Qué os han dicho? —preguntó mi madre con preocupación.

—Es endometriosis.

A mi madre le cambió la cara, ella había padecido la enfermedad durante años y sabía de qué estábamos hablando.

—Hijos, es vuestra decisión, pero recuerda, Raquel, que es una enfermedad muy dolorosa —dijo mi madre con resignación.

Los días pasaron y a los dos meses me volví a quedar embarazada.

—Vaya, pues al final no ha sido tan difícil —dijo Nabil riendo.

—Pues no, estoy feliz, vamos a tener otro hijo.

Volvimos al médico con la ilusión de que estaba embarazada. El doctor se sorprendió por lo rápido que lo habíamos conseguido.

—Enhorabuena. Pase, por favor, que vamos a hacer una ecografía para ver

cómo está todo.

—¿Qué tal, doctor? ¿Cómo está el bebe? —quise saber feliz.

—Está todo de maravilla, pero ha habido una pequeña confusión.

—¿Confusión? ¿Qué tipo de confusión? —preguntó Nabil.

—Por lo que acabo de ver, no era endometriosis. Tiene un mioma en el útero y espero que no nos dé problemas en el embarazo —explicó el médico.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo se puede cometer un error así? —preguntó Nabil, indignado.

—A veces puede pasar, es muy difícil distinguir entre ambas enfermedades. Simplemente ahora los chequeos deben ser más frecuentes para ir comprobando que el tamaño del mioma no aumente y no genere problemas de espacio al bebé.

—Nabil, ya está hecho y no hay marcha atrás. Queríamos otro bebé y aquí está, ya verás como todo saldrá bien —dije con tranquilidad.

Siempre he sido una persona optimista, con muchísimas ganas de vivir, de disfrutar cada segundo, y en las situaciones difíciles, no sé cómo, me vuelvo mucho más fuerte.

Tuve un buen embarazo y, en enero del 2007, vino Yaiza. Tenía una cara preciosa, era lindísima, aunque muy llorona; no nos dejaba descansar ni un segundo, creo que fue la época en la que menos dormí de toda mi vida.

Yaiza nos trajo muchísima felicidad: era una niña traviesa pero muy cariñosa.

Nuestra vida discurría como la de cualquier matrimonio. Nabil seguía en la misma empresa y yo volví a mi profesión como autónoma, trabajando para un banco muy importante del país.

No disponíamos de grandes lujos, pero teníamos todo lo que podíamos necesitar: teníamos trabajo, podíamos permitirnos salir y además podíamos ir todos los fines de semana a una finca de Ávila que tenían mis padres y donde los niños disfrutaban de la naturaleza.

Teníamos buenos amigos con los que de vez en cuando quedábamos o salíamos con los niños al parque, como los amigos de juventud de Nabil, los compañeros con los que creció en Marruecos y que por azares del destino habían acabado casándose con españolas. Tampoco era muy habitual, ya que Nabil y yo teníamos una conexión muy especial, nos encantaba pasar horas y

horas enteras hablando, disfrutábamos tanto juntos que preferíamos la intimidad de nuestro amor al bullicio de los amigos.

Todos los veranos viajábamos a Orlando, pues su familia se había trasladado allí a vivir. Los niños se volvían locos de felicidad y nosotros aprovechábamos los momentos en familia que tanto necesitábamos, sobre todo él, ya que, aunque hablaba por Skype todos los días con sus padres, solo los veía una vez al año.

A pesar de que tanto mi familia como yo siempre estábamos pendientes de él, en algunas ocasiones la nostalgia le invadía, algo totalmente normal.

Mi corazón siempre me decía que, a pesar del inmenso amor que sentía tanto por mí como por sus hijos, nunca se sentía integrado del todo.

CAPÍTULO 8

La vida seguía y los niños iban creciendo: Adán estaba a punto de cumplir nueve años y Yaiza tenía tres. Eran la locura de ambas familias, especialmente de la mía, ya que estaban a diario con ellos.

Un día estábamos paseando por un centro comercial con mis padres y los niños, ultimando los detalles para la vuelta al cole, mientras hacíamos tiempo para que Nabil saliera de trabajar y viniera a tomar unas cervezas. De repente, recibí una llamada en mi móvil: era él.

—Hola, mi amor, ¿dónde estáis? —me dijo muy nervioso.

—¿Qué pasa, Nabil? Estamos dando una vuelta y esperándote.

—Cariño, no sé cómo decirte esto.

—Me estás poniendo muy nerviosa, por favor dímelo ya —le pedí con inquietud.

—Me han despedido, sabes que estaban con una reestructuración. Han despedido a cien personas y me ha tocado a mí también.

Enseguida reaccioné.

—No pasa nada, Nabil, cálmate, nos vemos en casa mejor. Vamos para allá.

De repente, se me cayeron las lágrimas.

—Hija, pero ¿qué ha pasado?

—Han despedido a Nabil. Vamos mejor para casa, los niños podrán jugar y nosotros podremos hablar tranquilos —dije un tanto abatida.

—Tranquila, Raquel —me consoló mi padre—, no pasa nada, encontrará otro trabajo y tendrá su paro y su liquidación.

—Sí, papá —dije, completamente desmoralizada.

Nabil había estado muchos años sin trabajar y su carácter cambiaba mucho cuando estaba desocupado, solía ponerse de mal humor. Además, yo sabía que él no era capaz de cuidar de la casa, ni de los niños. Me iba a caer a mí todo el peso y no sabía si sería capaz de volver a pasar por eso otra vez, aunque mi amor era tan grande que también era consciente de que haría cualquier sacrificio.

Cuando nos encontramos en casa, le abracé.

—No pasa nada, amor, ya verás como todo se soluciona. Encontrarás algo mejor.

Él estaba completamente desencajado, su cara lo expresaba todo, la desilusión, la decepción y el miedo a volver a empezar de nuevo.

Tanto mis padres como yo intentamos animarle. Se quedó un poco más tranquilo, aunque yo sabía que en ese momento por su cabeza pasaban tantas cosas que no era capaz de pensar. Hablaba como un robot, sin escuchamos, perdido en su propio mundo.

Los días pasaban rápidamente. Empezó a hacer cursos del INEM, para estar ocupado, mientras seguía buscando trabajo. Yo no quería agobiarle, pero también estaba agotada: me ocupaba de mi trabajo, de la casa y de mis dos hijos. Si no hubiera sido por mis padres, habría sido imposible abarcarlo todo. Así estuvimos unos meses.

Por fin un día me telefoneó mi padre.

—Raquel, van a llamar a Nabil para hacer una entrevista. Lo he conseguido a través de alguien que conozco. Es una multinacional alemana, una empresa bastante sólida. Buscan a alguien para su división industrial.

—Gracias, papá, eso es genial. ¡Nabil, Nabil! —le llamé a gritos—, estate pendiente del teléfono. Mi padre me ha dicho que te van a llamar para una entrevista.

Efectivamente, al día siguiente le citaron. Estaba muy nervioso. Le planché su mejor traje, estaba guapísimo.

—Ten confianza en ti mismo, estoy segura de que lo vas a conseguir.

Me fui con él, quería darle mi apoyo y que sintiera que estaba ahí abajo, esperándolo.

Me tomé un café. Los minutos que duró la entrevista se me hicieron horas. Por fin me llamó.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—Enfrente de la gasolinera, voy hacia el *parking* —contesté.

Estaba cruzando la calle y le vi. Ahí estaba él, enfrente del semáforo, con esa sonrisa que me enamoró el día que le conocí, tan guapo con su traje. Dios mío, estaba locamente enamorada de él.

Por su gesto supe que la entrevista había ido muy bien. Por fin se puso el semáforo en verde y pude cruzar. Nos abrazamos y me dijo:

—Amor, tienes delante de ti al nuevo director de cuentas de la división industrial.

—Enhorabuena, estaba segura. Sé lo mucho que vales, cariño, y sabía que lo conseguirías.

—Tendré que viajar mucho, pues la mayoría de los clientes están fuera de Madrid, pero me dan coche de empresa, dietas y libertad para que yo me organice el trabajo y las reuniones.

—Eso es fantástico, no se puede pedir más.

Nos besamos y nos dirigimos hacia el coche. De camino, llamé a mi padre.

—Papi, lo ha conseguido —dije feliz.

—Gracias, suegro —gritó Nabil mientras conducía.

—Me alegro mucho, hija, ya verás ahora como todo se irá arreglando. Voy a decírselo corriendo a tu madre, que se va a poner muy contenta.

Mis padres adoraban a Nabil, era como un hijo para ellos. Bromeaban, disfrutaban del tiempo que pasaban juntos. Fueron irnos segundos padres para él.

Llegó el mes de diciembre y la felicidad nos duró poco, ya que recibimos una muy mala noticia. Llamaron sus hermanas para decirnos que Amín había enfermado, y aún no sabían lo que tenía, parecía un enfisema pulmonar, pero todavía no tenían confirmado el diagnóstico. Nos dirían algo en cuanto lo supieran.

Ante la adversidad, Nabil se refugiaba mucho en su trabajo. Entonces yo le ayudaba, ya que tenía mucha experiencia en el sector comercial. Pasábamos más tiempo juntos e intentaba animarle, pues sabía lo que estaba sufriendo. Los días se nos hacían eternos esperando la llamada que nos informara del estado de salud de su padre.

A los dos días recibimos por fin noticias, pero con el peor diagnóstico. En

ningún momento pensamos que podía ser tan grave, o tal vez manteníamos la esperanza. Su padre tenía cáncer, y lo peor es que estaba por todas partes: en los pulmones, en los huesos, en todos los órganos. No había solución.

Nos abrazamos y nos echamos a llorar.

—Nabil, habla con tu jefe y pide unos días. Viene el puente de diciembre y por lo menos ve a ver cómo está. Necesitas verle y estar allí. Yo me quedaré con los niños, no te preocupes, olvídate de todo. Ahora debes estar al lado de tu padre.

Habló con su jefe y, por supuesto, no le puso ninguna objeción. Preparó la maleta y al día siguiente le llevé al aeropuerto rumbo a Estados Unidos.

—Cuídate. Dile a tu padre que le quiero y que espero poder ir a verle pronto.

—Te quiero, princesa. Cuida de nuestros pequeños.

—Claro, llámame cuando llegues.

Esperé a que pasara el control de policía y, por fin, cuando desapareció entre la multitud, pude llorar. Ahora nadie me veía, no podía ni quería creer que la vida de mi suegro se estuviese apagando. Le quería con locura y había sido un segundo padre para mí, a pesar de la distancia. Siempre tuvimos una hermosa relación, basada en el respeto, la confianza y el cariño verdadero. Aún recuerdo un día en la playa; yo estaba bastante seria, se acercó a mí y me dijo:

—Hija, ¿qué te pasa? No es común en ti verte tan seria.

—No sé, papá, tengo una sensación de fracaso muy grande por lo de mi empresa.

—Raquel, hija, tú no has fracasado, solo fracasa el que no lo intenta, y yo me siento muy orgulloso de ti.

—Gracias, papá. —Le abracé y enseguida sentí cómo me invadía una ola de tranquilidad.

Tenía tantos recuerdos con él que no podía aceptar que se fuera a marchar, no quería admitirlo.

Un día me llamó Nabil y me dijo:

—Espera, Raquel, alguien quiere hablar contigo.

—Hija, solo quería decirte que te quiero y que gracias por enriquecer nuestra familia.

—Papá, ya verá como se va a recuperar y nos vamos a ir juntos a pasear por la Gran Vía.

Los padres de Nabil, durante nuestro matrimonio, nos visitaron incontables veces y, cuando venían, sobre todo a su padre le encantaba pasear por el centro de Madrid, era un apasionado de la ciudad.

Apenas podía hablar y era complicado entender lo que quería decirme.

—Cariño, no puede hablar más porque se ahoga.

—¿Cómo está?

—Está mal, no saben cuánto tiempo puede aguantar. Dicen que tiene un corazón fuerte, pero cada vez empeora más. Ya no pueden darle más quimio, y no tendría sentido, pues lo único que conseguirían sería hacerle sufrir más. Nos han dicho que, dentro de dos días, nos lo llevemos a casa para que pueda estar con los suyos hasta que llegue el final, ya que en el hospital no pueden hacer nada más.

—Lo siento tanto, Nabil, no sé qué decirte.

—¿Mañana vas a venir tú a recogerme al aeropuerto?

—Claro, cariño. —Estaba deseando verle y sabía que él me necesitaba. Tenía que regresar porque ya había agotado el permiso que le daban en la empresa.

Aquellas Navidades fueron las más tristes que habíamos vivido. Su padre se estaba muriendo y nosotros estábamos a miles de kilómetros y no podíamos hacer nada por él.

Las noticias que nos llegaban no eran nada alentadoras, pero ahí seguía, batallando por su vida, como lo hizo siempre por su familia.

En el mes de febrero recibimos la fatídica llamada. Eran las siete de la tarde y mis padres se encontraban en casa.

—Nabil, papá está descansando ya —le dijo su hermana Kala, llorando—. Se acabó, ha fallecido tranquilo. Estaba con mamá.

—Voy a ver cuándo sale el primer vuelo —respondió Nabil—. Luego te llamo.

Se derrumbó en el pasillo y lloró como nunca lo había hecho antes. Mis padres intentaron consolarlo. Mientras mi madre y yo le calmábamos, mi padre hablaba por teléfono para gestionar la salida cuanto antes.

—Nabil, no os preocupéis por nada, ya está todo listo, aquí tenéis el

localizador, salís en el vuelo a Miami a las doce y en el aeropuerto recogéis el coche hasta Orlando. La vuelta la cerráis allí vosotros. Nos vamos a casa a por algunas cosas y nos vendremos aquí con los niños. A las nueve estaremos aquí. Mamá se queda y yo os llevo al aeropuerto.

Nabil se abrazó a mi padre.

—Gracias, señor Ángel. —Siempre le llamaba así cariñosamente.

A las doce, tal como estaba previsto, cogimos el vuelo con destino Miami. Era un viaje largo. No habíamos podido dormir por la noche, la impotencia de no poder estar allí nos desesperó, pues a pesar del esfuerzo sabíamos que sería imposible llegar al entierro.

Pasamos las nueve horas de avión abrazados sin hablar, no teníamos palabras. Llegamos a Miami y recogimos el coche.

—Conduzco yo, Nabil.

—Da igual, cielo.

—No, descansa.

Yo estaba agotada y la perspectiva de pasar otras cinco horas conduciendo no era muy alentadora, pero él necesitaba el descanso más que yo.

Por fin llegamos. Cuando entramos, la casa estaba llena de gente; su madre, muy abatida, apenas podía levantarse para recibir los pésames. Con una tristeza infinita, fuimos abrazándonos con la familia.

Había un ritmo frenético en la casa; según la tradición, los invitados cocinaban para que la familia no tuviera que hacer nada. Pasaron toda la noche rezando por su alma. Yo, refugiada en un rincón, le pedí a Dios que lo tuviera en su gloria. Esa noche tampoco dormimos. Entre ellos hablaban sin parar de religión, pero yo no entendía nada y ni siquiera veía a Nabil. Permanecí en mi rincón durante horas.

De repente, sobre las cuatro de la mañana, se prepararon para ir a la mezquita a rezar. Nabil se acercó y me dijo:

—Si no quieres venir, no tienes por qué hacerlo.

—No, claro que voy. Quiero estar contigo, iré.

—Está bien, le pediré a mi hermana que te deje algo de ropa para poder entrar.

Nadia me dejó una chilaba y un pañuelo. No podía pasar a la mezquita sin cubrirme. Nabil iba sentado junto a mí en el coche. Eran los primeros minutos juntos que pasábamos desde que habíamos llegado, pero esa situación duró muy poco. En cuanto llegamos a la mezquita, las mujeres nos separamos de los hombres. El calor era asfixiante y la humedad me impedía respirar. El atuendo tampoco contribuía a que me sintiera mejor. Subimos las escaleras hacia la zona reservada a las mujeres. Era una gran sala, con una sencilla alfombra y con una celosía, desde donde se podía observar y escuchar al imán.

Volví a sentarme en un rincón y recé por el alma de aquel hombre bueno a mi Dios, a Jesús, a la Virgen, aunque en realidad yo siempre había pensado que solo hay un Dios y es el mismo para todos.

Permanecimos unas dos horas en la mezquita. Cuando salimos, nos fuimos a casa de su hermana a descansar. Al día siguiente iríamos al cementerio.

Llegamos a casa de su hermana, nos dimos un beso y rápidamente el sueño nos invadió. Cuando despertamos, tras dormir apenas cuatro horas, con una ducha y un café, me sentí mucho mejor.

Cuando llegamos al cementerio, me quedé muy sorprendida. No había lápidas, ni árboles, no había mármol, tan solo era un campo gigante. Me recordaba a las películas de guerra, cuando los soldados eran enterrados bajo una simple cruz, igual para todos. El aspecto era el mismo, solo que en lugar de cruces había carteles donde se indicaba el nombre de la persona y la fecha del fallecimiento.

La familia se postró alrededor de la tumba de mi suegro y empezó a rezar. Yo me aparté un poco y, a la sombra de un árbol, donde nadie podía verme, rompí a llorar. La tensión, el dolor y el agotamiento pudieron conmigo. Llevaba tres días apenas sin comer ni dormir y sin poder hablar con nadie, solo veía personas y personas a las que no conocía. Me había imaginado a mí misma apoyando a mi marido, pero Nabil se había olvidado por completo de mí. Aunque entendía su dolor, pensaba que también él debería comprender la situación en la que yo me encontraba.

Cuando acabaron de rezar, volvimos a casa de sus padres. Al instante volvió a llenarse de personas, y yo regresé a mi rincón; así permanecí cerca

de cuatro horas. Ya no podía más y decidí salir a dar un paseo por la urbanización. Necesitaba estar fuera de allí, no podía aguantar el dolor y cada segundo se me hacía eterno. Cuando regresé, me senté en el porche mirando al infinito y sintiéndome fatal, pues no podía dejar de pensar que, cuando el dolor era tan grande, donde más calma debería encontrar uno sería en los brazos de su amor. En este caso no fue así, nunca jamás me sentí tan inútil ni tan sola. Cuando ya no pude aguantar más, busqué a Nabil entre la gente y le pedí que saliéramos para hablar con él.

—Amor, yo entiendo tu dolor, entiendo que es tu gente, pero ya hemos hecho todo a lo que hemos venido, despedirnos de tu padre y estar con tu familia. Creo que ha llegado el momento de regresar a casa. Nuestros hijos nos necesitan y yo no puedo más. Necesito abrazar a alguien, a mis padres, a mi hermana, a mi gente, que ellos también entenderán mi dolor. Necesito sentirme entre los míos.

—Me parece increíble que me digas eso, yo debo estar aquí para poder ir a rezar al cementerio a mi padre —dijo muy enfadado—. Es mi padre y yo sabré lo que tengo que hacer.

Mantuve la calma, pues entendía que él también estaba al límite de sus fuerzas.

—Nabil —insistí persuasiva—, llevamos cuatro días y puedes rezar a tu padre en casa. Tenemos responsabilidades, y por mucho dolor que sintamos, la vida continúa y debemos seguir con ella. No podemos anclarnos aquí, pues en algún momento deberemos irnos, y aún nos quedan dos días de viaje.

—Tú lo has dicho, cuando llegue el momento. —Con cada palabra que pronunciaba, endurecía el tono de voz.

—Tienes un trabajo y no debes estar más tiempo fuera, debes volver.

—Yo sé lo que tengo que hacer —me espetó rabioso cuando le recordé sus responsabilidades—. Me estás decepcionando, no entiendes nada.

—Está bien, no quiero discutir, ni mucho menos en estos momentos. Quédate, pero yo me vuelvo a estar con mis hijos. Mañana cogeré el coche y regresaré. Cuando creas que debes volver, te alquilas otro y ya está. El billete está abierto.

—Sabes que no te dejaría irte sola.

—Ni lo sé ni quiero saberlo, Nabil, pero de lo que sí estoy segura es de

que mañana me vuelvo a Madrid.

Se fue muy enfadado hacia la casa. Yo hablé con mis padres y les dije que volvíamos al día siguiente. Me fui a la habitación y preparé mis cosas. De repente apareció en el umbral.

—Prepara lo mío también, nos vamos juntos —dijo sin entrar, aún muy enfadado.

Metí sus cosas en la maleta y salí al columpio del porche, donde me quedé dormida de puro agotamiento. Me desperté a las seis y busqué a Nabil por la casa. Ya estaba en el baño, acabando de arreglarse. Yo pasé al aseo, me duché y en cinco minutos estaba lista. Preparé café y me puse a desayunar. Enseguida vino él.

—¿Para mí no hay café? —preguntó con una tímida sonrisa.

—Claro, ya te lo había preparado —repliqué con una alegría que llevaba días sin sentir.

Nos dimos un beso y nos sonreímos. Nunca fuimos una pareja que pudiera mantener los enfados mucho tiempo. Al contrario, después de una discusión nos buscábamos rápidamente.

Nos despedimos de la familia, cogimos el coche hasta el aeropuerto y regresamos por fin a Madrid. Los niños nos esperaban felices y el salón se llenó de besos y abrazos. Si hay algo que puede aliviar rápidamente el dolor de unos padres son los hijos.

Les dimos las gracias a mis padres y nos quedamos solos. Estábamos agotados, pero el calor de nuestro hogar nos acogió, dándonos por fin la paz que tanto necesitábamos.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

Al día siguiente estábamos agotados. Descansamos, disfrutamos de los niños y nos preparamos para empezar de nuevo la rutina. Era el mes de marzo del año 2011. Se acercaba la primavera y hacía un tiempo que animaba a salir. Eso ayudaría a que fuéramos recuperándonos.

Nabil estaba destrozado, pero la vuelta al trabajo parece que le animó. Tener la cabeza distraída le ayudaba a no pensar.

Una mañana se levantó y me dijo:

—Raquel, voy a ir a rezar a la mezquita, necesito pedir por el alma de mi padre y ahí me siento más cerca de Dios.

—Claro, lo entiendo perfectamente. —Aunque no éramos especialmente religiosos, yo estaba dispuesta a apoyarle en todo. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de mitigar su dolor. Nos despedimos con un beso y se marchó.

Anteriormente Nabil nunca había frecuentado la mezquita; es más, creo recordar que nunca había ido. Vivíamos un poco lejos. Yo sabía de ella porque fui a visitarla mucho antes de conocerle, con mis padres y mis abuelos. A todos nos pareció un monumento impresionante, y disfrutamos de un delicioso té.

En esa semana no se organizó ninguna reunión fuera de Madrid. Yo al principio pensaba que era para estar cerca de nosotros, de su familia, de mis padres, que necesitaba nuestro apoyo. Todos estábamos volcados en él, pero no sabíamos que nuestros esfuerzos eran en vano.

Al cabo de unos días, me comentó:

—Raquel, en la mezquita he conocido a un chico que es muy buena persona. Es increíble, nunca se queja, a pesar de que su situación es muy

complicada. Tiene un hijo y no tiene ingresos, solo saca dinero de la miel que vende en la mezquita; he comprado unos tarros para nosotros y para tu padre. Me ha comentado que es fantástico que empiece a acudir a la mezquita, que el rezo en grupo es más fuerte y Dios lo escucha. Que él no necesita ni dinero, ni coche, ni grandes cosas; él tiene a Dios y con eso le es suficiente.

—¿Ves, Nabil, como siempre hay que ver el lado bueno? Al fin y al cabo, Dios se ha llevado a tu padre para no dejarle sufrir más, ahora debes pensar que está descansando junto a él —dije con intención de animarle.

—Sí, es verdad, al final nunca nos conformamos con lo que tenemos y queremos más, sin pensar que hay gente que vive con casi nada al día y es más feliz que muchos que lo tienen todo.

—¿Estás un poco más animado?

—Sí, Dios me está aportando la calma que necesito.

—Me alegro.

Le besé y me fui a por los niños.

Unos días después, mientras desayunábamos me comentó:

—He pensado que podíamos llevar a los niños a la escuela de la mezquita. Me gustaría que aprendieran árabe.

—Claro, es una idea fantástica. Es tu idioma y además a ellos les vendrá muy bien para su futuro.

—No sé muy bien si a Yaiza la admitirán, pero Adán puede empezar ya. Las clases son los sábados de diez a una y media y no son nada caras, pagaríamos por los dos niños unos veinticinco euros al mes.

—Es muy barato. Lo ideal es que empezaran juntos. Eso se lo pondrá un poco más fácil. Nos partirá un poco los fines de semana, pero merecerá la pena.

—Estupendo. Cuando vaya a la mezquita, los matricularé —dijo Nabil, encantado.

—Ahora, recuerda que necesitarán tu ayuda. Yo no sé árabe y Adán ya es bastante mayor. Habrá que apoyarle mucho y solo puedes hacerlo tú.

—Claro, ya lo he pensado.

—Perfecto, entonces.

Hasta ese momento Nabil nunca me había planteado que los niños hablaran árabe; es más, desde que nacieron yo le había insistido muchísimas veces en

que les enseñara su idioma, que si empezaban desde bebés acabarían aprendiéndolo fácilmente, pero, como he comentado, Nabil era de caminos sencillos, no tenía la constancia para dedicar tiempo a que sus hijos conocieran su idioma, quería que otros lo hicieran por él. No le di mucha importancia, en ese momento pensé que era otra forma más de que los niños se acercaran a su padre, a sus raíces, de luchar contra la nostalgia y el sentimiento de pérdida.

El sábado siguiente los llevamos por primera vez a la escuela de la mezquita. Las aulas eran bastante antiguas y no había mucho orden, los niños correteaban sin parar por todas partes. Las profesoras se iban ubicando en sus clases y mis hijos me miraron con preocupación. No querían quedarse allí. La diferencia de costumbres entre mis hijos y el resto de alumnos era evidente, al igual que la vestimenta: había niñas que ya con seis y siete años llevaban chilabas y pañuelo. La mayoría ya hablaba perfectamente árabe, y tanto Adán como Yaiza se sentían fuera de lugar. Les cogí de la mano y me fui a un rincón con ellos.

—Venga, chicos, esto es bueno para vosotros —los animé—. Ya veréis como lo pasáis fenomenal y vais a aprender muchas cosas nuevas. Además, así podréis hablar con la abuela y en un futuro nos los agradeceréis; es más, para que no os preocupéis, mamá se quedará por aquí hasta que salgáis, os lo prometo.

—Venga, dejaos de tonterías y entrad ya —me interrumpió Nabil, enfadado—. No puedes darles explicaciones de todo, hay cosas que tienen que hacer y punto, sobre todo Adán, que ya es casi un hombre.

No entendí muy bien aquel enfado. Era su primer día y era normal que los niños estuvieran algo incómodos. Los vi entrar llorando y se me partió el corazón. En ese momento le pedí a Dios que por favor les ayudara y que estuvieran bien. Aquellas tres horas se me iban a hacer muy largas.

—Me voy a rezar y luego voy a por los niños —anunció Nabil algo serio.

—No te preocupes, los recojo yo y me voy a preparar la comida. Cuando acabes, te vas para casa.

—Está bien, nos vemos allí.

Cuando fui a buscarlos, salieron corriendo a abrazarme.

—¿Qué tal, mis niños?

—Yo no quiero volver, mamá. Es un rollo y no me entero de nada. Además estos niños son unos salvajes.

—Pues si Adán no viene, yo tampoco —protestó Yaiza.

—Bueno, chicos, calma, es el primer día. Ya veréis como, cuando empecéis a cogerle el ritmo, os será mucho más fácil y papá os va a ayudar.

Cuando llegó Nabil, les preguntó por las clases. Los niños respondieron con un bien a secas.

Yo empezaba a ver un cambio de carácter en él. Tenía menos paciencia, estaba más irascible y tajante, hablaba poco y, sobre todo, ya no reía como antes. Apenas gastaba bromas y jugaba aún menos con los niños.

A la semana siguiente, comenzó a rezar las cinco oraciones en la mezquita.

—Nabil, ¿es necesario que reces siempre en la mezquita? Es que casi no nos vemos, ni ves a los niños. Entre el trabajo y los rezos, no pasas tiempo en casa.

—Ya te dije que la oración en grupo es importante y es una obligación para mí. Siempre que mi trabajo me lo permita, acudiré a rezar a la mezquita.

—Yo intento entenderte, pero piensa tú también en lo que te he dicho, soy tu mujer y también tengo el derecho a decir lo que pienso —repliqué algo enfadada.

—Sí, pero en mi religión no debes meterte, es algo entre Dios y yo.

—Eso espero, que sea así —contesté preocupada.

Comencé a escuchar conversaciones por teléfono con varias personas en árabe, que no eran sus amigos de toda la vida. Yo siempre le preguntaba y me respondía que era gente que había conocido en la mezquita y que le estaban aportando mucho, que le estaban enseñando muchas cosas de la religión que él desconocía.

Un sábado, cuando los niños salieron de las clases de árabe, nos fuimos a la casa que mis padres tenían en Ávila. Llegamos, ordenamos las cosas y preparamos las habitaciones para el fin de semana.

—Adán —llamó Nabil.

—Dime, papá.

—Mira este libro —le indicó.

El libro en cuestión se titulaba Exégesis del último décimo del Sagrado

Corán.

—Debes aprenderlo de memoria, es muy importante para la religión.

—Vale, papá —contestó el niño, mientras jugaba.

Después de comer, yo estaba recogiendo la cocina, cuando oí que Nabil volvía a llamar al chiquillo, que estaba jugando en el porche con sus coches, tan tranquilo.

—Adán, ¿has leído el primer capítulo del libro que te he dado?

—Luego lo leo, papá.

—¿Dónde has dejado el libro? —preguntó Nabil.

—No sé, estará por casa.

—Te he dicho que tenías que aprenderlo de memoria, así que ve a buscarlo, siéntate y no te levantes hasta que te hayas aprendido el primer capítulo, porque te lo voy a preguntar. Y cuídalo, es un libro religioso que no se puede ir dejando por cualquier parte.

—Jo, papá, por favor, luego; ahora no me apetece.

—Te he dicho que ahora, que te sientes —dijo fuera de sí.

El niño se sentó llorando, salí al porche y llamé a Nabil discretamente:

—Cariño, ¿me puedes ayudar un momento en la cocina?

—¿Qué quieres? —preguntó, totalmente ofuscado.

—Mira, esas no son formas de que entienda nada. Lo único que vas a conseguir es provocarle un rechazo hacia tu religión y hacia ti. Intenta ser más dulce, siéntate, léelo con él.

—¿Qué pasa, que ahora también me vas a decir cómo tengo que educar a mi hijo?

—¡¡¡Perdona!!! —En aquel momento no pude evitar enfadarme yo también—. ¡A nuestro hijo, querrás decir! Y te recriminaré siempre todo lo que considere necesario. Por cierto: tampoco voy a permitir que me grites de ese modo. Así que tengamos el fin de semana en paz.

—Yo creo que ya es mayorcito para leer solo —dijo Nabil, completamente fuera de sí.

—Depende de lo que lea, y me da la sensación de que no es un libro para un niño de casi diez años.

—¿Cómo que no? Siempre lo estás protegiendo y al final va a hacerse maricón. Siempre está bajo tus faldas, a los siete años ya debería haber estado

rezando y ya tiene casi diez.

—Nabil, vamos a dejarlo, no he venido a discutir, sino a descansar. Ya lo hablaremos la semana que viene.

Como hacía últimamente cuando se enfadaba, se fue a dormir la siesta, mientras escuchaba con sus cascos el Corán. En aquella época era lo único que oía.

Me senté con Adán.

—A ver, mi vida, vamos a leer juntos el libro que te ha dado papá. Será como cuando eras pequeño y te contaba un cuento.

Empecé a leer: «Satán intentará siempre engañar a los creyentes para que se alejen de los beneficios obtenidos por el conocimiento, o pensar que Alá los perdonará por su ignorancia. Esto es muy peligroso, debido a que la persona ni siquiera es consciente de que, si no aprendió deliberadamente, no tendrá excusas el día del Juicio Final. Ese es el engaño que Satán aplicó al pueblo de Noé...».

—Vamos a dejarlo, Adán, vete a jugar —dije, totalmente descolocada.

—Pero, mamá, cuando papá se levante, se va a enfadar conmigo y me va a castigar y gritar.

—Hijo, tranquilo, ya hablaré yo con él. Tú a jugar con tu hermana, anda, no te preocupes.

Al rato se levantó Nabil y se dirigió a Adán con una cara que yo jamás había visto en él. La verdad es que asustaba, sus ojos estaban llenos de ira. Yo no lo reconocía, era otra persona.

—Nabil, deja a Adán tranquilo, que está jugando.

—No lo ha leído, ¿verdad? —dijo muy alterado.

—No, ni lo va a leer. No es para niños. He empezado a leerlo yo, y estoy segura de que habrá otros libros más adecuados para darle a conocer tu religión, simplemente el Corán es más fácil de entender.

Yo lo había leído hacía años, en la época en que quería saberlo todo de él, de su país, de su religión, pues estaba segura de que así sería más fácil franquear las barreras que tendríamos que superar.

—Pues haz lo que te dé la gana. Va a ser el más tonto que he conocido en mi vida. Hay niños que ya con cuatro años se saben el Corán de memoria.

—Eso no es culpa del niño, sino tuya. Estoy segura de que si al nacer le

hubieras hablado en árabe, ya podrías dialogar con él en tu idioma. Nunca has puesto nada de tu parte para enseñar algo a tus hijos y ahora quieres que lo sepan todo en dos días, y que no, Nabil, que no voy a permitir que mi hijo lea esos libros. Y ya está.

»Sabes que estoy a favor de que conozca todo lo relacionado con su padre y con tu país, pero a través del ejemplo. Cuando quieras que tus hijos aprendan algo, no te olvides de dar ejemplo. Eso les enseñará más que cualquiera de los libros que te empeñas que lean. Y sobre todo que lo que tengan que aprender no lo hagan por miedo.

»Mira, Nabil —seguí insistiendo con toda la elocuencia de la que fui capaz—, yo creo que ahora lo que tienen que aprender es que la religión se vive día a día, que deben ser buenas personas, que deben respetar a los mayores, que deben amar a sus padres y todos los valores que necesitarán cuando salgan al mundo.

—Esa es tu opinión, pero bueno, buscaré otros libros —dijo fríamente, sin dar su brazo a torcer.

El resto del fin de semana apenas nos hablamos. Yo me dediqué a jugar con los niños, y a leer, y él se fue a la mezquita de Ávila a rezar.

Era la primera vez que Nabil y yo manteníamos un enfado tanto tiempo, pero yo esta vez no iba a ir a pedirle perdón como estaba acostumbrado, esta vez todo empezaba a ir en serio y debía ponerme en mi sitio. Ahora no se trataba de mí, sino de mis hijos.

Volvimos a Madrid en silencio. Los niños se quedaron dormidos y no intercambiamos una sola palabra en todo el viaje. Yo me sentía muy incómoda. No era una persona de silencios, sino de hablar las cosas y solucionarlas, y esa indiferencia me mataba. Pero empecé a pensar que, a partir de ese momento, este tipo de discusiones iban a formar parte de nuestras vidas.

Al día siguiente, me llamó desde la oficina para que le preparara algo de ropa, porque tenía que salir de viaje a Bilbao tres días.

Le preparé la maleta y comió en casa.

—Mira, Raquel, yo no quiero estar discutiendo todo el día, pero necesito que mis hijos aprendan mi religión —dijo en tono conciliador.

—Y yo estoy de acuerdo, Nabil, pero a todo debes darle un sentido, debes tratar a los niños con dulzura y sobre todo darles tiempo. Ve poco a poco, no

tires tanto de la cuerda, porque al final puede romperse.

—Ya, pero necesito tu ayuda y veo que tú no tienes ningún interés —me reprochó con resignación.

—Te equivocas, Nabil, tú vas a tener toda mi ayuda, en todo lo que considere lógico, pero lo que no voy a permitir es que grites así a los niños sin ningún motivo. Tienes dos hijos maravillosos y te lo estás perdiendo todo de ellos. Ellos te necesitan igual que a mí, pero con ese carácter que estás demostrando desde hace un mes solo estás consiguiendo que te tengan miedo y quieran apartarse de ti. Dime lo que es importante que conozcan y yo se lo explicaré, si tú no puedes, pero con cordura.

—Está bien, creo que llevas razón, tal vez he sido muy duro con Adán —admitió Nabil por fin.

—Y, cariño, no vuelvas a insultarle. Eso le puede afectar a su autoestima en un futuro. Bueno, anda, sal ya, que vas a llegar muy tarde a Bilbao, y cuando llegues llámame. Te quiero.

Nos dimos un beso y le acompañé al garaje para despedirle. Por el momento volvía a razonar, pero ¿hasta cuándo le duraría?

No entendía aún muy bien por qué, pero cuando se iba un par de días sentía un cierto alivio, a pesar de lo mucho que también le echaba de menos. Resultaba muy contradictorio.

CAPÍTULO 10

Nabil volvió a Madrid... y a la mezquita. Cada vez pasaba más tiempo allí, pues entre oración y oración se quedaba hablando con sus compañeros de religión.

Algún día entre semana, Yaiza se iba con él. Ella jugaba mientras él rezaba, o eso me decía a mí. A pesar de que la niña se iba con él gustosa, siempre se marchaba enfadado, pues Adán no quería ir.

—Acostúmbrate, Adán, porque vas a tener que venir conmigo sí o sí. Eres un hombre ya y debes dejar de pasar tanto tiempo con tu madre —le regañaba siempre enojado.

Yo no hacía mucho caso, y siempre le ponía la excusa de los estudios y los exámenes. Con eso parecía tranquilizarse, aunque pronto empezó a comentar que no había excusas para no rezar a Dios.

Un viernes por la tarde, Nabil me dijo:

—Me voy a quedar estudiando con Yaiza para ayudarla con el árabe.

—Me parece fenomenal. Pues me llevo a Adán al parque un rato con sus amigos, así os dejamos más tranquilos.

Hasta ahora Yaiza no había mostrado disgusto por quedarse con su padre.

Nos fuimos al parque. Adán se puso a jugar con los niños y yo me quedé con mi grupo de amigas. A los quince minutos aproximadamente, recibí una llamada de Yaiza.

Estaba histérica, llorando, y se escuchaban de fondo los gritos de Nabil.

—Voy para allá, mi amor, no te preocupes. En cinco minutos, estoy ahí —dije para tranquilizarla.

—¿Qué pasa, Raquel? —me preguntó Edurne, una de mis amigas.

—No lo sé, Yaiza está llorando muy nerviosa.

—Deja aquí a Adán y luego te lo subo yo.

—Vale, gracias, me voy volando a ver qué pasa.

Edurne, a la que había conocido porque nuestros hijos iban juntos al colegio, era una persona que, al cabo de los años, sería imprescindible en mi vida.

Cogí el coche, el recorrido no pasaba de cinco minutos, pero se me hizo eterno. Entré en casa corriendo.

—¿Qué pasa, mi vida? —Abracé a Yaiza, que estaba llorando sin parar y no podía ni hablar—. ¿Qué ha pasado, Nabil? —pregunté muy alterada.

—Nada, que la tienes enmadrada, que no se entera de nada, que es incapaz de hacer una letra bien —dijo con absoluta normalidad.

—Papá me ha gritado y me ha pegado —explicó Yaiza con la voz totalmente quebrada y sin dejar de llorar.

—¿Qué le has pegado? —Ahora era yo la que no podía articular palabra.

—Un cachete, pero como son tan exagerados...

—¿Pero no comprendes que la niña tiene cuatro años y está aprendiendo?! Necesita paciencia, mucha paciencia, y jamás, jamás, y esto te lo digo muy en serio, vuelvas a poner una mano encima a los niños —dije, gritando fuertemente.

—No te olvides de que también son mis hijos y haré lo que crea conveniente, y si considero que he de pegarles, lo haré.

—Para eso tendrás que pasar por encima de mí primero, recuérdalo.

Salió de casa dando un portazo. Yo ni siquiera intenté pararle. Calmé a Yaiza. Cuando vino Adán, cenamos y los acosté.

Esperé hasta las dos de la madrugada y, como no regresaba, le llamé al móvil. Lo tenía apagado, así que me marché a la cama preocupada.

Sobre las cuatro oí la puerta; fue primero a la cocina, vino después a la habitación, se metió en la cama y se durmió. Se estaba convirtiendo en un extraño. Mi Nabil nunca se hubiera comportado así.

Al día siguiente, llevé a los niños al colegio y, cuando regresé, estaba en casa tomándose un té. Yo me puse un café y me senté a su lado en la mesa de la cocina.

—Nabil, creo que debemos hablar. No podemos seguir así. Has cambiado,

te has dejado barba, no escuchas, solo hablas de religión, ya no sonríes, no quieres salir, solo regañas a los niños. Las cosas no van bien, has cambiado, ya no eres el Nabil que conocí y del que me enamoré —dije con lágrimas en los ojos.

—He cambiado, sí. Me he dado cuenta de lo que es importante y de todas las cosas que estaba haciendo mal con Dios. Mis hermanos me están ayudando a ser mejor persona.

—¿Y crees que tu actitud es la de una persona mejor? ¿Tus hermanos? ¿Qué hermanos? Te estás alejando de tu familia por completo. Ya no hablas con tus hijos, ni conmigo. Evitas que salgamos todos juntos, no te relacionas con mi familia y aún no sé por qué; debemos buscar una solución —zanjé con desesperación.

—Pues esto es lo que hay —dijo contundentemente.

—Está bien, pero creo que esa no es la forma de arreglar las cosas.

—Me voy a trabajar, luego iré a la mezquita a rezar.

—¿Vas a venir a comer?

—No, ya comeré algo por ahí.

—Está bien, luego nos vemos.

Una vez más salió sin darme un beso, ni dedicarme una sonrisa. Tampoco hice yo nada, no hacía más que pensar en lo injusto que estaba empezando a ser todo. No encontraba el camino para acercarme a él, todo lo contrario. Sentía que sobre mi familia se cernía una amenaza contra la que no iba a ser capaz de luchar.

Ese día, como de costumbre, recogí a los niños, hicimos los deberes, jugaron un rato, les di de cenar y los acosté. Después recibí su llamada.

—Llegaré tarde. Después de rezar voy a ir a comer algo con los chicos a un sitio que hay en Torrejón.

—Muy bien, yo me voy a la cama, estoy agotada.

No podía dormir. No entendía nada, cada vez estábamos más distanciados y no sabía qué hacer. No quería hablar con mis padres, pues pensaba que tampoco podrían ayudarme a arreglar las cosas y lo último que quería era hacerlos sufrir. La situación se estaba complicando por momentos.

El sábado siguiente, recogí a los niños en las clases de árabe. Nabil estaba en la puerta de la mezquita con dos hombres. Los miré y sus caras no me

gustaron nada, su mirada me hizo estremecer. Llevaban barbas largas, chilabas negras y sus ojos no me hacían presagiar nada bueno. Cogí a los niños y me fui a casa rápidamente.

Cuando por fin llegó, yo le estaba esperando. Los niños ya habían comido, pues eran más de las tres de la tarde.

—Te he preparado cuscús.

Sabía que era su comida preferida y pensé que tal vez así podríamos tener una charla un poco más tranquila.

—¿Y los niños? —me preguntó.

—Ya han comido; es muy tarde.

Nos sentamos a comer en la cocina, mientras Adán y Yaiza jugaban en el salón.

—Está delicioso, gracias, amor.

—Con esa intención lo he hecho, sé que es tu comida preferida —dije, rodeándole con mis brazos—. Por cierto, te he visto con dos amigos en la mezquita y, Nabil, su cara no me gusta nada, ya sabes cómo soy yo para las caras.

—Eso son tonterías. Son unas buenas personas. Uno de ellos ha estado en Guantánamo y no puedes imaginar todo lo que ha sufrido. El otro es genial, está casado con una española y tienen un hijo. Los dos saben mucho de religión y me están ayudando a ser un buen musulmán; me han descubierto un nuevo mundo.

—Bueno, tú sabrás; al fin y al cabo, ya eres mayorcito para elegir a tus amigos, pero ten cuidado, no me gustan nada.

—Otra cosa, los niños tienen que empezar a rezar. Adán tiene casi diez años, y el Corán dice que con siete tiene que cumplir con sus oraciones y que si no lo hace debes pegarle hasta que lo haga. Yo no pienso así, pero me gustaría que me ayudaras, y Yaiza debe ir acostumbrándose a rezar también.

—Está bien. Iremos poco a poco, pero también tú debes colaborar y ser más paciente con ellos. Deja de gritarles; abrázalos, juega con ellos, hace tiempo que no se divierten con su padre.

—Lo intentaré, pero, cuando no me hacen caso, me sacan de quicio —protestó con un bufido.

—No, Nabil, es que intentas cambiar nuestras vidas de la noche a la

mañana y eso no es posible. Te estás volviendo muy cerrado y debes recordar con quién te has casado. Yo soy española, tengo otras costumbres y tendremos que buscar un punto común, porque si tú vas al norte y yo al sur, esto se acabará. Quiero decirte que yo podré ceder en algunas cosas y tú tendrás que ceder en otras. —Aunque por mi trabajo tenía experiencia en negociaciones complicadas, sentía que con esa conversación no estaba llegando a ninguna parte.

—Por cierto, Raquel —me interrumpió Nabil, confirmando mis presagios—: no quiero que haya alcohol en casa, es un pecado muy grande para mí.

Me quedé de piedra. Para empezar, el propio Nabil nunca le había hecho ascos a una cerveza o un buen vino y desde luego jamás le había importado que los demás bebieran.

—Ya, Nabil, pero a veces mi padre viene y le apetece una cerveza, y no olvides que también esta es mi casa —dije, esforzándome por mantener la calma y tratar el asunto de la manera más racional posible—. Lo pensaré, no puedo decirte nada más por ahora.

—Gracias, me conformo con eso.

La conversación se desarrolló en un tono conciliador, pero luchar contra cada nueva imposición de Nabil, cada insólita restricción, me resultaba agotador. Debía mediar entre mis hijos y él, y estaba totalmente en contra de sus enseñanzas. Mi marido, mi compañero, cada vez se alejaba más de la que hasta ahora había sido nuestra forma de vida y, por más que le daba vueltas, no encontraba el camino para hacerle volver, es más: empecé a sentir que ese sendero que estaba buscando no existía.

Acabamos de comer y se echó un rato. Eran las seis cuando se levantó y le dijo a Adán:

—Vístete, te vienes conmigo a la mezquita a rezar.

—No quiero ir, papá, es un rollo.

—Que te vistas... ¡¡YA!! Salimos en cinco minutos.

Estaba muy alterado y pensé que lo mejor sería convencer a Adán.

—Cariño, vete con papá, a veces le gusta pasar tiempo contigo, y allí podrás jugar con los niños, vendréis enseguida, ya verás.

—Mamá, es que no quiero, no quiero estar con sus amigos, y cuando voy con él solo me habla de religión. Si quiere, puedo rezar en casa.

—Está bien, hagamos un trato, hoy te vas con papá y el resto de los días rezas en casa, ¿vale, tesoro? —sugerí con ternura.

—Está bien, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida —dije mientras le abrazaba.

Me besó y empezó a vestirse. Se fue desganado, y eso enfadó aún más a Nabil.

El tema de la oración empezó a condicionar toda nuestra vida doméstica. Nabil lo anteponía a cualquier cosa. Un miércoles decidió quedarse a rezar en casa, pues acababa de llegar de viaje y estaba agotado, así que llamó a Yaiza para que rezara con él, y Adán empezó con el ritual de lavarse para rezar también. A regañadientes, los niños se sometían a su dictado.

De repente, de la forma más tonta, Adán se escurrió y se cayó. Yo no lo oí, porque estaba en el baño, y fue Yaiza la que vino corriendo a llamarme.

—Mamá, mamá, Adán se ha caído.

Salí corriendo de la ducha y fui a por él.

—¿Dónde te duele, cariño?

—El brazo, mamá, me duele mucho.

—¿Dónde está papá, Yaiza?

—Rezando.

Nunca sentí tanta impotencia, estaba rezando mientras su hijo gritaba, con el brazo hinchado y sin poderlo mover. Temblando de ira y de preocupación, me empecé a vestir para llevar al niño a urgencias. Mientras tanto, Nabil acabó de rezar, así que me encaré con él.

—¿Pero tú estás bien de la cabeza, o qué te pasa? —dije gritando nerviosa—. ¿No has oído que se ha caído el niño?

—Sí, pero podía esperar. Cuando se reza, nunca se para por nada, Dios es lo más importante —respondió Nabil.

—Tú estás chalado —le espeté de muy mala manera—, ¿qué Dios es ese que deja sufrir a un niño y no permite a su padre atenderlo?

Me puse a vestir a Adán para llevarle a urgencias, y Yaiza, llorando, dijo que se venía conmigo, que no quería quedarse con papá.

—No te preocupes, princesa, vente con mamá. ¿Ves? Esto es lo que estás

consiguiendo —dije en tono de desesperación.

—Eres una exagerada, como todos los españoles; no tiene nada, será solo el golpe.

—Yo seré una exagerada, pero tú eres un inconsciente; tu cabeza empieza a no estar bien, Nabil.

Cogí a mis hijos y me fui a urgencias. Él se quedó en casa. Ni siquiera hizo ademán de venirse al hospital. Estuvimos varias horas allí, le hicieron una radiografía y detectaron una fractura. Le escayolaron y nos fuimos a casa.

Cuando llegamos, Nabil no estaba. Cenaron los niños, le di los calmantes para el dolor a Adán y los acosté. Puse el despertador a las cuatro de la mañana para dar la medicina al niño y ver cómo se encontraba y me fui a la cama.

Al quedarme sola, una ola de tristeza me invadió y comencé a llorar sin consuelo. ¿Por qué, por qué me estaba pasando esto a mí? ¿Dónde estaban los besos robados, los abrazos, el amor, dónde estaba ese hombre del que me había enamorado?

En ese momento entendí que la batalla la tenía perdida. Sus «hermanos» eran mucho más poderosos que yo y el amor y el sacrificio que le había dado durante tanto tiempo ya no servían para nada: había perdido; todos esos años de esfuerzo, de dedicación, quedaban en un rincón olvidado, él ya ni siquiera lo recordaba.

Ya no estaba orgulloso de su familia, quería convertirnos en otras personas, hacernos vivir otras vidas, pero decidí que yo jamás permitiría que arrastrara a mis hijos con él, lucharía hasta el fin, hasta que no me quedara una gota de aliento. No, esta vez no ganaría él, me costara lo que me costara y tuviera que pasar por lo que tuviera que pasar.

Mientras intentaba dormir, me di cuenta de que estaba cayendo en una profunda depresión y que debía luchar contra ella. Tenía dos hijos que iban a necesitar todo de mí y era la única que podría protegerlos de ese padre que empezaba a ser un completo desconocido también para ellos.

Entre lágrimas, acabé durmiéndome. Ni siquiera supe a qué hora regresó.

Casi día a día, Nabil se radicalizaba cada vez más. Ya no había vuelta

atrás, ahora convivíamos con un desconocido, que solo leía libros de religión y vivía para la oración. Empezó a irse a rezar con chilaba, aunque le mostré mi desaprobación. Nunca me ha gustado llamar la atención cuando no es necesario y yo veía a mucha gente que iba a la mezquita en vaqueros. Pero él hizo caso omiso y siguió con sus chilabas. Todos los días recogía a uno de sus amigos para el rezo de la mañana. Iban juntos siempre, me decía que tomaban café en un lugar cerca de Torrejón. Nabil empezaba a tener una vida totalmente desconocida para mí.

Mientras él se alejaba, me sentía cada vez más sola y aislada. Con el corazón encogido, me daba cuenta de que no podía hablar con nadie. Para empezar, estaba segura de que no me iban a entender, pero, además, si conseguía que Nabil volviera a ser el mismo, no habría deteriorado su imagen, así que me convenía seguir justificándolo, mantenerme en silencio. Sin embargo, la soledad, a pesar de estar rodeada de gente, me iba ahogando y hacía que me cerrara más y más.

Llegó el verano y una mañana me dijo:

—Cariño, quiero ir a La Meca. Lo necesito. Ahora estamos bien económicamente, tengo salud y es el momento de hacerlo. He conseguido una agencia que me organiza el viaje por seis mil euros.

—Está bien —transigí—, si es lo que quieres y eso te hace feliz, adelante, tienes mi apoyo. Yo me marcharé a Ávila con los niños, allí estaremos bien.

La perspectiva de estar sola con mis hijos durante un mes me llenó de felicidad e hice todo lo posible para que iniciara los preparativos y cerrara el viaje. Pensé: «Qué pena, tanto esfuerzo y en lugar de disfrutar de un viaje con su familia, solo piensa en él», pero a mí en ese momento me daba igual el dinero, necesitaba descansar.

Él se marchó feliz y yo estaba pletórica, así que nos despedimos en buenos términos.

—Ten cuidado, Nabil, sabes que hay muchas aglomeraciones, disfruta del viaje.

Me abrazó.

—Gracias, amor, te quiero con locura.

Hacía tiempo que no sentía cerca a la persona con la que me casé y por un instante volví a verlo; aunque estaba segura de que no duraría mucho, no pude

evitar la ilusión de que sé avivara la antigua llama, tal había sido mi amor por él. Aún no sé cómo es posible amar y rechazar a la vez a una persona, pero era lo que empezaba a sentir. Me resultaba extraño, era como convivir con dos hombres a la vez.

Después de un mes y tal como estaba previsto, Nabil volvió de La Meca; regresó feliz, cargado de regalos y con un sinfín de anécdotas.

Nada más verle, noté que no había cambiado nada. Se había rapado la cabeza y traía la espalda llena de heridas y cortes; según me dijo, era una práctica que llevaba a cabo el profeta y era «muy beneficiosa para la salud». A mí me horrorizó verlo, y aún me preocupó más de lo que estaba ya.

Mis padres apenas se habían enterado de que había regresado, ya que hacía meses que no los veía. Con la excusa del alcohol, había dejado por completo de verlos, y ellos no querían decirme nada para no hacerme sufrir, pues notaban que cada vez que sacaban el tema me incomodaba y mi cara cambiaba por completo.

Pasamos varios días tranquilos y acabamos el verano en Ávila en buena armonía, pues parecía más relajado y abierto. Eso pensaba yo, pero nada más lejos de la realidad: la pesadilla volvería pronto y cada vez sería más dura.

Finalizaba el año 2011 y llegaban las Navidades. Desde que nos casamos siempre las habíamos celebrado en nuestra casa y yo pensaba continuar con esa tradición. Sin embargo, una mañana me advirtió:

—Raquel, si quieres celebrar las Navidades en casa, no puede haber alcohol —anunció tajante.

—Lo siento, Nabil, pero si mi padre se quiere tomar una copa de vino, lo hará, son nuestras fiestas, y no voy a privar a mi familia absolutamente de nada. Al fin y al cabo, son mis tradiciones y las deberías respetar como yo siempre he respetado las tuyas —respondí, un tanto descolocada.

—Entonces no podré pasar las Navidades con vosotros; me iré a Marruecos. No es solo el alcohol, yo no puedo celebrar una fiesta cristiana.

—Si es lo que quieres, prepárate el viaje, pero me parece increíble que seas capaz de renunciar a disfrutar de estos días tan especiales con tu mujer y tus hijos. Tú no tienes que celebrar nada, yo no te pido que vayas a ninguna iglesia, tan solo te pido que participes de una cena en familia; a los niños les encanta el árbol lleno de luces y colores, y lo siento, pero no veo nada malo en

ello.

—Tú no lo entiendes, pero me voy.

—Está bien, ¿cuándo tienes previsto volver?

—Cuando hayan acabado las fiestas, he cogido vacaciones hasta entonces.

Tal y como dijo, se marchó. Fueron las primeras Navidades sin él. Tenía el corazón destrozado, pero no podía ceder; si empezaba a ceder en todo, estaría perdida. La cuerda estaba tirante y sabía que no podía dejar de tirar en ningún momento: por mucho que me destrozara el alma, mi vida y la de mis hijos estaba en juego.

Les dije a mis padres que la tía de Nabil había enfermado y que había aprovechado las vacaciones para verla y cuidarla, ese era el motivo por el que no pasaría las Navidades con nosotros. Yo intentaba ser convincente, aunque mis padres hacía tiempo que empezaban a sospechar que algo ocurría entre nosotros.

Mi familia y yo alzamos las manos y brindamos con cava por un nuevo y feliz año, con la esperanza de que el 2012 nos invadiera de felicidad. Sin embargo, yo intuía con todo mi ser que sería uno de los más duros de mi vida. Entretanto, mis hijos disfrutaron de las fiestas como el resto de los niños, en familia y con muchos regalos que les llenaron de felicidad.

CAPÍTULO 11

El año 2012 comenzó para mí de una forma complicada. En cierto modo lo intuía. En cuanto regresó Nabil, la situación volvió a ser como antes o incluso peor: las discusiones por los niños eran diarias; en nuestra casa ya no reinaba el amor, la calma y la felicidad. Ahora solo había lágrimas, amargura, dolor. Mi hogar, por el que había luchado durante más de quince años, se había convertido en un infierno.

Un sábado acabábamos de llegar de las clases de árabe cuando Nabil le preguntó a Yaiza:

—¿Has rezado?

—No, papá —contestó sinceramente la niña.

—Raquel, no des de comer a Yaiza hasta que rece.

—¿Qué? Estarás bromeando, ¿no?

—Lo estoy diciendo muy en serio.

—Pues deja de decir tonterías, porque Yaiza va a comer, rece o no —zanjé con tranquilidad.

De repente, Nabil empezó a gritarme.

—Que sepas que voy a luchar porque mis hijos sigan y practiquen mi religión, me da igual por encima de quién tenga que pasar —replicó exaltado.

—Nabil, ya hablaremos, estás asustando a los niños. Para, por favor.

—No sé por qué estás en contra de mis hermanos, que solo quieren ayudar. Encima eres una desagradecida, siempre te invitan a tomar café y nunca vas.

Odiaba esa frase. Constantemente me decía que no entendía por qué no quería ir con las mujeres de sus amigos, que siempre me invitaban, que ni siquiera las conocía. Por un lado, viendo a sus amigos, imaginaba cómo serían

sus esposas, inmersas en un islam cerrado, muy lejano a mis ideas y mis valores: ya tenía suficiente con Nabil. Por otro, mi corazón me decía que me mantuviera lejos de ese ambiente, de esas personas que no traerían nada bueno a mi familia.

—Por favor, para ya, luego, cuando los niños duerman, lo discutimos.

—Mis hijos tienen que ser musulmanes, porque si no yo iré al infierno. Haré lo que tenga que hacer —me espetó rabioso. Daba terror; su mirada era diferente, solo provocaba miedo.

—Vale, Nabil —reulé asustada—, cálmate, te prometo que iremos cambiando poco a poco, pero danos tiempo, nadie está en contra de ti; somos tu familia y te queremos y si tú dices que algo es bueno para nosotros, lo haremos, pero tranquilízate, no hay motivo para que te pongas así. Yo no tengo nada en contra de tus amigos, ni siquiera los conozco, pero estoy segura de que, si tú vas con ellos, serán buenas personas, te conozco desde hace más de quince años y sé cómo eres. No nos veas como a tus enemigos, no hay nadie que te quiera más que nosotros y de verdad que estaremos junto a ti, de la forma que tú veas más conveniente —dije, intentando tranquilizarle.

De repente Nabil se calló y se fue a la habitación. Los niños estaban llorando, los calmé y me puse a jugar con ellos; no tenía ganas, pero me necesitaban. Al final, con unas cuantas bromas, rieron y se fueron tranquilos a la cama.

Cuando los niños se durmieron, me fui a la cocina y me preparé una tila. Estaba destrozada, me sentía como en una jaula de la que no sabía cómo podría escapar.

Busqué la luna a través de la ventana y me puse a llorar. Miré al cielo y le pedí a Dios que me ayudara, que me diera fuerzas para salir de esa situación. Lo veía todo oscuro, me podía la sensación de estar luchando contra un desconocido. No sabía qué le estarían diciendo esos «hermanos» y cómo iba a defender yo, con mis pobres fuerzas, a mis hijos de un islam tan agresivo, cómo podría protegerlos y cómo sobreviviría yo misma.

De repente oí sus pasos por el pasillo. Noté cómo se me empezaba a acelerar el corazón. Estaba agotada, no iba a poder con más discusiones por hoy, había sido demasiada presión.

Se acercó a la mesa, me sequé las lágrimas, y se sentó junto a mí,

mirándome fijamente a los ojos.

—Tienes unos ojos preciosos a la luz de la luna.

Me pilló completamente por sorpresa. No fui capaz de responder. Volvieron a resbalar las lágrimas por mi rostro, no podía dejar de llorar. Vinieron a mi cabeza tantos recuerdos, tantos momentos felices vividos con él, con ese hombre que tenía delante, pero al que ya no reconocía. Y, sin embargo, incomprensiblemente, aún le seguía amando con todas mis fuerzas.

—Deja de llorar, princesa. Sabes que te quiero.

—Sí, yo también.

—¿Iba en serio lo que me has dicho antes? ¿De verdad quieres cambiar y me vas a apoyar con los niños para que recen y sean irnos buenos musulmanes? Bueno..., luego hasta tú también puedes convencerte —dijo muy cariñosamente.

Sus palabras me dieron la clave y me vino una idea a la cabeza.

—Claro, Nabil. Yo no te he dicho nada antes, porque no me escuchabas, pero llevo tiempo leyendo el Corán. Yo solo quiero estar cerca de ti y cuanto más, mejor. Es más, al leer el Corán no he visto tantas diferencias entre tu religión y la mía. Pero debes darme tiempo, no me agobies, yo quiero ser musulmana, necesito llevar el mismo camino que tú para educar mejor a nuestros hijos.

—Pero, amor, por qué no me lo habías dicho, te hubiera traído libros, te habría hablado de millones de cosas. Estoy tan feliz. —Nabil me agarró con fuerza, arrebatado.

—Ya sabes que no me gusta que me impongan las cosas, me gusta razonarlas yo y convencerme por mí misma. Esto no se trata de comprar unos zapatos, que, si luego no te gustan, puedes devolverlos; se trata de una decisión muy importante y tu presión lo único que estaba despertando en mí era rechazo. Es más, no entendía por qué gritabas así a los niños. El Corán habla de dulzura, de paz, del buen trato hacia las personas, del cuidado de la familia —dije, evitándole la mirada. Aún no sé cómo fui capaz de semejantes razonamientos en aquellas circunstancias.

—Lo siento, Raquel, es que pensaba que estabas en mi contra y me estaba desesperando. Tú sabes que te quiero, pero debes entender que Dios está por encima de todo.

—Lo sé, cielo. Estoy cansada. Anda, vayámonos a la cama.

Al entrar en la habitación, me buscó. Era la primera vez que yo no sentía nada, solo un gran vacío. Empecé a entender que algo estaba pasando dentro de mí, que mi amor tal vez ya no era como antes, sino que se había transformado en dependencia. Ese amor maravilloso que tuvimos se había convertido en algo tan tóxico que me impedía hasta respirar.

Al día siguiente se levantó pletórico, me preparó el desayuno y me despertó con un sinfín de besos y abrazos. Era como si se hubiera transformado, iba a volverme loca.

—¿Y esta sorpresa? —pregunté.

—Es muy poco para lo que merece mi niña. Cuando he ido a rezar, le he dicho a los chicos que estabas leyendo libros para acercarte al islam y hacerte musulmana, ¿y sabes lo que me han contestado? —dijo con cara de felicidad.

—¿El qué? —pregunté entre la resignación y el temor.

—Que ellos ya te ven como musulmana y que saben que la conversión será pronto. Lo pedí en La Meca y al final veo que se va a hacer realidad; es lo que más deseo en este mundo.

—Son muy majos, gracias —respondí sonriendo—. Por cierto, cielo —continué, aprovechando su buena disposición—, he pensado que, como tienes tanto trabajo, podría ayudarte a organizar tu agenda e ir concertando reuniones, así te evito mucho lío burocrático y tú vas directamente a las citas. Seré tu secretaria en la sombra —propuse con voz melosa.

—Humm, qué bien suena eso, mi secretaria —dijo mientras me achuchaba—. Es una fantástica idea, cómo no voy a quererte, eres mi ángel —añadió totalmente feliz.

—Perfecto, la semana que viene empezaré a concertar reuniones.

Yo tenía una larga experiencia comercial, pues desde mi empresa de comunicación había trabajado con prácticamente todos los sectores: automoción, grandes superficies, seguros, banca, etcétera. Nunca lo había hecho con el sector aeronáutico, pero tampoco podía ser tan difícil. Nabil me trajo todos los folletos de los equipos que vendía. Eran muy técnicos, pues servían para visionar motores de aviones y para detectar defectos en los fuselajes de los aparatos. Su empresa trabajaba para grandes fábricas de aviación, bases militares, aduanas, etcétera. Como él decía, «mis equipos

siempre llegan a lo que el ojo no ve». Los aprendí de memoria y estaba más que preparada para empezar a concertar reuniones.

Parecía que mi estrategia empezaba a funcionar, al fin y al cabo, ya lo dice el refrán, si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él, y eso es exactamente lo que decidí hacer.

Ese día tenía un evento en un banco y dejé a los niños con mis padres. Últimamente, cada vez que yo tenía que salir fuera los dejaba con los abuelos. De esta forma, evitaba que se quedaran a solas con Nabil; no sabía qué cosas podría decirles o qué ideas trataría de meterles en la cabeza en mi ausencia.

Por un lado, empecé a sentir un poco de alivio, pues ya no se mostraba tan agresivo, pero por otro me costaba un esfuerzo sobrehumano fingir. Tenía muy claro que necesitaba ir ganando tiempo para llevar a cabo mi plan, un plan que nos permitiera ser libres para siempre.

Acabé el evento a las dos de la tarde, a tiempo para llegar a la cita que había concertado a las cuatro con una abogada. Me la había recomendado una compañera de la oficina. Me había decidido a comentarle que tenía problemas con mi marido y que además afectaban a mis hijos; ella se había separado y estaba contenta con su abogada, y yo sabía que era una persona muy discreta y que no haría falta que le diera muchas explicaciones. En su despacho, le expuse el caso a la abogada tan minuciosamente como fui capaz, pero, para mi enorme desolación, me dijo que era imposible hacer nada. Si me divorciaba, habría un convenio regulador y los niños tendrían que pasar con él fines de semana, vacaciones... el tiempo que fijara el juez y tampoco había otras opciones porque no podría demostrar que hubiera habido maltrato. La radicalización religiosa no era un delito.

Salí totalmente hundida, era descorazonador, no había solución; si dejaba a los niños un fin de semana a solas con él, no sabía cómo acabarían y no estaba dispuesta a que pasaran por eso. Solo me quedaba el camino que había escogido. Por un instante pensé contárselo todo a mis padres, pero lo descarté inmediatamente, pues lo único que conseguiría sería empeorar las cosas con una terrible discusión familiar.

Conocía a mi padre y también en la situación en la que se encontraba

Nabil. No ganaría nada enfrentándolos. Además, sus amigos me aterrorizaban y jamás pondría a mi padre en ninguna situación que pudiera ponerle en peligro.

También pensé en hablar con mi madre o mi hermana, pero la batalla iba a ser muy dura y generaría mucho sufrimiento. Estaba a punto de emprender una larga lucha, que ni yo sabía dónde me llevaría, ni cómo podría salir del laberinto en el que me estaba metiendo, por lo que lo descarté.

«Raquel —me dije a mí misma—, estás sola, con dos niños a los que proteger de su propio padre y solo hay una senda». Una vez más le pedí a Dios que me ayudara, pues sabía que no iba a ser nada fácil.

Salí del despacho de la abogada a las cinco; hacía calor, y no quería ir a por los niños aún, no quería que me vieran en el estado en el que me encontraba. Iba sin rumbo, no sabía qué hacer. Decidí llamar a las esposas de los «hermanos», así luego Nabil estaría contento y tendría un poco de tranquilidad. Esa noche no quería discusiones ni por lo más remoto, necesitaba un poco de cariño y probablemente lo encontraría si salía airosa de la visita.

—Hola, Susana, soy Raquel, me ha dicho Nabil que estabais tomando un café y tengo un rato para pasarme.

—Ah, hola, Raquel, qué alegría. Claro que sí, estamos en casa de Paloma. Te paso la dirección por WhatsApp.

—Estupendo, voy para allá.

Era un barrio normal, aunque las casas desde fuera parecían pequeñas. Llamé y me abrió Susana, una chica española que estaba casada con uno de los que más influencia ejercía sobre Nabil.

—Pasa, Raquel, qué alegría.

—Hola —saludé a todas.

Me las presentaron. Había tres chicas árabes y dos españolas. Además, se encontraba la madre de Susana, que llevaba el sufrimiento por su hija escrito en su mirada.

El salón era pequeño. Había un sofá al fondo, varias sillas al lado de la pared y una mesa camilla en un rincón donde se encontraban el té, el café y unos dulces.

Acepté un café y me comí un dulce. Ellas empezaron a hablar de religión, de las normas de la mujer musulmana, de la felicidad que las había aportado el islam y que sin él sus vidas no tenían sentido.

Yo hablé de los valores de la vida en general, de la familia, del trabajo, de la vida cotidiana. Medía cada palabra que decía e intentaba que mi vida, aun siendo diferente, pareciera que tenía muchas cosas en común con las suyas.

Al cabo de una hora, ellas se prepararon para rezar.

—Bueno, chicas, yo me voy, no quiero molestar, y además tengo que recoger a los niños en casa de mis padres.

—Quédate un poco más —insistió Susana.

—De verdad, muchísimas gracias, pero me tengo que ir.

—Otro día te esperamos, y trae a los niños contigo.

—Claro, estamos en contacto —respondí.

Me despedí de todas y salí de aquel piso asfixiante. Lo estaba deseando. Me sentía completamente extenuada después de aquel esfuerzo. No tenía nada en común con esas mujeres: ellas llevaban burka y yo iba con pantalones estrechos, ellas no se maquillaban y yo sí, ellas se pasaban el día en casa y yo trabajaba. No podía venir ningún marido, pues los hombres no podían ver a ninguna de las mujeres.

Ellas se quedaban todo el día en casa, mientras los hombres estaban en la mezquita. Yo intentaba pasar el día junto a mi marido y mis hijos. Nunca en mi vida me había sentido tan extraña, tan diferente.

Ya había cumplido. Nabil estaría de muy buen humor, solo faltaba que las mujeres me dieran el visto bueno ante sus maridos para que él se sintiera orgulloso de mí y todo siguiera por buen cauce.

Recogí a los niños y llegué a casa. Estaba agotada, entre el evento, la abogada y el café casi no me quedaban fuerzas. Él no estaba, así que di de cenar a los niños y los acosté.

Me tumbé en el sillón y me puse a ver la tele, aunque realmente no veía nada. Estaba *algo* nerviosa, pues no sabía qué podrían decirle de mí. Al final, el cansancio me rindió. Llegó Nabil muy contentó y me despertó.

—Mi vida, te has quedado dormida —me dijo cariñosamente.

—Sí, estoy agotada, ya me voy a la *cama*. He estado hoy con las chicas tomando un café, mañana te cuento.

—Lo sé, cariño, me lo ha dicho Said, el marido de Susana. Me ha comentado que, madre mía, que estás en otro nivel, que eres maravillosa y que está seguro de que pronto te convertirás al islam —dijo.

—Qué majas. Me alegro de haberles caído bien.

Le di un beso y me fui a la cama tranquila. Ya tenía la aprobación no solo de las mujeres, sino también de ellos.

En los siguientes días Nabil me trajo muchos libros: *La verdadera personalidad de la mujer musulmana*, *La verdadera personalidad del hombre musulmán*, *Nada te turbe*, otra versión del Corán en español que, me dijo, estaba mejor traducida.

Me aprendí las suras para poder rezar. Me llevó tiempo, pues el árabe es complicado. También leí cómo tenía que lavarme antes de rezar y sobre todo cómo hacer las oraciones.

Tardé un par de semanas en leerlos todos, y por fin llegó el día. Estaba aterrada, pero tendría que hacerlo si quería conseguir mi objetivo. Era un sábado por la tarde.

—Nabil, estoy preparada para convertirme al islam —le dije seriamente.

—Raquel, esto es un sueño para mí, ahora soy el hombre más feliz de la tierra —aseguró mientras me cogía en volandas—. Dúchate y lávate, que no quede ninguna parte sin tocar por el agua, es muy importante, y cuando salgas de la ducha, pronuncia las siguientes palabras: «Alá es el único Dios y Muhammad es su profeta».

La conversión al islam es un acto íntimo cuyo único requisito es tener fe y creer profundamente en sus preceptos. Yo solo tendría que seguir las instrucciones que me había dado Nabil.

Entré en el baño. Estaba muy nerviosa a pesar de encontrarme sola. Empecé a llorar en silencio, me arrodillé y le pedí perdón a Dios.

—Por favor, Jesús, perdóname por lo que voy a hacer, no me castigues, pero no encuentro otra salida, ayúdame a ser fuerte, dame la sabiduría para enfrentarme a ellos y poder proteger a mis hijos. Te lo pido por favor, perdóname —dije, llorando desconsoladamente—. No me abandones, te lo ruego.

Entré en la ducha, hice exactamente lo que él me había dicho. Sin saberlo, me estaba convirtiendo en una persona desconocida para mí; yo sola me estaba

destrozando, desgarrando por dentro. Sentía que estaba llevando a cabo la peor traición a mi Dios en el que siempre había creído y siempre creería; confiaba en su misericordia, que Él sabría mejor que nadie los motivos que me llevaban a tomar ese camino.

Respiré hondo, me recompuse y salí del baño, recité las palabras y él me abrazó con todas sus fuerzas. En ese momento lo odié como nunca.

—Ahora puedo morir tranquilo, tienes mucho que aprender aún, pero ya estás en el camino —dijo Nabil.

—Estoy muy feliz, Nabil. Estoy segura de que las cosas mejorarán. Dios está con nosotros, ahora siento que protegerá y cuidará de nuestro hogar —contesté sonriendo.

Aún no sé cómo soporté la presión, pero conseguí pasar la prueba sin que él se diera cuenta de que estaba fingiendo.

—Mira, cariño, te he traído un vestido para la oración. Es una pieza entera, así no tendrás que ponerte pañuelo y será más sencillo cada vez que tengas que rezar —me explicó, entregándome un paquete.

El vestido consistía en una chilaba que llevaba unida una capucha y una cinta para atarla en el cuello para así poder *tapar la cabeza completamente*. Me entregó una alfombra también. Ya estaba preparada para mi primera oración, que coincidió con el último rezo.

Volví al baño y comencé el ritual: debía lavarme las manos, la cara, la boca, los brazos y los pies. Me puse la chilaba, cubrí mi cabeza y me coloqué detrás de él; las mujeres siempre deben rezar detrás de los hombres, no pueden estar en paralelo.

Nabil recitaba las suras y yo hacía lo mismo que él, como si fuera su sombra. Traté de no pensar en nada, no quería distraerme, debía fijarme en todos los detalles, pues, de ahora en adelante, debía rezar con los niños y tendrían que ver que lo hacía perfectamente. Tan solo era el principio de un papel en una representación que debía hacer mía, convertirla en mi obra maestra, una obra que sería sin duda el gran drama de mi vida.

CAPÍTULO 12

Al día siguiente, el domingo, cuando se levantaron los niños, su padre los llamó.

—Venid, chicos, que os tengo que decir algo importante. Mamá se ha convertido al islam, ahora ya es una mujer musulmana.

Adán me miró con incredulidad.

—¿Sí, mamá? —preguntó totalmente sorprendido.

—Sí, cariño, ahora ya rezaremos juntos siempre y nuestra casa será bendecida por Dios.

No hizo más comentarios, se quedó pensativo. Yo era consciente de que no debía desvelar mi secreto ni a mis hijos, pues si no todo podría venirse abajo. Enseguida Yaiza vino a abrazarme.

—Mamá, qué bien, estoy muy contenta.

—Hija, ¿y eso? —pregunté.

—Pues, claro, mamá, porque yo te quiero mucho, y ya no vas a ir al infierno. Papá me llevó el otro día a pasear al cementerio y me dijo que ahí estaban todos los infieles y que todos irían al infierno porque no eran musulmanes, y tú ya vas a ir al cielo porque ahora ya eres musulmana —dijo, completamente feliz.

Sonreí y la abracé, aunque la ira me invadió. Empecé a pensar qué les diría cuando yo no estaba. Me preguntaba cómo un padre, sabiendo que su madre era cristiana, podía decirle a su hija que iría al infierno, a una niña de cuatro años; no podía creerlo.

—Vamos, cariño, a preparar el desayuno. ¿Me ayudas, princesa?

Sentía rabia, furia, odio, pero tuve que controlarme. Me acababa de dar

contra un muro. El problema era mucho más grave aún de lo que yo pensaba, ya no solo se trataba de rezar, o de conocer el Corán. Ya no era cuestión de educación religiosa, era cuestión de radicalización, del islam más extremista, un islam que yo desconocía, no era el que conocí junto a sus padres. Me estaba enfrentando a algo muy serio y no imaginaba hasta dónde llegaría.

Aunque preveía que a partir de ese momento gran parte del adoctrinamiento iría dirigido a mí, no pensé que sería tan pronto. Esa misma mañana Nabil me dio el horario de los rezos y estuvimos recitando las suras más de tres horas, hasta que las memoricé perfectamente y sin *errores*.

Debía realizar las cinco oraciones: al amanecer, después del mediodía, a la mitad de la tarde, en la puesta del sol y por la noche. Los horarios dependerían de la posición del sol.

Aprendí cómo debía tapar mi cuerpo, pues solo podían quedar desnudas las manos y la cara, cómo realizar la oración y cómo dirigir mi pequeña alfombra hacia La Meca.

Al inicio, de pie, tenía que agachar mi cabeza en señal de respeto a Dios, levantar las manos hasta los oídos y pronunciar Alá Akbar (Alá es el más grande). A continuación, debía colocar mi mano derecha encima de mi mano izquierda y situarlas en el ombligo y pronunciar la sura. Nunca debía distraerme o dirigir la mirada hacia otro sitio. Lo que más me costaba era inclinarme, pues la cabeza, el cuello y la espalda debían quedar alineados con el suelo, formando un ángulo de noventa grados, mientras pronunciaba: «Glorificado sea mi señor». Luego me volvía a poner de pie y tenía que decir: «Alá oye a quienes le alaban», postrarme y colocar mi cabeza, rodillas y manos sobre el suelo mientras repetía nuevamente tres veces: «Alá es grande». Después debía sentarme sobre mis rodillas pidiendo perdón otras tres veces y por último girar la cabeza hacia la derecha y después hacia la izquierda.

—Una cosa más, cariño —me dijo Nabil después de darme todas las indicaciones—: no puedes pintarte las uñas, pues si no, cuando te laves para rezar, el agua no las tocará y no sería válida la oración.

—Vale, no hay problema. —Mi capacidad de asombro y mi capacidad de adaptación no tenían límites.

—Lo estás haciendo muy bien, Raquel. Eres lista y aprendes rápido; sé que serás una buena musulmana. Te quiero.

—Y yo, amor, gracias.

Al día siguiente cogí la base de datos y empecé a concertarle entrevistas como loca, necesitaba tenerle fuera de casa, lejos de mí y de mis hijos; en una mañana, le completé la semana.

—Nabil —le dije cuando llegó a casa—, ya tengo tu agenda de la semana que viene, para que la pases a administración y te gestionen los hoteles.

—Vaya, veo que has trabajado mucho.

—Ya sabes que cuando me pongo, consigo llegar a todas partes; no nos vamos a ver en toda la semana, pero merecerá la pena.

—La verdad es que avanzaré mucho, pero me gusta también estar en Madrid. Aunque voy a las mezquitas de las ciudades donde estoy, echo de menos estar cerca de los chicos e ir a rezar a la mía.

—Lo sé, pero es el futuro de la familia.

—Prométeme que rezarás todos los días y los niños también.

—Claro, Nabil, me ofende que me preguntes eso.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

El fin de semana empezó tranquilo: llevé a los niños a la escuela de la mezquita y él se fue con sus amigos a desayunar a Torrejón. Cuando volvió a casa, los pequeños estaban jugando y yo, preparando la comida.

—No te has quedado a la oración del mediodía —le comenté en cuanto entró.

—No, amor, quería rezar con *vosotros*.

Nos lavamos y rezamos juntos. Comimos y él se fue a la habitación.

—Voy a ver unos vídeos —me dijo.

—Vale, amor.

Los niños se fueron a jugar y me quedé leyendo la última novela de John Grisham, mi escritor preferido. Al cabo de un rato, salió de la habitación para ir a la cocina y me vio en el salón.

—Pero, Raquel, ¿qué haces leyendo eso? Tienes muchos libros todavía por leer y mucho que aprender.

—Quería distraerme un poco.

—Espera, te voy a dar un libro que habla de la vida del profeta, es muy interesante y así podrás seguir sus enseñanzas.

Cogí el libro y me puse a leerlo. No me apetecía, pero mientras me los diera a mí en lugar de a los niños, lo daba por bien empleado.

Rezamos nuevamente la oración de la tarde.

—Nabil, me voy a acercar al súper un momento a comprar leche y algunas cosas que nos faltan —le avisé antes de empezar a preparar la cena.

Él seguía viendo vídeos. Lo único que pude ver fue una bandera negra. Enseguida Yaiza gritó:

—Me voy contigo, mami.

—Claro, tesoro. Adán, ¿quieres venirte?

—No, mami, estoy bien jugando a la Nintendo.

—No tardo nada, cariño, enseguida estoy aquí. —Abrí la puerta de la habitación—. Me voy, Nabil. Adán se queda, está jugando a la Nintendo.

—Vale, cariño.

—Vuelvo enseguida.

—No tengas prisa.

Sí tenía prisa. Al no venirse Adán, no quería tardar mucho. Salí con Yaiza y compré rápidamente. En media hora estábamos en casa.

—Hola, chicos, ya estamos de vuelta —grité.

Nabil seguía en la habitación, y cuando vi a Adán, le encontré desencajado. Estaba serio, mantenía la Nintendo entre sus manos, pero parecía jugar por inercia.

—¿Qué tal, mi vida?

—Bien, mamá —dijo muy serio.

—¿Te pasa algo?

—No, mamá.

Fui a la cocina y saqué la compra mientras el corazón se me ponía a mil; intuía que algo había pasado en mi ausencia, porque, aunque no había tardado nada, conocía a mi hijo y sabía que estaba aterrorizado.

Nabil se puso su chilaba y me dijo:

—Raquel, me voy a la mezquita. Me quedaré allí hasta la última oración. Volveré tarde.

—Vale, llevaré un rato a los niños al parque y luego vendremos para rezar.

—Eso es, tesoro, veo que lo vas entendiendo perfectamente.

—Luego nos vemos.

Nada más salir Nabil por la puerta, me acerqué a Adán.

—¿Qué pasa, hijo? —le pregunté—. ¿Por qué estás así, ha pasado algo con papá?

—No, mamá.

—Hijo, si pasa algo, debes contármelo, no tengas miedo.

—Pero papá me ha dicho que no te dijera nada.

—Da igual lo que haya dicho papá. Lo que me cuentes quedará entre tú y yo. Te lo prometo. No voy a decirle nada.

Adán explotó a llorar, no podía parar; estaba muy asustado. Sin saber qué hacer, le abracé y le calmé.

—Anda, tesoro —le dije a Yaiza—, ¿por qué no vas a tu habitación y le haces un dibujito a mamá para ponerlo en la nevera, que tengo que hablar con tu hermano?

—Vale, mami.

—Dime, hijo —insistí en cuanto nos quedamos solos.

—Cuando te fuiste, papá me enseñó un vídeo. Era de un chico que bebía, que no rezaba, que hablaba con chicas y que no era un buen musulmán. Con diecisiete años se murió. Cuando fueron a enterrarle, estaba lleno de golpes, moratones, heridas, tenía la cara destrozada, y me ha dicho que habían sido los ángeles quienes le habían pegado y que eso era solo el principio de su castigo, que después iría al infierno y ahí empezaría a sufrir para siempre. No tenía casi cara, tengo mucho miedo, mamá.

—Cariño, eso no es real, son vídeos hechos para asustar a la gente. Dios es misericordioso, Dios perdona siempre, y por hablar con chicas nadie te va a castigar, pues no es ningún pecado. Tú vives en España y tendrás que hablar con ellas. No te preocupes, aquí está mamá para todo. No voy a decirle nada a papá, pero prométeme que cualquier cosa más que te diga o cualquier otro vídeo que te enseñe me lo vas a decir.

—Vale, mamá.

Me abrazó fuertemente.

—Mira, cariño, vamos a hacer una cosa, cuando venga papá, le diremos que te encuentras mal y tienes un poco de fiebre y hoy duermes conmigo,

¿vale?

—Sí, por favor, mamá, tengo mucho miedo.

—Pues, mi vida, no tengas miedo de nada, que mamá te protegerá de todo. Y recuerda que todo eso son mentiras, no permitiré que vuelvas a ver esas cosas.

Le abracé con fuerza, y se fue calmando, luego nos pusimos los tres una peli divertida y empezó a tranquilizarse.

—Voy a ducharme, ¿vale, amor? ¿Estás mejor?

—Sí, mami, ya estoy tranquilo.

Necesitaba desahogarme, el dolor era inmenso, así que entré en el baño y rompí a llorar. Mi alma no sentía, estaba rota en pedazos, el dolor por mi hijo me destrozó. Dios mío, si apenas le había dejado con él media hora. Me sentí culpable por dejarle solo, tal vez podría haberlo evitado, pero cómo iba yo a imaginar que Nabil sería capaz de algo así.

Mi camino se tornaba cada vez más duro, y aún se recrudecería más.

Estaba segura de que mi conversión no le iba a parecer suficiente, él lo quería todo, y eso no volvería a permitirlo. Era solo un niño, ¿qué más quería? ¿No tenía suficiente conmigo? Sospechaba que Nabil empezaba a recibir órdenes, que le pasaban los vídeos, que había alguien muy poderoso detrás, y por un instante sentí miedo, no por mí, sino por mis hijos. Yo era adulta y fuerte, pero mis hijos no podrían resistir esa situación, sobre todo Adán, que era su principal objetivo. Para él era un hombre y estaba segura de que querría seguir preparándole, aún no sabía para qué, pero tendría que averiguarlo, y tendría que hacerlo rápido.

Llegó el lunes y, tal como estaba previsto, salió de viaje. Se iba toda la semana. Yo estaba feliz, podría relajarme, los niños estaban más tranquilos cuando no estaba él y en casa reinaban la paz y la armonía.

Tuve toda la semana para pensar y me di cuenta de que también debía ir frenándole, pues si hacía todo lo que me pidiera, acabaría por descubrirme. También él debía ser consciente de que todo tenía que ir poco a poco y que yo no podía cambiar de la noche a la mañana, pues si no él sospecharía. Me conocía lo suficientemente bien para saber que tenía mucho carácter y muy

poco de sumisa.

Llegó el fin de semana y me llamó mi tía Andrea para salir juntas con las niñas y llevarlas a un *spa* infantil donde las vestirían de princesas. Además, era el cumpleaños de mi tía Lara y después iríamos a celebrarlo. Era consciente de que si le planteaba el plan a Nabil se organizaría una tremenda discusión, pero sabía que tenía que hacerlo, así que me armé de valor y entré en la habitación.

—Hola, amor, ¿otra vez viendo a los de la bandera negra? —bromeé—. Anda, quita eso. Voy a salir con Andrea. Vamos a llevar a las niñas al *spa* de las princesas y luego iremos a tomar algo al centro porque es el cumpleaños de Lara y lo celebra en un sitio cerca de su casa. ¿Te vienes con nosotros?

Su cara cambió por completo y su mirada se volvió aterradora. Aunque no lo aparentaba, estaba temblando, pues esa mirada me recordaba a los dos amigos suyos que vi en la mezquita, y comencé a tenerle miedo, pero aun así me mantuve firme.

—¿Cómo dices? —preguntó enfurecido—. Pero estás loca, ¿cómo me voy a ir a un sitio de copas en el que se vende alcohol? Y tú tampoco puedes ir, ya eres una mujer musulmana. Además esas tonterías de las niñas no me gustan nada. No quiero que mi hija se crea que es normal maquillarse, bailar o llevar faldas cortas como si fuera una cualquiera.

—Mira, Nabil, en primer lugar, a mí no me grites, que no te lo voy a permitir. Lo que dices de la niña es una estupidez, son niñas y todas siempre quieren ser princesas por un día y no tiene absolutamente nada de malo. Y en cuanto al cumpleaños de Lara, nosotros vamos a ir; es más, tú también deberías venir, siempre has tenido una relación estupenda con ella y te estás separando de toda mi familia. Debes recordar que, si me quieres, tienes que respetar a mi familia. Yo estoy haciendo un esfuerzo muy grande, pero también tú tendrás que pensar que tengo mis costumbres y no puedo cambiarlas de golpe. Además, nunca, ni aun siendo musulmana, me voy a separar de mi familia y, si Dios considera que me tiene que castigar por ello, solo Él podrá juzgarme.

—Haz lo que quieras, pero que sepas que es un pecado muy grande, allá tú —dijo, fuera de sí.

Salí dando un portazo de la habitación y me fui con los niños, tal y como

tenía previsto. Pasamos una tarde maravillosa y volvimos cerca de la una de la madrugada. Cuando llegué, vi que estaba la luz del salón encendida. Sentí unas ganas horribles de irme con mis hijos a cualquier lado lejos de allí, de huir del que había sido mi hogar, del que me dio paz y felicidad durante años, pero esa no era la solución. Busqué aparcamiento y no encontré nada cerca de casa.

Paré en la puerta y le llamé con la esperanza de que se le hubiera pasado el enfado, pero nada más lejos de la realidad.

—Dime —contestó al descolgar, muy seco.

—Voy a tener que aparcar lejos del portal, no hay ningún hueco por aquí, ¿por qué no bajas y lo aparcas tú? No quiero ir con los niños sola desde tan lejos, la calle está muy solitaria.

—No, si has tomado la decisión de irte, asume las consecuencias ahora.

—Gracias, jamás pensé que podrías llegar a esto y a eso le llamas tu «religión».

Encontré un sitio un poco lejos, así que corrimos los niños y yo hasta la puerta de la urbanización. Cuando entramos, respiré profundamente. Mientras cruzábamos hacia el ascensor, me vino un pensamiento a la cabeza: «Raquel, vete acostumbrando porque algún día será así, llegarás a casa sola con tus hijos». Cada día que pasaba estaba más segura de que no había marcha atrás, y esta situación nos llevaría al final de nuestra historia, aunque jamás pensé que pasaría como sucedió dos años más tarde.

Cuando entramos en casa, no nos dirigimos la palabra; acosté a los niños y fui a lavarme para rezar.

¿Dónde habían quedado aquellos dulces besos de buenas noches? Qué lejos los recordaba, hasta dudaba de si algún día habían existido o solo fueron fruto de mi imaginación.

Entró en la habitación y me vio cumpliendo con mi oración; estaba rezando y no me molestó. Pero cuando acabé, me fui a la cama y él entró.

—No voy a decirte que lo que has hecho está bien, porque no lo está, pero me ha gustado verte rezar tus oraciones.

No le miré, ni contesté; me di la vuelta y fingí dormirme.

Se levantó por la mañana y no nos dirigió la palabra ni a los niños ni a mí.

Era una situación realmente incómoda. Para los niños no suponía nada, pues estaban acostumbrados cuando necesitaban algo a pedírmelo a mí, pero a mí me costaba mucho. Nunca he sido una persona que pudiera convivir sin hablar, pero así eran las circunstancias, y lo único que podía hacer era asumirlo, me dije filosóficamente mientras arreglaba la casa.

—Vamos, chicos —les dije a los niños cuando terminé—, a rezar y a arreglaros, que os llevo a comer por ahí.

Nos lavamos, rezamos y cuando estábamos a punto de irnos, Nabil se acercó.

—Anda, esperadme, que voy con vosotros.

No me apetecía estar ni un segundo con él después de la escenita del día anterior, pero debía pensar que aún me quedaban por delante muchos días nublados y era mejor que me acostumbrara.

—¿Adónde pensabais ir? —preguntó aún un poco serio.

—Al *burger* —respondieron los dos niños a la vez.

—En el *burger* la carne no es *halal*, no está cortada a la forma musulmana, mejor vamos al *kebab*.

Estuve a punto de saltar, pero cogí aire y me tranquilicé.

—Vale, ¿qué os parece, chicos?

—Bien, mamá —contestaron al unísono.

Solo tendríamos que comer juntos. Por la tarde él se iría a la mezquita y la semana la pasaría viajando, pues le había vuelto a organizar la agenda y no estaría en Madrid. Viajaba tanto que, cuando llamaba mi padre y me preguntaba por él, le llamaba Willy Fog.

CAPÍTULO 13

Estábamos a finales de agosto. La angustia y el estrés que llevaba sufriendo a lo largo de un año empezaban a dejar secuelas en mi físico y, cómo no, repercutían intensamente y cada vez de forma más habitual en mi salud.

Me abandoné por completo, me olvidé de mí misma. Ya no era una persona, era una máquina funcionando las veinticuatro horas. El engranaje no se podía permitir parar ni un segundo, ni un minuto, porque si había algún fallo en el mecanismo, alguien saldría dañado y ese alguien no era cualquier persona, eran mis hijos.

Era jueves. No había conseguido que estuviera fuera toda la semana, así que nos sentamos a comer solos, pues los niños estaban con los abuelos.

—Raquel, ¿aún no sabes que no puedes comer con la izquierda? —me reconvino—. Es una mano impura.

—Pero, cariño, es que yo soy zurda y me es imposible.

—No importa, Dios te recompensará porque tu esfuerzo es mayor.

—Está bien, lo intentaré.

—Por cierto, debes quitar las imágenes de casa. Es un pecado muy gordo tener figuras o cuadros que representen cualquier creación de Dios.

—Puedo retirar las figuras, pero lo que no pienso quitar es el cuadro que me pintó mi madre, es especial para mí.

—Bueno, piénsalo —dijo a regañadientes—, pero tendrás que acabar quitándolo.

—Ni lo sueñes, ya te he dicho que no, cedo en el resto, pero en el cuadro no. Mira, Nabil, estoy cansada de repetírtelo, debes ir poco a poco, estoy haciendo un esfuerzo muy grande: rezo en su momento todas las oraciones,

duermo cuatro horas, cumplo con todos los preceptos del islam, he leído todos los libros que has traído. No tenses tanto la cuerda porque al final puede romperse.

—Pero si todo lo que te digo es por tu bien. Yo quiero que mi reina vaya al cielo.

—Y te lo agradezco, Nabil, pero dame tiempo. No se puede cambiar de la noche a la mañana.

—Está bien, pero por lo menos escucha todo lo que te digo, no seas tan cabezona.

No quería seguir con la discusión. Me agotaba debatir con él, sabía que en el estado en que estaba era imposible que razonara. Además, debía reservar mis fuerzas para las batallas más difíciles; al fin y al cabo, me acostumbraría a comer con la derecha.

Al día siguiente, sonó el despertador a las cuatro de la mañana; como siempre, me llamó para levantarme a rezar.

—No puedo, Nabil, me duele todo el cuerpo y creo que tengo fiebre. Tráeme el termómetro, por favor.

Efectivamente, tenía treinta y nueve de fiebre y empecé a vomitar sin parar.

—¿Ves? Estoy malísima. Por favor, no vayas a la mezquita y reza en casa, así te puedes ocupar un poco de los niños, es que no puedo ni levantarme —le pedí.

—Hoy es viernes y tengo que ir a la mezquita. Es nuestro día, ya lo sabes, y tú debes levantarte a rezar, es una obligación y no hay excusa para no hacerlo. Si no puedes postrarte, lávate y reza en la cama, pero no eludas tu responsabilidad.

Me levanté como pude. Cuando el agua tocó mi rostro, sentí un intenso escalofrío. Era como un trapo, estaba a punto de venirme abajo en cualquier momento.

—Cariño, me voy a la mezquita, pasaré el día allí.

—Pero, Nabil, mira cómo estoy. Hoy deberías quedarte en casa conmigo, ayudarme con los niños, por favor —respondí, sin fuerzas.

Me metí en la cama, me senté y recé. Tomé un paracetamol y me volví a

dormir.

Cuando se despertaron los niños, los escalofríos recorrían ya todo mi cuerpo, apenas pude levantarme para preparar los desayunos.

—Chicos, tenéis que ayudarme hoy, por favor —les pedí a los niños—. Mamá está malita, tiene fiebre, el desayuno está en la mesa.

Me tumbé en el sillón arropada con una manta, tiritando de la cabeza a los pies, y les puse a los niños una película, para poder descansar unas horas hasta que tuviera que prepararles la comida. Aún lo recuerdo como uno de los peores días de mi vida. Era increíble. Qué tipo de religión es la que le permitía dejar a su mujer enferma, obligándola a asumir el cuidado de sus hijos, mientras él se marchaba tan tranquilo para estar con sus amigos e irse a comer a Torrejón.

Era incomprensible, por primera vez en casi veinte años, sentí que no valía nada para él, que Nabil solo quería conseguir su objetivo. Era imposible que me siguiera amando, porque cuando se quiere a alguien, se le cuida, se le respeta, se le ayuda. ¿Dónde estaba el islam en ese momento?

Faltaban pocos días para septiembre: mis padres, como todos los años, se irían a la playa; siempre habíamos ido con ellos unos días hasta que los niños empezaran el colegio. Me levanté y él ya estaba en la cocina desayunando.

—Nabil, ¿qué ropa quieres que meta en la maleta? Tampoco te lledes mucho, porque solo estaremos diez días. Este año los niños empiezan antes el colegio.

—¿Ropa para qué?

—Para ir con mis padres a la playa. Te lo dije el otro día.

—No me enteré.

—Claro, estabas viendo a los de la bandera negra. Cuando los ves, no escuchas...

—Este año no vamos a ir.

—¿Cómo?

—Lo siento, Raquel, pero no puede ser, yo no puedo ver mujeres desnudas, o en bikini, y tú tampoco puedes enseñar tu cuerpo a otros hombres.

De repente todo lo peor salió de mí. Me enfurecí, ya no podía más, sabía

que debía ir con cuidado, pero en esta ocasión se trataba de mi familia. Podía soportarlo todo, pero jamás permitiría que me alejara de ellos.

—Mira, Nabil, a mí me da igual si vienes o no. Es mi familia, siempre hemos ido, y además mis hijos se merecen unos días en la playa y no voy a privarles de ello por nada del mundo —dije muy enfadada.

—No puedes viajar sola, está prohibido en el islam. Tienes que viajar con un hombre. —Él, incomprensiblemente, hablaba con total tranquilidad.

—Te lo voy a decir solo una vez: yo me voy con mis hijos. Tú haz lo que quieras.

—Pues sabes que es un pecado muy grande y que Dios te castigará por ello —me advirtió con absoluta indiferencia.

—Siempre hablas de castigar, Nabil. ¿Tú eres Dios? ¿Por qué eres tú siempre el que me juzgas? ¿Cómo sabes que a Dios no le gustará verme disfrutar con mis padres, con mis hijos, pasar unos días en familia? Estoy harta de tus lecciones, y aquí no pienso ceder, porque no veo nada malo en ello. Ya es bastante duro tener que justificarte siempre, hace más de un año que no los ves.

—No tienes por qué hacerlo, diles la verdad —me retó.

—Sabes que es imposible, Nabil, y no pienso darles ningún disgusto, son mis padres y disfruto estando con ellos. Desde luego, me voy a marchar.

—Está bien, cálmate, perdona. Igual quiero ir demasiado rápido, pero yo no voy.

—Haz lo que quieras.

Preparé la maleta y, al día siguiente, me marché. Nos dimos un beso. Fue como si besara a un desconocido. Ya no había pasión. Cada vez quedaba menos de ese amor de juventud en el que los dos éramos uno. Ahora Nabil era otro, él estaba eligiendo a otra familia y, sin darse cuenta, abandonando a la suya. Sentí una gran pena, porque en el fondo intuía que sus nuevos hermanos no le llevarían a ningún sitio y que, cuando se diera cuenta, sería demasiado tarde.

Aun así, me sentía como en una nube. Me marchaba, lejos de él, sola con mis padres y mis hijos, lo que más quería en mi vida. Estaría feliz, podría ser yo, no habría presión. El problema no iba a desaparecer, pero, en cuanto pasara lo peor, que para mí era justificarle frente a mis padres, podría coger

fuerzas y respirar aire no contaminado por él. Desde hacía años su trabajo se había convertido en mi mejor coartada; es más, sentía que a mis padres cada vez les *importaba* menos, ellos solo deseaban estar con su hija y sus nietos.

Una mañana veníamos de la playa y sonó el teléfono de Adán. Cuando lo cogió, le oí decir que no estaba su padre, que él no estaba en Madrid.

—¿Quién era, hijo? —le pregunté cuando colgó.

—Said, uno de los amigos de papá.

Me enfadé muchísimo. No quería que esa gente tuviera el número de mi hijo.

—Déjame el teléfono, Adán.

Envié inmediatamente un WhatsApp: «Disculpa, no sé quién eres. Soy la madre de Adán y por favor no quiero que llaméis a este teléfono, no es el de Nabil, es el de mi hijo, borradlo y no volváis a llamar a este número. Gracias».

Estaba indignada. ¿Por qué les daba el teléfono de mi hijo? Desde ese momento mi alerta aumentó, debía haber algún motivo, pero no iba a permitir que lo implicara en su historia, una historia que cada vez me asustaba más.

Se acababan los días de playa y se acercaba la hora de volver. Solo con pensarlo me desmoronaba. Estaba tan feliz alejada de él, con mis padres. Me daba la sensación de que estando junto a ellos nada malo podía ocurrirme. Y con mis hijos, que era lo que más quería en el mundo.

Llegó por fin el día del regreso. Tenía el corazón encogido, el nudo en el estómago no me permitía respirar. Mi cara estaba descompuesta y no fui capaz de probar bocado. Nos despedimos de mis padres y nos montamos en el coche. Las gafas de sol ocultaban mis lágrimas, volvía al infierno, pues, si el infierno existía, debía ser parecido a lo que yo estaba viviendo. Durante el viaje los niños se durmieron y yo lo pasé en silencio, sumida en pensamientos muy negros.

Me parecía mentira que hubiera habido un tiempo en el que me creía afortunada, en el que abría la puerta de mi casa y me veía rodeada por el calor de mi hogar. Las circunstancias ya no eran así. En cuanto vi el edificio sentí frío, miedo e inquietud. Me causaba terror pensar en todo a lo que me tendría que volver a enfrentar.

Saqué las maletas y subimos. Cuando entramos, Nabil no estaba en casa.

Suspiré de alivio, pero el cansancio del viaje y la presión de saber que tendría que volver a mi papel me produjeron una angustia que ya apenas podía controlar. No sabía hasta cuándo mi cuerpo aguantaría.

Los niños se ducharon, cenaron y los acosté.

Yo no pude comer nada. Me dejé caer en el sillón y me quedé dormida. Cuando Nabil llegó a casa, me despertó:

—Hola, ¿qué tal estás? Qué guapa y qué morena vienes.

—Sí, pero agotada del viaje. La carretera estaba imposible. Me voy a la cama, hablamos mañana. —Me levanté del sillón como si fuera un zombi y, cuando me dirigía a la habitación, me detuvo.

—¿No vas a rezar? —Esbozó una extraña sonrisa.

Dios mío, lo había olvidado. El sueño se marchó de golpe y mi corazón se aceleró. Había estado sin rezar todos esos días y ya ni siquiera lo recordaba.

—Claro, iba al baño a lavarme —respondí nerviosa.

—¿Has rezado estos días? —preguntó como el profesor que examina a su alumna.

—Pues claro, cariño —respondí.

—¿Y cómo lo hacías? —siguió con el interrogatorio.

—En mi habitación, cerraba el pestillo y rezaba, tampoco ha sido tan complicado —dije con total normalidad.

—Muy bien, cariño.

Me besó, fui a lavarme y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para rezar, pero lo hice. En cuanto me metí en la cama, me sumí en un profundo sueño.

A las cuatro de la mañana, me despertó.

—Vamos, dormilona, es hora de la oración.

Cada día que pasaba, me resultaba más difícil levantarme; le pedí a Dios que me diera fuerzas, solo quería dormir y no tener que enfrentarme a un nuevo día, la losa cada vez era mayor y más pesada.

—Me voy a la mezquita.

—Hasta luego.

Me lavé, recé y regresé a la cama, hasta que volviera a sonar la alarma para llevar a los niños al colegio. Últimamente el despertador se había convertido en mi peor enemigo.

Llegaban las Navidades de nuevo y con ellas de nuevo volvieron las discusiones. En los meses previos, Nabil se mostraba aún más riguroso con nosotros. Su radicalización era evidente y sus creencias religiosas eran cada vez más extremistas.

—Raquel, ya no se trata de que haya alcohol en casa y yo me vaya. Es que no pienso permitir que lo compres con el dinero que gano.

—No pasa nada, lo compraré con el que gano yo.

—Tú ya eres una mujer musulmana y debes entender estas cosas. Además, tendrás que hablar con tus padres tarde o temprano, en algún momento se lo tendrás que decir.

—Ya, Nabil, pero con mi padre es complicado. Ya sabes cómo es. Yo le conozco y sabré cuándo es el momento adecuado. No te preocupes, todo llega. Tú vete tranquilo y ya más adelante veré cómo puedo hacerlo.

Mientras hablábamos, oímos como Yaiza cantaba un villancico: «Pero mira cómo beben/ los peces en el río,/ pero miran cómo beben/ por ver a Dios nacido». Nabil me dejó con la palabra en la boca, se acercó a la niña y le dio un azote.

—No vuelvas jamás a cantar eso, es una canción de infieles —la reprendió.

La niña empezó a llorar; la cogí en brazos, la besé y la llevé a la habitación con su hermano.

Me acerqué a Nabil, totalmente furiosa, y empecé a gritar, estaba fuera de mí. Creo que raras veces en mi vida he llegado a ese extremo:

—Jamás vuelvas a pegar a ninguno de mis hijos, lo oyes, jamás, por ningún motivo, porque la próxima vez vas a tener que pasar por encima de mí. Estoy harta, y te juro que nunca más voy a permitir que les pongas la mano encima y mucho menos por una estupidez. Cuidado, estás jugando con fuego y al final te vas a quemar.

—Tal vez lledes razón, perdona, pero es que tenéis tanto que aprender y tantas cosas que cambiar en tan poco tiempo.

—¿Cómo que poco tiempo? Tenemos toda la vida, Nabil, y los niños más aún. Son pequeños, dales tú ejemplo y ellos solos lo irán aplicando a su vida. Tranquilízate, que parece que te vas a morir mañana.

—Eso nunca se sabe, Raquel, y yo presiento que sí, que moriré joven.

—Anda, déjate de tonterías, y mira lo que he dejado encima de la cama; son unos camisones de regalo para tu tía y algo de ropa para tu hermana y el niño.

—Me encanta, gracias por ir a comprarlo, es todo un detalle, eres un cielo.

—Eso también es religión, pensar en las personas que quieres.

Nabil, nuevamente, como hacía en los últimos años, se fue con su familia a Marruecos y yo me quedé con la mía y con mis hijos.

Fueron días, si no de alegría, por lo menos de paz, de tranquilidad, de relajación, días en los que me sentía libre, entre los míos, lejos del que para mí se había convertido en el enemigo.

Nuevamente brindamos por el 2013, rodeados de color rojo, con anillos de oro en las copas y pisando con el pie derecho para tener un feliz y exitoso año.

Mientras veía a mi familia levantar las copas y reír, yo no era capaz de pensar en un año feliz, presagiaba que sería aún más difícil que el anterior. Me estaba ahogando y la bomba de oxígeno se agotaba. Por un instante conseguí abstraerme cuando Adán vino, me besó y me dijo: «Feliz año nuevo, mamá». Al instante empecé a besar a toda mi familia como si mi vida se terminase; en el fondo, ya me parecía que estaba acabada.

Pasaron las fiestas y con ellas se evaporaron la calma y el sosiego. En cuanto Nabil regresara de Marruecos, volveríamos a la tortura del día a día, aunque esperaba que las cosas empezaran de una forma más tranquila. Aún no sé por qué, pero mantenía la esperanza de que en algún momento cambiara y regresara mi Nabil, el Nabil al que tanto amaba.

Cuando volvió, yo ya tenía su agenda organizada, sus viajes eran las bocanadas de aire que aún me mantenían viva.

Fuimos a recogerle al aeropuerto. Todo fueron besos y abrazos. Los niños correteaban por las cintas, mientras nosotros caminábamos de la mano en dirección al coche. Hablamos de la familia, de las cosas cotidianas. Por un instante tuve la sensación de que éramos una familia normal.

CAPÍTULO 14

Un día, cuando Nabil llegó de trabajar, decidí abordar sin rodeos una cuestión complicada. Yaiza se había caído patinando y se había partido la tibia y el peroné. Le habían escayolado la pierna entera.

—Cariño, he pensado que como viene el cumpleaños de Yaiza y no puede celebrarlo en ningún lado, le voy a preparar una fiesta en casa para que vengan la familia y sus mejores amigas.

—No estoy de acuerdo, nuestro profeta no celebraba nada. Si decides hacerlo igualmente, no voy a estar, por no hablar del alcohol.

—Pero ¿cómo no vas a estar? La niña te necesita y quiere que su padre festeje con ella. Además, sabes que lo está pasando fatal. Necesita un poco de diversión.

—Te he dicho que no. No voy a cambiar de opinión. Si haces una fiesta en casa, me iré y no volveré hasta que haya acabado.

—Solo te digo una cosa, Nabil, y recuérdalo bien, lo que siembres con tus hijos, será lo que recogerás de ellos en el futuro y tú no haces absolutamente nada por los niños. Si no quieres estar, eres muy libre de marcharte, pero mi niña va a tener su fiesta.

Cuando llegó el cumpleaños de Yaiza, ella disfrutó de su fiesta, con globos, tarta de princesa, regalos y sobre todo con sus amigos y su familia. Sorprendentemente, no me preguntó por su padre. Sin saberlo, también empezaba a perderlos a ellos.

La transformación de Nabil era increíble. Durante años, siempre habíamos celebrado todo: cumpleaños, fiestas, Navidades, reuniones con familiares y amigos... Aún recuerdo nuestros aniversarios en Los Álamos. El camarero,

cuando llegábamos, nos acompañaba a una mesa iluminada por la luz de las velas y nos atendía con una sonrisa cómplice, encantado con esos dos tortolitos que no dejaban de mirarse, que entrelazaban sus manos al tiempo que brindaban con una copa de vino por su amor.

¿Dónde habían quedado esos años? La pena se apoderaba de mí. Estaba completamente desgarrada por dentro, ya ni siquiera sentía los latidos de mi corazón. Era como si hubiera entrado en un túnel oscuro, y ni siquiera de lejos se viera un puntito de luz. La claustrofobia de estar sin salida me asfixiaba cada día más.

Nos levantamos de madrugada; era sábado y los niños aún no habían empezado las clases de árabe. Rezamos juntos la oración de la mañana y nos volvimos a dormir.

—Me voy a la mezquita, Raquel —dijo en cuanto se levantó.

—Vale, cariño, te espero para comer.

—Yaiza, ¿te vienes con papá?

—Sí, así juego un rato mientras mamá hace la comida.

Curiosamente, no le dijo nada a Adán, lo que me sorprendió. Sentí un gran alivio, pero al mismo tiempo inquietud. Empezaba a ver que no daba puntadas sin hilo y que todos los pasos que seguía ya estaban premeditados.

Se fueron a la mezquita y yo me quedé preparando la comida. Adán jugaba cuando llegaron Yaiza y él.

—Hola, chicos, venga, a comer, que lo tengo todo preparado.

De repente me fijé en la cara de Yaiza. Había llorado, tenía los ojos hinchados y su cara reflejaba miedo. Apenas pronunció palabra en la comida. Cuando acabamos, se fue y se sentó en el sillón. Adán y ella estaban viendo una serie norteamericana que les encantaba, *Hannah Montana*. Nabil se fue a la habitación a ver sus vídeos de la bandera negra mientras yo recogía la cocina. Cuando acabé y me fui al salón con los niños, apareció en el salón con su chilaba.

—Me voy a la mezquita, Raquel.

—Vale, yo en un rato estaré en el parque, por si luego quieres pasarte.

—No creo que me dé tiempo. Por cierto, los niños tienen que dejar de ver

esas series y tonterías en la tele. No tienen nada que ver con su educación religiosa y no está bien que las vean. Además, antes de que se me olvide, tienes que hablar con el colegio para que dejen de dar música. La música está prohibida.

—Nabil, las series no tienen nada de malo.

—¿Cómo que no? He visto cómo se besan.

—Pero, por Dios, que es un beso..., es algo normal.

—No para nosotros, los musulmanes.

—Y lo de la música, olvídalo, porque es una asignatura obligatoria.

—Bueno, ya veremos cómo lo hacemos. Estoy harto de las tonterías de los españoles.

Cerró la puerta y se marchó enfadado. Era agotador mantener la rutina de la casa, mediar entre los niños y él y eludir las restricciones que cada vez eran más numerosas y más incoherentes.

En cuanto salió por la puerta, me acerqué a Yaiza. —¿Qué ha pasado en la mezquita, cielo? Me ha parecido que has vuelto muy seria y tenías los ojos como si hubieras llorado— le pregunté.

—No le vas a decir a papá que te lo he dicho, ¿verdad, mamá?

—Claro que no, pequeñita. Esto queda entre tú y yo. Los secretos de los tres, solo son de los tres.

—Cuando he ido a la mezquita, papá me ha llevado a la de las mujeres porque dice que ya soy mayor para estar en la de los hombres y me ha dejado sola allí.

La mezquita de las mujeres está en un edificio colindante al principal. Hay que subir unas escaleras y se encuentra en un piso alto. No es nada vistosa, de frente se encuentra una celosía con grandes rombos que permiten a las mujeres escuchar al imán y seguir la oración. Según las leyes islámicas, deben ir tapadas, no pueden ir maquilladas, ni llevar ningún tipo de perfume. Gran parte de las mujeres que asisten llevan burka.

Nabil la había dejado sola, en un lugar desconocido para ella, que tenía solo seis años, rodeada de mujeres tapadas por completo.

—Mamá, he tenido mucho miedo y me he puesto a llorar. Una mujer me ha sacado fuera y han tenido que ir a buscar a papá, y se ha enfadado mucho conmigo, pero he llorado solo porque tenía mucho miedo.

—Lo entiendo, cariño. No te preocupes, no volverás a la mezquita. Las mujeres no tenemos obligación de ir, así que, tranquila, que no volverá a ocurrir. Y ahora todos a vestirse que nos vamos al parque.

Al escuchar a mi niña, entendí por qué se la había llevado sola. Adán no podía saberlo, pues si me lo contaba tendríamos de nuevo a fuerte discusión Nabil y yo. Él sabía que yo iba a ir poco a poco y, aunque confiaba en mí, tenía prisa. Aún no sabía el porqué, pero le apremiaba el tiempo y quería que aprendiéramos cuanto antes. Solo Dios conocía sus planes.

El tiempo seguía pasando, un día, según volvía de dejar a los niños en el colegio, observé que había un vehículo en la puerta de casa que me resultaba familiar.

Llevaba varios días viéndolo. Dentro estaba la misma pareja siempre. No le di demasiada importancia, aunque no pude negar que me dio un vuelco al corazón. Pensé que me estaba volviendo paranoica cuando tal vez, y sin quererlo, iba acercándome hacia la verdad. Entré en casa. Nabil estaba en el despacho.

—Escucha, llevo viendo un coche desde hace ya algún tiempo parado en la puerta de casa —comenté—, con una pareja dentro, y me resulta extraño.

—No sé, Raquel, no tiene por qué ser raro.

—Bueno, ¿quieres un café?

—No, me voy a la mezquita.

—Vale.

A los cinco minutos me llamó.

—Raquel, ¿el coche que estaba en la puerta era un Megane?

—Sí, ¿por qué?

—Porque creo que me están siguiendo, pero además son dos vehículos. Hay otro, un Golf, y parece que van juntos.

—Coge las matrículas y mañana vamos a denunciarlo. Por Dios, ten cuidado.

Me quedé muy preocupada. Recogí a los niños. Pasaba la tarde y Nabil seguía sin venir. La angustia se iba apoderando de mí, los niños me preguntaban y yo respondía por inercia. Cuando se fueron a la cama, continuaba sin haber llegado.

Miraba la tele, pero no veía nada. No podía dejar de dar vueltas a qué

estaba pasando. No entendía nada, pero era algo grave. Esta vez no se trataba de si yo comía con la izquierda o con la derecha. Por fin oí la llave en la puerta.

—Por Dios, Nabil, me tenías preocupadísima, ¿qué ha pasado?

—Me estaban siguiendo.

—Pero ¿por qué te van a seguir?

—Cuando he vuelto de la mezquita, me he parado a la altura del cementerio. Nada más detenerme, ellos han hecho lo mismo un poco más adelante. Me he bajado del coche y he ido y les he preguntado por qué me seguían, y me han respondido que ellos no me estaban siguiendo a mí.

—Pero ¿cómo te bajas? Te podía haber pasado cualquier cosa. ¿Y ya está? Mañana sin falta vamos a denunciarlo, ¿has cogido las matrículas?

—Sí, claro, será la policía. Son irnos racistas y, en cuanto ven que vas todos los días a la mezquita, te empiezan a seguir. A algunos de mis amigos les ha pasado.

—Pero eso es una estupidez, no creo que a nadie le sigan por ir a rezar.

—Ya, amor, las cosas son así.

—Me da igual, pero mañana sin falta vamos a denunciarlo.

Por la mañana dejamos a los niños en el colegio y nos fuimos a la comisaría. Estaba decidida a saber qué era lo que estaba ocurriendo.

Aguardamos en una austera sala de espera. Las paredes estaban decoradas con carteles con teléfonos para denunciar todo tipo de delitos: violencia de género, acoso escolar... Las sillas de plástico en fila estaban muy desgastadas y apenas permanecían en equilibrio. Nos llamaron y entramos en otra sala, donde nos iba a atender una agente sentada ante un ordenador; una mampara para mantener cierta precaria intimidad nos separaba del denunciante de al lado.

—Díganme, ¿qué les ha ocurrido? —preguntó la agente.

—Ayer siguieron a mi marido. Tenemos las matrículas.

Nabil relató los hechos, mientras ella tecleaba en el ordenador; una vez que finalizó, fue a la impresora y le dijo a Nabil que firmara la denuncia.

Ella notó mi nerviosismo. Yo no sabía quién nos podría perseguir y estaba aterrorizada. Imagino que, con la intención de dejarme más tranquila, me dijo:

—Les voy a decir algo extraoficial, no se preocupen porque son vehículos

oficiales.

—Pero ¿quién? ¿Por qué nos siguen a nosotros? Somos una familia normal. Trabajamos, tenemos nuestros hijos, pagamos nuestros impuestos —protesté, totalmente descolocada.

—Mire, yo no puedo decirles nada. Lo único que pueden hacer la próxima vez que les sigan es llamar al 091 y que los identifiquen. En ese momento se verán obligados a decirles de qué cuerpo son y por qué los están siguiendo.

—Muchas gracias por todo, agente.

Cuándo salimos, me sentía incapaz de pronunciar palabra. La policía seguía a mi familia sin explicar claramente los motivos. Aunque no sé por qué, yo intuía que estaba relacionado con los amigos de Nabil.

Entramos en casa y nos sentamos en el sillón. Los nervios me iban agotando. De repente, miré a Nabil y le dije:

—Escúchame: no sé quiénes son tus amigos, no sé si estás haciendo algo que no está bien, pero está claro que esto tiene relación con la mezquita y, de verdad, las caras de a los que llamas «hermanos» no me gustan. Tú te pasas todo el día viendo vídeos de los de la bandera negra, estás llevando la religión hasta el extremo más duro, cuando lo que deberías hacer es pasar más tiempo con nosotros. Deja, de ir a la mezquita, Nabil, y deja un poco de lado a esa gente.

Me miró y sentí un intenso escalofrío. Sus ojos me asustaban y empecé a temblar. Nunca había visto esa mirada sobre mí y por primera vez tuve auténtico miedo.

—A mí nadie me lava el cerebro. Mis amigos son bellísimas personas y esto es tan solo por el odio que se tiene a los musulmanes, porque los españoles sois unos racistas. Nadie me va a prohibir ir a la mezquita a rezar y me pueden seguir todos los que quieran, porque yo no estoy haciendo nada malo —dijo, fuera de sí.

—Está bien, cálmate. Ahora también te digo una cosa, y te la digo muy en serio: cuidado, Nabil, cuidado, que esto no nos toque ni a mí ni a tus hijos, porque te aseguro que no me va a temblar el pulso para luchar por ellos.

Se levantó y se marchó dando un portazo, como era ya habitual.

Estaba desesperada. Cada vez le veía más integrado con el grupo al que él llamaba «hermanos», pasaban todos los días juntos. En cuanto no trabajaba, se iba a la mezquita. Ya no hacía ningún plan con nosotros, su vida consistía en trabajar, la mezquita, ver vídeos encerrado en su habitación y nada más.

Habría sido perfecto si se hubiese olvidado de nosotros para todo, pero no, él seguía con su adoctrinamiento férreo.

Un día vino Yaiza y me dijo:

—Mamá, ¿puedo dormir contigo?

—¿Y eso, mi vida?

—Es que, mientras preparabas la comida, papá me ha contado una historia de un hombre que tenía un solo ojo y que, cuando ibas a morirme, venía a matarte, y que si veía unas manchas verdes en mis dedos, me preocupara porque es que venía a por mí, y ahora tengo mucho miedo.

—Mira, cariño, lo primero que tienes que pensar es que papá no está bien. Va con gente muy rara que le enseña unas cosas que no son reales, nada de eso es verdad. Tú solo piensa que Dios es bueno y que jamás va a hacerte daño. Y claro que puedes dormir conmigo.

Era increíble, apenas pasaba tiempo con los niños, yo no les dejaba ni un segundo a solas con él, pero aun así siempre encontraba la oportunidad para adoctrinarlos, para causarles dolor. No les enseñaba a hacer el bien, a ser buenas personas, a compartir, a ser tolerantes con los demás. Tan solo les infundía miedo, miedo al pecado, miedo a Dios, miedo al infierno, los iba aterrizando en los pocos minutos de los que disponía a solas con ellos.

Una mañana dejé a los niños en el colegio, y me fui con mis padres a desayunar. En el fondo, aunque no podía decir nada, necesitaba sentirme cerca de los que quería, intentaba encontrar fuerzas para poder seguir adelante, pues cada vez me sentía más encerrada. Era como una pesadilla, como estar en una habitación y ver cómo las paredes se van acercando sin que puedas encontrar salida alguna, notar que te vas ahogando poco a poco y sin remedio.

Mi padre sacó el café y nos sentamos.

—¿Qué tal Willy Fog? ¿Por dónde anda?

—Está en casa, se ha quedado durmiendo. Además, quería pedirnos si podéis por favor recoger a los niños del cole y que se queden con vosotros

hasta que yo venga. Tengo una reunión con el banco para un evento.

—Hija, Nabil tiene que ayudarte un poco. No te vemos buena cara, y si siempre está fuera, debería aprovechar para estar con los niños.

—Mamá, estoy cansada, no es más que eso. Y Nabil está todo el día viajando y es normal que si tiene un día libre quiera descansar —dije, un poco enfadada. Estaba entre dos fuegos: necesitaba a mis padres y no podía decir la verdad.

—No, hija, si yo no digo nada. Nosotros, con nuestros nietos, estamos felices. Claro, irá papá a buscarlos, no, te preocupes.

Era evidente que ellos percibían que algo estaba pasando. Estaban mucho tiempo con los niños, pues cada vez que yo trabajaba o tenía que hacer alguna gestión, se quedaban con ellos.

Nunca los dejaba con Nabil, no podía permitírmelo, pues él aprovecharía Dios sabe para qué, qué ideas les metería en la cabeza o qué vídeos les enseñaría. Pero ellos desconocían la verdad y era lógico que no entendieran que se quedara durmiendo en lugar de estar con sus hijos.

Cambiamos de tema, hablamos de los niños, de la familia y me fui. Cuando salí me sentía fatal, me dolía el alma. Mis padres no se lo merecían, no les permitía decirme nada acerca de Nabil y me enfadaba sin que ellos tuvieran culpa. Tenían toda la razón en sus comentarios, pero yo ya sabía lo que estaba pasando y no podía soportar escucharlo de boca de mis padres. Ellos eran lo que más quería y, aunque no lo supieran, me estaban ayudando desde el desconocimiento. Me aportaban la tranquilidad necesaria quedándose con mis hijos cuando yo no podía estar con ellos.

CAPÍTULO 15

Nabil empezó a ir con sus «hermanos» a la casa que mis padres tenían en Ávila. Siempre había una excusa: había que cortar las arizónicas y él solo no podía, o iban a arreglar la piscina. Para ser justos, cuando yo iba a la finca, era cierto que los trabajos pendientes estaban hechos.

También quería que Adán pasara tiempo con él y sus amigos.

—El niño tiene que acompañarme más veces —me dijo un día—. Tiene que venir a Ávila, a la montaña, caminar, tiene que hacerse más hombre. Mis amigos siempre me preguntan por él y quieren saber por qué no viene con nosotros.

—Mira, Nabil, Adán no tiene que estar ni contigo ni conmigo. Tiene que estar con sus amigos jugando al fútbol, que es lo que le gusta. Eso es lo que necesitan todos los niños, y no te empeñes en decir que es un hombre, no corras tanto y déjale vivir su infancia, que aún es solo un niño.

—Ese es tu problema, que quieres tenerle siempre debajo de tus faldas.

—No te equivoques, que cuando llegue la edad, ya verás como vuela, pero todo tiene su tiempo.

Aun así, no se quedó convencido y yo sabía que lo intentaría de otra forma.

Era agotador, no podía alejarlos las veinticuatro horas de su padre y Nabil continuamente venía con algo nuevo.

Yo intentaba complacerle; sabía que la sumisión es la mejor cualidad de una mujer musulmana: no llevarle la contraria, no hacer algo que le molestara... Pero era cada vez más difícil. Me empecé a maquillar menos, ya no me pintaba las uñas, cuando llevaba a los niños a clase de árabe, iba con chaquetas largas que no marcaran mi silueta, aprendí a hacer todo con la

derecha, rezaba las cinco oraciones y después de rezar recitaba cien veces «glorificado sea Alá». Hacía el Ramadán, apenas salía, salvo que fuera con mi familia y, por supuesto, me ocupaba de todas las tareas de la casa. Todo con tal de proteger a los niños: ellos tenían derecho a ser libres, a decidir, a vivir su infancia como el resto de sus amigos, y ahí estaría yo para cuidar de ellos.

Cuando pensaba que estaba en el buen camino y conseguía algo de tranquilidad, Nabil venía con algo nuevo y volvía a desestabilizarme.

Era agotador e implicaba que yo tuviera que volver a tirar de la energía que tenía, que cada vez era más escasa. Era como un coche que se quedaba sin gasolina, ya pitaba, pues estaba en la reserva, y no sabía cuántos kilómetros más podría recorrer.

Un viernes estaba en casa tranquila con los niños y Nabil apareció de repente. Yo pensé que vendría más tarde pues aún quedaba el último rezo. Miró a Adán con una sonrisa.

—¿Qué, hijito, te vienes con nosotros al *Domino's Pizza*?

Adán se volvió loco, le encantaban las *pizzas*.

—Sí, papi, por favor, llévame.

Se vistió en cinco minutos.

—¿No te llevas a Yaiza? —pregunté.

—No, vamos solo hombres.

—Ah, claro, cariño, pues pasadlo bien.

Se marcharon y me quedé muy angustiada. Sus amigos insistían tanto en que llevara a su hijo con ellos que encontró el camino. Acosté a Yaiza y me quedé en el sillón esperando. Los segundos eran horas, ¿dónde estaría mi hijo?, ¿qué estaría oyendo o viendo? El terror me invadía, ahora estaba totalmente indefenso. ¿Quiénes eran aquellos hombres, qué querían inculcarle? Adán empezaba a ser mayor y más reservado, ya comenzaba a no contármelo todo. No sabía si era por miedo, o por alguna otra causa, y eso me generaba una desesperación que no podía controlar. El pánico me invadió; respiré hondo e intenté tranquilizarme. «Raquel, no pasará nada», me decía tratando de convencerme. Así pasaron tres horas.

Cuando oí la puerta y le vi, respiré profundamente.

—¿Qué tal, chicos? ¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunté intentando disimular mi ansiedad con una sonrisa.

—La *pizza* bien, mamá —respondió el niño secamente.

Nabil no hizo ningún comentario. Nos fuimos a la cama, pero antes me acerqué a dar un beso de buenas noches a Adán.

—¿Qué tal todo, hijo?

—Bien, mamá. Te quiero.

Volví al salón.

—Cielo, me voy a rezar y a la cama, estoy agotada.

—Claro, yo voy a la mezquita para la última oración.

—Perfecto, Nabil. No te olvides de darme un beso cuando vuelvas. —Le besé.

No quería que percibiera que no estaba bien porque Adán se había ido con él; al contrario, necesitaba que pensara que tenía mi aprobación.

Había pasado del desánimo, de la depresión, del desconsuelo, del miedo al pánico, al terror, al horror de vivir tratando de descifrar un peligroso jeroglífico, al estupor de no poder salir del laberinto en el que me encontraba, un laberinto de altos muros imposibles de saltar, de calles estrechas que cada vez me provocaban más claustrofobia, de oscuridad, pues no había ni un poco de luz que me transmitiera algo de esperanza.

Era el mes de febrero, y llegaba el cumpleaños de mi sobrino, aunque yo hacía tiempo que había perdido la ilusión por las celebraciones. Daba igual de qué índole fueran, la lucha y la discusión que provocaría me quitaban las ganas tan solo de intentarlo. Pero adoraba a mis sobrinos, merecía la pena, así que volví a dar la batalla.

—Esta tarde es el cumpleaños de Víctor y mi hermana lo celebra —le dije la misma mañana de la fiesta—. Cuando vengas de rezar, nos acercamos un ratito y le damos un beso.

—Pero en qué idioma te lo voy a tener que decir, que no voy donde haya alcohol, y no voy a dejar de ir a la mezquita por nada. A ver si te enteras de una vez, Dios está por encima de todo, de mi madre, de mi familia, de mis hijos, de ti, de TODO —replicó a voz en grito.

—Deja de chillar, Nabil, por favor, tengo un dolor de cabeza horrible. ¿Por qué tienes que gritar para decirlo todo? Habla con calma, solo los burros chillan —dije con una voz entre enfadada y abatida.

—¿Y tú por qué siempre me preguntas lo mismo y sigues insistiendo? Todo el día con la misma matraca...

—Porque es mi familia y en algún momento tendrás que verlos... Es imposible que llegemos a algún lado así, Nabil.

—Pues ya veremos, pero no.

—Será que no vas a ir tú, pero yo iré con mis hijos, como siempre.

—No solo te estás condenando tú al infierno, sino que estás arrastrando a tus hijos, y no lo voy a permitir.

—Para ya, Nabil, por favor, no puedo más.

Una vez más salió dando un portazo. En esa ocasión retumbó en mis oídos, mi cabeza iba a estallar. Los niños estaban jugando en su habitación y o no lo oyeron o empezaban a acostumbrarse a la forma de marcharse de su padre.

Comí con los niños y me eché un rato con la esperanza de reponerme un poco para el cumpleaños. No podía aparecer tan deprimida, estaría toda la familia y se darían cuenta rápidamente. Ya ni siquiera yo me reconocía en el espejo al mirarme, solo veía a una mujer cansada, sin color, con los ojos hinchados. Apenas quedaban restos de esa cara que decían que era tan bonita en otros tiempos.

Me despertó una arcada terrible. Salí corriendo al baño y no paré de vomitar. Era normal, mi cuerpo empezaba a alarmarse, a darme señales de que así no podría continuar. No podía levantarme del sillón, así que llamé a mi hermana con todo el dolor de mi corazón. Me apetecía tanto ver a mi niño, pero mi cuerpo hablaba por sí mismo, ya no me respondía, ahora decidía él por mí.

—Hola, cariño, al final no vamos a poder ir. Me encuentro fatal y no paro de vomitar. Debe de ser una gastroenteritis.

—No pasa nada, Raquel, ¿quieres que vayamos a por Yaiza?

—No te preocupes, si mañana estoy mejor, intentaremos pasarnos a llevarle el regalito. Dale un beso fuerte y dile que la tía le quiere muchísimo.

Me volví a tumbar, tenía un cuerpo horrible, apenas podía moverme.

Pasaron las semanas y me tuve que enfrentar al siguiente acontecimiento

familiar. Llegaba el día del padre y coincidía con que no era en fin de semana, ni tampoco fue festivo.

—Hija —propuso mi padre—, he pensado que, como todos trabajamos, quedamos mejor por la tarde, en La Lonja.

La Lonja era una zona de terrazas peatonal donde los niños podían corretear, mientras los mayores tomábamos algo tranquilamente.

—Me parece una idea estupenda.

—Nabil está en Madrid, ¿verdad?

—Sí —dije mientras pensaba cómo saldría de esa.

—Perfecto, pues nos vemos allí a las siete. Voy a llamar a tu hermana.

—Vale, papá. Hasta luego.

En ese momento llegó Nabil a comer.

No sabía cómo decírselo, pero tendría que convencerlo. Llevaba mucho tiempo sin ver a mi familia, necesitaba que viniera, para que siguieran sin sospechar. Cada vez les parecía más raro todo, y nuestra ausencia en el cumpleaños de Víctor les hizo sin duda intuir que las cosas no iban tan bien como yo me esforzaba por aparentar.

—¿Qué tal está, cariño? —Me encontraba muy nerviosa.

—Delicioso, muy rico.

—¿Qué tal día has tenido hoy?

—Fantástico, al final me han cerrado el contrato que tanto esperaba.

—Cuánto me alegro, sabía que lo conseguirías.

Estaba de muy buen humor y decidí aprovechar.

—Cariño —me lancé—, he pensado que, como hoy es el día del padre... Ya, ya sé que no celebramos nada, pero los niños te han hecho un regalito —añadí atropelladamente, a ver si se ablandaba— y mi padre me ha dicho que nos acercáramos a La Lonja. Podríamos ir cuando vuelvas de la mezquita. Al fin y al cabo, es en una terraza, y puedes sentarte en una mesa con los niños y conmigo. Evitaremos que estés junto al alcohol. Por favor, Nabil, lo necesito tanto. Mis padres no hacen más que preguntar por ti y da la sensación de que estás enfadado por algo y no es así. Además, nunca te pido que hagas nada por mí. Por favor, Nabil, te lo ruego.

Me miró pensativo.

—Está bien, Raquel, pero prométeme que harás lo imposible para que no

me siento junto al alcohol. También yo tengo ganas de ver a tus padres.

—Gracias, gracias —dije mientras le abrazaba fuertemente, más aliviada que feliz.

—Está bien, cariño, te lo mereces —añadió con condescendencia—, estás haciendo un gran esfuerzo.

—Estaremos listos para cuando vengas de la mezquita.

Cuando me quedé sola, en el fondo me sentí fatal. Dios mío, me había tenido que comportar como una niña pidiendo a su padre que la llevara al parque, engatusándole. Pero daba igual la humillación, lo importante era que lo había conseguido. Por fin no tendría que justificar su ausencia. A veces tenía la sensación de ser una maga, y una no muy buena, sacando una y otra vez un conejo de la chistera.

Cuando vino de la mezquita, ya estábamos listos los tres, esperándole. Nos metimos en el coche y nos dirigimos hacia donde habíamos quedado.

Al salir del garaje, me di cuenta de que nos seguían dos coches.

—Nabil, llevamos dos coches detrás —susurré para que los niños no me oyeran.

Apunté las matrículas y, de repente, vi cómo se incorporaban otros dos vehículos. Me puse muy nerviosa.

—Nabil, otros dos más.

Giramos por algunas calles mientras los cuatro coches seguían detrás de nosotros, hasta que por fin aparcamos.

Nos encontramos con mi familia y mi padre abrazó a Nabil.

—Hombre, Willy Fog, que no te dejas ver últimamente.

—Es que viajo mucho, señor Ángel.

Siguió abrazando al resto de mi familia, entre bromas, y se sentó. Mientras se saludaban, los miré y sentí unas inmensas ganas de llorar. Recordaba aquellos viejos tiempos en los que el cariño fluía de una manera natural. Nabil siempre había adorado a mis padres, desde el principio fue un hijo para ellos. Quizá ese vínculo no estuviese perdido del todo, me dije. Me olvidé por un instante de los cuatro coches que nos habían seguido y la cantidad de policía secreta que seguramente se encontraba en la terraza de al lado.

Hacía tiempo que no me sentía bien. Esa tarde la pasé feliz. Fue un respiro. Tenía a todos los que quería sentados a la misma mesa, aunque también era consciente de que era como un espejismo. Probablemente no volvería a vivir otro momento así en muchísimo tiempo, por lo que agarré con todas mis fuerzas ese instante e intenté disfrutarlo, olvidándome por un rato de en qué consistía mi vida.

Cuando regresamos a casa y acostamos a los niños, hablamos de lo ocurrido y de que volveríamos nuevamente a denunciarlo. Yo estaba totalmente indignada: ¿cuatro coches para una pareja y dos niños? ¿No había delincuentes en el país? No entendía nada, me parecía muy exagerado y eso me asustó mucho más de lo que ya estaba. ¿Qué estaba haciendo Nabil? ¿En qué andaría metido para que cuatro vehículos lo siguieran cuando salía de paseo con su familia?

Al día siguiente nos levantamos, llevamos a los niños al colegio y fuimos directamente a la comisaría.

Esperamos a que nos llamaran y pasamos. El agente que nos atendió era muy desagradable y, pensándolo retrospectivamente, me atrevería a afirmar que cumplía órdenes; es más, creo que su papel de poli malo era digno de Hollywood.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Venimos a poner una denuncia porque ayer nos siguieron cuatro coches. Sabemos que son vehículos oficiales, pero aun así queremos denunciarlo.

—Es que no pueden poner la denuncia, ya que no han tenido ningún problema, ni pueden probar que les estuvieran siguiendo a ustedes.

—Mire, discúlpeme, yo soy española como usted y sé que estoy en mi derecho a denunciar cualquier cosa que considere peligrosa para mí, y un seguimiento por parte de cuatro coches, cuando estábamos con nuestros hijos, dos menores, no me parece normal y quiero denunciar esas matrículas.

De repente, el policía se dirigió a Nabil y empezó a ignorarme, solo hablaba con él.

—¿Pero usted se sintió en peligro? —preguntó mirando solo a Nabil.

—No se trata de peligro, se trata de que nos han seguido cuatro coches e

íbamos con nuestros hijos —insistí nerviosa.

—Señora, si el que va a poner la denuncia es su marido, pondré solo lo que él me diga —me interrumpió el policía.

—Pero...

—Déjame hablar a mí, Raquel —me cortó Nabil.

Yo me callé y me quedé observándolos. Veía cómo el agente se llevaba a Nabil a su terreno y era Nabil quien respondía a sus preguntas, cuando debía ser al revés: el agente era el que tenía que tomar nota de la denuncia, de las matrículas, él no tenía que hacer preguntas, solo debía hacer su trabajo.

—¿Puede salir fuera conmigo un momento? —propuso el policía de repente.

—¿Y por qué? Soy su mujer —protesté yo.

—Sí, pero esto es privado y solo le concierne a él. Si luego se lo quiere contar, ya es cosa de su esposo —dijo el agente.

Yo no entendía nada, estaba completamente confundida. Era la situación más extraña y surrealista que había vivido en mi vida, pero ahí seguí sentada esperando a que los dos aparecieran.

Cuando retornaron, el agente sacó una copia de la denuncia y se la dio a Nabil para que la firmara. Él puso su rúbrica y nos fuimos.

—¿Qué te ha dicho cuando habéis salido fuera? —le pregunté cuando llegamos a la calle.

—Nada, que si había sido detenido alguna vez por violencia de género y que si tenía un piso en Alicante.

—¿Violencia de género tú? ¿Qué raro, no?

—Sí, así es.

Tampoco me dijo nada más. Me quedé aún más desconcertada si cabía, pero en ese momento tuve clarísimo que había llegado la hora de mantener una seria conversación con mi marido.

Cuando llegamos a casa, sin que se diera cuenta, llamé a mi padre para pedirle que recogiera a los niños. Después le ofrecí:

—¿Quieres un té o un café?

—Bueno, si me preparas un té, fantástico.

Preparé un té para él y un café para mí y nos sentamos en la mesa del salón.

—Nabil, creo que ha llegado el momento de que seas sincero conmigo. Esto ya no es normal. La policía siguiéndote, no paras de ver vídeos de unos señores que no sé quiénes son; la gente con la que vas me da que pensar, pues todo esto ha empezado a raíz de que te relacionaras con esas personas. Ya no eres el mismo, y Dios sabe que no te juzgo por ello, tú sabrás, pero ha llegado el momento de que sepa cuál es la verdad. Tengo todo el derecho de conocer qué es lo que está pasando y no me digas que es porque vas a la mezquita, porque hay amigos tuyos de antes que van y nadie los sigue, algo está ocurriendo.

Nabil sorbió un poco de su infusión.

—Mira, Raquel —me contestó al fin—, sabes lo que está pasando en Siria, están muriendo mis hermanos, niños, mujeres, y esta situación hay que cambiarla. Los de la bandera negra, como tú los llamas, están montando un califato para luchar por nuestra gente y me voy a ir a ayudarles. Mi pueblo me necesita y es una obligación musulmana hacer la Yihad. Están saliendo de todos los países, todos nos estamos juntando para luchar contra ellos. Tengo mucho que consultar antes de irme, pues os dejaría, claro.

»Aunque tú acabas de convertirte al islam, necesito consultar con un sabio si puedo irme y dejaros aquí. Otra opción sería que vinierais conmigo. Allí se vive muy bien, te dan una casa, los niños van al colegio, yo tendría un sueldo y tú vivirías tranquila y en paz. No puedo decirte mucho más, pues no quiero ponerlos en peligro.

Me quedé sin habla, blanca, pálida, ¿en peligro? Pensaba ¿qué tipo de peligro? De repente un sinfín de dudas me asaltaron, estaba viviendo un infierno, pero la idea de que se marchara a morir no era el final que había imaginado para acabar con tanta desdicha. Incomprensiblemente, aún le seguía amando con todas mis fuerzas, no estaba preparada para esa noticia. Nabil nunca tuvo ideas políticas, siempre fue tolerante, nunca fue un fanático de nada, ni siquiera de su equipo de fútbol preferido, siempre había condenado la violencia en cualquiera de sus formas, ¿qué le estaba pasando?

—Nabil, la violencia no es la solución. Si a mí el vecino me mata a mi hija, yo no voy a subir a matar a la suya, pues la niña no tiene la culpa. Todo es política, y de verdad que no vas a salvar el mundo porque te vayas a luchar a una guerra que ni siquiera entiendes. Ayuda desde aquí, colabora con alguna

ONG, hay muchas maneras de ayudar y esa en la que estás pensando es una locura.

—Tú no lo entiendes, porque siempre miras para otro lado, no quieres ver el sufrimiento de la gente. Tú solo quieres vivir tu vida y ya está.

—Es para lo que estamos aquí. Yo he nacido para cuidar de mis hijos, de mi familia, de ti, para luchar día a día por la vida, no para irme a un lugar del que no sé nada y al que, por mucho que me lo vendan como el paraíso, no me iría jamás. ¿Tú eres consciente del sufrimiento que vas a generar a tus hijos, a tu madre, a tu familia, a mí?

—Ya, pero el que me quiera de verdad lo aceptará; es mi voluntad y mi obligación.

—Te voy a dar mi opinión, aunque estoy segura de que no la vas a escuchar. Te están metiendo en un lío tremendo, te están vendiendo el paraíso y tú ni siquiera eres consciente de en qué manos estás poniendo tu vida. Y no hablemos de la policía. Al final no vas a estar en ningún lugar, ni con tu familia, ni con tus hermanos; vas a acabar en la cárcel. Por favor, Nabil, te lo ruego, hazlo por tus hijos, deja de ir a rezar a la mezquita, quédate conmigo y con tus hijos.

»Sal con nuestros amigos de antes, con mi familia, con nuestra gente de siempre. Por favor, te lo pido, no permitas que te arruinen así la vida.

—Es mi decisión, y si me quieres, como buena esposa la aceptarás.

En ese momento entendí que, hiciera lo que hiciera, no había vuelta atrás, ahora debía cuidar más que nunca mis espaldas y las de mis hijos, ya sabía que me enfrentaba a todo un grupo y cuáles eran sus intenciones:

—Recuerda, Nabil, te lo dije una vez y te lo voy a repetir: tú eres mayorcito y libre para tomar tus decisiones, pero cuidado, porque si esto me toca a mí o a mis hijos, no me va a temblar el pulso para hacer lo que tenga que hacer. No eres consciente del problema en el que te estás metiendo.

—A mí nadie me mete en ningún problema, ya tengo edad para saber lo que debo hacer con mi vida, y nadie me está comiendo la cabeza.

—Recuerda estas palabras, Nabil, porque por donde vas es un camino sin retorno —sentencié.

—Es tu opinión, y, Raquel, me gustaría tener tu bendición, piénsalo. Me voy a la mezquita a rezar.

Me quedé sola. Me sentía incapaz de procesar todo lo que acababa de oír. Ya no podía hacer nada, pero empecé a entenderlo todo: estaba segura de que le presionaban por la familia que tenía. Yo no llevaba pañuelo, seguía yendo a la playa, conducía, trabajaba, mis hijos y yo llevábamos una vida totalmente occidental y, aunque Nabil ya había conseguido que me convirtiera al islam, no llegaba a todo lo que sus hermanos le pedían, no lograba cambiar la forma de vida de su familia, y él estaba entre la espada y la pared. O tal vez eso quise pensar para no odiarle con todas mis fuerzas. No quería asumir que veinte años de amor quedaran reducidos a su decisión de ir a morir sin motivo alguno, a dejarme sola con nuestros hijos, esperando toda la vida una llamada que me dijera que había fallecido.

Asumí que era una decisión que ya tenía tomada, irrevocable, por lo que me resigné y decidí que le daría mi aprobación. No tenía otra opción, y, si lo miraba de otra forma, era una salida al infierno que estaba viviendo. Él se marcharía feliz y yo me quedaría con mis hijos tranquila, e iniciaría una nueva vida.

Parecía un plan horriblemente maquiavélico, desear que la persona que más había amado en el mundo se marchara a morir. No obstante, tanto dolor, cansancio, angustia que llevaba sobre mis espaldas me hacía desear que se fuera de nuestro lado cuanto antes. A pesar de que también era consciente de que, cuando Nabil se marchara, en ese mismo momento, acabaría mi vida, pues mi vida, sin dudarlo, siempre había sido él.

CAPÍTULO 16

No sabía aún cómo digerir todo lo que estaba pasando, debía seguir con mi papel y a partir de entonces con más cuidado que nunca. Los niños y yo estábamos en peligro, en el punto de mira de los «hermanos», a los que Nabil hacía caso en todo, o tal vez tan solo se limitaba a cumplir sus órdenes.

Lo único que me aportaba tranquilidad era saber que la policía estaba ahí, siguiéndolos, pues suponía que, si en algún momento corríamos peligro, vendrían a salvarnos.

Ahora el camino era diferente. Se volvió algo más relajado, ya que Nabil estaba demasiado ocupado preparando y organizando cuándo, cómo y de qué manera se iría.

—Raquel —me dijo a finales de abril—, me voy a ir a pescar el puente de mayo con unos amigos a Marruecos, así pagamos el viaje entre todos y nos sale muy bien de precio. Además, quiero consultar con un sabio religioso mis planes.

—Está bien, si eso te hace feliz, adelante.

—Por cierto, no hemos vuelto a hablar de lo de mi viaje a Siria.

—Mira, Nabil, te conozco lo suficiente como para saber que, aunque no estuviera de acuerdo, lo harías de todas formas, así que, como no voy a poder impedirlo, aquí estaré hasta el final. Disfrutaremos de ti lo que nos quede.

Sabía que no tenía otra opción. Ponerme en su contra solo empeoraría las cosas y, cuando estaba más relajado, era más fácil la convivencia. Además, ahora tendría cinco días para estar sola con mis hijos y era lo iónico en lo que pensaba.

Mi cabeza necesitaba descansar. Llevaba años fingiendo, midiendo todo lo

que decía y hacía, imaginando qué es lo que vendría después, protegiendo a los niños. Ahora solo era capaz de pensar en esos cinco días que me parecían una bendición de Dios.

Preparó la maleta, la caña de pescar y salió un poco antes de la oración de la mañana. Me levanté para desayunar con él y nos despedimos.

—Lláname cuando llegues y tened cuidado con la carretera.

En cuanto salió por la puerta, sentí un gran alivio y todo mi cuerpo se relajó. Pasé por la habitación de los niños y los vi durmiendo como dos ángeles. Me parecía incomprensible que un padre pudiera prescindir de ellos tan fácilmente, dejarlos en el olvido, abandonarlos.

Volví a la cama y por fin dormí sin angustia, sabía que él no abriría la puerta.

Pasamos cinco días mágicos. El ambiente que había en casa no podía ser mejor, las risas y la tranquilidad de los niños fueron un bálsamo para mí. Fuimos de excursión, al cine, al parque. Disfrutamos como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos.

Cuando volvió de Marruecos, Nabil seguía feliz, tenía sus planes y cada vez los veía más cerca. Aunque, al mismo tiempo, casi de día en día se radicalizaba más y más. Solo hablaba de religión, de lo que era *haram* y *halal*. Pasaba prácticamente todo el tiempo libre en la mezquita y, cuando llegaba a casa, se encerraba en su habitación o en el despacho para ver vídeos. Ahora me parece increíble no haberme dado cuenta de que esos a los que yo llamaba «los de la bandera negra» eran los terroristas del Estado Islámico. En esa época, aún apenas se sabía nada del ISIS, no se hablaba de yihadismo, no habían empezado los atentados en Europa, y por supuesto estaba demasiado inmersa en sobrevivir, en cuidar de mis hijos, como para intentar averiguar quién estaba detrás del comportamiento de mi marido; es más, la célula de Nabil fue la segunda que se detuvo en España, bajo el marco de la Operación Gala.

Cada día que pasaba, sentía más miedo e incertidumbre. Ya no se trataba solo de una fanatización religiosa, la cuestión había dejado de ser que sus hijos fueran unos perfectos musulmanes para que él no se condenara al

infierno. No hacía más que hablar en árabe con sus «hermanos» y las palabras que le escuchaba —«peligro», «lucha», «obligación», «Yihad»— me tenían aterrorizada. Pasé de preocuparme por las veces que tenía que rezar, si comía o no con la derecha o si íbamos a celebrar mi cumpleaños, a angustiarme por temer dónde demonios se estaba metiendo. Un peligro auténtico, real, nos acechaba. Pasé del desconsuelo al insomnio: ya no era capaz de dormir, no saber lo que estaba ocurriendo me causaba pánico. Solo quería que se marchara a donde tuviera que irse y poder descansar en paz, que él y toda esa gente se fueran lo más lejos posible de mí y de mis hijos.

De repente me vino una idea horrible a la cabeza: empecé a temer por mi hijo mayor. Cada vez le notaba más distante e introvertido, comenzaba a tener una actitud parecida a la mía: no reía, no tenía ganas de nada, estaba triste y distraído. Aunque me esforzaba por tener un control férreo sobre los niños y me había propuesto no dejarlos ni un segundo a solas con él, había veces en las que era inevitable. Si bajaba al colegio a por Yaiza, esos quince minutos Adán se quedaba con su padre y yo sabía que algo le decía. Algunas veces iba al carnicero de la mezquita a comprar y le pedía que fuera con él para ayudarlo. No podía impedirlo, era su padre, y el tiempo era mínimo. Si no le dejaba sospecharía y aumentaría la presión sobre el niño. Tan solo me quedaba rezar por que los pocos minutos que pasaban juntos no le hicieran demasiado daño.

Se acercaba el verano y Nabil me comentó que quería hacer una *Umrah* por su padre, ya que él en vida no pudo ir a La Meca. Algunos la llaman peregrinación menor y, a diferencia de la peregrinación mayor o *Hach*, se puede hacer en cualquier época del año.

—Mira, Nabil, piensa que supone muchísimo dinero y yo ahora no hago tantos eventos. Por muy barato que te resulte el viaje, no vas a sacarlo por menos de cuatro o cinco mil euros.

—He hablado con el marido de mi prima. La agencia me gestionará el visado y el billete y mi prima, el hotel, así me saldrá por unos tres mil.

—Además, coincide con el Ramadán y no me gustaría hacerlo sola.

—Adán lo hará contigo, ya tiene edad suficiente y debe empezar.

—Pero, Nabil, ¿cómo vas a dejar a un niño de doce años sin comer ni beber en pleno mes de agosto, hasta las diez de la noche que se va el sol? Eso

es inhumano. Una cosa es que lo haga algún día, pero todo el mes no.

—Ya estamos como siempre, el niño, pobrecito, ¡pero, por Dios, que ya es un hombre!, y tiene que aprender a sacrificarse por Dios. Es más, los chicos ya me preguntan por qué no viene a rezar a las cuatro de la mañana a la mezquita.

—Pues está claro, porque tiene que despertarse a las siete para ir al instituto y necesita dormir sus horas. Yo no lo veo tan extraño. Acuérdate de la cuerda, Nabil, poco a poco, no tires tanto.

—Raquel —me advirtió—, piensa que cuando me vaya tienes la obligación de que tus hijos sigan los preceptos del islam y con esa actitud que tienes ahora no vamos por buen camino, no me voy a ir tranquilo.

—Tú, como siempre, pensando en ti.

—No, yo pienso en vosotros y en que vayáis al paraíso.

Ví que se iba alterando con la conversación y decidí dejarla ahí. No quería discutir y era imposible dialogar con él. Tenía sus ideas y ya no había forma de cambiarlas.

—Está bien, Nabil, vete a realizar la *Umrah*, ¿vas a ir solo?

—No, voy con un amigo.

—Bueno, eso me deja más tranquila. ¿Cuándo te vas?

—En agosto.

—Está bien, me iré a Ávila con los niños, allí hace más fresquito, y con la piscina pasaré mejor el Ramadán.

—Me parece buena idea, pero recuerda que si te bañas en la piscina, no debes meter la cabeza, pues no puede entrar agua ni por tu nariz, ni por tu garganta. Si lo puedes evitar, mejor, si no el día no será válido y tendrás que volver a repetirlo.

Él se dedicó a preparar su viaje y yo, a organizarme para irme con los niños.

Aunque me tranquilizaba pensar que estaríamos un mes solos, no podía librarme de la tensión y la angustia. Una de las cosas que me hacían sentirme más culpable era el pensamiento de que estaba traicionando mis creencias y, con ello, atentando gravemente contra mi dignidad y mi respeto. Por otro lado, al estar tan aislada y pasar tanto tiempo escuchando a Nabil, leyendo libros, interiorizando sus ideas, él acabó por inculcarme el miedo al pecado, ese que pretendía que tuvieran mis hijos, aunque con ellos no lo consiguió. Solo Yaiza

tuvo algunas dudas que con el tiempo se disiparon.

Por este temor yo siempre cumplía, aunque no estuviera él, pues pensaba que, si no lo hacía, su Dios me castigaría. A veces pienso que, si la situación no hubiera llegado a resolverse, no sé qué habría sido de mí y de mis hijos.

Y por fin llegó el día. Él se marchó feliz y yo me quedé algo más relajada con mis niños, aunque sin perder ni un segundo la sensación de ansiedad que me dominaba por completo.

Hice lo que le dije, me fui a Ávila. Los niños lo pasaban estupendamente con la piscina y estando todo el día al aire libre. Yo, a esas alturas, ya era como un zombi: me levantaba a las cuatro de la mañana para rezar y comer algo, pues hasta las diez de la noche no podría volver a hacerlo. No tenía fuerzas durante el día, me dolía continuamente la cabeza y solo miraba el reloj para ver cuándo podría llevarme algo a la boca; cuando hacía la comida para los niños, me volvía casi loca, no era el hambre, lo que me mataba era la sed, el ansia por beber. No podré olvidar ese verano jamás. No quería que mis padres vinieran, ni mi hermana, ni mis amigos. Nadie sabía que yo hacía el mes de ayuno y quería que siguiera siendo así.

El mes pasó muy lentamente, la sonrisa de mis hijos era lo único que me mantenía en pie. Esperaba septiembre con ansia, pues acabaría el Ramadán y podría volver a llevar una vida normal. Me imaginaba levantándome y tomando un buen café, disfrutando de ese aroma que ponía mi alma en pie; ya me daba igual que Nabil estuviese de vuelta o no. Ya no podía aguantar más ni física ni psicológicamente, aunque me esforzaba por no desfallecer, pues sabía que mi lucha estaba muy lejos de haber terminado. Debía estar alerta en todo momento, porque podría suceder cualquier cosa, aunque era imposible saber qué: era un mundo que desconocía, un mundo que me aterraba, donde estaba sola e inerte. Solo me quedaba rezar y confiar en que el tiempo pondría nuevamente todo en su sitio.

Volvimos a Madrid. Yo quería disfrutar de un poco de tranquilidad en casa antes de que llegara Nabil. Estar con mi familia, ir a la piscina, todo lo que no podría hacer una vez llegara él de viaje.

Había acabado el Ramadán y tenía una sensación rara. Poder comer y beber cuando me apeteciera me parecía el paraíso. Intenté coger fuerzas y empecé a plantearme que necesitaba hacer algo diferente, buscar un espacio

para mí. Estaba a todas horas con los niños y debía recuperarme un poco para poder seguir. Decidí que, cuando empezara el colegio, comenzaría a caminar; además, necesitaba perder peso: el estrés y la ansiedad me habían llevado hasta casi los cien kilos. Ya no me reconocía y los médicos continuamente me decían que mi salud estaba en grave peligro.

Apenas comía y cada vez engordaba más. ¿Dónde estaba la Raquel de siempre, esa mujer que sonreía a raudales, que gastaba bromas, a la que le gustaba arreglarse, esa mujer coqueta y presumida que nunca salía sin maquillarse, esa mujer alegre y entusiasta, que agarraba la vida con todas sus fuerzas, esa mujer con una alta autoestima, luchadora y que no se dejaba vencer por nada? Nada, no quedaba nada, apenas unos restos, pues la Raquel de entonces solo era una mujer frágil, poseída por el miedo, y que reservaba todas sus energías para mantener un tristísimo papel. Ya solo fingía ser una buena esposa para proteger a mis hijos, sonreía para mi familia y mis niños. De mi casa para fuera conseguía mantener las apariencias, pero todo era falso. Deseaba con todas mis fuerzas renacer, volver a ser yo, aunque cuando todo terminara, si es que acababa algún día, sabía que me esperaba un largo camino hasta recomponerme, tendría que recoger mis pedazos y volverlos a encajar. En ese momento aún me parecía algo imposible, solo le pedía a Dios que no siguiera rompiéndome, que me dejara algún pedazo para poder proteger a mis hijos.

CAPÍTULO 17

Nabil volvió feliz de La Meca, con el pelo rapado, la barba crecida y esas cicatrices en la espalda. Tan solo me producía rechazo, pero no podía permitir que se me notara. Así, tirando de mala manera, fuimos llegando al final de ese 2013.

—Estoy pensando que voy a invitar a mi madre para que venga el año que viene a Madrid —me dijo un día—. Quiero verla y contarle mis planes antes de irme.

—Nabil, créeme, vas a matarla con esa decisión. Tu madre no va a poder aceptar que su hijo vaya a morir, da igual la causa.

—Es una obligación musulmana y acabará entendiéndolo, quiero disfrutar de ella.

—Eso me parece bien —transigí, como siempre—, yo encantada, tengo muchas ganas de estar con ella. Desde que falleció tu padre ni yo ni los niños la hemos vuelto a ver.

—Tenemos que ir a por la carta de invitación.

Para que su madre pudiera venir a vernos, era necesario que Nabil le enviara ese documento, expedido por la policía, con el que ella iniciaría los trámites del visado en Miami, y eso podría tardar meses.

—De acuerdo.

Al día siguiente fuimos a la comisaría, donde nos atendieron con muchísima amabilidad, aunque yo tenía la percepción de que todos sospechaban de Nabil. Me sentía incómoda, la inquietud recorría mi cuerpo. Por fin nos dieron el papel y nos marchamos.

Llegaron las Navidades y, como era ya costumbre, viajó a Marruecos,

aunque con billete de vuelta para el día de Reyes, pues empezaba a trabajar el día 7.

Como siempre en mi familia, ese día nos juntamos todos en mi casa para darnos los regalos después de la comida familiar. Su vuelo llegaba a las cuatro y había que ir a recogerle.

—Tengo que ir a por Nabil —anuncié, después de comer—, vuelvo dentro de media hora más o menos.

Mi padre puso cara de resignación. No aprobaba, por supuesto, que su yerno dejara a su familia sola en Navidades, pero por su hija era capaz de hacer cualquier cosa.

—No te preocupes, hija, yo voy a buscarle.

—No, papá, no hace falta, de verdad.

—Sí, cariño, sigue disfrutando con tus hijos. Quedaos tranquilos comiendo el roscón, yo vuelvo enseguida.

—Gracias, papá.

Ojalá mis padres hubiesen sabido cuánto me ayudaban. Me hubiera gustado poder contarles todo, pero aún no era el momento. Seguro que llegaría, esperaba que pronto, pues cada vez me costaba más fingir.

Al rato llegaron los dos.

—¡Hombre —gritaron todos—, el desaparecido!

—¿Qué tal, Nabil?

Mi abuela enseguida se fijó en su aspecto, llevaba años sin verle.

—Pero, hijo, si te has dejado barba.

—Sí, abuela.

Saludó a todos, y se sentó a la mesa. Me miró con cara de desaprobación, pues había dulces, champán y sidra. Hablaron de la familia y al poco tiempo dijo que iba a lavarse un poco y a descansar, ya que venía agotado. Yo sabía que quería salir del salón, pero me pareció una grosería, teniendo en cuenta que tan solo había viajado una hora en avión y llevaba meses sin verlos.

Se levantó y se encerró en su habitación como era costumbre, y nosotros seguimos con los juguetes y el roscón, pero el ambiente se había enrarecido. Yo ya no era capaz de justificarlo más, así que decidí continuar pasando la tarde como si nada ocurriera. Sobre las siete me quedé muda: para mi vergüenza, apareció en el salón con la chilaba.

—Me voy a la mezquita a rezar —anunció.

—¿De qué te has vestido, Nabil? —bromeó mi padre.

Él puso una falsa sonrisa, se despidió y se marchó. Por supuesto, no regresó hasta que todos se habían ido.

Me quedé recogiendo, no tenía ganas de que volviera. Ya ni siquiera respetaba a mi familia, mientras que yo siempre había respetado a la suya. Los quise con locura, me desviví por ellos, pero él parecía no recordar nada de nuestra época anterior. Y, para colmo, cuando regresara volveríamos a la discusión sobre el alcohol en su casa, sobre los pecados... Solo quería coger a mis hijos y huir lo más lejos que pudiera.

Acosté a los niños, pues quería evitar que, cuando regresara, si había alguna discusión, ellos la presenciaran. Me quedé viendo la tele y de repente sonó la llave en la puerta. Un ataque de pánico sacudió todo mi cuerpo, ya hacía tiempo que no era solo miedo. Aun así, saqué fuerzas, y cuando llegó me levanté para abrazarle.

—Hola, amor, te he echado de menos.

Me abrazó fríamente.

—Yo también, pero es la última vez, Raquel, y te lo digo muy en serio, la última vez que llego a mi casa y veo alcohol en una mesa.

—¿Te olvidas de algo? También es mi casa y estoy en mi derecho de invitar a quien me dé la gana, y si mi padre quiere champán, pues lo beberá, porque está en casa de su hija.

—Pero tú ya eres musulmana y con tus gestos me haces pecar a mí también, porque yo soy el responsable de vuestra educación islámica. Y se hará como yo diga.

—¿Te parece normal ponerte así? Hace quince días que no nos vemos y ¿de verdad es tan importante como para montar este numerito? Vamos a dejarlo, te he escuchado. Me voy a la cama, estoy agotada.

—Sí, vete a la cama y elude tus responsabilidades como siempre haces —me provocó Nabil.

—¿Que eludo mis responsabilidades? —No sabía si estaba más furiosa o estupefacta—. ¿Y quién crees que ha cuidado y atendido a nuestros hijos mientras tú no estabas? ¿Quién se ha esforzado por ir a comprarles los regalos, por preparar cenas y comidas para que disfrutaran en familia? Porque

con su padre no estaban, no, Nabil, tú no has estado, ni estás, y te lo digo muy en serio: a mi familia la has perdido, pero lo peor es que estás perdiendo a la tuya.

—Sabes que a mí todo eso me da igual, para mí Dios está por encima de todo.

—¿Y Dios no dice en el Corán que debes cuidar de tu familia? Porque yo lo he leído —dije dispuesta a rebatirle cada uno de sus argumentos.

—Raquel, no llevas razón y lo que estás haciendo no está bien, pero, vale, en algo aciertas: tal vez esta conversación deberíamos haberla tenido de otra manera y en otro momento, lo siento.

—No me lo creo, tú reconociendo que te has equivocado en algo. — Estaba desconsolada y rabiosa, ya me daba igual lo que me dijera, no era capaz de acercarme a él—. Me voy a la cama, Nabil.

Le besé como siempre hacía y me fui a dormir. Él se quedó en el salón.

Al día siguiente, por suerte, empezó a trabajar. Yo hacía lo imposible por concertarle las reuniones lo más lejos y lo más a menudo que podía. A veces los clientes potenciales me decían que no tenían necesidad de ese tipo de equipo, pero yo les respondía que era muy interesante y que tal vez de cara a un futuro les pudiera resultar útil, por lo que acababa consiguiendo la cita, y así el viaje que yo necesitaba.

Un limes vino Adán muy preocupado.

—Mamá, ¿qué pasa después de la muerte? —me preguntó.

—Hijo, eso nadie lo sabe, pero los que creemos en Dios pensamos que el alma sube al cielo y se encuentra con Dios. ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que papá me enseñó ayer un vídeo cuando te dormiste en el sofá a mediodía, de un chico joven que se subía a un camión y se estrellaba con una explosión contra un edificio. Y estaba pensando qué sería de ese chaval, tenía mi edad más o menos, mamá.

—Hijo, no te preocupes, no permitiré que tu padre te vuelva a enseñar algo así, nunca más, amor mío. Y no pienses más en ese chico, porque Dios es misericordioso y estará arriba en el cielo.

—Mamá, ¿me prometes que no vas a dejar a papá que me vuelva a enseñar esas cosas? —Se abrazó a mí fuertemente.

—Te lo prometo, hijo, tendrá que pasar por encima de mí —dije con el

corazón totalmente partido.

El tiempo transcurría, como siempre, entre rezos, silencios y discusiones. Un jueves iba a viajar a Bilbao; aún no sé por qué, pero pensé: «¿Y si hacemos un viaje los cuatro juntos? Tal vez al estar con sus hijos, conmigo, separado de la mezquita y sus nuevos amigos, recapacite y empiece a pensar en los errores que está cometiendo».

Lo vi como el último intento de salvar a mi familia, de tratar de tirar de él. Aún tenía la loca esperanza de que aún nos quisiera más a nosotros que a sus amigos.

Él había pensado en salir sobre las dos. Dejé a los niños en el colegio, me fui a andar como todas las mañanas y le llamé:

—Nabil, estoy pensando que por qué no nos vamos los niños y yo contigo a Bilbao. Solo tienes una reunión y luego podemos empalmar con el fin de semana y pasar unos días en familia. Hace mucho que no estamos juntos. Los niños solo faltarían un día al cole y te necesitan tanto.

—No sé, creo que no, déjame pensarlo —dijo sorprendido.

—Venga, ámate, como en los viejos tiempos, te lo pido por favor.

—Voy a la oficina a por los equipos y te llamo.

Me quedé totalmente desilusionada. En otros tiempos, se hubiera vuelto loco porque fuéramos con él. Empecé a pensar que mi plan no funcionaría, que, como suponía, cada vez quedaba menos de todo lo que tuvimos durante veinte años.

Al final me llamó, aunque no parecía muy entusiasmado.

—Venga, prepara la maleta, saldremos sobre las tres.

—Gracias, Nabil, ya verás como lo vamos a pasar estupendamente. Los niños se van a poner muy contentos.

Fui a buscarlos al colegio intentando avivar la ilusión.

—Chicos, nos vamos de viaje, nos vamos con papá a Bilbao. Ya veréis como lo pasaremos genial.

Ninguno de los dos se mostró especialmente entusiasmado, pero lo aceptaron:

—Bueno, un día que faltamos al cole —fue el único comentario de Adán.

Era evidente lo deteriorada que estaba la relación con su padre, ya les daba igual cualquier plan con él, solo lo veían como un problema. Le tenían miedo y, cuando estaban con él, se mostraban desasosegados.

Contra todo pronóstico, salvo los momentos de la oración, pasamos cuatro días felices. No me lo podía creer, pero parecía uno de tantos viajes estupendos que habíamos hecho: fuimos vestidos a la playa, construimos una cabaña, reímos juntos... Yo los miraba sin poder evitar pensar cómo superarían la marcha de su padre. Y él, ¿qué sentiría él? Allí, en Bilbao, lejos de todo, era evidente el amor que sentía por ellos.

Me dije que, por lo menos, con esos días «de regalo» había conseguido que, cuando su padre se fuera, los niños guardaran un buen recuerdo de él.

Emprendimos el viaje de regreso tan felices que empecé a ilusionarme con la idea de que Nabil se arrepintiera, de que olvidara ese infernal capítulo de nuestras vidas y pudiéramos volver a retomar nuestra vida familiar. Pero no, en el viaje de vuelta, a medida que nos acercábamos a Madrid, volvió a invadirle un genio irascible a pasos agigantados.

—No te arrimes tanto al arcén —me advirtió con rudeza—, se te va el coche.

—No me grites, y el coche está donde tiene que estar —repliqué, mientras veía cómo se esfumaba el buen humor.

—Pero si lo he visto —insistió.

—Estoy harta —murmuré, sin poder evitar las lágrimas—, siempre lo estropeas todo.

Me detuve en un área de descanso, me cambié de sitio y él se puso a conducir. Seguimos el viaje sin pronunciar palabra. ¿Qué ocurría? ¿Por qué estaba así? Pensé que lo nuestro no tenía solución, volvía a ellos, a los «hermanos», a dejarse avasallar por sus presiones. En el fondo yo sentía que de alguna forma aún nos seguía queriendo, pero al igual que yo, también había llegado a un camino sin retomo, estaba entre la espada y la pared. Ni en aquellos momentos podía dejar de darme cuenta de que también él estaba sufriendo, pues su cara no era la del fin de semana. Volvió a su amargura, a su silencio, volvió a ser el monstruo en el que le estaban convirtiendo.

CAPÍTULO 18

Corría el mes de mayo. Un día, Nabil se levantó y me dijo:

—Amor, tengo que volver a Bilbao a una feria, ven conmigo y así me echas una mano. Te enseñaré cómo funcionan los equipos, tengo que montar el stand solo, y tú tienes mucha experiencia.

Una vez más mi mente y mi corazón se debatían, cada uno tenía sus propios razonamientos: mi mente me decía que no, que si me iba con él, perdería una semana para estar tranquila con mis hijos; y mi corazón me animaba a decirle que sí, que pobrecito, que él solo no podría y que tal vez así tendríamos tiempo para hablar tranquilamente, aunque eran pocas las esperanzas, pues mi corazón sabía también que no ganaría nada. Aun así, al final decidí que volvería a intentarlo, aunque, eso sí, aquella sería la última vez.

—Está bien, iré contigo, te ayudaré en lo que pueda.

Dejamos a los niños con mis padres y la incertidumbre se apoderó de mí íbamos a estar solos durante una semana, sería como caminar a oscuras por un sendero que no sabía adónde me llevaría.

Cuando iniciamos el viaje, Nabil estaba especialmente nervioso.

—Cariño, ¿qué te pasa? Nos vamos de viaje solos, me llevas de ayudanta. Deberías estar feliz y te veo muy angustiado.

—Está bien —claudicó finalmente—, te lo voy a contar. Ayer se fueron Said y Susana con el niño a Siria, salían desde Turquía y no sabemos nada de ellos. Estoy muy preocupado, ¿y si los han detenido?

Me quedé blanca. Susana era una chica española de buena posición, que en cuanto conoció a su marido se puso burka y se casó en un mes, enfrentándose a toda su familia. Pero no podía imaginarme que sería capaz también de

marcharse a Siria, embarazada y con un niño de seis años.

—No te preocupes, Nabil, seguro que están bien. No habrán podido comunicarse con vosotros, es un viaje complicado.

Estaba horrorizada, pensaba en esa chica de veintitrés años, tan joven, en la boca del lobo; en sus padres, que no sabían dónde estaba... Me atormentaba el dolor de su familia y por un instante un pensamiento se apoderó de mí: ¿y si Nabil, cuando decidiera marcharse por fin, quisiera llevarse a mis hijos? Dios mío, me invadió el pánico y no pude evitar empezar a temblar. Nunca antes había pasado esa idea por mi cabeza. Estaba aterrorizada.

—¿Qué te pasa, Raquel? Estás temblando.

—Es que estoy pensando en si les habrá pasado algo —improvisé—. Confiemos en Dios, Alá es grande.

—Pararemos a rezar por ellos —propuso.

—Pero, Nabil, no podemos rezar en medio de la carretera, mejor cuando lleguemos al hotel.

Como siempre, no escuchó. En cuanto pudo, se desvió hacia una especie de camino de tierra. Me dio mi vestido y rezamos mientras los ocupantes de los vehículos que pasaban nos miraban como si fuéramos dos bichos raros, aunque no puedo culparlos por ello, era de lo más lógico.

Por fin llegamos al hotel. Era precioso: un antiguo palacete, que estaba iluminado, con el mar de fondo. Me dieron ganas de asomarme a la barandilla y pasar horas en paz, simplemente mirando el paisaje.

—Nabil —comenté mientras sacábamos las maletas—, estoy agotada, ¿por qué no cenamos algo aquí en el hotel? Tenemos toda la semana para salir.

—Me parece bien, yo también estoy cansado.

Tenía malísima cara. Algo le estaba pasando, y estaba segura de que ocultaba algo más de lo que me había contado. Bajamos, cenamos algo ligero y rápidamente subimos a la habitación. Mientras me duchaba, le oí hablar en árabe.

—¿Qué ocurre, Nabil? —le pregunté cuando salí del baño—. ¿Ya han aparecido?

—No, qué va, seguimos sin saber nada.

—Es que tienes una cara de preocupación. ¿Qué pasa, Nabil? Siempre has confiado en mí.

—Solo puedo decirte que le he dado un contacto a Bilal, que me había dado Said. Pero él me había dicho que jamás, pasase lo que pasase, se lo diera a nadie. Ahora estoy muy preocupado.

—Tranquilo, cariño, imagino que lo entenderá. Al fin y al cabo, se lo has dado para saber si han llegado, es un motivo más que justificado. Ya verás como todo sale bien. Me voy a la cama, estoy muerta. ¿Quieres el mando de la tele?

—No, voy a ver algunos vídeos en el portátil.

—De los de la bandera negra, ¿no?

Ni siquiera respondió.

No quería preguntar, no quería saber quiénes eran esas personas, no quería involucrarme en lo que solo Dios sabía que estaba metido, pero sentía que cada día que pasaba mi miedo y mi preocupación iban en aumento. En segundos acabé dormida. La tensión y la presión me rindieron por completo.

Nos levantamos a las 4 para rezar como, siempre y salimos del hotel a las siete de la mañana. Teníamos que montar el stand y debíamos empezar temprano, pues la feria abría a las diez.

—¿Estás más tranquilo? —le pregunté después de desayunar.

—Sí, ya han llegado —respondió aliviado—, qué envidia, tengo unas ganas de estar allí. —Yo no contesté, cada vez que hacía algún comentario semejante, me clavaba un puñal en el corazón—. Vamos, se nos va a hacer tarde.

Montamos el stand y comenzó la feria. Aquella semana no cumplió para nada con mis expectativas. No es que me hubiese imaginado un viaje romántico, pero sí contaba con ratos que propiciaran la intimidad. Y nada más lejos de la realidad. Trabajábamos unas diez horas de pie y me dejaba sola en el stand unas tres veces para irse a la mezquita a rezar. Acabamos agotados. Yo debía rezar los cuatro rezos juntos al llegar al hotel, me tiraba casi una hora rezando, el dolor de espalda y de rodillas era inaguantable. Solo quería volver a casa al lado de mis hijos. Aunque no lo supieran, mis padres, su cercanía, me aportaban una seguridad que me resultaba indispensable para seguir adelante.

Acabó la semana y regresamos a Madrid casi en completo silencio. Estábamos demasiado cansados para hablar, pero, sobre todo, íbamos cada

uno completamente sumidos en nuestros pensamientos. Los dos teníamos unas ganas locas de llegar: yo, al lado de mis hijos; él, al lado de sus «hermanos».

Al día siguiente, como todos los viernes, me levanté totalmente abatida, no solo por la perspectiva de tener que pasar con él el fin de semana, sino, además, por el agotamiento que me había producido estar juntos esos días de feria. Miedo, cansancio y tristeza se mezclaban a partes iguales. Me puse mis mallas, cogí el móvil y los cascos, las mochilas de los niños y los dejé en el colegio. Después me puse en marcha: hacía tiempo que había decidido caminar una hora por las mañanas. Sería un tiempo para mí, necesitaba aire en soledad, y solía andar y andar sin rumbo, escuchando mi música preferida. Era un momento en el que intentaba abstraerme de todo y no pensar en mi situación, aún no comprendía cómo podía haber llegado hasta semejante encrucijada. A lo que llevaba soportado, se sumaba el terror por si intentaba llevarse a mis hijos. Ya no podría permitirme dejarlos ni un segundo a solas con su padre.

Intenté dejar la mente en blanco, no pensar, respirar hondo. A pesar de mi esfuerzo, no lo conseguí, una vez más las lágrimas resbalaban por mi rostro sin poderlas controlar. Ya no podía más. Llevaba tres años soportando esa tortura psicológica, estaba atrapada y no sabía cómo podía escapar de esa situación. Pero lo peor de todo era que, además, aun sin saber por qué, seguía amándole.

Volví a casa, acabé la comida y me preparé para ir a buscar a los niños. De repente, Nabil me llamó. Estaba en la mezquita. Podría decir que era su casa, pues pasaba prácticamente todo el tiempo allí.

—He pensado que iré con los chicos a Ávila cuando acabemos de rezar el *Asr* y nos quedaremos a dormir, así podremos preparar la piscina para el verano. Hay que reparar algunas grietas.

Al oírle, mi estado de ánimo cambió: sentí una inmensa alegría, me inundaron una gran paz y tranquilidad.

—Claro, cariño, no hay problema, luego aprovecharé para llevar a los niños al parque.

—Bien, Raquel, pero que no se te olvide que deben rezar antes.

—Claro, como siempre —repliqué, tan contenta que no me costaba

seguirle la corriente.

Era curioso, pero, pese a la situación que estábamos viviendo, éramos capaces de seguir manteniendo una cordialidad extraordinaria.

Evidentemente, era yo quien aportaba normalidad a la situación, si no nunca habría sido posible el éxito que estaba consiguiendo con mi plan. De momento, pensaba, estaba logrando proteger a mis hijos, que todo aquello tan solo les rozara.

Llevé a los niños al parque y, cuando llegué a casa, me sentí relajada. Sabía que la llave no sonaría en la puerta y no tendría que fingir por un día. Los niños se acostaron conmigo, como hacían siempre que tenían ocasión. En el fondo yo los necesitaba tanto como ellos a mí.

Al día siguiente me levanté, preparé el desayuno y pensé en si llevaba o no a los niños a la mezquita a clases de árabe. Las odiaba tanto como ellos, pero no quería discutir por pequeñas cosas. Me reservaba siempre para las más grandes. Nabil tenía demasiados amigos en la mezquita. Si no iban, alguien se lo diría, así que, aunque él no estaba en Madrid, decidí llevarlos.

Tanto mi ánimo como mi humor ya no eran los mismos: ese día regresaría y tendría que volver al infierno de la rutina.

A las dos de la tarde me llamó.

—Hola, cariño. No hemos encontrado el cemento para la piscina y nos quedaremos hasta mañana, que abren en el pueblo de al lado.

—Claro, sin problema. Ya haré algo con los niños, pero imagino que volverás mañana pronto.

—Claro, claro, llegaré pronto y así pasamos un rato juntos. El lunes viajo a Sevilla.

—Ok. Perfecto, divertíos y cuidado con las barbacoas —bromeé.

Nuevamente volví a sentirme aliviada y una ola de felicidad recorrió todo mi cuerpo. Mi vida era una montaña rusa de sentimientos, aunque el agotamiento iba dejando huella en mi cuerpo, en mi salud y sobre todo en mi mirada.

Pasé el sábado tranquila con los niños en el safari. Nos acostamos otra vez los tres juntos y entre risas nos acabamos durmiendo. Cada vez que estábamos solos intentaba que hubiera un ambiente relajado y feliz. Cada una de sus sonrisas eran una inyección de felicidad en los que me parecían los tiempos

más amargos de mi vida.

El domingo me levanté y volví a la rutina: desayuno, deberes, comidas, lavadoras y prepararse para el lunes. Para la mayoría de personas, el domingo no suele ser un buen día. Para mí era uno de los mejores, pues sabía que al empezar la semana él viajaría y no regresaría hasta el siguiente viernes. No estaba especialmente triste, sabía que solo debía aguantar unas horas más hasta su próximo viaje. Transcurrió la tarde y a las seis recibí su llamada nuevamente.

—Oye, cielo, que me voy a retrasar porque según lleguemos de Ávila iremos a rezar a la mezquita el *Isha*.

—Vale, no llegues demasiado tarde, porque estoy cansada y me iré pronto a la cama.

—Sí, pero no puedes irte antes de rezar. ¿Los niños han rezado?

—Claro, Nabil, pero un poquito antes, mañana tienen que madrugar y no quería que se acostaran tan tarde.

—Bueno, pero que no se acostumbren.

—No te preocupes, cariño.

—Confío en ti.

—Tened cuidado con el coche.

Esperé hasta las once, me lavé los dientes y me puse un pijama viejo. Hacía tiempo que ya no me apetecía estar bonita para él, aunque aún recordaba aquella época en la que compartíamos cenas románticas, copas de vino, lencería fina y nos amábamos hasta el amanecer. Hacía mucho que se había acabado aquel idilio. Ya ni siquiera me apetecía que me buscara.

Me acosté y una vez más volvieron las lágrimas. No podía controlar ya la situación, no sabía cómo salir de esa jaula en la que llevaba viviendo con mis hijos desde hacía ya tres años. De repente escuché la cerradura de la puerta y se me aceleró el corazón. Oí que dejaba las cosas en el salón y entraba en la habitación. Me hice la dormida; él me buscó, pero yo lo besé y me volví a dar la vuelta.

—Mañana hablamos; estoy agotada —dije.

No había pasado en veinte años ni un solo día en que no nos diéramos un

beso de buenas noches. Siempre recordaba el consejo de mi padre: «Hija, aunque estéis enfadados, da igual lo que pase, no os vayáis nunca a la cama sin un beso». Pero ese beso sería especial, probablemente el más importante de nuestras vidas, porque ni yo ni él sabíamos que sería el último.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 19

El silencio reinaba en casa, estábamos profundamente dormidos cuando de pronto nos despertó un golpe estremecedor. Nabil saltó de la cama y se dirigió al pasillo. Yaiza estaba en la habitación con nosotros porque había tenido una pesadilla y se despertó.

—Cariño, quédate aquí y no te muevas.

Salí del dormitorio, mi corazón latía como nunca. Solo oía fuertes voces y vi unas luces cegadoras que me deslumbraban. El pasillo estaba lleno de encapuchados de negro que habían irrumpido en mi casa. El resplandor de la luz no me permitía discernir qué estaba pasando. De repente vi cómo la sombra de Adán salía hacia el despacho y corrí tras él. Cogió una catana que teníamos de decoración y la levantó.

—Nadie va a hacer daño a mi madre.

Entró un encapuchado en el despacho y pude ver un escudo de la Policía Nacional. Enseguida me acerqué a Adán.

—Cariño, dame eso, por favor, no te preocupes. Es la policía y nadie va a hacernos daño.

Le di el arma al agente y fui corriendo tirando de Adán hasta mi habitación. Yaiza estaba llorando fuera de sí. La abracé y me quedé junto a mis hijos. Ahora los tenía controlados conmigo. Respiré y de repente me invadió un extraño pensamiento: «Tranquila, Raquel, la tortura se ha terminado». El nerviosismo y la ansiedad se percibían en toda la casa. Yo no veía a Nabil, ni siquiera entendía nada, era todo tan confuso que mi cuerpo era incapaz de reaccionar. Entró un agente que llevaba vaqueros y chaleco fluorescente.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Nabil? —le pregunté atemorizada.

—Tú sabes perfectamente lo que está pasando —dijo.

Su cara asustaba más aún que la de los amigos de Nabil. Me pareció increíble su falta de delicadeza. Fue el primero de los muchos que me iban a juzgar tan solo porque dormía con él. Era como la peste, me miraba como si me hubiera contagiado, como me mirarían muchas personas a partir de ese momento, personas que no sabían nada de mí, ni de mis hijos. A partir de ese instante los tres seríamos reos, pero de una forma peor que la de Nabil: nos juzgaron de la forma más cruel, señalándonos con sus dedos acusadores, tan solo porque hubo un momento en el que fuimos su familia.

Me quedé perpleja, seguía sin comprender absolutamente nada. Entró otro agente, vestido de forma similar. Era grande, pero lo que más me llamó la atención fue su cara: un rostro agradable, sereno; me llevó a un lado de la habitación intentando que los niños no escucharan la conversación.

—Raquel, Nabil ha sido detenido por pertenencia a organización terrorista. Está bien, le hemos leído sus derechos, no puedes verle, ¿toma alguna medicación? —me preguntó.

—No —respondí, casi sin voz.

Me entregó unos papeles, casi no podía sostenerlos por el temblor de mis manos.

—Es la orden judicial de entrada. Vamos a realizar un registro de vuestro domicilio. ¿Lo estás entendiendo?

Era como si hubiera entrado en estado de *shock*: solo percibía ruidos, sonidos inconexos del ambiente, pero no era capaz de digerir nada. Por fin mi cuerpo reaccionó y conseguí recuperar una mínima entereza.

—Sí, agente, gracias por la explicación. Me gustaría pedirles dos favores: que los niños, por favor, no vean a su padre esposado y que, si tienen que hacer un registro, empiecen por nuestra habitación para que los niños se puedan tumbar, mientras están ustedes trabajando. Son las cinco de la mañana y, aunque no puedan dormir, por lo menos que puedan descansar.

—Por supuesto —me contestó.

Su cara reflejaba la pena que sentía por nosotros. Nos llevó al despacho.

—No podéis salir sin decírselo antes a algún agente, ¿de acuerdo?

—Claro, por supuesto.

Se quedó con nosotros otra policía. Yo me senté en el sillón y los niños, en

mis piernas mientras permanecían abrazados a mí.

Estuvimos así aproximadamente una hora. No hay palabras que puedan describir los sentimientos y sensaciones que pasaban por mi cabeza. Los niños estaban destrozados, el cansancio los vencía, lo único que hacían era llorar por instinto. Intentaba consolarlos, pero no encontraba las palabras para ello.

A la hora aproximadamente, nos informaron de que podíamos pasar a la habitación. Los niños se tumbaron en la cama. Por lo menos estábamos más cómodos. La policía que estuvo con nosotros en todo momento fue muy amable y dulce con mis hijos, actitud que agradecí enormemente, pues, aunque los dos seguían mudos, por lo menos estaban algo más tranquilos.

El registro duró unas cuatro horas. Fue agotador. Les pedí si podía preparar irnos vasos de leche para los niños, pero me dijeron que no podíamos salir de la habitación. Lo único que conseguimos fue un vaso de agua que nos trajeron para Adán.

Cuando finalizó, se acercó el amable agente y me pidió que fuera al salón. Los niños permanecieron en la habitación.

Fue la primera vez que vi a Nabil en toda la noche. Estaba sentado en el sillón, esposado, lo que me produjo una fuerte impresión y rompí a llorar. Se lo había advertido tantas veces: «Ten cuidado con lo que estás haciendo, deja a esa gente». No me había hecho caso y ahora estaba ahí, detenido, descompuesto, blanco, poseído por el miedo y la incertidumbre.

Me dijeron que le trajera ropa y que le ayudara a vestirse.

Fui a por ella y regresé al salón. Me pidieron las llaves de los vehículos y volvió el agente más adusto utilizando las mismas formas con las que se había retratado anteriormente.

—Dame las llaves de Ávila.

—¿Para qué?

—Porque ahora vamos a registrar la finca. Si no me las das, tiraremos la puerta abajo.

—No, no hay problema. Se las doy, por supuesto.

Con el tiempo supe por el sumario que el registro fue ilegal y ni siquiera había orden judicial. Mientras inspeccionaban los vehículos, empecé a vestir a

Nabil.

—¿Tienen que estar ellas? —preguntó Nabil, refiriéndose a las agentes.

Era la primera vez que le oía hablar en toda la noche y notaba la furia, el odio, la rabia por todo lo que estaba pasando.

Las policías muy educadamente salieron al pasillo y esperaron pacientemente a que Nabil estuviera listo. Era complicado vestirle esposado. Cuando acabé, no pude evitarlo. Me agarré a su cuello, le abracé y lloré amargamente, me aferré a él, sentía que estaba en un sueño y que en cualquier momento me despertaría, eso no podía ser real. Enseguida llegó un policía a separarnos.

—No podéis abrazaros, ni hablar —nos advirtió secamente.

Noté que a Nabil le dolía el hombro.

—Agente, ¿es posible que le esposen por delante? Tiene un problema en el hombro, se le puede salir.

No pusieron ningún problema y me hicieron caso. Me devolvieron las llaves de los vehículos.

—Dame veinte euros o algo de dinero —me pidió Nabil.

—Pues es que ahora no tengo, ayer no pasé por el cajero.

—En el chaleco negro, en el armario, hay veinte euros —dijo, bajando el tono de voz.

Fui al armario y en el bolsillo no había veinte euros, había quinientos, una cantidad de dinero que yo ignoraba que se encontrara allí. En ese momento me di cuenta de que había dormido con un extraño, que esa no sería la única mentira y que seguramente me quedarían muchas cosas por descubrir.

Empecé a ver cómo los agentes salían de mi casa. Eran muchísimos. Entre los que vestían de paisanos, los GEO y la Policía Nacional, es posible que hubiera unas treinta personas, sin contar los que se encontraban en el *hall*, rodeando el edificio, y en las entradas y salidas del garaje.

Salieron todos. Cuatro agentes escoltaban y llevaban agarrado a Nabil. Cuando se fueron, al cerrar la puerta, sentí un vacío terrible. Era como si me arrancaran las entrañas, se marchaba mi amor, mi pasado, mi presente, mi futuro, se marchaba mi vida.

El agente amable regresó e hizo un intento de ofrecerme palabras de consuelo.

—Deberías venir a declarar, eso puede ayudarle —me dijo con mucha delicadeza.

—Lo siento, agente, ahora tengo que ocuparme de mis hijos, tengo que estar con ellos. Estoy a su disposición para cuando quieran, llámeme e iré, pero ahora no es el momento.

—Como quieras, si lo prefieres, cuando vengas, te enviamos un coche normal y te volvemos a traer.

—Por supuesto, estamos en contacto, muchas gracias.

Volví a cerrar la puerta y vi cómo venían los niños corriendo al salón. Se fueron volando a la ventana sin que yo pudiera evitarlo. Adán contempló, a pesar de mis esfuerzos por alejarlo de los cristales, cómo su padre salía de su casa, detenido, esposado y custodiado por la policía, cómo le introducían en un coche y se lo llevaban.

Al acercarme a la ventana, vi que había apostados varios equipos de televisión enfrente de la puerta principal. Jamás hubiera pensado que era tan grave, y eso que aún ni por asomo me había acercado a lo que en verdad estaba ocurriendo.

Para mi sorpresa, Adán no soltó ni una lágrima. En el fondo pensé que, por un lado, sentía un alivio profundo, aunque también era consciente de la vergüenza que sentía en ese momento.

Yaiza estaba furiosa.

—Mamá, ¿por qué se llevan a mi padre? Mamá, contéstame.

—Mira, hija, es que papá iba con unos amigos malos, y la policía piensa que papá también es malo como ellos, pero ahora le llevan a un sitio que es como un hotel, mientras ellos lo investigan, pero no te preocupes porque papá está bien.

—Pero papá no ha hecho nada.

—Cariño, es que la policía no solo detiene a los que han hecho algo, también detiene a las personas de las que sospechan que no son buenas.

—Pues no es justo. ¿Y cuándo va a volver?

—No lo sé, mi amor, cuando la policía sepa si es bueno o malo.

—¿Y eso cuánto es?

—Poco tiempo, cielo. Ahora tranquila, que voy a llamar a los abuelos y nos vamos a ir a comer con ellos, ¿vale, mi vida?

—Sí, mami.

En ese momento estaba muerta en vida. Ni sé cómo, me armé de valor y marqué el número de mis padres.

—Diga.

—Hola, papá.

—Hola, hija, ¿qué tal los niños? ¿Ya se han ido al cole?

—No, papá, están aquí. Quería pedirte un favor.

No sabía cómo decírselo. Iba a ser traumático. Lo estaba siendo para mí, y yo había vivido tres años de tortura con Nabil. No imaginaba cómo iba a ser para ellos.

—Claro, hija, dime.

—¿Podéis venir a casa ahora? Es que ha ocurrido algo.

Apenas podía pronunciar palabra.

—Pero ¿qué ha pasado, hija?

—Es que han detenido a Nabil. Ha entrado la policía esta noche en casa y se lo han llevado.

—¿Cómo? ¿Pero qué ha pasado? ¿Ha atropellado a alguien, ha tenido un accidente? ¿Cómo que ha entrado la policía?

—No, papá, lo han detenido por terrorismo. Ahora cuando vengáis os lo cuento.

No podía ver la cara de mi padre, pero la imaginaba, pues yo había vivido momentos parecidos unas horas antes.

—Hija, tranquila, vamos para allá ahora mismo.

A lo lejos se oía la voz angustiada de mi madre:

—¿Qué han detenido a Nabil? Pero ¿por qué? ¿Estáis bien?

Me asomé nuevamente a la ventana y la prensa seguía en mi puerta. Intenté dar cierta normalidad a la situación, no sé de dónde saqué las fuerzas. Me lavé la cara, me recompuse y me fui a preparar el desayuno de los niños. Mis hijos me necesitaban más que nunca.

Desayunaron y se fueron a jugar a la habitación de Adán, que era la que estaba mejor. El resto de la casa había quedado destrozada después del

registro.

Me dejé caer en el sofá. Me sentía perdida, confundida, vacía, no sabía dónde estaría él, ni qué estaba pasando. Era incapaz de pensar, solo quería que vinieran mis padres y abrazarme a ellos, como cuando era niña. Llamé a mi hermana.

—Hola, guapa, ¿qué tal? —me saludó sin saber lo que se le venía encima.

—Fatal —rompí a llorar—, han detenido a Nabil por terrorismo. Estoy esperando que lleguen papá y mamá y ahora iremos para tu casa. Los niños no quieren estar aquí. Voy a coger algo de ropa para esta noche, nos iremos a dormir con papá y mamá. Ahora, cuando lleguemos, te lo cuento.

—Vale, cariño, pero ¿estáis bien?

—Sí, cielo. Dentro de lo que cabe, estamos bien.

Mientras llegaban mis padres, los minutos se me hicieron horas. Lloraba y lloraba sin parar. Pronto sonó el timbre, abrí la puerta y me abracé a ellos, incapaz de articular palabra; por fin entraron en casa y se horrorizaron al ver cómo se había quedado.

—Papá, hazme un favor, baja a por un paquete de tabaco.

Llevaba sin fumar cinco años, pero necesitaba consuelo, necesitaba agarrarme a algo mientras me esforzaba porque mi mente empezara a funcionar. Me tomé dos valerianas y le conté a mi madre lo que había ocurrido. Su cara lo decía todo, pero sacó fuerzas y me secó las lágrimas:

—Venga, hija, que los niños no te vean así. Mi vida, todo se arreglará.

Yo sabía que no se iba a arreglar, pues los tres años que había pasado con él me habían ido narrando su historia día a día, aunque la venda que tenía en los ojos me hubiese impedido dejar de amarle.

Subió mi padre con el tabaco. Estaba descompuesto, su tez se había quedado blanca. Le conté todo, igual que a mi madre, y preparamos una pequeña maleta para irnos unos días a su casa; la nuestra estaba inhabitable.

—¿Has hablado con tu hermana? —preguntó mi padre.

—Sí, papá, le he dicho que ahora íbamos.

—Pues vámonos. Dios mío, cómo te han dejado la casa. ¿Puedes conducir?

—Sí, papá, no te preocupes, estoy bien.

Cuando mis padres iban a salir de casa, de repente sonó la llamada a la oración del reloj que teníamos en el salón. Mi madre se acercó, lo tomó en sus manos y lo estampó contra el suelo, poseída por la rabia, la impotencia y el dolor. La entendí, pues yo había vivido infinitud de momentos como ese durante mucho tiempo.

Mis padres salieron de casa y, antes de hacerlo yo con los niños, volví a mirar por la ventana y la prensa seguía allí.

—Vamos, hijos, al garaje, que nos llevamos el coche de papá.

Entramos en el coche y salimos del garaje rápidamente para que las cámaras no pudieran recoger ninguna imagen nuestra, sobre todo de los niños. Aparqué en el barrio de mi hermana. Mis padres nos estaban esperando en el portal de su casa. El barrio estaba rodeado, había lecheras por todas partes y agentes de policía por las calles.

—Hija, tranquila —dijo mi padre al ver mi cara de susto—, todo esto no es por ti, estarán buscando a alguien.

—No lo sé, papá, no entiendo nada, imagino que serán protocolos, como entrar por la noche, aunque sabían que estaban los niños. No sé si algún día entenderemos algo.

—Subamos, que los niños no vean todo esto.

Estuvimos en casa de mi hermana lo que quedaba de mañana.

Mi padre propuso tomar algo en un restaurante cercano a su domicilio, ya que no teníamos cuerpo ni para cocinar, ni para comer. Cuando bajamos, enseguida nos dieron una mesa, éramos conocidos, pues comíamos allí muchas veces. De repente empezaron a aparecer agentes de la Policía Nacional por todas partes, estábamos rodeados: el lugar se volvió azul, del color de los uniformes. Al verlos intuí que estaban vigilando mis movimientos. Fui la única esposa que no fue a declarar, e imaginé que debían saber a quién me acercaba o si iba a avisar a alguien, aunque como siempre lo único que vieron fue a una mujer destrozada.

El teléfono no cesaba de sonar. Mi padre empezó a recoger las llamadas y a dar explicaciones; la familia y los amigos necesitaban saber qué estaba pasando y sobre todo si los niños y yo estábamos bien.

Salimos del restaurante, y nos fuimos hacia los coches. Un policía que había en la puerta bromeó con mi sobrino. En las caras de los agentes se

reflejaba la consternación por el momento que estábamos atravesando.

Nos fuimos a casa de mis padres. Estaba agotada. No había dormido nada, y la tensión se había apoderado de mi cuerpo, aún no podía parar de temblar. Enseguida mi madre preparó las camas.

—Venga, hija, intenta descansar un poco. Acostaos los tres juntos, os vendrá bien.

Me abrazó, como solo una madre puede hacerlo. Cogí a los niños y nos fuimos a dormir. Ellos lo consiguieron pronto mientras yo daba vueltas y vueltas, aferrada a la esperanza de que estaba viviendo una pesadilla, de que en algún momento despertaría. Al final el tsunami que había pasado por mi cuerpo consiguió cerrar mis ojos.

CAPÍTULO 20

Cuando desperté, me dolía todo el cuerpo. Abrí los ojos y vi a mi lado a los niños durmiendo. Me di cuenta de que no había sido una pesadilla, todo lo que había ocurrido se me hizo dolorosamente real.

Me levanté y mi padre ya había preparado el desayuno.

—¿Has descansado algo, hija? —preguntó mi madre.

—Algo, tenía la esperanza de que hubiera sido un mal sueño, pero no. Papá, creo que deberíamos buscar un abogado, no sé muy bien qué es lo que tengo que hacer.

No encendimos la televisión, pues las imágenes de la Operación Gala salían una y otra vez y no quería que mis hijos vieran nada. Me metí en internet y busqué ayuda legal. Encontré muchos profesionales independientes y destacaban los bufetes especializados. Escogí uno al azar, ni siquiera sabía quiénes eran, nunca había necesitado de los servicios de un abogado. Hablé con ellos y me dieron cita para esa misma tarde.

No quería hacer nada, solo meterme en la cama y dormir, pero, al mismo tiempo, tenía tantas cosas que hacer que no sabía ni por dónde empezar. Una vez más le pedí a Dios que me ayudara, iba a necesitar todas mis fuerzas para afrontar lo que se me venía encima.

Recibí un WhatsApp. Era de Edurne. Ella era una de las madres del colegio. Nuestros hijos iban juntos a clase y nos conocíamos desde hacía años. Últimamente nos habíamos acercado un poco más y hasta había llegado a contarle algo del cambio que estaba sufriendo Nabil. En ese momento no sabía que se convertiría en una de las personas más importantes de mi vida.

El WhatsApp decía: «No he querido llamarte, imagino lo que estás

pasando, pero estoy aquí para lo que necesites».

La llamé enseguida.

—Hola, Edurne, ¿qué tal?

—¿Qué tal vosotros? ¿Cómo están los niños?

—Bueno, ahí estamos, asimilando lo que ha pasado, pero aún no sabemos nada. Esta tarde tengo una reunión con unos abogados que parece que están especializados en terrorismo.

—Si quieres, les he dicho a los chicos que se vengán a comer unas *pizzas* y a la piscina. Creo que a Adán le vendría bien estar acompañado de sus amigos y distraerse para no pensar.

—Muchísimas gracias, eres un cielo. Claro, le llevaré y así me voy tranquila.

Llevé al niño a casa de Edurne y Yaiza se quedó con mi madre, mientras mi padre y yo íbamos al abogado.

—Espera, papá, por favor, a que acabe el cigarro —le pedí antes de entrar.

Mientras yo fumaba, me dijo:

—Raquel, ¿qué es eso que brilla? Hay algo apoyado en el árbol.

Me agaché y encontré una medalla de la Virgen, en una funda de plástico, que tenía una inscripción en italiano que venía a decir: «La persona que porte esta medalla con fe siempre estará protegida y tendrá la gracia divina». El papel donde aparecía la frase tenía un color amarillento que delataba su antigüedad. Parecía que la habían dejado allí colocada, apoyada en el árbol para que yo la encontrara.

La cogí, la metí en la cartera y le pedí que me ayudara. Me acompaña desde entonces.

Subimos al despacho. Nos recibió una amable secretaria que nos llevó a una inmensa sala de espera. Los distinguidos sillones, las mesas de madera, los diplomas que colgaban de la pared, todo estaba diseñado para impresionar a los clientes. Mientras miraba todos los detalles, me preguntaba a mí misma qué hacía yo allí.

Por fin salió un hombre alto, perfectamente engominado y vestido con un traje caro en el que no faltaba detalle, con la corbata haciendo juego con el pañuelo. Era muy serio y extremadamente educado y servicial. Nos acompañó

a una enorme sala de reuniones, donde había una extensa biblioteca con libros encuadernados en cuero y más cuadros con diplomas y fotos en las que aparecía con personajes conocidos.

Nos sentamos, nos trajeron agua y empezó la reunión.

—Díganme qué es lo que ha pasado.

Aún me temblaba la voz al recordarlo. Le resumí los hechos acontecidos lo mejor que pude.

—No se preocupe —dijo con voz firme—, voy a sacar a su marido de prisión. Para empezar, necesitamos una provisión de fondos. Yo iré hoy mismo a la comisaría central y me personaré como su nuevo abogado. Haré las gestiones oportunas para averiguar dónde está e iré a verle.

»Pero lo primero es que quedemos mañana a primera hora para la provisión. No se preocupen ustedes por nada porque yo me ocuparé de todo, recurriré el auto de prisión y le sacaremos con una pulsera.

Nos pidió una cantidad importante de dinero, desde luego mucho más de lo que nosotros podíamos pagar en aquel momento. Quedamos para la mañana siguiente para darle el talón. Enseguida me di cuenta de que nuestro dolor le importaba poco, solo hablaba de dinero con absoluta frialdad.

Yo seguía sin saber nada de Nabil. Me extrañó, pues sabía que él tenía derecho a hacer una llamada y no entendía por qué aún no se había puesto en contacto conmigo. La angustia era cada vez mayor.

Salimos del despacho asustados. Mi padre estaba desenchajado. Al día siguiente teníamos que pagar una elevada cantidad de dinero, pero, con una sonrisa de ánimo, me puso la mano en el hombro.

—Ahora, cariño —me dijo con firmeza—, no te preocupes por el dinero, lo importante es saber qué es lo que ha pasado.

—Gracias, papá. —Conmovida, le abracé.

Fui a recoger a Adán. Cuando llegué, estaban todas las madres. Me senté y les conté lo que había ocurrido. Mi cara lo decía todo y la de ellas también. Parecía que estábamos hablando de otra persona, no de Nabil, a quien conocían, aunque también es verdad que no sabían lo que había pasado en los últimos tres años.

—Raquel, mañana vamos a hacer lo mismo que hoy —dijo Edurne—. Tráete a Adán. Él está bien aquí y así piensa menos. No puedo evitar que te

llame, soy consciente de que ayer te llamó más de quince veces, pero por lo menos está con sus amiguitos.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros.

La abracé con lágrimas en los ojos. Se estaba portando no como una amiga, sino como una hermana.

Salimos y nos dirigimos hacia la casa de mis padres. Estaba agotada, pero era hora de reaccionar, no podía seguir así, sumida en el desconcierto, y sabía que la actividad me ayudaría a mantenerme a flote. Debía organizar nuestras vidas, empezar de cero, tirar de mí y de mis hijos, así que decidí hacer una lista.

Cuando llegué a casa de mis padres, cogí un cuaderno y me puse a ello: tenía que hablar con la empresa de Nabil, ir al colegio de los niños, reunir el dinero y los documentos para los abogados, organizar el desastre de mi casa para poder dejarla; también buscar un nuevo piso de alquiler, pues los niños se negaban en redondo a volver y la verdad es que a mí tampoco me hacía ninguna gracia. Ellos necesitaban su espacio y recuperar cuanto antes su rutina, y sobre todo era urgente encontrar un trabajo estable para mí. Los eventos que hacía de vez en cuando para el banco no me darían la estabilidad que necesitaba para sacar a mis hijos adelante, ahora necesitaba una nómina fija.

—¿Qué tal, hija? —me preguntó mi madre a la hora de cenar.

—Bien, mamá, he hecho una lista. Hay muchas cosas que hacer y debo empezar en algún momento. Mañana, además de ir al abogado, tengo que hablar con la empresa de Nabil. Hay que devolver el coche, los equipos y la documentación que hay en casa. Además, tengo que organizar una reunión con el colegio de los niños cuanto antes.

—Hija, habrá tiempo para todo, ve con calma, a ver si vas a caer enferma.

—Ya, pero todo es tan importante. Me voy a la cama, presiento que mañana va a ser un día duro.

Mis hijos me siguieron. Nos abrazamos y por lo menos pude dormir algunas horas.

Cuando me levanté, desayuné y reuní el valor suficiente para llamar a su empresa. Quería hablar con el director general. Además, ingenua de mí, pensaba que tal vez podría ocupar el puesto de Nabil; al fin y al cabo, llevaba años trabajando en la sombra y conocía tanto el negocio como el producto. Le

llamé directamente a su móvil personal.

—Hola, buenos días, ¿Marco?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy la mujer de Nabil.

No me dejó ni hablar. Sería la segunda persona en tres días que me juzgaría, que pagaría su ira conmigo. ¿Por qué? Yo no había hecho nada, era una víctima más como él.

—Mire, señora, no tengo nada que hablar con usted. Esto ha sido una catástrofe para las ventas. El daño causado a la empresa es incalculable.

»Yo le deseo suerte con sus hijos, pero no tengo nada más que decir. Póngase en contacto con la central para organizar los documentos, la devolución del vehículo y los equipos que tuviera su marido. De momento realizaremos una suspensión del contrato y le pagaremos la liquidación que le corresponda en función de las circunstancias. Buenos días.

Mis padres estaban a mi lado escuchando la conversación. Me quedé sin palabras, al igual que ellos. Una vez más me sentí humillada, el rechazo era tan evidente que me quedé noqueada. Pensé: «Resiste, Raquel, porque esto solo acaba de empezar». Aguanté las lágrimas por mis padres.

—Me voy, tengo la reunión con el director del colegio —les dije sacando fuerzas de flaqueza.

—Hija, ¿por qué no lo dejas para mañana? Aún tenéis que ir al abogado y debes ir asumiendo las cosas poco a poco.

Pensé que mi madre llevaba razón. Si en el colegio ocurría lo mismo, no sabía si podría soportar tanto desprecio en el mismo día. Llamé y pospuse la reunión que yo misma les había pedido para el día siguiente.

—Papá, voy a llevar a Adán a casa de Edurne y he quedado con Lara en la puerta de casa; se va a llevar a Yaiza a comer. También tengo que pasar a recoger algo de ropa. En cuanto vuelva, nos vamos al abogado.

Dejé a Adán y me fui a casa. En la puerta me esperaba mi tía Lara. Era la primera vez que la veía tras la detención de Nabil. Nos dimos un breve pero elocuente abrazo. Estaba Yaiza y no queríamos que la niña nos viera derrumbarnos. Ella estaba feliz en ese momento porque se iba con su tía. Las dejé en un centro comercial. Antes de irme, me dio un sobre con dinero.

—Es una pequeña ayuda.

—Gracias, tía, ahora lo necesito más que nunca.

Fue un detalle que agradecí infinitamente.

Cuando llegué a casa de mis padres, papá ya estaba preparado. Cogimos el coche y nos dirigimos al despacho del abogado. Subimos y ya nos estaban esperando con el recibo de la provisión de fondos. Tras pagar, sobraban cincuenta euros, pero ni siquiera hicieron amago de devolvérselos. Mi padre y yo nos quedamos perplejos.

—No se preocupen, estamos gestionando el permiso para poder visitar a su marido en prisión —dijo el abogado.

—¿Ya saben dónde está?

—No, le he dicho que lo estamos gestionando, no se preocupen por nada, yo me encargo de todo. Luego la llamo y le digo dónde se encuentra. Para presentar el recurso del auto de prisión les pasaremos un presupuesto. Intentaremos ajustarlo todo lo que podamos. Nos lo tendrían que aprobar y realizarnos la transferencia a lo largo de la mañana y enviarnos el resguardo. El tiempo corre en nuestra contra y debemos actuar con rapidez. En una semana está fuera con una pulsera, se lo garantizo.

Mi padre y yo no dijimos nada. Nos miramos, estábamos atónitos, acabábamos de pagar y ya nos estaban volviendo a pedir dinero sin que ellos aún hubieran movido un dedo.

—¿Cuándo declara ante el juez? —pregunté.

—Aún no se sabe, pero no se preocupe porque él no puede declarar si no estoy yo y me lo tienen que notificar a mí primero.

—Supongo que esta tarde ya sabrá usted en qué prisión se encuentra y podrá visitarle.

—Por supuesto, luego la llamo y le informo.

—Gracias por todo.

—Bien, les espero mañana para cerrar el presupuesto.

Salimos del abogado bastante confundidos.

—Papá —confesé al fin—, yo no quiero que Nabil salga con ninguna pulsera. No quiero que salga.

—Pero, hija, ¿qué dices? —Mi padre se quedó demudado.

—Tengo muchas cosas que contaros. Ahora cuando lleguemos a casa, hablamos los tres. Vamos a dejar que el abogado haga las gestiones, que

averigüe dónde está, que vaya a verle para que se quede tranquilo, que esté en su declaración, pero yo no quiero que salga, y mucho menos que pagues tú por ello.

Llegamos a casa y nos sentamos en el salón. Mis padres me miraban con aire de preocupación, pues no sabían qué iba a decirles.

—Papá, antes te he dicho que no quería que Nabil saliera con ninguna pulsera; es más, que no quería que saliera.

—Pero, hija... —empezó mi madre. No la dejé seguir.

—Desde hace tres años, Nabil se ha vuelto muy religioso, hasta límites que no podríais ni imaginar, y nos ha hecho sufrir mucho. Ahora no es cuestión de contaros más, porque ya ha pasado y no quiero que sufráis por algo que ya sucedió, pues no es necesario.

—Raquel, ¿cómo no nos dijiste nada? Tu padre le habría puesto en su sitio —dijo mi madre.

—Mamá, es un tema muy complicado, del que os iréis enterando de algunas cosas con el tiempo, pero lo que tenéis que saber es que me dijo que quería irse a Siria, pues «su gente» estaba muriendo, por lo que sospecho que estaba metido en algo muy gordo, y por desgracia hasta que no se levante el secreto de sumario no nos vamos a enterar.

—Hija, nosotros ya sospechábamos algo. Nabil nunca había sido así, siempre estabas sola y enferma. Él se había dejado barba, ya no venía a vernos, nunca iba contigo y con los niños. Tenía que haber alguna razón, pero jamás hubiéramos pensado que se trataba de algo así.

—Siento no haberos dicho nada, pero no quería haceros daño, lo siento.

—Pero, hija, ¿qué dices? Lo que sentimos es no haberte podido ayudar.

—Era imposible, papá. Solo quiero deciros que os quiero con locura y que, aunque no supierais nada, me estabais ayudando, de muchísimas maneras.

Nos dimos un abrazo y sentí que la congoja que me había atenazado tanto tiempo empezaba a disiparse.

Se acercaba la coronación de Felipe VI y estaba el ambiente muy revolucionado. Las noticias que salían en prensa sobre la detención de Nabil eran muy confusas. Las últimas informaban de que el juez había decretado el

secreto de sumario, por lo que no sabríamos nada en un largo tiempo. Llevaba cuatro días sin noticias de él, y entre las gestiones, los niños, la familia y las llamadas, me estaba volviendo loca.

Me veía como un autómata que se movía, iba y venía, hacía lo que debía, pero que ya no sentía. Estaba vacía, aún ni siquiera era capaz de asimilar todo lo que había ocurrido, estaba inmersa en un mundo que me hacía girar y girar hacia ninguna parte.

CAPÍTULO 21

Al día siguiente me levanté con un poco más de fuerza. Los relajantes que tomaba para dormir, me permitían descansar mejor y me aportaban algo de ánimo.

—Buenos días.

—Hola, hija, te has levantado muy pronto.

—Sí, es que voy a ir al colegio de los niños. No puedo dejarlo más tiempo, están en época de exámenes y necesito dar una explicación. Después iremos al abogado.

Cuando llegué a la escuela, me recibió el director en su despacho, como estaba previsto.

—Bueno, imagino que está usted al corriente de lo sucedido.

—Sí, por supuesto.

—Pues aquí estoy. No puedo decirle mucho más de lo que usted sabe, pues nosotros tampoco tenemos noticias. Lo único que puedo decirle es que necesito ahora más que nunca el apoyo para mis hijos. Como comprenderá, ahora no están en situación de poder asistir a clase. Sé que son los exámenes finales, pero para mí ahora lo que menos importa es la parte académica. Lo único que importa en este momento es que salgan adelante y puedan superar lo que ha ocurrido.

—Lo entiendo. Por nuestra parte, pueden seguir en el colegio. Ellos no tienen culpa de nada, miraré las calificaciones del año y veremos si pueden pasar de curso. Lo único que debe entender usted es que yo no puedo controlar entre tantos alumnos que no haya alguno que les haga algún comentario a los niños, por lo que le pediría que hablara con ellos, porque, claro, nosotros no

queremos problemas ni peleas.

—Usted no se preocupe, que mis hijos están muy bien educados, y por su parte no habrá ningún problema. Sin embargo, entiendo que el centro, en caso de que ocurra algún percance y mis hijos lo comuniquen al tutor, tomará las medidas oportunas contra el alumno que lo cause.

—Hombre, por supuesto.

—Pues todo aclarado, estamos en contacto. Muchas gracias por recibirme.

—A usted por venir.

Salí muy enfadada. En primer lugar, ¿cómo podía decirme el director de un colegio que los niños «podían» continuar en el centro?

¡Pues claro que sí! Estando matriculados, por ley nadie podía echarlos. Pero ese comentario prepotente me provocó mucha ira. Además, ¿cómo que no querían «problemas»? ¿Por qué ese señor daba por hecho que mis hijos crearían problemas? Una vez más sentí el rechazo. Estaba claro que la sociedad no estaba de nuestro lado.

Me sequé las lágrimas. Esta vez eran de rabia e impotencia y decidí que a partir de ese momento lucharía hasta quedarme sin fuerzas por ellos, por mi familia y por mí, que llegaría hasta el final y que no permitiría que nadie nunca más me rebajara.

—¿Qué tal en el colegio? —me preguntaron mis padres en cuanto llegué a casa.

—Todo bien, ya está aclarado. Valorarán las calificaciones y me enviarán un *mail* para decirme si los niños pasan o no.

No quise hacer más comentarios. A partir de ese momento habría que racionar el sufrimiento, pues si no la situación acabaría con todos nosotros.

Teníamos nuevamente cita con el abogado. Mientras mi padre conducía, yo iba pensando en qué sorpresa nos tendrían preparada. Llegamos y esperamos en la sala de reuniones. Al fin entró el abogado con unos papeles.

—Les explico. Llevar todo el proceso hasta el juicio supondría treinta mil euros, aunque no podemos descartar que luego haya que aumentar en función del sumario, o cualquier otra circunstancia. Ahora deberían abonarnos veinte mil y antes del juicio los otros diez mil.

Mi padre se quedó blanco, al igual que yo. Me sentía como si hubiera caído en una trampa. No podríamos contratarlos, no había manera de que

pudiésemos afrontar semejantes honorarios y ya habíamos pagado una gran cantidad de dinero. Había que pensar con rapidez.

—Bueno, como comprenderá, nosotros no disponemos de esa cantidad en este momento —expliqué—. Vamos a intentar reunirlo por todos los medios, pero nos llevará unos días. Piense que la familia de Nabil se encuentra en Estados Unidos y la gestión puede tardar un poco. Pero no se preocupe, que lo empezaremos a mover ya. Mientras nosotros lo tramitamos, ustedes, entiendo, pueden ir adelantando con lo acordado por la cantidad que ya les hemos abonado, que incluía la asistencia al detenido hasta su declaración ante el juez —dije con convicción.

Mi propuesta no le gustó. Ellos querían el dinero ya, inmediatamente, no iban a permitir que se les escapara el caso.

—Por supuesto. Lo único que quiero transmitirles es lo que les dije ayer. Que el tiempo corre en nuestra contra y que hay que presentar el recurso contra el auto de prisión ya, porque tenemos un plazo.

—Lo entendemos perfectamente, pero la única forma de poder afrontar la defensa es la colaboración entre las dos familias. Nosotros somos unos sencillos trabajadores —añadió mi padre.

—Perfecto, pues empiezo con las gestiones y les llamaré.

—Gracias por todo. —Nos dimos todos la mano con mucha formalidad y nos fuimos.

Cuando salimos del despacho, mi padre y yo estábamos indignados. Tan solo eran una panda de buitres que se aprovechaban del dolor, de la ignorancia, de la situación de personas desesperadas.

Por suerte, conseguí formular un razonamiento que me dio un poco de consuelo. A fin de cuentas, ellos daban más pena que yo, porque vivían de un sucio, oscuro y dudoso negocio, ganando dinero con el sufrimiento de personas como nosotros, que, por un giro de la vida, nos habíamos visto abocados a una gran tragedia. No tenían ningún escrúpulo en sacar los ahorros de toda una vida de los pobres que caíamos en sus garras para ganar ellos. Eran abogados caros con valores en rebajas.

Llegamos a casa de mis padres. Era increíble, pero con cada desprecio, con cada humillación, con cada abuso, con cada adversidad, me iba haciendo más fuerte.

—Voy a llamar a la familia de Nabil. No me gustaría que se enteraran por la prensa.

—¿Y si esperas hasta que sepamos algo de él?

—No, mamá, deben saberlo, es su hermano. Aunque no le digan nada a su madre, tienen que prepararse para lo que viene.

Marqué el número de Mariam. Era la única de la familia que hablaba español y yo con el inglés me defendía, pero no tanto como para explicar un caso tan complejo.

—Hola, cariño —inicié la conversación.

—Hola, reina; ¿qué tal están los niños?, ¿qué tal todos?

—Bien, tesoro, pero tengo que decirte algo muy grave: han detenido a Nabil por un delito de pertenencia a banda terrorista.

—¿¿Cómo?! ¿¿A Nabil?!

Oí cómo empezaba a llorar desconsoladamente, sus sollozos le impedían hablar.

—Tranquila, Mariam, ya estamos con unos abogados, estamos tratando de localizarle. Espero tener noticias de dónde está hoy mismo para solicitar una visita.

—Pero ¿él está bien?

—No lo sé, imagino que sí. En España se cuida a los detenidos. Tienen a su disposición médicos, psicólogos... Seguro que está bien.

—No puedo creerlo.

—Mariam, la gente con la que iba... sabíamos que no le traería nada bueno.

—Pero él es bueno, él nunca ha hecho nada.

—Lo sé, amor, pero es lo que ha pasado y hay que asumirlo. Yo te llamo esta tarde y espero poder darte noticias. Por favor, habla con tus hermanas, pues se lo podrás explicar mejor que yo. No le digáis nada a tu madre hasta que tengamos más información. De momento se ha decretado el secreto de sumario y no sabemos nada.

—Vale, luego hablamos —dijo, llorando sin parar.

Era una situación insostenible. Además la falta de información nos estaba destruyendo.

Le dejé un mensaje al abogado: «¿Tenemos noticias ya de dónde está y

cuándo va a declarar?». «Está en Soto del Real, yo estoy de camino para verlo, luego la llamo».

«Gracias a Dios —pensé—, por lo menos ya sabemos dónde está, y el abogado cuando nos llame nos dejará más tranquilos cuando le haya visto».

Continué el día, buscando trabajo y piso. Era lo siguiente más importante, estaba metida en una carrera de fondo, que no me permitía ni parar un instante.

Por la tarde me llamó el abogado.

—Buenas tardes, Raquel. Estoy indignado. No me han dejado verle, aun llevando el permiso del juzgado que he recogido esta mañana. Están vulnerando sus derechos. He puesto una queja que he entregado personalmente ante el juez.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Espero noticias para poder entrar a verle, pero mañana es la coronación de Felipe VI y no creo que se pueda realizar ninguna gestión. Tendremos que esperar al viernes.

Aquello era un sinvivir, lo único que sabía era que se encontraba en prisión en un módulo de ingreso y nada más.

Decidí parar por ese día. Ya había concertado varias visitas para ver algunos pisos y echado un sinfín de currículums.

Mi padre estaba hablando con sus hermanas para quedar con ellas y ayudarme con la casa. Seguía tal cual la había dejado la policía y yo sola no podría ponerla en orden. Al final, quedamos para el sábado. Estarían mis tías Lara y Andrea, mis padres, mi hermana, los niños y yo. Seríamos muchos para organizar y limpiar la casa.

Cada vez que iba realizando tareas, me iba sintiendo más tranquila, era como si viajara en globo: cuanto más lastre soltaba, más alto volaba.

Los niños iban avanzando muy lentamente. Yaiza estaba como en otro mundo; aunque no había acabado el curso, estaba arropada por mi familia: dormíamos con los abuelos, veía a las tías, salía a comer, al cine... Para ella eran días de fiesta. Adán estaba mucho más afectado, no por lo que le había ocurrido a su padre, sino por mí. Estaba aterrorizado por si me pasaba algo. Cada vez que salía de casa, podía llamarme hasta quince veces en una hora. Volví a

telefonar a las hermanas de Nabil.

—Mariam, ya le hemos localizado. Está bien, aunque el abogado no ha podido verle. Mañana es la coronación del nuevo rey y hasta pasado mañana no podemos hacer nada más, solo cabe esperar.

—Pero está bien, ¿verdad? No me estás mintiendo.

—No, cariño, no te mentiría en algo así. Te llamo en cuanto tenga más noticias. Un beso muy fuerte.

Por fin acabó aquel día agotador. Estaba siendo durísimo, pero paradójicamente me sentía más fuerte, más resolutiva, con más ganas de ser un apoyo eficaz para mis hijos y mi familia. Ellos no se merecían verme caer al precipicio.

CAPÍTULO 22

Cuando nos despertamos al día siguiente, oímos el ruido de la televisión que mi padre tenía puesta para ver la coronación del rey. Desayunamos mientras la veíamos. Ese día estaba un poco más tranquila. Era festivo y no podía hacer ninguna gestión, así que podía permitirme descansar para poder seguir afrontando todo lo que se me iba a venir encima.

Sin embargo, la forzada inactividad agudizaba el dolor lacerante que sentía. Habían sido veinte años junto a Nabil, habíamos crecido juntos, habíamos compartido toda una vida, habíamos tenido dos hijos fruto de nuestro amor y ahora era incapaz de sentir absolutamente nada por él. No dejaba de preguntarme ¿por qué? ¿Por qué no me hizo caso, por qué no me escuchó, por qué no se alejó de esa gente, por qué permitió que lo captaran, por qué no permaneció con nosotros, que éramos los que realmente le amaban? Todas esas preguntas me atormentaban a cada instante.

De repente sonó el teléfono. Era mi hermana.

—Raquel, están declarando ante el juez.

—Eso es imposible, no me ha llamado el abogado.

—Acabo de verlo en televisión, hoy declaran todos.

—Voy a llamar al abogado de inmediato.

Me quedé atónita. Llamé, pero no contestó, así que decidí dejarle un mensaje: «Por favor, llámeme urgentemente, acabo de ver en televisión que están declarando y usted me dijo que eso era imposible».

Estuve todo el día intentando localizarlo sin conseguirlo. Ni contestó a las llamadas, ni contestó a los mensajes. Era como si se le hubiera tragado la tierra.

Estábamos indignados. Nos habían sacado el dinero y no habían hecho absolutamente nada.

—Papá, mañana debemos ir al despacho, no creo que consigamos que nos devuelvan el dinero, pero tendrán que darnos una explicación.

—Claro, hija, que nos pasen por escrito dónde está todo lo que decían que iban a hacer.

Pasamos el día descansando con mis padres. Los niños estaban tranquilos, jugaban, veían dibujos animados en la televisión...

Fue un día de tregua, aunque al llegar la noche, una vez más, la angustia se apoderó de mí por la tensión que me provocaban tantas y tan distintas gestiones. No era capaz de organizarme, funcionaba por inercia, improvisando. Según iban ocurriendo las cosas, las afrontaba, y cada día se me hacía más agotador que el anterior. Iba siendo consciente de las circunstancias, y de todos los problemas que acarreaba la situación de Nabil. Aún recordaba lo que le había dicho tiempo atrás: «Cuidado, Nabil, que esto no nos toque ni a mí ni a los niños». Al final, no solo nos había tocado, sino que nos había destruido, y era el momento de ir recogiendo los trozos para volver a unirlos.

Me levanté, desayuné y me fui a la empresa de Nabil. Después de la conversación con el director general no tenía ningunas ganas de aparecer por allí, pero era otro tema que debía cerrar. Me recibió una secretaria muy amable, que me preguntó por los niños. Le di las llaves del coche.

—Todos los equipos y documentación están en el maletero. Si os falta algo, no dudéis en decírmelo.

—Gracias, Raquel, y ánimo, entiendo el momento por el que estás pasando.

Le agradecí sus palabras de consuelo y me marché. Estaba loca por escapar de allí. Sentía vergüenza, no por mí, sino por decir que era mi marido. Cuando salí, respiré hondo, otra gestión acabada, ya no tendría que volver a ver a esas personas. No me habían hecho nada, pero me ponía en su lugar y me costaba ir con la cabeza alta. Nabil les había destrozado una división entera, su prestigio. ¿Cuánto les costaría levantar el vuelo? Los entendía

perfectamente.

—¿Qué tal, hija? —me preguntaron mis padres. No había querido que me acompañaran, hubiera sido aún más humillante.

—Ya está todo entregado, una cosa menos.

Ellos eran conscientes de todo lo que estaba pasando, de ese peregrinaje interminable para explicar una situación que para mí se había vuelto insostenible.

En ese momento sonó el teléfono. Era el abogado:

—Raquel, buenos días. ¿Ya han reunido el dinero?

—¿Perdón? ¿Pero cómo se atreve a preguntarme algo así? Ayer declararon y se supone que usted estaría con Nabil ante el juez, pero no estuvo. No han hecho nada de lo dijeron que harían.

Aunque tuviera millones, no los contrataríamos bajo ningún concepto; el lunes nos pasaremos mi padre y yo, para que nos den una factura por las gestiones realizadas, ya que entiendo que habrá algún saldo a nuestro favor de la provisión que les entregamos.

Por supuesto, el abogado que daba nombre al prestigioso bufete, sí, ese hombre bajito, de tez morena, con trajes impecables, que siempre estaba disponible para los medios de comunicación, no lo estaba tanto para dar las explicaciones oportunas a sus clientes. Era un cobarde, pero ¿cómo unas personas normales, humildes como nosotros, podrían luchar contra un bufete de tanto renombre? Estaba furiosa, pero también era realista.

Volvió a sonar el teléfono, no había parado en todo el día. Esa vez llamaban de la inmobiliaria.

—Raquel, tengo un par de pisos para alquilar que pueden interesarte.

—¿Podríamos verlos esta misma tarde?

—Claro, ¿quedamos sobre las seis?

Ya tenía solucionado el colegio, la empresa de Nabil y ahora tocaba encontrar casa y organizar la mía. Al día siguiente tendría que volver a entrar al que había sido mi hogar durante más de quince años.

Estuvimos toda la tarde viendo pisos. Alguno me encajaba, pero no sentí ese flechazo que te ilusiona cuando llegas a una casa, ese que te indica que has encontrado tu auténtico hogar. Era una cuestión de sensaciones, y ningún piso de los que vimos me aportó la paz que necesitaba en ese momento.

—Tengo uno que, creo, es lo que estás buscando —me dijo Juan, el agente—. Si quieres, podemos verlo mañana por la mañana. El único problema es que los dueños no quieren deshacerse de los muebles y tal vez te parezcan algo antiguos. Si te gusta, puedo intentar hablar con ellos.

—Está bien, pero tendría que ser pronto.

Al día siguiente fuimos a ver la casa y nada más entrar tuve la percepción de que podía ser lo que estaba buscando. Era bastante grande y la luz entraba a raudales por los amplios ventanales, ya que era un noveno piso con vistas espectaculares, en una zona con muchos parques situada en la esquina de una amplia avenida. Tenía tres habitaciones, un baño, una gran cocina y un amplio salón. Pude imaginarme a mí misma sentada en el sillón con un buen café y un libro a la luz del sol, viendo los árboles de la calle.

—Juan, me encanta, es lo que estoy buscando. Además está muy cerca del colegio de los niños, pero los muebles, como te imaginabas, no me gustan. Si convences a los dueños para que se los lleven, me lo quedo —decidí en un impulso.

Mis padres y Yaiza me habían acompañado y a ellos también les gustó mucho, así que salí un poco más reconfortada. Una cosa menos de la lista, y una especialmente importante. Tener un espacio propio me ayudaría a reorganizar mi vida, a poder volver a instalarme en una bendita rutina que me devolviera al mundo normal del que tan alejada había estado en los tres últimos años.

De ahí nos fuimos a la que ya consideraba mi antigua casa. Cuando llegué, me cambió la cara: solo con ver la puerta de entrada a la urbanización volvieron de golpe todas las imágenes de hacía unos días. No podía imaginar cómo me sentiría cuando subiera.

Abrí la puerta. El ambiente era desolador, todo estaba por los suelos, y había estancias como el despacho en las que casi ni se podía entrar. Fue llegando la familia, lo que evitó que cayera en la tentación de sumirme en negros pensamientos.

Cuando estuvimos todos, nos distribuimos por la casa con la consigna de tirar todo lo que vieran que no era necesario.

No quería llevar demasiado equipaje de mi vida anterior. Necesitaba tener la sensación de que empezaba de cero, aunque también sabía que no podría

olvidar nunca el pasado, que me acompañaría para siempre, convirtiendo mi vida en una carrera de obstáculos que tendría que aprender a saltar por mi supervivencia y la de mis hijos.

El día fue agotador. Sin proponérselo, trabajábamos a un ritmo frenético, casi a contrarreloj. Todos me preguntaban: «¿Esto lo tiro, esto lo dejo?», y Yaiza no quería deshacerse de nada. Mi tía Lara, con una gran paciencia, se fue a su habitación y entre las dos la desmontaron en un periquete. Ella tenía una mano especial para los niños y Yaiza la adoraba. Yo me encargué del despacho. Cada documento que cogía, cada fotografía, todo me recordaba a Nabil, a nuestros momentos, a nuestra vida. El dolor era insoportable. Discretamente, entró mi tía Andrea y me dio un beso: «Vamos, cariño, ya queda poco». Me entregó un sobre y me dijo que era una pequeña ayuda. En ese momento me pareció todo un mundo, cada euro que llegaba a mis manos me daba la vida. Empezar de cero resultaba excesivamente caro para una persona que se había quedado sin nada. Lo agradecí de corazón; es más, sin la ayuda de mi familia, no habría conseguido dar ni un paso.

Tras trabajar sin parar, la casa quedó impecable y todo empaquetado. Ya estaba lista para dar el salto, solo me quedaba que la agencia me dijera que el piso que había visto era mío. Por una vez mis plegarias fueron atendidas y Juan me llamó en cuanto regresamos a casa de mis padres.

—Raquel, ya tienes piso, al final he convencido a los dueños y están de acuerdo. Si te viene bien, quedamos el lunes y lo dejamos cerrado. Tienes que esperar unos días antes de entrar para que saquen los muebles y lo acondicionen. Lo van a pintar y van a reparar esos pequeños detalles que habíamos visto.

Había pasado casi una semana desde que habían detenido a Nabil y lo único que me consolaba era que iba resolviendo muchas cosas, a marchas forzadas, atropelladamente a veces, pero sin mirar atrás.

Cuando acabé, decidí salir un rato con Edurne. Fuimos a una terraza cerca de mi barrio. Mientras nos tomábamos una cerveza, Yaiza, que se había encontrado con algunos niños de su antiguo colegio, se fue a jugar con ellos. Al cabo de un rato apareció llorando.

—¿Qué te pasa, mi vida?

—Que ese niño me ha dicho que ya no quieren jugar conmigo, porque mi padre está en la cárcel y es un terrorista.

Me levanté fuera de mí, corrí hacia donde estaban los niños jugando y les grité, además con la esperanza de que me oyeran sus padres.

—¿Quién le ha dicho a la niña esa barbaridad? No corráis, venid aquí, ¿no sois tan valientes para meteros con ella? Pues decidme quiénes son vuestros padres, que voy a ir a hablar con ellos.

Los niños salieron corriendo y no pude hacer nada más. Una vez más la rabia, la impotencia y la frustración se apoderaron de mí. ¿Hasta cuándo tendríamos que soportar el rechazo de la sociedad? El culpable era Nabil, el detenido era él, el mismo que nos había destrozado la vida. ¿Por qué tenían que pagarlo mis hijos? Para tranquilizarme, pensé que eran solo niños, que tendrían que haber oído lo que habían dicho en algún lado, en su casa, y por quinta vez en una semana me planteé en qué tipo de mundo vivíamos, qué valores les enseñábamos a nuestros hijos. Estábamos creando monstruos y algún día lo pagaríamos caro.

—Vamos, cariño, deja de llorar. A ti no te tiene que importar lo que piensen los demás, solo tienes que preocuparte de tu familia y de tus amigos de verdad, que jamás te dirían algo así. Vamos a olvidarlo, tesoro. Mira esa niña que está sentada, parece aburrída, ¿por qué no vas y le dices que si quiere jugar contigo?

Yaiza se acercó a ella y se fueron a jugar juntas. Edurne intentó tranquilizarme:

—Venga, tesoro, ya ha pasado, sabes cómo es la madre, qué vas a esperar del hijo.

Desde luego, conocía bien a la madre, aunque no me acerqué demasiado, porque no me gustaba cómo actuaba.

Criticaba a todo el mundo, siempre estaba metida en todo, era todo lo contrario a mis valores y principios.

Me costaba especialmente que Yaiza estuviera bien. Ella aún era pequeña y no tenía la suerte de Adán, que por lo menos contaba con su pandilla y se le hacían los días más llevaderos.

Aunque los dos coincidían en algo que se me hacía muy duro: Adán

padecía ataques de pánico si no respondía inmediatamente al teléfono cuando me llamaba y Yaiza los sufría en casa disfrazados de miedo. Tenía que acompañarla a todas las estancias de la casa. Se me partía el corazón.

QUARTA PARTE

CAPÍTULO 23

Era domingo. Mientras desayunaba, sonó el teléfono. Era un número desconocido para mí, pero contesté:

—¿Diga?

—Cariño, soy Nabil.

—¿Cómo estás, amor? ¿Estás bien? Pero, Dios mío, ¿cómo no me has llamado antes?

—Escucha, solo tengo cinco minutos de llamada, estoy bien, en Soto del Real. Necesito que vayas mañana al Colegio de Abogados y te enteres de quién es mi abogado de oficio, para que puedas hablar con él. ¿Los niños y tú estáis bien? También necesito algo de vestir y cosas de aseo. Llevo toda la semana con la misma ropa. Intenta que el abogado te dé mi declaración ante el juez.

—No te preocupes, hablaré con él. De todos modos me voy para allá ahora mismo. Voy a intentar que me dejen verte.

—Sería estupendo, aunque no lo creo. Las llaves de Ávila están en recepción y mis cosas también.

De repente, un pitido cortó la llamada.

—¿Qué te ha dicho, hija?

—Nada, que está bien, que necesita ropa y que investigue quién es su abogado para que me pueda poner en contacto con él. De todos modos, me voy para Soto del Real, a ver si puedo verle.

—Espera, tu padre te acompañará.

—Vale. Mientras te preparas, papá, voy a coger algo de ropa y cosas de aseo de casa y vuelvo y nos vamos.

Estaba muy nerviosa. Por fin había podido hablar con él, pero mi cuerpo estaba dividido: mi corazón sufría, lloraba, sangraba por él, y mi cabeza me recordaba sus malas decisiones y adónde nos habían llevado. Mis sentimientos eran totalmente contradictorios, cómo se podía odiar y amar al mismo tiempo a una persona. Era una pregunta sin respuesta. Pero la realidad era que a mí me estaba pasando y no sabía cómo salir de esa encrucijada.

Cuando volví a casa de mi familia, me estaban esperando mi padre y mi hermana, que había decidido venir con nosotros.

Nos dirigimos hacia la prisión. Sofía y yo intentábamos bromear con mi padre: «Anda, papi, quién te lo iba a decir a ti, un alto cargo y buscando Soto del Real». No lo encontrábamos, así que bajó la ventanilla y se dirigió a un hombre que andaba por el campo para preguntarle si la cárcel estaba por allí. El señor le indicó muy amablemente y, cuando cerró la ventanilla, mi hermana y yo nos echamos a reír. No sé si eran los nervios, pero nos pareció una situación estrambótica.

—Pero, papá, ¿no tenías otra forma de preguntar? Por ejemplo, ¿el centro penitenciario, por favor?, que es más fino.

—A ver, hijas, ¿es la cárcel o no? Pues ya está, a las cosas hay que llamarlas por su nombre, o si os gusta más, pues «Villa Candado».

Mi hermana y yo volvimos a reír.

Aparcamos un poco lejos de la caseta, cogí la bolsa de cuadros (eran las únicas que admitían en las prisiones, con cremalleras, sin cintas) y me dirigí hasta el puesto de la Guardia Civil.

—Buenos días. —Le di mi DNI—. Mi marido fue detenido hace una semana y aún no he podido verle. No he sabido dónde se encontraba hasta hoy, quería saber si podría hacer alguna gestión para, aunque sean diez minutos, pueda ver que está bien. Se lo agradecería infinitamente.

—Dígame el nombre de su marido.

—Nabil Benazzou. Fue detenido en la Operación Gala.

—Espere un segundo, por favor —me dijo el agente de forma muy correcta.

Esperamos unos minutos. Mientras me fumaba un cigarro, no podía dejar

de temblar: solo encontrarme en un centro penitenciario ya me ponía nerviosa.

—Lamento decirle, señora, que hace media hora ha sido trasladado a la prisión de Valdemoro.

—Muchas gracias, agente, ha sido usted muy amable. Una cosa más, mi marido me dijo que habían dejado aquí unas llaves y algunas pertenencias tuyas.

—Sí, diríjase a la puerta de enfrente y en la recepción se las entregarán.

Me dirigí hacia la entrada con cara de decepción, no había llegado a verle por media hora apenas.

Recogimos las cosas y nos dirigimos hacia la prisión de Valdemoro. Vaya día llevábamos. Aparcamos nuevamente y me encaminé a la caseta.

—Buenos días, agente, acabo de estar en Soto del Real y me han dicho que hacía media hora que habían trasladado a mi marido a esta prisión. Fue detenido hace una semana y no sé nada de él. Aún no le he visto y quería saber si existe la posibilidad de verle aunque sean cinco minutos y dejarle algunas pertenencias. Lleva toda la semana con la misma ropa.

—Dígame el nombre de su marido.

—Nabil Benazzou.

Otra vez contaba la misma historia, aún no sabía que la tendría que relatar a lo largo de mi vida millones de veces.

—Mire, es que ahora no están las personas que pueden gestionarlo, pues acaba de llegar y se encuentra en el módulo de ingreso. Si quiere pasarse a las cuatro de la tarde, puede intentarlo, ellos son los únicos que lo podrían autorizar. Lo lamento, de verdad.

—Gracias, agente. Vemos qué hacemos entonces.

Volvimos a meter la bolsa de cuadros en el coche y nos quedamos mirando los tres.

—¿Qué hacemos? —preguntó mi hermana.

—¿Por qué no nos comemos algo por aquí? Total, son las dos y media, no queda nada para las cuatro —propuse.

—Me parece bien —dijo mi padre.

Nos fuimos a una terraza que había relativamente cerca de la prisión, tomamos algo, descansamos un poco y volvimos a Valdemoro. Cuando llegamos, me informaron de que resultaba imposible verlo. Estaba en el

módulo de ingreso, pero en aislamiento, y era un módulo especial. Me dieron un teléfono para que pudiera pedir cita para el siguiente fin de semana, un número de cuenta, su identificador en el módulo y las instrucciones de lo que podía o no llevarle, así como de los días que tenía derecho a recibir paquetes.

Les di las gracias. El desaliento se apoderó de mí, necesitaba verle. Pensé en que ni siquiera tenía un pijama para cambiarse y llevaba una semana sin saber de nadie, y me invadió la pena.

Durante el regreso a casa, apenas pronuncié palabra. La decepción era evidente y oculté mis lágrimas bajo mis gafas de sol.

Al día siguiente era lunes y tendría que volver a la batalla. A la dura realidad. Mi cabeza ya era incapaz de pensar más, las gestiones se acumulaban y las horas no me daban para hacer cada vez más cosas que eran imprescindibles para nuestra rutina cotidiana.

Al día siguiente me levanté bastante desanimada, no paraba de tener que ir de un lado a otro... Los niños me reclamaban, necesitaban estar conmigo.

—Venga, chicos, pronto tendremos el piso y mami ya está acabando. En cuanto termine, lo vamos a pasar bomba en la pisci de la tía, os voy a llevar todos los días.

Parece que se animaron un poco. Al fin y al cabo, yo esperaba en esa semana tener acabadas las gestiones más importantes.

Desayunamos y les dije a mis padres:

—Me voy al Colegio de Abogados para averiguar cuál es el de Nabil y hablar con él. Cuando venga, buscaré alguna empresa de mudanzas. El de la agencia debe de estar a punto de llamarme.

—Espera, hija, te acompaño.

El autobús nos dejó en la puerta del Colegio de Abogados, en la calle Serrano. Cogí el número y esperé pacientemente a que me llamaran, hasta que por fin saltó el mío.

—Buenos días, en qué puedo ayudarla.

—Mi marido fue detenido, ya ha declarado ante el juez y necesito saber quién es su abogado, para poder hablar con él.

—¿Tiene algún documento que la acredite como su esposa?

—Sí, el libro de familia y el certificado de matrimonio.

—Perfecto, espere un momento.

La funcionaria me facilitó los datos muy amablemente.

—Gracias, que pase un buen día.

Mientras íbamos en el autobús, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, soy Juan, ya te tienen listo el piso. No les importa que entres unos días antes. Si quieres pasarte esta tarde, cerramos lo que queda pendiente y te doy las llaves.

—Perfecto, Juan, muchas gracias. Qué bien, papi, esta tarde tengo las llaves del piso, ya puedo hacer la mudanza.

—¿Has preguntado en los que tenemos al lado de casa?

—Pues no, pero si quieres ahora podemos ir.

Bajamos del autobús y nos encaminamos hacia la empresa de transporte.

—Hola, mira, yo estaba interesada en realizar una mudanza y quería que me hicierais un presupuesto.

—Deberíamos ver el piso.

—Es que es complicado, pero puedo pasarte un inventario de todo lo que hay que trasladar y las dos direcciones.

—Perfecto, con eso me bastará.

—¿Para cuándo podríais hacerla?

—Si el jueves te viene bien, sería un buen día. Podríamos empezar sobre las ocho de la mañana. Te paso el presupuesto esta tarde y, si estás de acuerdo, la hacemos el jueves.

—Perfecto, pues lo espero, muchas gracias.

Empezaba a animarme. Si el jueves hacía la mudanza, el lunes tendría la casa perfectamente organizada, para iniciar una vida nueva. Éramos muchos en casa de mis padres y los teníamos un popo descabalados.

Cuando llegamos a casa, dijo mi padre:

—¿Quieres una cervecita?

—Claro, ¿por qué no?

Era mi primera cerveza en años. Aún me sentía mal, experimentaba una emoción extraña, rara, pero tenía que superarlo y recuperar mi vida anterior, mi vida de siempre. Además, con quién mejor que con mi padre; nos habíamos tomado tantas cervezas juntos, que sin duda, era la mejor persona para volver a ser como antes.

Llamé al abogado de Nabil, mientras tomábamos la cerveza.

Siempre pensé que en estos casos eran los abogados los que se ponían en contacto con las familias, les informaban, que eran personas clave para su tranquilidad, pero nada más lejos de la realidad.

—Hola, buenos días, ¿puedo hablar con Alejandro?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy la mujer de Nabil, Raquel, y le llamaba para que me informara de cómo está la situación y de los documentos que puede necesitar para su defensa.

—Raquel, la cosa está complicada, han salido tres de ellos con fianza, pero el recurso de auto de prisión de Nabil no ha prosperado. Tampoco puedo informarle de más, pues al haberse decretado el secreto de sumario, no sabemos nada, ni siquiera los abogados. Yo le envíé el documento donde solicitamos la libertad de Nabil bajo fianza. No obstante, en cuanto tenga alguna noticia nueva me pondré en contacto con usted.

—Muchas gracias, espero sus noticias.

Por supuesto para obtener cualquier documento que tuviera que enviarme el abogado tuve que perseguirlo hasta la saciedad, llamarle todos los días, hasta que lo conseguía. Aprendí que los abogados de oficio se limitan a hacer las gestiones mínimas y el de Nabil ni siquiera me había solicitado una reunión para ver qué documentación podía aportar para ayudarlo. Imagino que presentó el recurso para su libertad basándose simplemente en otros muchos que habría presentado antes. Yo en el fondo le agradecí su pasividad. Necesitaba saber toda la verdad, estaba acusado por un delito de terrorismo y eso eran palabras mayores. Hasta que supiera todo, prefería que Nabil estuviera en prisión.

Era curioso y preocupante: tres de los detenidos habían quedado en libertad y mi marido no se encontraba entre ellos. Para mí fue un gran golpe. Cada vez que me llamaba, insistía en que era inocente, que no tenía nada que ver con aquello. Yo quería creerle, pero cada vez me costaba más: si realmente no era culpable, ¿por qué no estaba en libertad como los otros? Era evidente que estaba mucho más involucrado de lo que me decía y eso añadía a mi dolor la rabia y la impotencia por su traición y sus mentiras.

Llamé a sus hermanas y les informé de las últimas noticias que tenía, así como de todas las gestiones que había hecho.

A continuación, hablé con la empresa de la mudanza y le di el ok, el presupuesto era más que razonable.

Había avanzado mucho en tan solo diez días. Decidí esa semana tomarme un respiro y dedicarme solo a montar mi casa y, cómo no, a atender todos los trámites nuevos que, estaba segura, surgirían.

El jueves, como estaba previsto, realicé la mudanza. Me pareció increíble: en cuatro horas tenía todo en mi casa, hasta con los muebles montados.

La casa me provocaba mucha ilusión y me aferré a ella. Quería dejarla preciosa, para que mis hijos se sintieran felices y a gusto en ella.

Mis padres se quedaron atendiendo a los niños, mientras mi amiga Edurne y yo, íbamos colocando todo y montando la casa. Mi amiga no me dejaba un segundo a solas, me apoyaba en todo, era partícipe de todos los detalles, se había convertido en uno de los principales pilares de mi vida.

Cuando acabamos, me sentí muy orgullosa. La habíamos dejado preciosa. Iba de habitación en habitación, mirando y mirando cada detalle, empezaba a sentirme a gusto en mi nuevo hogar.

Poco después llegaron mis padres y los niños. Adán aún no la había visto y le encantó.

—Mami, además estoy al lado de mis amigos y del cole.

—Y tenemos el parque enfrente.

Los vi contentos. Por primera vez en mucho tiempo esboqué una auténtica sonrisa: su felicidad era y sería para siempre la mía.

A mis padres les gustó también.

—Hija, tienes mucho gusto, la has dejado preciosa, no parece el mismo piso. Me encantan las vistas... Y toda esta luz, es lo que necesitas en este momento: luz y alegría. La ilusión de tu nueva casa os dará un buen empujón, tanto a ti como a los niños.

Estaba emocionada; el domingo después de comer nos trasladamos a nuestro nuevo hogar, un hogar difícil, en el que tendría que volcarme al cien por cien, para que mis hijos fueran dichosos en él. Estaba segura de que lo conseguiría.

Fue curioso, era nuestra primera noche, preparamos la cena, vimos un rato la tele y nos fuimos a dormir los tres juntos. Era una sensación tan rara... Ahora no tenía que fingir, mi corazón no volvería a desbocarse al oír la puerta.

Estaba tranquila con mis hijos, solos los tres, en libertad, sin que nadie nos impusiera nada. A partir de ahora nosotros y solo nosotros llevaríamos las riendas de nuestras vidas.

CAPÍTULO 24

Iniciaba una nueva semana, pero ahora estaba ya en mi casa. Decidí el lunes llevar a los niños a la piscina. Habían aguantado mucha tensión y se merecían un premio. Era la primera vez que los veía disfrutar de esa manera desde la detención de su padre.

Nadaban, jugaban, reían, mientras yo me relajaba al sol, contemplaba la palmera situada en el centro de la piscina y me transportaba a otro sitio. Al observar con detalle las grandes hojas, me imaginé en una playa caribeña, rodeada de arena fina y aguas cristalinas; me veía lejos de aquel lugar, de ese infierno del que aún no había salido. Era un infierno diferente, pero no dejaba de ser el infierno. Enseguida un «mamá» me hizo volver a la realidad.

—¿Me pasas las gafas de bucear?

—Claro, cariño.

Pasaron la mañana divirtiéndose; verlos sonreír de esa manera me daba la vida. Cuando volvíamos a casa, al pasar por un banco de la urbanización, nos encontramos con que había sentados allí dos chicos. Al pasar por delante de ellos, Adán los saludó. Menos mal que los niños iban delante de mí y Adán no pudo oír lo que uno le dijo al otro: «Ese es el que tiene a su padre en la cárcel, es un terrorista».

Una vez más se me encogió el alma. Imaginé lo que tendrían que pasar una vez que volvieran al colegio. Pensé: «Raquel, despacio, aún quedan dos meses... Iremos paso a paso».

El martes teníamos que ir al abogado. No habíamos recibido noticias de él y decidimos presentarnos en sus oficinas. Aún seguíamos indignados por el abuso.

Cuando llegamos, cogimos el ascensor y sorprendentemente entró el famoso abogado. El pequeño personajillo nos miraba con la cabeza baja, como hacen las personas cobardes sin argumentos y que en el fondo se avergüenzan cuando se ven cara a cara con las personas a las que estafan.

Entramos al despacho, y él no sabía qué hacer. Al final se decidió a hablarnos:

—Son ustedes los familiares de Nabil, ¿verdad? ¿Cómo van las cosas? —preguntó haciéndose el ignorante.

—Pues no muy bien, la verdad. Es increíble cómo ustedes son capaces de jugar con la esperanza de las personas y con su desconocimiento de la ley. Su abogado no ha hecho absolutamente nada y espero que ahora, cuando nos presenten la justificación del dinero que les entregamos a cuenta, por lo menos tengan la decencia y profesionalidad que ustedes pregonan.

Volvió a bajar la cabeza.

—No se preocupen, tomo nota y tomaré las medidas oportunas. Discúlpenme, me están esperando.

¿Medidas? ¿Qué medidas iba a tomar ese señor? A él le daba igual, él solo estaba ahí para ganar dinero a costa de los demás.

Salió el abogado que nos había recibido en la primera ocasión. Esta vez no nos llevaron a su gran sala, donde solo admitían a los que podían pagar las cantidades de dinero que ellos sin ningún escrúpulo exigían.

Nos dio un papel en el *hall*, donde se suponía que figuraban las gestiones que había realizado. Trámites que nunca se llevaron a cabo y por los que cobraron. Como anécdota, en la factura aparecía un importe de trescientos euros por ir a Soto del Real, pero este señor ¿cómo había ido? ¿En limusina? Había cobrado, según él, por ir a un lugar a ver a Nabil, y esa visita nunca se realizó.

Salimos indignados, con una impotencia difícil de explicar, pero por desgracia poco podíamos hacer.

Solo por curiosidad, llamé a Soto del Real para confirmar si este señor se había personado allí. Me aseguraron que no. Después llamé al nuevo abogado de Nabil y le pregunté si alguien se había presentado ante el juez y si constaba alguna queja. Me confirmó que no. Es decir, me habían cobrado por nada. Todos los conceptos de las facturas eran negro y sucio humo, pero, por

desgracia, nosotros no teníamos dinero para enfrentarnos a ellos y poder recuperar lo que nos habían robado, pues se trataba de un robo en toda regla.

El resto de la semana lo pasé disponiendo entrevistas de trabajo y disfrutando de los niños. Cada vez estábamos más felices en nuestra casa, y ya empezaba a sentir la paz y la tranquilidad que uno encuentra cuando vuelve a su verdadero hogar.

Llegó el sábado. A las cuatro tenía cita para ver a Nabil en Valdemoro. Mi hermana y mi padre me acompañaron. No querían dejarme sola en un momento tan delicado para mí. Iba a verlo después de quince días, después de aquella fatídica noche.

Aún estaba desencajada. Había tardado una semana en localizar dónde estaba. La angustia y la desesperación durante esos días me habían dejado totalmente sin fuerzas. El camino era desolador, avanzamos por una estrecha y solitaria carretera. A lo lejos se veía un edificio de torres altas, pero aún no distinguía con nitidez el complejo penitenciario al completo.

Llegamos a la prisión y me acerqué a la caseta. Me acompañaban mi padre y mi hermana. Entregué mi documentación y con voz temblorosa le dije al funcionario:

—Tengo una visita con mi marido.

—Dígame el nombre del preso.

—Nabil Benazzou.

Me miró sorprendido. Probablemente él no esperaba a una mujer como yo, seguramente se figuraba que lo visitaría una mujer con *niqab* y chilaba y que apenas hablara español. Pero yo no era así. Mi pelo rubio, mis grandes ojos azules y mi forma occidental de vestir no cuadraba en ningún aspecto con la historia.

—Vaya a ese edificio y ahí la atenderán.

—Gracias, muy amable.

Llegamos a una sobria sala de espera, con sillas de plástico, máquinas de agua y un olor desagradable por falta de ventilación, donde había gente de todo tipo esperando. Los niños correteaban y gateaban en un sucio suelo sin que nadie les dijera nada, había muchos jóvenes con tatuajes y muchas madres,

a las que se identificaba sobre todo por sus caras de angustia y su empeño por mantener la calma y contener las lágrimas antes de ver a sus seres queridos. Era evidente que yo no encajaba en ese lugar, pero paradójicamente estaba por el mismo motivo que ellos: iba a visitar a un ser querido que se encontraba preso.

En ese momento me di cuenta de que era fácil juzgar. Todos lo habíamos hecho alguna vez, sin molestarnos en conocer las historias, las verdades, el fondo, y sobre todo, siempre pensábamos que nosotros estábamos a salvo porque éramos «diferentes».

Entendí que cualquier situación, por terrible que sea, también podía ocurrirnos a personas que vivíamos integrados en la sociedad, educados en las buenas «costumbres» y con familias perfectamente estructuradas.

Comprendí que ninguno estábamos a salvo de nada.

Empecé a ver cómo pasaban todas las personas que se encontraban en la sala de espera y me puse en la cola.

—Debes esperar un poco más —me indicó el funcionario cuando llegó mi turno—. Te llamaremos cuando pasen todos. Los de aislamiento pasáis solos.

De repente solo oí silencio, el silencio de los corazones destrozados de mi padre y mi hermana.

Después se oyó una voz: «Aislamiento». Cuando me acerqué al control de seguridad, mi cuerpo no dejaba de temblar y en mi mirada se reflejaba el miedo, ese miedo de la primera vez que te enfrentas a un lugar terrible y desconocido. Entregué el libro de familia, el DNI, y miré a la cámara para que me pudieran sacar una foto; coloqué mi dedo índice en el escáner, pues debían tener mi huella digital. Cuando acabé, me dirigí al arco donde se detectaban los objetos metálicos, me quité todo lo que llevaba y pasé. A continuación me dirigí a otra ventanilla, volví a introducir el dedo y deposité la bolsa de cuadros con las cosas que le llevaba —ropa, libros, algo de aseo—; firmé el documento de inventario y pasé a otra sala de espera.

En este caso era una estancia un poco más moderna, menos deprimente que la primera, decorada con cuadros abstractos. Estaba más limpia y había un amplio ventanal. No era tan triste como la anterior. Solo había una joven, que debía de tener unos veinticinco años, pero era evidente que no era su primera visita.

Me senté pacientemente. Los nervios recorrían todo mi cuerpo y me impedían respirar con normalidad.

—Vámonos —anunció de pronto un funcionario desde la puerta.

Recorrí una larga pasarela, que recordaba a los *fingers* de los aviones. Seguimos caminando por un paseo rodeado de jardines, desde donde ya se podían ver las pequeñas ventanas de las celdas, las alambradas, los altos muros y las altas torres, testigos de todos los delitos cometidos por todos aquellos que se encontraban allí.

Entramos. Había otra caseta con un funcionario, y en ese momento escuché por primera vez el sonido de la puerta abriéndose. Era estremecedor, aterrador, impactante, un sonido que permanecería en mi memoria para siempre.

Tuve que cruzar otras tres puertas más, hasta llegar a un pasillo.

Cuando entramos las dos, se cerró la última puerta y nos quedamos solas la joven y yo. El pasillo estaba lleno de cabinas. El olor era insoportable; el calor, abrasador. Me sentí encerrada, la claustrofobia se iba apoderando de mí. Le pedí a Dios que me ayudara, pues lo único que deseaba en ese momento era empezar a gritar que me sacaran de ese lugar.

La espera se estaba haciendo interminable. Por fin apareció al otro lado del cristal, le quitaron las esposas y entró en la cabina. Yo me senté al otro lado. Era la primera vez después de aquella noche terrible, así que nada más tenerle delante rompí a llorar.

—¿Por qué, Nabil? ¿Por qué nos has hecho esto? —Él seguía con el mismo aspecto, llevaba la misma ropa que cuando salió de casa y su barba era mucho más densa. En ese momento me produjo un cierto rechazo—. ¿Cómo estás? ¿Por qué no me llamaste antes? Tardé una semana en localizarte.

—Cuando me llevaron, estaba tan nervioso que no conseguí recordar ningún número de teléfono.

No creí ni una palabra. Era inconcebible que después de más de diez años llamándome al mismo número no lo recordara, pero no quise preguntar más, al fin y al cabo hacía tiempo que sus repuestas habían dejado de convencerme.

—Te he traído ropa, algo de aseo y unos libros para que te entretengas, pero dime, ¿cómo estás?

Yo seguía llorando desconsoladamente.

—Por favor, deja de llorar.

Noté una mirada distinta en él, sus ojos no eran los mismos y su mirada tampoco. Esa mirada que durante veinte años me había llenado de amor había desaparecido como por arte de magia. Cuando le miré, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, ahora ese hombre solo reflejaba odio, rencor, ira... Al otro lado del cristal, ya no estaba él, el amor de mi vida no era esa persona, no reconocía a ese hombre que estaba frente a mí. Entonces sentí que ese camino no era de ida y vuelta.

Él eligió coger solo el billete de ida. Durante esas dos semanas en el fondo de mi corazón esperaba encontrarle arrepentido, asustado, solicitando un perdón que, aunque era difícil, tal vez hubiera sido posible.

Pero la persona que había detrás del cristal era un completo desconocido para mí.

Empezó a hablar del abogado, de lo que tenía que hacer, de con quién tenía que contactar. Las palabras se iban acumulando en mi cabeza, pero era incapaz de procesarlas. El tiempo pasó rápidamente.

—Voy a solicitar un vis a vis para que podamos hablar con más tranquilidad. Te diré la fecha que me dan.

—Perfecto, tenemos mucho de qué hablar.

De repente, apareció nuevamente el funcionario. La visita solo era de media hora y los minutos pasaron sin que me enterara con la cantidad de instrucciones que me dio.

—Vamos, despedíos.

Volví a llorar sin consuelo, acercamos nuestras manos al cristal y permanecí así, mientras se lo llevaban. De repente, desapareció y me quedé ahí sentada en la sucia silla, sin poder levantarme. Acababan de arrancarme el alma, el vacío que sentía era inmenso, no había palabras para describir tanto dolor y tanto sufrimiento.

Se volvió a abrir la puerta, pero ya no oí el ruido, ya no sentía, ya no veía. En ese momento estaba muerta, me habían arrancado mi vida, mi amor, mi hogar, mi familia, y no habían sido los desconocidos encapuchados de negro que entraron en mi casa de madrugada. Habían sido los otros, los que hacía ya tres años que se lo habían llevado, escondidos tras sus barbas, ataviados con trajes árabes con los que querían poner de manifiesto la diferencia que los

separaba de nosotros. Sí, ellos y solo ellos me lo habían robado todo, y eso jamás se lo perdonaría.

Salí por otra puerta que daba a la calle. Era un largo corredor, rodeado de una alta alambrada. Ya no veía el sol, ya no me interesaban las nubes, ni el aroma del verano. En ese momento era incapaz de sentir. Mi esperanza, mi calma, mis sueños y mi futuro se habían quedado allí, tras esas pequeñas ventanas con rejas. Ya no me quedaba pasado ni presente, solo un incierto futuro. Justo ahí, en ese momento, mientras andaba hacia la salida, decidí que por mis hijos, por mi familia, no me rendiría, que jamás iba a permitir que se llevaran lo único que me quedaba.

Mi padre y mi hermana me esperaban a la salida del largo corredor. No pude evitarlo, me abracé a ellos. Mi llanto era incontrolable, no podía parar, era algo instintivo, mi alma se había quedado allí dentro, con un desconocido, al que, aún sin saber por qué, de forma completamente irracional seguía amando.

Salimos de la prisión de Valdemoro, con el corazón destrozado. Al fin y al cabo, los tres habíamos querido a Nabil y le seguíamos queriendo, aún manteníamos la esperanza de que todo eso no fuera más que una larga pesadilla que en algún momento acabaría.

CAPÍTULO 25

En los siguientes días hice todo tipo de gestiones que me había pedido: ingresar el dinero que necesitaba para poder llamar y comprar algunas cosas en el economato de la cárcel, comprar la televisión para que pudiera tenerla en su celda e informar a su familia de todo lo que acontecía. Además de todo lo que tenía encima, debía soportar las opiniones de la familia, opiniones muy alejadas de la realidad. De los cuatro hermanos que tenía Nabil, solo una, Mariam, que vivía en Marruecos, conocía parte de la realidad, pues venía a visitarnos y a ver a los niños, así que había sido testigo del cambio de actitud de su hermano; también había sido muy clara al decir que la gente con la que iba no le gustaba nada. Muchas veces hablamos de ello y hasta en una conversación que aparece en el sumario me pide ayuda:

—Por favor, Raquel, eres la única que puede ayudarle, aléjalo de esa gente.

—Mariam, cariño, lo he intentado con todas mis fuerzas, siempre he conseguido que me escuchara, pero esta batalla la tengo perdida, ellos son mucho más poderosos que yo, ellos le ofrecen el paraíso.

Ornar vivía en Cuba y nunca teníamos noticias de él; Nadia residía en Jordania y la relación con la familia no era buena; y por último estaba Kala que vivía en Estados Unidos y solía ver a su hermano solo cada cuatro años. Con este panorama, ¿cómo iban a estar al tanto de la realidad?

Kala me transmitió su intención de acudir a algunas asociaciones para defenderle. Yo lo entendía, era su hermano, pero primero debíamos averiguar qué es lo que estaba pasando. No se puede recurrir a asociaciones, ni pedir ayuda sin saber primero la verdad, y mientras no se levantara el secreto de

sumario, estábamos a ciegas. No obstante, en una conversación les comenté con toda la delicadeza de la que era capaz:

—Mira, sois su familia, y no puedo impedir que hagáis cualquier trámite o gestión que penséis que pueda ayudar a vuestro hermano, pero entonces no quiero saber nada de las consecuencias. Ahora no sabemos nada y debemos ir con prudencia, tenemos que esperar a que se levante el secreto de sumario.

Su hermana pequeña quería venir a ver a Nabil. Eran tiempos duros y además era época de Ramadán. Le dije que por supuesto podía venir el tiempo que necesitara y que la acompañaría a la cárcel.

Vino un lunes. Nada más salir por la puerta del aeropuerto, se abrazó a mí y lloró desconsoladamente. Para mí era muy difícil, no convivía solo con mi dolor, sino que además tenía que gestionar el de las personas que me rodeaban.

Hablamos mucho de la situación de Nabil y yo le expuse la verdad, la realidad de lo que mis hijos y yo habíamos vivido en los últimos años, que la situación no estaba clara y que sospechaba que Nabil estaba metido más de lo que pensábamos, pues tres de los detenidos habían quedado en libertad bajo fianza pero él no.

Por fin llegó el sábado y volví a la prisión junto con ella; teníamos un vis a vis que duraba dos horas, así que podrían hablar un largo rato. Cuando llegamos, la pobre mujer se quedó anonadada, su cara reflejaba pavor y miedo.

Yo ya había ido varias veces y empezaba a asumirlo de otra forma, pero para ella era la primera vez. Pasamos los controles de seguridad como siempre, y nos condujeron a una sala. Esta vez no habría cristal, así que podrían abrazarse. Era una habitación muy austera; las paredes estaban sucias y cuatro sillas de cuero barato y una pequeña mesa de cristal era todo el mobiliario que componía la estancia. Cerraron la puerta y esperamos hasta que llegara él.

Cuando apareció, tenía otro aspecto. Se había cambiado de ropa y se le veía más descansado. Los dos se abrazaron y lloraron sin parar. Mariam, a pesar de su edad, era demasiado sensible y le costaba gestionar cualquier situación que sobrepasara lo normal. Nabil se volvió hacia mí y me besó en la mejilla. Intenté acercarme a sus labios, pero me los retiró. Me quedé perpleja,

pero cada vez había menos cosas que me sorprendieran.

—Raquel, estamos en Ramadán.

—Nabil, no debes hacerlo, debes afeitarte, y he leído en el Corán que un preso no tiene por qué hacer Ramadán. Ahora más que nunca debes demostrar que no eres una persona radical, debes poner un poco de tu parte.

Su hermana asentía, pero era incapaz de pronunciar palabra; el llanto no la dejaba hablar. Nabil se sentó junto a mí y siguió dándome instrucciones para el abogado. Yo intentaba recordar todo lo que me decía. Así permanecemos casi las dos horas. Solo al final le dedicó unos minutos a su hermana y se disculpó por no haber podido hablar con ella más tiempo. Llamaron a la puerta y nos despedimos. Yo pude contener mis emociones; quería ayudarla, era muy duro por lo que estaba pasando. Se abrió la puerta y una vez más se lo llevaron.

Por la conversación y por su actitud, me di cuenta de que no había cambiado, él seguía pensando de la misma forma y, como añadidura, le parecía una injusticia permanecer allí, lo veía como un acto de racismo y acoso a los musulmanes.

Mientras estaba Mariam en casa, se puso en contacto conmigo una de las agentes que participó en su detención. Quería tomar un café conmigo.

—Sara, no tengo inconveniente, pero ahora está mi cuñada en casa. Si no te importa, llámame la semana que viene y quedamos, estaré encantada.

Esa llamada nunca se produjo.

Cuando Mariam se marchó le prometí que la llamaría con toda la información y noticias que fuera teniendo.

Por fin, nuevamente, estaba en mi casa sola con mis hijos. No es que no quisiera que mi cuñada estuviera con nosotros, todo lo contrario; me encantaba su compañía, pero eran tiempos duros en los que necesitaba estar sola, necesitaba pensar, actuar y sobre todo ansiaba más que nunca que se levantara el secreto de sumario.

Al día siguiente, después de innumerables llamadas, logré concertar una cita con su abogado de oficio. Hasta ahora no nos habíamos visto, ni siquiera tenía recopilada la documentación. Imaginé que necesitaría bastantes papeles

para poder ir preparando su defensa. Estábamos hablando de algo muy serio y seguramente le llevaría su tiempo hacerse con todos los detalles. No es que yo tuviera mucho interés, pero Nabil me llamaba todos los días preguntándome si había ido a verle ya, así que necesitaba decirle algo para que dejara de presionarme.

Fui a su despacho, en un pueblo a las afueras de Madrid. No tenía ninguna gana, pero necesitaba saber si había alguna novedad, y de paso, llevarle los documentos que yo consideraba que podría necesitar.

—Hola, Alejandro, encantada de conocerte.

Él también se sorprendió al verme. Me pasaba a menudo, estaba claro que no daba el perfil de la mujer de un yihadista.

—Te he traído los documentos, es lo único que tengo, su agenda, la invitación para que su madre viniera a España, la ponencia que iba a dar en Alemania. Sabes que iba a asistir a un congreso, donde estaba previsto que diera un discurso. Aquí están los billetes y la reserva de hotel por parte de la empresa.

Estuvimos charlando un buen rato y me expuso la realidad, algo que ya imaginaba, aunque jamás pensé que sería tan dura. En el auto de procesamiento figuraba bajo el ideario yihadista la estructura de la organización de extensiones terroristas próximas a Al-Qaeda en Siria, ISIS, también conocido como Estado Islámico, a la que pertenecía Nabil. Quedaba patente el apoyo en labores de adoctrinamiento a uno de los líderes con conversaciones telefónicas, documentos y un sinfín de violentos vídeos de contenido yihadista.

—Raquel, lo tenemos muy difícil. Aun sin tener el sumario, parece que está muy involucrado según el auto de procesamiento. No tengas esperanzas de que salga, aunque tendremos que esperar.

—Gracias, Alejandro, estamos en contacto.

Corría el mes de septiembre y los niños debían volver al colegio. Nada más empezar, Adán tuvo su primer altercado. Un compañero le dijo que no quería acercarse a él porque había visto cómo sacaban armas de su propia casa. Por supuesto, era mentira, pero era algo previsible. Las personas tienden a

exagerar cualquier situación, sobre todo cuando el tema no va con ellos. La dirección le llamó la atención, pero de ahí no pasó. Adán estaba cada vez más desmotivado y, a pesar de todas las reuniones que mantuve con el tutor, no remontaba. Yaiza se encontraba en una situación similar. Acababan de empezar, pues en ese colegio el curso escolar se iniciaba diez días antes que en el resto y ya estaba totalmente desanimada.

Lo comenté con Edurne. Poco a poco, se había convertido en mucho más que una amiga, era mi apoyo, mi confidente, ya formaba parte de mi vida.

—No veo a los niños bien. El colegio no hace nada por ayudarles. Estoy pensando en cambiarlos. Igual estoy a tiempo, es un caso extraordinario y tal vez me den plaza.

—Cariño, yo lo haría. Ya te lo he dicho muchas veces, allí solo son números, y además no quieren problemas. Necesitas un cole más pequeño y a la vez más seguro, que tengas acceso a los tutores, a los profesores, a la dirección.

El primer colegio al que habían ido mis hijos era uno de los más antiguos del barrio. Se le conocía por su ambiente familiar, ya que solo había unos dieciséis niños por aula. Aunque era bastante modesto, la relación entre profesores, dirección y padres era entrañable. Su único inconveniente era que se encontraba muy lejos de nuestro domicilio. Antes de la detención de Nabil, en el curso 2013-2014, decidimos solicitar plaza en otro centro muy cerca de casa que tenía unas instalaciones impresionantes. Con el tiempo me di cuenta de que dejaba mucho que desear. Cada vez que había que solicitar una tutoría, la burocracia era lentísima y ante cualquier problema era complicado encontrar al responsable que nos ayudara a solucionarlo.

Nada más empezar el curso, en septiembre de 2014, los problemas se hicieron más evidentes. Los niños necesitaban una atención especial y, a pesar de que yo iba todos los días, en el colegio no recibía ninguna respuesta. Para el centro, tal y como decía Edurne, los niños eran números, solo importaban las notas que sacaran para que la escuela no perdiera su prestigio; es más, si había algún problema, o las calificaciones no eran buenas, siempre tenían la culpa los niños o los padres. El colegio jamás se daba por aludido. Era imposible que mis hijos pudieran salir adelante en esas circunstancias.

No me lo pensé más y me acerqué a su antiguo colegio. La directora ni se

lo pensó: «Tráelos ya —me dijo—, después nos ocuparemos del papeleo». La preocupación y el bienestar de los niños eran su prioridad.

Adán se sintió feliz: volvería con sus antiguos compañeros, sus amigos de toda la vida, ellos sí le entenderían. Y Yaiza también. Por lo menos se encontraba más en familia, aunque los problemas de mi hija no se iban a solucionar con el cambio de escuela.

Mi pequeña necesitaba deshacer la madeja que tenía en cuanto a la relación con su padre. Cada vez que hablaba con ella, Nabil intentaba manipularla. Recuerdo una tarde que la llamó y le dijo:

—Hola, hijita, mi pequeña musulmana.

—Hola, papi.

—Imagino que estarás rezando, porque si no rezas por papá, tú vas a tener la culpa de que yo esté en la cárcel.

Cuando me lo contó, traté de tranquilizarla y le expliqué que solo él tenía la culpa de estar donde estaba y que en la vida las decisiones que se tomaban siempre traían consecuencias, a veces buenas y a veces malas.

Era muy complicado que una niña de siete años entendiera todo lo que estaba pasando y además su padre tampoco contribuía a que le resultara más fácil, pues con cada palabra le generaba aún más sufrimiento del que ya tenía.

Los cambié de colegio como tenía previsto y aún nos sobraron unos días para irnos a la playa con mis padres. Descansamos un poco y sobre todo cogí fuerzas para seguir afrontando los retos que implicaba empezar mi vida desde cero. Era como andar todo el día sobre una cuerda floja y no sabía cuánto tiempo podría seguir sosteniéndome.

Cuando regresamos, me llamaron para un trabajo. No estaba relacionado con mi carrera profesional, porque, aunque tenía un buen currículum con más de veinte años de experiencia como organizadora de eventos, era para un puesto de teleoperadora de seguros. Me dio igual: mis hijos tenían que comer y, aunque no tuviera que ver con lo mío, no me importaba, estaba dispuesta a hacer lo que fuera para salir adelante. Era un trabajo digno y honrado. Luché mucho por él. En las circunstancias en las que estaba, conseguí pasar el curso, aprobar los exámenes y superar el periodo de prueba. He de decir que fue una etapa muy bonita: encontré buenos amigos, personas excelentes que me apoyaron en momentos difíciles, y, a pesar de que la remuneración económica

no era muy alta, me compensó en muchos otros ámbitos de mi vida. Me permitía desconectar un poco de todo el peso que llevaba encima, evadirme, sentirme útil y ganarme la vida. El horario era perfecto para poder pasar tiempo con los niños y además estaba cerca de casa. ¿Qué más podía pedir? Empecé el trabajo con ilusión y al poco tiempo me consolidé como una de las principales vendedoras en la plataforma.

Por desgracia con el trabajo, también llegaron los embargos. Nabil y yo nos habíamos casado en régimen de gananciales y yo tuve que hacerme cargo de todos los problemas que iban surgiendo.

Nunca olvidaré la vergüenza que pasé cuando me llamaron de Recursos Humanos para decirme que tenían que embargarme parte de mi nómina. Yo siempre había sido una persona normal, bien valorada en mis trabajos anteriores, y una vez más sentí que no valía nada. Tuve que hacer un gran esfuerzo para poder seguir con la cabeza alta.

Me encontré con deudas de las tarjetas, infinidad de cuotas sin pagar, los plazos del coche que estaba a su nombre... Según me dijo Nabil cuando le pedí explicaciones, él no estaba dispuesto a pagar intereses porque estaba prohibido en su religión. Todos esos pagos bajaban y bajaban mi modesto colchón económico, hasta que desapareció por completo, dejando en su lugar deudas y más deudas.

Me encontré con otro problema añadido: mi caso era el primer precedente de una situación que estaba aún sin tipificar. Nosotros disponíamos de un coche que teníamos de reserva para cuando había que llevar alguno al taller. Un día fui a arrancarlo y me encontré con que no estaba aparcado en el sitio en el que lo había dejado; llamé al depósito de vehículos y allí estaba. Pregunté cómo podía sacarlo y me dijeron que era imposible, que necesitaba la firma del propietario y la documentación del vehículo. No tenía ninguna de las dos cosas: el propietario, Nabil, estaba en prisión y los papeles, en la Audiencia Nacional, pues los encontraron en casa de otro de los detenidos. La solución que me dio el Ayuntamiento fue dejarlo allí hasta que, pasados tres meses, lo enviaran al desguace; eso sí, tendría que pagar el *parking* del tiempo que permaneciera en aquel lugar, a razón de veinte euros por día. Hablé con el supervisor y con el director, pero me dijeron que no había otra solución. Eso suponía otros mil ochocientos euros.

Nabil, que había destruido mi vida en tantos sentidos, también me estaba llevando a la ruina económica. ¿Hasta cuándo tendría que seguir pagando esta condena? Yo no había hecho nada, solo cuidar de mi familia y trabajar siempre por su bienestar.

Una mañana recibí una llamada del abogado.

—Buenos días, Raquel.

—Hola, Alejandro, ¿qué pasa, sabemos algo nuevo?

—Sí, trasladan a Nabil a la prisión de León. Eso no es muy alentador, pues nos indica que no tienen intención de dejarle en libertad. Creo que no tardará mucho el sumario.

—Gracias, Alejandro, saludos.

Cada vez se complicaban más las cosas. León estaba muy lejos de mi domicilio. Y en invierno sería complicado ir a visitarle, el tiempo me lo impediría.

Aunque yo era incapaz de verlo así en ese momento, en el fondo, me vendría bien, me ayudaría a curar y cicatrizar las heridas. La distancia junto con el tiempo serían la mejor medicina.

Mientras el tiempo me lo permitió, intenté ir a verle todos los meses. Las dos primeras veces Adán vino conmigo. En el primer viaje con él, también nos acompañó mi tía Lara, eso hizo que fuera más llevadero. Llegamos al pueblo, comimos unos bocadillos y Lara se fue a dar un paseo mientras nosotros íbamos a ver a Nabil. En esa primera visita no quería que nos acompañara Yaiza. Primero tenía que ver cómo era esa cárcel. Estaba segura de que Adán sólo había venido por estar conmigo, para no dejarme sola. Su obsesión por que me pudiera ocurrir algo le hacía olvidarse de sí mismo y, aunque yo insistí en que se quedara esperando con mi tía, no sirvió de nada y al final entró a ver a su padre.

La prisión de León era mucho más moderna que la de Valdemoro y el entorno no era tan agresivo. Entramos juntos, pasamos los controles y recorrimos un jardín hasta que llegamos a la sala donde nos veríamos con él. No era muy diferente a las anteriores: las mismas sillas, la misma mesa, pero la limpieza la hacía parecer distinta. Cuando entró Nabil y se abrazó a Adán, no recibió la respuesta que él esperaba. Su hijo correspondió al abrazo sin ningún entusiasmo, en su mirada se notaba el resentimiento hacia su padre. Se

sentó en una silla y nosotros nos pusimos a hablar. El niño se aburría mientras Nabil me daba instrucciones, recados para las gestiones con los abogados, y demás temas de su interés. El tiempo esta vez no pasó tan rápido, se hizo lento, pues tanto Adán como yo estábamos deseando salir de allí. Veía la cara descompuesta de Adán y no podía soportarlo. Por fin llamaron a la puerta y la abrieron. Nos despedimos sin ningún entusiasmo y esperamos pacientemente hasta que el funcionario vino a recogerlos. Cuando salimos, Adán me dijo:

—Mamá, no quiero venir más, siento claustrofobia y no me gustaría volver a verle. Ya no le quiero, mamá. Cuando le veo, siento mucha rabia, y lo paso muy mal.

—Mi amor, ya te lo había dicho, pero no tienes ninguna obligación de venir. Es una elección solamente tuya.

Nos abrazamos fuertemente y sentí todo el amor que tenía hacia mí. Eso Nabil lo había perdido para siempre.

Fui a visitarle un par de veces más. Iba y venía en el día, lo que resultaba agotador. Me acompañaba mi tía Lara, a la que se lo agradecí en el alma. Cuando salía de la visita, destrozada, encontrar un abrazo, una palabra de consuelo, me hacía más llevadera la situación.

Una mañana me llamó Alejandro.

—Raquel, mañana traen a Nabil a Madrid. Se va a realizar el volcado de los ordenadores y tiene que estar él presente. Te informaré de dónde está por si quieres ir a verle.

—Gracias, Alejandro, espero tu llamada.

A los dos días me informó de que se encontraba en Alcalá Meco. Hice las llamadas correspondientes y me dieron cita para el siguiente sábado a las ocho de la mañana. Lo vería a través del cristal, pues los vis a vis había que solicitarlos como mínimo con quince días de antelación y él no permanecería tanto tiempo en Madrid. Inesperadamente, Adán volvió a insistir en venir conmigo.

—Pero, hijo, si solo son treinta minutos, ¿para qué vas a pasar ese mal rato? Quédate con los abuelos y con Yaiza, que yo vengo enseguida.

—No, mamá, no te voy a dejar ir sola. No sabes cómo es esa cárcel, ni dónde está, y a esas horas... me voy contigo. Como tú dices, es poco tiempo y se me pasará rápido.

Volví a insistir en que se quedara con mis padres, pero fue imposible. Yaiza se quedó a dormir con los abuelos, pues yo tenía que salir a las siete de la mañana y no quería que la niña madrugara.

Salimos de casa con niebla y mucho frío; entramos en el coche y enseguida puse la calefacción para que se diluyera el vaho de los cristales. Emprendimos la marcha y en media hora llegamos a Alcalá de Henares. Encontrar la prisión nos costó un poco más.

Una vez más pasamos los controles, aunque cuando la visita era a través del cristal, como era el caso, eran menos exhaustivos. Caminamos unos cinco minutos, atravesamos las puertas y por fin llegamos al corredor de las cabinas, donde entramos solos, pues éramos las únicas visitas.

Esperamos pacientemente y de repente apareció Nabil. Entró en su cabina, le cerraron la puerta y comenzamos a hablar:

—¿Qué tal estás? Tienes peor cara que el otro día.

—El tiempo se hace largo, ahora aquí no tengo televisión y las horas se hacen eternas, pero se come mucho mejor.

—Me alegro.

—¿Y tú cómo estás, hijo? Te veo un poco más gordito, debes hacer deporte y perder peso.

Creo que ese comentario fue el detonante para que Adán sacara todo lo que llevaba dentro: odiaba ir a las cárceles, había vivido una pesadilla con él, ¿y se atrevía a decirle que estaba más gordito? De repente se levantó de la silla y golpeó el cristal.

—¿Pero tú quién te crees que eres para darme lecciones y consejos? ¡No eres nadie! ¡Nos has destrozado la vida, eres un terrorista, y lo único que nos has traído es vergüenza y desgracia! ¡Vete a dar consejos a tus hermanos, porque para mí tú ya no eres mi padre y no tengo por qué escucharte!

Salió de la cabina furioso. Jamás había visto así a Adán. Su rabia era incontrolable, había explotado, sacado todo el dolor que llevaba en su interior. Se apoyó en la pared del corredor y esperó a que yo saliera.

—Ya no me respeta —murmuró Nabil con amargura.

—El respeto hay que ganárselo. Tú no has actuado bien con él y, cuando le

ves, solo se te ocurre decirle que está más gordo. ¿No podías haberle preguntado cómo está él, qué tal con sus amigos, qué tal en el colegio?

—Aun así soy su padre y no puede hablarme de ese modo.

—Nabil, vamos a dejar ese tema. Piensa y medita, ya que tienes tanto tiempo, qué le has hecho a tu hijo para que te diga esas cosas. Su sufrimiento ahora es insoportable, dale tiempo.

CAPÍTULO 26

—Raquel, se acaba de levantar el secreto de sumario. —Por fin se produjo la llamada de Alejandro.

—¿Cuándo tendremos acceso a él?

—No lo sé, pero espero que sea cuanto antes.

—Alejandro, te lo pido por favor, aceléralo todo lo que puedas, necesito saber lo que hay en el sumario, necesito saber la verdad, ya no puedo aguantar más esta incertidumbre.

—No te preocupes, Raquel, haré todo lo que pueda.

Las semanas pasaban y seguía sin poder acceder a él. Mientras tanto, recibí la llamada de Nabil.

—Raquel, toma nota de este número. Es el de un abogado que me han dado aquí en León. Llámalo y habla con mis hermanas. No podemos seguir con Alejandro porque no ha hecho nada ni lo va a hacer. Ni siquiera tiene el sumario y ya todos lo tienen.

—Eso es imposible, Alejandro me ha dicho que nadie ha accedido a él, además, ¿cómo sabes tú que ya todos lo tienen?

No respondió a mi pregunta, era evidente que seguía teniendo contacto con sus «hermanos», aunque aún no sabía de qué manera. Nabil seguía mintiéndome, eso no iba a parar nunca. Estaba segura de que tendría que investigar mucho para conocer la auténtica verdad.

—Está bien, le llamaré —accedí.

Tampoco me parecía mala idea. Si Nabil encontraba un abogado al que pagaran sus hermanas, yo podría dejar de perseguir a Alejandro. Eso era algo que me resultaba agotador, pues imaginé que sería el nuevo letrado el que

estaría pendiente de informarme.

Localicé a la persona de la que me ha hablado Nabil y quedé con él. Le expliqué la situación y aceptó el caso. Necesitaría ayuda, tan solo quedaban seis meses para el juicio. Hablé con mis cuñadas y les comenté el presupuesto. Lo consultaron entre los hermanos y al final aceptaron contribuir.

En una semana, tenía nuevo abogado y por fin yo tendría el sumario.

Cuando lo recibí, me quedé impresionada. Eran veintinueve tomos, de unas seiscientas páginas cada uno. No podía esperar, empezaría inmediatamente. Di de cenar a los niños y los acosté, me preparé un café y me puse a leer directamente.

Ya con las primeras páginas me quedé muy sorprendida. No pensaba que Nabil tuviese una relación tan estrecha con los que llamaba sus hermanos. Vi que había muchas personas involucradas, incluyéndome a mí, en el sumario. Mi teléfono estaba pinchado y aparecían todas mis conversaciones con Nabil. Eso solo fue el principio del dolor que sentía. ¿Por qué tenía que estar yo ahí, en el sumario de un grupo terrorista? Sabía que cada palabra, cada página me causaría un sufrimiento indescriptible.

Según iba avanzando, me di cuenta de que estaba muy unido a los que la policía consideraba líderes de la célula terrorista vinculada con una de las peores pesadillas de Occidente, el Estado Islámico. Por eso le seguían y vigilaban. Recogía a uno de ellos todos los días a las cinco de la mañana y le llevaba a hacer todas sus gestiones; era prácticamente su chófer, solo había un matiz, la gasolina la pagaba yo.

No podía parar de leer. En una conversación le decía a uno de ellos que pronto su esposa se uniría al grupo de mujeres, que cada vez estaba más cerca del islam. Estaba claro que necesitaba justificarse ante él. Esta persona le dijo: «No te preocupes, yo ya la veo dentro». «Yo también», le respondió Nabil.

Era indignante: veinte años de matrimonio, y al final para seguir conmigo necesitaba la aprobación de una persona que ni siquiera me conocía.

Seguí leyendo y leyendo, y decidí que no pararía hasta que supiera absolutamente toda la verdad.

Leí en una conversación cómo les decía a sus hermanos que tenía que pasar la tarde conmigo, pues me iba a enfadar si no, que no podía decirme que prefería estar con ellos a estar conmigo.

Dios mío, no podía creerlo, las lágrimas se me agolpaban en los ojos. Leí cómo decía que se avergonzaba de mí, se avergonzaba de la mujer que había trabajado para él más de quince años para que él estudiara, la mujer que lo había apoyado en todo, la mujer que había ayudado a su familia, la mujer que le había dado dos hijos, la mujer que le había sacado de todo lo malo, que había construido un hogar para él.

Veía con mis propios ojos que mis veinte años habían ido a la basura por unos nuevos hermanos que le habían prometido el paraíso, un paraíso falso, un paraíso que no existía, pues, si había un Dios, era imposible que personas capaces de matar, asesinar o violar tuvieran una vida eterna rodeados de ríos de vino, vírgenes y demás privilegios.

Había leído prácticamente la mitad del sumario, pero todas las lágrimas no iban a ser nada para cuando averiguara lo que había hecho con mi hijo.

No podía parar de leer, era como una novela en la que yo era la protagonista, porque en el fondo todas sus acciones habían llevado a nuestra familia a la destrucción.

Pude descubrir las intrigas, los embrollos y enredos que se traían entre ellos, cómo había llegado a alquilar una furgoneta con la que viajaría a Valencia sin decirme absolutamente nada. Cuando más tarde le pregunté, no supo darme una explicación. ¿Qué iban a llevar en ese vehículo? ¿Por qué a Valencia? ¿Con qué propósito? Nunca jamás llegaría a averiguarlo, pero daba igual, lo peor era la mentira, la traición. Jamás hubiera esperado algo así de la persona a la que más había amado y por la que aún sentía no sabía qué, pero dolía, dolía mucho.

Sin duda el peor momento fue cuando empecé a leer las conversaciones que mantenía con mi hijo en el coche. Había aprovechado cada segundo, cada minuto que había pasado con él.

En una de ellas, le incitaba a hacer la Yihad, le habló de que estaban matando a sus hermanos y, no contento con todo lo que estaba contando a mi hijo, llamó a uno de sus amigos para pedirle que mandara unas fotos.

—Papá, no me enseñes nada más —le rogó el niño—, que luego no puedo

dormir en muchos días.

—Eres ya un hombre y tienes que saber la realidad.

Recibió el mensaje y le enseñó fotos de una niña con la cara totalmente destrozada por las bombas; según explicaba el sumario, «al niño se le oye llorar».

Sentí una puñalada en el corazón. Después de tanto esfuerzo, de tantas precauciones, después de dejarme el alma en protegerlos, no lo había conseguido del todo. Le contaba historias de jóvenes que con veinte años se subían a camiones, se despedían y se marchaban con el fin de explotar y matar al mayor número de infieles posibles.

Historias de cuando los infieles mataban a los musulmanes, les cortaban la nariz y una oreja y se hacían collares con ellos. Por eso, cuando un muyahidín mataba a los infieles, aparecía en el cielo sin nariz, ni oreja, para que todo el mundo supiera que había muerto por Dios haciendo la Yihad.

Le hablaba de que la democracia era una farsa y que la única ley que había que seguir era la sharia, la ley islámica, que estaban montando un califato que estaría dirigido por la palabra de Dios.

Le atemorizaba con el miedo al pecado. En una ocasión le dijo: «Si no rezas, irás al infierno, y a los que no rezan, cuando mueren, Dios les corta la cabeza, para que todo el mundo sepa que están sin cabeza y en el infierno por no rezar».

Según continuaba leyendo, el dolor se hacía insoportable. La descripción de los vídeos que figuraba en el sumario era terrorífica: en uno de ellos se detallaba la organización de Al-Qaeda en las tierras del Magreb Islámico; en otro, grabado por la comunidad Khorasan, un grupo de muyahidines armados realizaban ataques y llamaban a la lucha contra los enemigos de Dios; había uno más que mostraba el ataque a un centro de policía en Behrez; el ataque a los guardias infieles en la localidad de Alhadim acababa con un exhaustivo balance de la invasión. No faltaban los mensajes audiovisuales; uno, titulado «La brigada en las tierras de levante», acompañado del lema del Estado Islámico, me impresionó.

El sumario continuaba con vídeos de entrenamientos de muyahidines armados, discursos sobre la Yihad y los infieles, imágenes de combatientes que habían muerto como mártires, cánticos islámicos en los que se preguntaba

si quedaban hombres entre los musulmanes para defenderse de las humillaciones de la que era objeto su religión.

Imaginaba lo que mi hijo habría pasado. ¿Le habría enseñado todos esos vídeos? ¿Por qué nunca me lo dijo? Unas páginas más adelante leí que le prohibió que hablara de la Yihad con nadie: «Ni a tu madre, ni a tus amigos, ni si algún día te pregunta la policía».

Tras cinco días con sus noches, con el alma partida, con el corazón hecho pedazos, sin fuerzas, y con un sentimiento de culpabilidad por no haberlo conseguido a pesar del esfuerzo, decidí hablar con Adán. Tenía que saber si quedaba algo. Estaba segura de que, a pesar de todo lo que ya había leído, había mucho más.

Nos sentamos a charlar una vez Yaiza se había ido a dormir. Él no quería hablar sobre su padre, pero necesitaba saber todo lo que había sucedido.

—Pero, mamá —se resistió—, si eso ya ha pasado.

—Ya, hijo, pero me gustaría saber. Además de las imágenes de la niña, ¿te enseñó otras cosas?

—Sí, mamá —claudicó al fin—. Eran vídeos de gente haciendo la Yihad, de decapitaciones a infieles, de cómo les cortaban la cabeza. También me enseñaba vídeos de cómo se instruía a los jóvenes combatientes, cómo sabían y conocían el Corán, y cómo se implantaba la sharia. Todos estaban muy orgullosos de matar a los infieles y decían que cuantos más mataran, mejor.

—Pero no te diría que te fueras con él, ¿verdad, hijo?

—Me dijo que era un deber musulmán y que al que no hiciera la Yihad le castigaría Dios, y que si quería ir con él, tendría que aprender a manejar un fusil.

—Hijo, creo que deberíamos ir al psicólogo, tal vez te ayude a olvidar todas esas cosas.

—No, mamá, prefiero contártelo a ti, me siento más cómodo. Él quería separarme de ti, siempre me decía que estaba bajo tus faldas y que debía irme con ellos por ahí, a la montaña, y que cuando estuviera aburrido, si él no estaba, me fuera y hablara con Ahmed, que él siempre estaba en la mezquita.

—Pero, hijo, ¿y cómo no me dijiste nada?

—Porque, mamá, me decía que no podía contárselo a nadie, y yo le decía a todo que sí, porque le tenía mucho miedo.

—Pero, mi amor, si sabías perfectamente que yo estaba ahí todo el tiempo.

—Lo sé, mamá, por eso no te lo dije, porque sabía que tú me protegerías.

—Hijo mío..., perdona si en algún momento no pude protegerte del todo.

—Mamá, tú ya no podías hacer nada más. Yo lo veía, sabes que te quiero y que estoy muy orgulloso de ti.

—Y yo de ti, Adán, y de lo fuerte que has sido, eres mi campeón, y te prometo que no permitiré jamás que nadie vuelva a hacerte daño y que, me lleve el tiempo que me lleve, él pagará ante la justicia por lo que te ha hecho.

Cuando acabé de leer el sumario y después de la conversación con Adán, sentí que ya no podía más. Era imposible asimilar tantas situaciones tan dolorosas, estaba destrozada. Las pocas fuerzas que me quedaban me las acababa de arrebatar, ya no podía con más sufrimiento, cada día que tenía que levantarme era para mí un tormento.

Decidí buscar ayuda, las subidas de tensión se repetían diariamente. Tenía problemas de salud todos los días, así que fui a mi doctora y le expuse mi situación. No daba crédito a cómo era capaz de mantenerme en pie, de trabajar, de atender a los niños, pasando por una etapa tan dura. Me recetó unas pastillas y me envió al psicólogo.

—Alguien tiene que ayudarte —me dijo—, pero tiene que ser alguien que no esté implicado emocionalmente, pues sé que a tu familia no vas a contarle ni la mitad para no hacerlos sufrir.

Me dio el volante urgente y en una semana me habían llamado.

La primera vez que acudí, al ver a la psicóloga me invadió una ola de paz y tranquilidad. Era una mujer joven, con cara de buena persona y una dulce voz. Consiguió que hablara sobre todo lo que tenía guardado y que jamás había contado a nadie. Me sentí como en casa, pero sin que nadie me juzgara, ya que sabía que a ella no le dolía. Ella me hablaba sinceramente, aunque me hiciera daño lo que me decía, a ella no tenía que rebatirle. Así empecé a pasar el duelo y sobre todo a comprender que el Nabil de ahora no era el hombre del que me enamoré y con el que me había casado.

Era tan diferente que ya no habría vuelta atrás, ya jamás podría mirarle de la misma forma que antes. El daño causado a mis hijos no podría olvidarlo

jamás.

Seguí con el abogado, ayudándole a preparar el juicio, los papeles, a marcar las partes que involucraban a Nabil. Al final, tenía toda la información, yo ya no podía hacer nada más, ahora le tocaba a él defenderle.

A pesar de todo lo que estaba viviendo, imaginaba que las cosas ya no podrían ponerse peor, pero a veces la vida no para y siempre puede marcarnos más aún con su dureza. Una mañana me llamó Mariam.

—Raquel, mi madre está enferma. Le ha salido un bulto en la lengua y los médicos temen lo peor. Le han hecho pruebas y es cáncer, no creen que pueda aguantar mucho.

—¿Cómo que lo peor, Mariam? ¿No pueden operar? ¿Darle quimioterapia? No me digas que no hay solución.

—No, cariño, no saben el tiempo que puede durar y no quieren hacerle sufrir.

Efectivamente los médicos llevaban razón y en dos meses su madre falleció. Fue un golpe tremendo para toda la familia. En ese momento yo solo era capaz de pensar en Nabil: ¿cómo podría soportar la muerte de su madre sin haber podido despedirse de ella? A todo ello se unía mi propio dolor; yo la había querido siempre, había tantos recuerdos que la vida se me hizo aún más amarga. Por fin recibí la llamada de Nabil.

—¿Cómo estás? —le pregunté angustiada.

—Bien, es el destino de Dios —respondió relativamente tranquilo para la situación.

—Por favor, pide un vis a vis, quiero estar contigo en un momento tan duro —le ofrecí.

—No te preocupes, no es necesario, estamos en Ramadán, ya te diré cuándo puedes venir.

—Pero, Nabil, yo necesito apoyarte en estos momentos.

—Ya, Raquel, pero de verdad estoy bien.

—Vale —acepté—, pero que sepas que estoy aquí para cuando quieras.

—Gracias, estamos en contacto. Un beso.

Me quedé completamente descolocada. Estaba deseando abrazarle,

consolarle, hacer que sintiera el calor de la familia en un momento tan desgarrador y, sin embargo, él no deseaba mi compañía. ¿Sería por el Ramadán? ¿Cuál era el motivo por el que me rechazó de esa manera? Jamás lo entendí.

Una vez que fui a visitarle, le dije que estaría a su lado hasta el final, y lo cumplí, a pesar de que mi entorno me decía que parara ya, que no entendían por qué aún iba a verle y por qué seguía ayudándole.

—Cuando todo esto acabe —les dije— tendré la conciencia tranquila, sabiendo que hice lo que debía.

No lo hacía por él, no merecía ni un segundo de mi tiempo, y mucho menos después de la reacción que tuvo al fallecer su madre, pero se lo debía a ellos, a esos padres a los que quise con toda mi alma y que me correspondieron de igual forma. Ya no estaban con nosotros y, sin embargo, pensaba que, si desde algún lado me veían, querrían que estuviera ahí, apoyando a su hijo como una buena esposa hasta el final.

Se acercaba el juicio, y me llamó el abogado:

—Van a trasladar a Nabil para el juicio. En un par de días estará en Madrid. Te llamo en cuanto llegue.

—Gracias, Manuel, espero tu llamada.

Manuel, su nuevo abogado, era una gran persona. Desde que aceptó el caso, me aportó la tranquilidad que necesitaba y sobre todo tranquilizó a Nabil, que ya no me presionaba tanto. Sabía lo que tenía que hacer, era un buen profesional e intentaba no complicar más mi desbaratada vida.

Recibí una notificación del juzgado para ir a testificar al juicio. Me requería el abogado de la defensa de Nabil, lo había solicitado el anterior, Alejandro. Llamé enseguida a Manuel.

—Buenos días, Manuel, hay que retirar mi testimonio inmediatamente. No voy a testificar, no quiero aparecer y tengo motivos para no ir. Si no se puede retirar, solicitaré un informe de mi doctora. No estoy en condiciones para ir al juicio.

Mi decisión de no declarar generó cierto malestar no solo en Nabil, sino en todos los abogados. Para ellos, yo era la coartada perfecta; como llevaba

una vida totalmente occidental, les ayudaría a demostrar que no eran tan radicales como el sumario sostenía.

Al día siguiente me llamó.

—No te preocupes, Raquel, ya está solucionado. No tendrás que ir a declarar.

—Gracias, Manuel, no imaginas cómo te lo agradezco.

A Nabil lo llevaron a Navalcarnero y, cuando quedaban pocos días para el juicio, me llamó.

—No entiendo por qué no vas a testificar.

—Tengo mis razones, Nabil. Pide un vis a vis y te llevaré alguna camisa y un traje para el juicio.

—Vale, te llamaré y te digo cuándo me van a dar cita.

Al cabo de unos días me dijo que tenía cita para ir el sábado, y por qué no iba primero a la visita a través del cristal y después al vis a vis. Le contesté que no, me era imposible. Nos veríamos el sábado dos horas, sería más que suficiente, pensé. Deseaba desaparecer mientras durara el juicio. No quería que los niños vieran nada. Como tantas otras veces, la ayuda de Edurne fue providencial.

—Acabo de encontrar una oferta —me dijo—, la casa es pequeña y está en una aldea de Asturias. Creo que es un sitio perfecto y el precio es fantástico. ¿A ti te parece bien?

—Estupendo.

—Pues hago la reserva ahora mismo.

Tenía todo preparado para marcharme en cuanto fuera a verle; además, me vendría bien desconectar unos días.

Llegó el sábado. Como siempre, me arreglé, pues, aunque fuera a una prisión, siempre he pensado que según te ven, así te tratan.

Esperé para entrar mientras fumaba un cigarrillo. La cárcel era distinta pero a la vez igual a todas las que llevaba vistas ya. Entramos, cumplimos con los protocolos y caminamos hasta el lugar en el que nos veríamos. Esta vez me llamó la atención que los muros estaban decorados con dibujos y frases que hacían alusión a la libertad.

Esperé pacientemente en la sala. Cuando entró, nos miramos, cada vez las visitas se habían vuelto más frías. Nos conocíamos muy bien y sabíamos que

ese día era importante.

—Te he traído la ropa para el juicio.

—Gracias, Raquel, he hablado con el abogado y dice que no hay nada, que seguro que quedamos en libertad.

—Nabil, deberías pensar que, en veintinueve tomos de sumario, hay muchas cosas y valorar la posibilidad de que os condenen. Si no el varapalo va a ser muy fuerte, yo lo he leído y sé perfectamente lo que hay.

—Ya, pero todos los abogados coinciden en que vamos a quedar libres.

—Está bien, Nabil, solo Dios sabe lo que pasará.

En mi cabeza no entraba que la justicia fuera a dejar libres a los miembros de una célula terrorista, y más teniendo en cuenta toda la información que aparecía en el sumario, pero preferí no seguir insistiendo en el tema y centrarme en lo que verdaderamente me preocupaba.

—Yo quiero exponerte algo. Creo que si tanto quieres a tus hijos, como dices, deberías dejarlos libres. Voy a solicitar el divorcio y la patria potestad. Si ahora no pones impedimento, intentaré ayudarte a recuperar la relación con ellos cuando salgas; será muy difícil y complicado, pero haré lo que pueda. También debes pensar que, para recuperar a tu familia, nos debes demostrar que volverás a ser el de antes y que podrás llevar una vida normal, integrada en la sociedad. Lo que seguro va a ser imposible es que nuestra relación pueda seguir adelante. Con todo el dolor que me supone, debo decirte que hasta aquí hemos llegado. Como pareja, ya nunca podremos continuar.

Con cada palabra me iba rompiendo más. Había llegado el momento de decir el adiós definitivo, el adiós para siempre, un adiós después de veinte años que me destrozaba el alma. Ya nunca podría volver a ser la misma, porque mi amor ya no existía; ahora era mi historia con Nabil la que parecía haber sido un sueño.

—Sabes que no voy a dártela.

—Nabil, ya les has hecho bastante daño. En el salón de casa te lo dije, que lo que tú hicieras no tocara a los niños, y vaya si los ha tocado, los ha destruido. No les hagas cargar con tu mochila, tus decisiones fueron tuyas y ya hemos pagado suficiente por ellas, sin que nosotros hayamos hecho nada.

—No hagas eso, me estás destrozando.

Vi que iba a empezar con su chantaje psicológico y no, esta vez no lo iba a

permitir.

—Nabil, no vayas por ahí. Ya he roto tus cadenas, ya no te tengo miedo, deberías analizar qué le has hecho a una mujer que te ha dado toda su vida para que prefiriera que te fueras a morir, antes de que te quedaras con ella. Ya no más Nabil, me parecía de persona honesta decirte que voy presentar la demanda de divorcio y solicitar la privación de patria potestad.

Nos quedamos en silencio. Yo lloraba y lloraba sin parar. Él se enfadó, me lo pidió por favor, pero vio que ya no le servían sus estratagemas de siempre, ya no había nada que pudiera hacer, la decisión estaba tomada.

Llamaron a la puerta, le abracé con todas mis fuerzas y le besé. Sabía que esta vez era la definitiva.

Sería la última ocasión en la que le vería, era un adiós, ya jamás volveríamos a estar juntos. Atrás quedaba nuestro amor, un amor único, especial, que nos había llenado de felicidad, un amor que por las vueltas de la vida ya sería imposible para siempre, un amor en el que nuestras almas quedarían marcadas a fuego con nuestros nombres.

Salí llorando, no podía contenerme. Ahora sí, mis sueños, mis planes con él, mi amor se quedaba ahí enterrado entre los altos muros.

Un funcionario intentó consolarme, pero no había consuelo para mí. Ahora ya la decisión era definitiva, porque él ya quedaba atrás. Ahora me tocaba luchar por mis hijos y, aunque fuera la herida más grande y dolorosa de mi vida, emprendería una dura batalla contra el mundo si era necesario para que se hiciera justicia. Nabil no quiso escucharme, para él ya no éramos su familia.

CAPÍTULO 27

Me marché de viaje tal y como tenía previsto. Mis hijos necesitaban descansar al igual que yo. Queríamos salir de allí, cambiar de ambiente, de aires, respirar, y olvidarnos por irnos días de todo.

Disfrutamos del bosque, de la paz y la tranquilidad de la montaña, del mar, de la compañía de mi mejor amiga, Edurne, que día a día se esforzaba por que superara el trago que estaba pasando. A su lado me sentía respaldada. Reíamos juntas, llorábamos juntas y nos alegrábamos en compañía de nuestros hijos.

La semana pasó volando. Era duro, pero había que regresar y volver a la realidad.

Al día siguiente, me llamó el abogado. Había pasado el juicio.

—Hola, Manuel, ¿qué tal?

—¿Qué tal tus días de descanso?

—Bien, cortos, pero he cogido algo de fuerzas para poder continuar. ¿Qué tal ha ido el juicio?

—Pues estupendamente. Creo que muy mal se tendrían que poner las cosas, para que los condenaran. Hemos invalidado todas las conversaciones, y sin ellas se quedan sin pruebas.

—Vaya, me alegro por ti, Manuel, sé que has hecho un gran esfuerzo.

Yo rezaba para que no tuviera razón. Después de todo lo que había leído en el sumario, donde se aportaban tantas pruebas, era imposible que quedaran impunes. Confiaba en la justicia y deseaba con todas mis fuerzas que no me decepcionara.

Los días pasaron tranquilos, entre la piscina, los parques y la familia. Nos

dio tiempo a pasar unos días en la playa con mis padres, días que disfrutamos en familia y que nos llenaron de felicidad. Hacía tanto tiempo que no reíamos todos juntos que jamás olvidaría ese verano.

A la vuelta, salió la sentencia de la Audiencia Nacional. Los condenaban a todos a ocho años de prisión y a siete de libertad vigilada. Recibimos la noticia en casa con una gran alegría, una gran fiesta, y un gran alivio. Sentía pánico solo de pensar que podría haber salido, sobre todo por mis hijos. Ahora por lo menos tendría algo de tiempo para descansar con la tranquilidad de que no estaría cerca de nosotros.

Nada más salir la sentencia, me llamó. Estaba indignado porque no hubiera testificado y tampoco hubiera asistido al juicio. A mí me daba igual ya, como le dije, había conseguido romper las cadenas.

Pero no era suficiente con echarme a mí la culpa.

—Este abogado no sirve para nada —soltó—, no se enteraba. Escúchame, ponte en contacto con el abogado de Ahmed. Yo ya he hablado con él y creo que te podrá hacer el favor de presentar el recurso de casación.

—¿Pero tú eres consciente de lo que puede cobrar este señor? Solo defiende a famosos y creo que sus tarifas son astronómicas.

—Ya, pero lo hará por Ahmed. Por favor, vete a hablar con ellos.

—Está bien, pediré cita y me acercaré.

Al día siguiente estaba en las oficinas de don Javier. Cuando entré, me recordó a los primeros abogados que contratamos y desde luego yo dudaba mucho de que este hombre pudiera hacer milagros. Tenía la sensación de que no se esforzaría mucho en el caso, no era la política de este tipo de bufetes.

Me recibió una señorita muy amable.

—Tengo a su disposición cualquier documentación o información que puedan necesitar —le dije.

—No se preocupe, don Javier tiene previsto ir a visitarle la semana que viene.

—Perfecto, creo que debemos hablar del precio. Como bien sabrá somos una familia normal, de trabajadores, que además ya lleva gastada una fortuna en abogados y no podríamos pagar mucho.

—No se preocupe, todo está hablado.

Me dijo la cantidad y me pareció baja. Estaba claro que iba con enchufe, no creo que este señor cobrara ese dinero ni por asomo.

Lo hablé con sus hermanas y me pidieron mi opinión. Sabía que lo que les dijera no iba a servir para nada, pero aun así se la di:

—Mira, Mariam, yo he leído el sumario y, por mucho que digan los abogados, no van a salir. Me extrañaría mucho que el Supremo eche atrás la sentencia, y además ten en cuenta la época que estamos viviendo.

Ahora bien, es vuestro hermano y entiendo que queráis quemar hasta el último cartucho, pero tengo la intuición de que no va a ganar. Lo que sí te puedo decir es que la cantidad que os cobra es simbólica porque las tarifas de este hombre son muy elevadas. Pensadlo y me decís algo.

Estaba esperando a Yaiza en la puerta del colegio, cuando llamó Nabil:

—¿Cómo va lo del abogado?

—Ya está, se lo he dicho a tus hermanas y ellas tienen que decidir. Yo estoy para lo que ellas me digan.

—Mira, Raquel, dirígelas tú. Tú eres quien más sabe, y da igual lo que pase entre nosotros en un futuro, pero ellas te necesitan, tú sabes moverte. Ayúdalas, por favor.

—Ya he hablado con ellas y les he pedido que me digan algo y que estoy para lo que necesiten.

—¿Has pensado en lo que me dijiste?

—Sí, Nabil, pero no voy a cambiar de opinión. Llámame en un par de días y te digo lo que pasa con el abogado.

Sabía que estaba jugando a dos bandas. Él ya no confiaba en mí, pero me necesitaba, y nadaba entre dos aguas. Me quería a mí porque era la que estaba cerca del abogado y tal vez tuviera que utilizarme para alguna gestión. Sin embargo, al mismo tiempo le daba instrucciones a Kala, su hermana mayor, pues era la que aún le creía a pies juntillas. Ese tipo de estrategia nunca le saldría bien y menos si se tiene en cuenta que yo estaba completamente desengañada. Aunque él pretendiera seguir aprovechándose, ya no era posible, yo no estaba dispuesta a colaborar en nada más: pues si había alguien en este mundo que no quería que el recurso prosperara, esa era yo. Para sus hermanas era un problema que yo me retirara, para ellas había sido muy cómodo tenerme

cerca de él durante los años previos al juicio. Podían seguir llevando su vida normal, mientras yo le atendía en todo y batallaba por su libertad.

Hablé con sus hermanas y decidieron que querían hacer todo lo posible por su hermano, que querían tener la conciencia tranquila y que Dios decidiera.

A los dos días, Nabil me llamó de nuevo.

—Sí, Nabil, ya está el abogado contratado. Le he pasado todos los datos a tus hermanas. Me han dicho que la semana que viene irá a verte, pues hay un plazo muy corto para presentar el recurso de casación.

—Me dejas más tranquilo, gracias.

Él intentaba seguir hablándome como si nada pasara, pero mi frialdad ya no me permitía fingir. Es más, ya no lo necesitaba, ahora podía hablar con libertad, ahora podía ser yo, aunque ni imaginaba que tendría que pagar un precio tan alto por mi libertad.

Un día fui a buscar a Yaiza y vi que había una furgoneta con dos árabes en su interior aparcada en el colegio de los niños. Me sorprendió que estuvieran allí y, sobre todo, que cuando nos marchamos, ellos también se fueron.

Pasados unos dos días, en la puerta de casa, sentados en el banco de enfrente, estaban otros dos árabes, que hicieron exactamente lo mismo: se quedaron mirando, cogieron el móvil y se marcharon en cuanto entramos al portal.

Empezaban a ser muchas coincidencias y me asusté. Edurne me dijo que creía que debía denunciarlo, ya eran muchos árabes pendientes de nosotros en todos los lugares a donde iba.

Una mañana estábamos Edurne y yo tomando una cerveza, esperando a que saliera Yaiza del colegio, cuando me llamó Nabil:

—Hola, ¿cómo estáis? ¿Sabes algo del abogado? No ha venido a verme.

—Pues no sé. Pensé que habría ido a visitarte, pero el recurso se ha debido de presentar ya, porque el plazo ha pasado. Esta tarde le llamaré y que me diga en qué situación está todo. Por cierto, Nabil, he observado que nos están siguiendo personas de raza árabe. Están, por todas partes, en el colegio de los niños, en mi casa, en la de mis padres.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Te estás volviendo paranoica? ¿Estás loca? ¿Por qué te van a seguir? —Estaba fuera de sí.

—No lo sé, Nabil, pero es la realidad.

—No haces más que decir tonterías, no sé quién te está comiendo la cabeza.

—A mí nadie me dice nada. Déjalo, esta conversación se ha acabado. Llámame mañana y te diré lo del abogado.

Estaba indignada, ¿cómo que estaba paranoica? Ni siquiera se había preocupado por sus hijos, solo le importaban el dinero, los abogados y su bienestar. Cada día me decepcionaba más, si es que eso era posible.

A los diez minutos recibí nuevamente su llamada.

—Dime —contesté con frialdad.

—Es que he estado pensando que a lo mejor se están acercando a ti para ayudarte económicamente, como han hecho con otras mujeres. Puede ser gente de la mezquita.

—¿Cómo que para darme dinero? ¿Me estás tomando el pelo? Pues sí es así, diles que no necesito nada, que tengo dos brazos para trabajar y sacar a mis hijos adelante. Nabil, todo lo que dices no tiene ningún sentido. Hablamos mañana.

Cuando colgué, Edurne y yo no dábamos crédito a lo que estaba pasando. O hay alguien o no. Qué casualidad, primero me dices que estoy loca y a los diez minutos que puede ser que tenga razón.

—Desde luego, aquí hay algo raro —dijo Edurne.

—Sí, seguro. Si no sabe nada, no entiendo la segunda llamada. Da igual, luego voy a ir a denunciarlo, por si acaso.

Por la tarde puse la correspondiente denuncia y empecé a buscar piso. Debía volver a cambiar, no quería a esa gente cerca de mi casa.

Lo valoré mucho, solo hacía un año que nos habíamos trasladado y volver a cambiar suponía un enorme esfuerzo, tanto físico y psicológico como económico, pero estaba asustada, al igual que los niños. Pensaba ingenuamente que si me iba a otro lado me libraría de ellos.

Así que, con la ayuda de mis padres, volví nuevamente a buscar casa. Como la primera vez, no me llevó mucho tiempo; es más, la encontramos enseguida. Estaba bien situada, tenía muchos comercios y bares alrededor, y me dio seguridad. Era más moderna que la anterior y a los niños les hizo muchísima ilusión, por lo que enseguida nos instalamos en nuestro nuevo

hogar. Mientras empezaba a adaptarme a la nueva zona y a la vivienda, pensé si algún día encontraríamos la paz, si podríamos descansar sin sobresaltos, sin árabes merodeando a nuestro alrededor. Solo queríamos vivir como lo hacía todo el mundo.

Al poco tiempo, recibí una llamada de la Comisaría General de Información. Querían tomar un café conmigo. Les dije que claro, por supuesto, y quedamos para el día siguiente.

Estuvimos charlando mucho tiempo, y me dijeron que sería bueno que testificáramos mi hijo y yo. Yo les contesté que sí, que si podíamos ayudar en algo, sería fenomenal. Al fin y al cabo, este era un tema de todos, nos afectaba a toda la sociedad; y si podíamos poner un granito de arena, lo haríamos.

Nunca se sabía. Tal vez nos podría tocar a alguno de nosotros. Además yo les estaba muy agradecida, porque se lo habían llevado, lo habían detenido, y ahora podía vivir un poco más tranquila sin él.

Esa noche tuve una conversación con mi hijo:

—Adán, no es necesario que testifiques si no quieres, esto es voluntario, y yo quiero respetar tus decisiones en todo momento, ya lo sabes.

—Mamá, quiero hacerlo; es más, creo que lo necesito.

—Pues, hijo, si tú lo consideras así, tienes mi apoyo. Estoy muy orgullosa de ti.

Al día siguiente, Adán y yo fuimos a testificar. Yo pensaba que desde ese momento nos convertiríamos en testigos protegidos, pero nunca supe para qué sirvieron nuestros testimonios. La policía se hizo cargo de nuestra situación durante un par de meses y, una vez que Nabil y sus compañeros fueron condenados, se olvidaron completamente de nosotros.

Mi testimonio fue rápido, tenía claro lo que había pasado y me resultó fácil contarlo. Pero cuando testificó Adán, volvieron los fantasmas del pasado. Cada vez que pronunciaba una palabra, era como si me clavaran un puñal en el corazón. Él le había hundido, le había destrozado su infancia, había utilizado su teléfono, lo había llevado con un nido de terroristas y solo Dios sabe qué planes tenía para él. Los dos salimos satisfechos, habíamos cumplido con nuestro deber, y esperábamos que nuestro esfuerzo sirviera para algo.

A nivel personal, para Adán fue una liberación, había sacado por fin muchas cosas que llevaba dentro. Se sentía orgulloso de haber colaborado

estaba mucho más relajado.

La nueva casa era preciosa, y los niños se encontraban muy cómodos, aunque, para mi desesperación, yo seguía sin verlos bien. Continuaban con ataques de ansiedad, con miedos, no querían dormir solos, por lo que tuve que adaptar la habitación principal para que pudiéramos dormir los tres juntos. La luz y la televisión se pasaban encendidas toda la noche. Eran las secuelas de todo lo que estaba ocurriendo en nuestras vidas.

La vida se me hacía cada vez más dura. El trabajo empezó a ser agotador, pues había mucha presión. Los niños no avanzaban en el colegio. Estaba todo el día de tutorías, psicólogos y médicos. Que Yaiza fuera al colegio todas las mañanas era un triunfo, pues no quería separarse de mí. Estaba aterrada, y la presencia de los árabes no ayudaban a normalizar la situación.

Decidimos adoptar un perro, con la esperanza de que la ayudara y focalizara su dolor en el cuidado del animal, pero un día llamó Nabil y casi lo estropea todo.

—Hola, mi pequeña musulmana.

—Hola, papá, ¿sabes que tenemos un perro?

—Pero eso es terrible, en cualquier casa donde haya un perro no entrarán nunca los ángeles. Anda, pásame con mamá. —Me puse al teléfono—. Pues sí que has cambiado, a ti no te gustaban los perros —me increpó.

—¿Quién se lo iba a imaginar? —repliqué irónicamente—. Tú diciéndome que he cambiado. Vamos a lo importante para ti. He hablado con el abogado y el recurso está presentado, ahora solo cabe esperar la decisión del Supremo. En cuanto tenga noticias, te diré algo.

Corté la comunicación. Ese hombre estaba cada vez peor, estaba claro que en la cárcel no se estaba rehabilitando, sino todo lo contrario. Imaginé que sería por los nuevos hermanos que ahora tendría.

Era sábado. Como cualquier fin de semana, me levanté con total tranquilidad. Sabía que no habría llamadas, ni sorpresas, ni gestiones, era cuando me sentía a salvo del mundo.

Pero ese sábado fue distinto: recibí una llamada de un número desconocido.

—¿Raquel?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy la abogada de Nabil. Te llamo de parte de don Javier para decirte que ya ha salido la sentencia del Supremo y la ha ratificado. Quería que te enteraras por mí, en lugar de por los medios de comunicación.

—Te agradezco la llamada y todo lo que habéis hecho. En cuanto me llame Nabil, se lo notificaré.

Sentí una inmensa alegría. Sabía que la justicia haría su trabajo. Por fin mis hijos y yo podríamos descansar, por lo menos durante cinco años, que es lo que le quedaba de condena.

Llamé a su hermana.

—¿Mariam?

—Sí, soy yo.

—Soy Raquel. Me acaba de llamar la abogada de Nabil y me ha dicho que el Supremo ha ratificado la sentencia.

—Ya lo sabía.

—Ah, pues nada, entonces. Ya estamos en contacto, suerte y adiós.

Me quedé perpleja. Ya lo sabían y no habían sido capaces de llamarme para decírmelo. Ya estaban totalmente abducidas por Nabil. Claro que ¿qué podía esperar de unas personas que jamás se habían preocupado por mis hijos, que jamás les habían enviado ni una tarjeta por Navidad? Desde ese momento la relación con su familia también la daba por acabada.

La pesadilla de abogados, juicios y sentencias había terminado, aunque jamás imaginaría que empezaría otra aún más dura si cabe.

EPÍLOGO

Este libro nace de la necesidad de encontrar una respuesta para las víctimas de otro tipo de terrorismo, el terrorismo yihadista. Para evitar el infierno que vivimos mis hijos y yo durante tres años, conviviendo con un islamista, sin que nadie diera respuesta a nuestras necesidades, pues no había ningún lugar al que acudir donde solicitar ayuda.

Es necesario dar voz a todas aquellas personas que sufren día a día la radicalización de sus seres queridos y que, por desconocimiento, cuando se dan cuenta es ya demasiado tarde, pues o bien estos se han marchado a los lugares de guerra, siendo su destino la muerte, o bien acaban en la cárcel.

Quiero poner cara a todas esas víctimas sin miedo, levantar una lanza por todos esos menores que son sometidos a una radicalización extrema y un adoctrinamiento que los dejan marcados para siempre. Que a través de mi historia se convenzan de que se puede salir adelante a pesar de no tener ningún tipo de apoyo por parte de las instituciones, de que hay que luchar, pues hay en juego vidas, no solo las nuestras, sino las de muchas otras personas, las de todos nosotros.

Quiero que la sociedad conozca la cruda realidad, que no se nos juzgue por el simple hecho de haber convivido con ellos. Que nos ayuden a saltar las vallas que nos encontramos día a día al tener que empezar de cero, la mayoría con niños pequeños en una situación de la que es posible que nunca se recuperen.

A día de hoy, nuestra vida es casi insostenible. En nuestro caso soportamos casi a diario las amenazas y el acoso por parte de personas de raza árabe que insisten en que somos infieles y que por ello no merecemos vivir en libertad,

que no tenemos derecho a expresar nuestras ideas, a vestir como queramos, a elegir nuestro propio sistema de vida. Nos acosan y nos agreden. No puedo desarrollar mi carrera profesional por haber estado casada con él, no tenemos ayudas económicas, seguimos en tratamiento psicológico y, sin el apoyo de mis padres, jamás podríamos haber salido adelante.

Y yo me pregunto, en un caso como el mío, ¿quién cumple la condena? Nosotros tenemos que seguir, pues la vida no se para, sigo caminando con dos hijos con secuelas y traumas que tal vez les durarán toda la vida y a día de hoy continuamos sin protección.

Sigo creyendo que el miedo solo nos paraliza y que con miedo no se puede vivir, porque si se apodera de nosotros, dejaremos de tener vida.

Me gustaría solicitar a las instituciones y cuerpos de seguridad del estado que pongan los medios, antes de que las cosas ocurran, decirles que se puede hacer aún mucho más de todo lo que se está haciendo, que hay que prestar atención y escuchar a las personas que conviven día a día con los radicales, pues en el fondo son los que más saben.

Espero y deseo que sirva de ayuda a todas aquellas personas que viven situaciones paralelas a la mía y para evitar la tortura y el sufrimiento que mis hijos y yo vivimos.

AGRADECIMIENTOS

Es muy difícil agradecer a todos los que nos han ayudado a lo largo de estos tres años y pido disculpas si en el camino me dejo a alguien, pues nada más lejos de mi intención ser ingrata con personas que se han preocupado y siguen a día de hoy pendientes de nuestra situación.

En primer lugar, quiero agradecer a toda mi familia, a mis tíos y primos, su ayuda y apoyo, y en especial a mis padres, a mi hermana y a mi cuñado por vivirlo tan de cerca, por hacernos creer en nosotros y enseñarnos que merece la pena luchar por nuestra supervivencia, por estar cada segundo, cada minuto cerca y dar la batalla día a día juntos a pesar del sufrimiento que les genera. A Edurne, mi amiga, mi confidente, mi hermana por elección, gracias por haber permanecido junto a mí a lo largo de estos tres años, por dejarme llorar, por respetarme, por llenar mis momentos de soledad, por no juzgarme en mis decisiones aunque para ti no fueran las correctas. A Marta, que se subió hace un año a mi tren y con su cariño, su respaldo y su comprensión incondicional nos ha ayudado a seguir adelante. A ese matrimonio cuyo nombre no quiero dar por razones de seguridad y que ha estado permanentemente preocupado por nosotros; su ayuda emocional y económica nos ha dado fuerzas para seguir caminando.

No puedo dejar pasar a una mujer, que se comprometió conmigo, que me ayudó a que a través del periódico *El Mundo* se conociera mi historia y que no ha parado ni un instante de seguir solicitando protección para mi familia. Gracias Ángeles Escrivá por ser como eres y enseñarme que aún hay personas en las que se puede confiar.

Gracias a Antena 3 por permitirme solicitar la protección que necesitamos,

por ayudarnos a seguir adelante, y en concreto a Isabel, que nada más conocer mi historia no ha dejado ni un segundo de llamarme para preocuparse por nosotros. A la COPE, a Mercedes, gracias por concederme la entrevista con un profesional de la talla de Carlos Herrera, pues gracias a la radio me llegaron miles de apoyos de personas desconocidas que me dieron la fuerza para no desistir en mi lucha.

Y por supuesto al Grupo Planeta, a la Dirección, por darme la oportunidad de contar mi historia. Gracias a esa persona que me ha ayudado a desarrollarla y ha dedicado tanto tiempo a que este proyecto se haya hecho realidad (ella sabe quién es, pero nuevamente no puedo dar su nombre por razones de seguridad).

La última y más importante mención es para mis hijos: ellos me salvaron la vida, por ellos tuve que luchar y no rendirme, me dieron las fuerzas cuando caí. Hijos, gracias por vuestro amor, me siento muy orgullosa de vosotros. OS QUIERO.

UNA VEZ MÁS Y AUNQUE RESULTE REITERATIVO, GRACIAS A TODOS, POR EL APOYO RECIBIDO Y LAS MUESTRAS DE CARIÑO. SI A DÍA DE HOY SIGO LUCHANDO, ES POR VOSOTROS.



RAQUEL ALONSO (Madrid, 1970). Especializada en *Marketing* y Relaciones Públicas, trabajó durante más de doce años en una importante productora.

Analista en ventas y experta en desarrollo de negocio, en 2000 creó su propia firma de comunicación audiovisual desde la que prestó servicios a importantes empresas.

Actualmente, a pesar del lastre impuesto por su complicada situación, trata de desarrollar su labor profesional.